

El tiempo
entre
nosotros

TAMARA IRELAND STONE



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Evanston, IL, 1995. Anna, de 16 años, está corriendo una fría mañana de invierno en el estadio de la universidad cuando ve a un chico que la mira desde las graderías. Cuando se ha decidido a decirle hola con la mano, el chico ha desaparecido sin dejar rastro. Horas más tarde se lo encuentra en clase de español, se llama Bentley, pero él no parece reconocerla. Anna está intrigada, siente que él le es familiar, pero no sabe por qué.

Anna y Bentley, ambos de 16 años, se conocen en 1995 cuando él hace un viaje hacia atrás en el tiempo para intentar recuperar a su hermana. Bentley en realidad vive en 2010. ¿Podría el amor superar la distancia?

San Francisco, CA, 2010. Bentley, de 17 años, está pasando el rato con sus amigos cuando una extraña se le acerca y le da una carta. Le pide que la abra más tarde. En ella le explica que ya se conocieron, quince años atrás, y que están enamorados. ¿Podrá su amor superar esta distancia en el tiempo?

L≡**LIBROS**

Tamara Ireland Stone

El tiempo entre nosotros
El tiempo entre nosotros - 1

Para Michael, mi intrépida aventura

El tiempo es la distancia más larga entre dos lugares.
TENNESSEE WILLIAMS

Octubre de 2011

San Francisco, California

Incluso desde lejos alcanzo a ver lo joven que está. Más joven que la primera vez que lo vi.

Sus amigos y él llevan un par de horas dando vueltas por Lafayette Park en monopatín, y ahora están despatarrados sobre el césped, bebiendo Gatorade a grandes tragos y pasándose una bolsa de Doritos.

—Disculpa.

Las cabezas de ocho adolescentes de dieciséis años se vuelven hacia mí con expresión de extrañeza y luego de curiosidad.

—¿Eres Bennett? —pregunto y espero a que él asienta, aunque estoy segura de que es él. Lo reconocería en cualquier parte—. ¿Puedo hablar contigo un momento, en privado?

Él frunce el ceño, pero se pone de pie y coloca su monopatín con las ruedas hacia arriba para evitar que se deslice cuesta abajo. Mientras me sigue hacia el banco más cercano, lo pillo mirando hacia atrás a sus amigos y encogiéndose de hombros. Se sienta en el extremo opuesto, lo más lejos posible de mí.

Todo en él me resulta tan conocido, tan familiar, que casi me apresuro a arrimarme a él, como habría hecho con tanta naturalidad cuando era más joven. Pero dieciséis años se han interpuesto entre nosotros, los suficientes para que me quede en mi lado del banco.

—Hola —digo con voz temblorosa y enrolló un mechón rizado en torno a mi dedo antes de detenerme y bajar las manos a mis costados, presionando los listones de madera con las palmas.

—Hummm... ¿Hola? —responde. Me estudia el rostro en medio de un silencio incómodo—. Perdona, ¿nos conocemos de algo?

El instinto me impulsa a decir que sí, pero en cambio me contengo, aprieto los labios y sacudo la cabeza. Él no me conoce. Todavía.

—Me llamo Anna. Ten. —Llevo la mano al interior de mi bolso, extraigo el sobre blanco cerrado y se lo tiendo con una sonrisa.

Él coge la carta y la hace girar entre sus dedos varias veces.

—He pensado que lo mejor sería explicarme por escrito. —Lo que voy a decir a continuación es lo más importante. Después de tanto practicar, debería tener esta parte muy clara, pero aun así repaso cada palabra en mi mente, solo para asegurarme—. Es muy fácil que meta la pata hoy y, si lo hago, es posible que nunca lleguemos a conocernos.

Yergue la cabeza de golpe y clava en mí sus ojos desorbitados. Nadie le ha dicho algo parecido antes y, después de oír esta declaración, sabe que estoy enterada de su secreto.

—Más vale que me vaya. —Me levanto—. Léela cuando estés solo, ¿de acuerdo? —Lo dejo sentado en el banco y echo a andar cuesta abajo. Mantengo la mirada fija en un velero que surca la bahía de San Francisco para no volverme hacia atrás. Después de torturarme durante años pensando en este momento, debería sentirme aliviada, pero no es así; simplemente empiezo a echarlo de menos otra vez.

Lo que acabo de hacer podría cambiarlo todo, o podría no cambiar nada. De todos modos, debía intentarlo. No tengo nada que perder. Si el plan no da resultado, mi vida seguirá siendo igual: segura, cómoda, totalmente normal.

El problema es que no es la vida que elegí en un principio.

Marzo de 1995

Evanston, Illinois

Sacudo los brazos para activar la circulación, muevo la cabeza adelante y atrás hasta que oigo un ligero chasquido, inspiro profundamente el aire de primera hora de la mañana, tan gélido que me arden los pulmones. Aun así, doy gracias para mis adentros porque hace menos frío que la semana pasada. Ajusto el cinturón de neopreno en el que llevo el discman y subo el volumen hasta que Green Day retumba en mis oídos. Entonces me pongo en marcha.

Atravieso mi barrio, torciendo las esquinas habituales, y llego a la pista para correr que bordea la superficie vítrea del lago Michigan. Cuando doblo la última curva y alcanzo a ver con claridad el recorrido del camino hasta la pista de la Universidad Northwestern, diviso al hombre del chaleco verde. Corremos el uno hacia el otro, con nuestras colas de caballo —la suya cana, la mía rebelde— oscilando de un lado a otro, alzamos la mano y la agitamos ligeramente a modo de saludo.

—Buenos días —digo cuando nos cruzamos.

El sol se eleva lentamente sobre el lago cuando giro hacia el campo de fútbol, y en el momento en que mis pies entran en contacto con la superficie esponjosa de la pista, un arranque de energía me impulsa a apretar el paso. Cuando voy por la mitad del circuito, el reproductor de CD elige un tema al azar, y la nueva canción me transporta a la cafetería de la noche anterior. El grupo era impresionante, y en cuanto tocaron las primeras notas, el lugar se vino abajo y todos nos pusimos a saltar y a mover la cabeza al ritmo de la música, mientras la barrera que nos separaba a los estudiantes de bachillerato de los universitarios desaparecía por completo. Echo un vistazo rápido alrededor para asegurarme de que estoy sola. No veo más que una hilera tras otra de gradas de metal cubiertas de nieve que se ha acumulado durante todo el invierno y que nadie se ha molestado en limpiar, así que canto el estribillo a grito pelado.

Tomo las curvas a toda velocidad, con el pulso latiéndome en las piernas, el corazón acelerado, los brazos moviéndose adelante y atrás con fuerza. Inspirando aire ártico. Exhalando vapor. Disfrutando mis treinta minutos de soledad, sin más compañía que el ejercicio, la música y mis pensamientos. Treinta minutos en que estoy totalmente sola.

De pronto, me percató de que no lo estoy. Veo a alguien en las gradas, hundido hasta las caderas en la masa blanda y helada de la tercera fila, un sitio claramente visible. Está ahí sentado, sin más, con la barbilla apoyada en las manos, una parka negra y una leve sonrisa, observándome.

Lo miro con disimulo, pero sigo corriendo, fingiendo que no me molesta su presencia en mi santuario. Parece un estudiante de Northwestern, tal vez de primer año, con el cabello negro y enmarañado y facciones suaves. No tiene un aspecto amenazador, y aunque fuera peligroso, seguro que corro más deprisa que él.

¿Y si no fuera así?

Mi mente se desvía hacia las clases de defensa personal a las que mi padre me obligó a asistir cuando empecé a hacer *footing* casi a oscuras. Rodillazo en la entrepierna. Golpe en la nariz con la palma abierta. Pero, antes de nada, hay que intentar evitar el enfrentamiento demostrando que una ha reparado en la presencia del agresor. Esto parece mucho más fácil.

Cuando salgo de la curva, le dirijo una inclinación de cabeza y una mirada que seguramente denota una mezcla extraña de miedo y tenacidad, como si estuviera retándolo a hacer algo y a la vez me aterrara la posibilidad de que lo hiciera. Mientras paso corriendo por delante, con la vista clavada en él, veo que su expresión cambia. Su sonrisa se esfuma, y ahora parece triste y abatido, como si yo hubiera usado mis conocimientos de defensa personal para propinarle un puñetazo en la barriga.

Pero cuando la curvatura de la pista me lleva de nuevo hacia allí, alzo los ojos directamente hacia él. Me dedica una sonrisa más vacilante, pero cálida, como si me conociera; auténtica, como si fuera alguien a quien valiese la pena conocer. Sin poder evitarlo, le sonrío también.

Sigo sonriendo cuando tomo la siguiente curva y, sin siquiera pensarlo, me vuelvo hacia atrás mientras corro para verlo de nuevo.

Ya no está.

Giro sobre los talones, buscándolo con la mirada, y arranco a correr hacia las gradas. Al pie de la escalera vacilo por un segundo, preguntándome si él estaba allí de verdad, pero me armo de valor y subo con dificultad.

Ya no está, pero ha estado allí. Ha dejado una prueba de ello: la nieve está más apretada en el lugar en que estaba sentado, y en la grada de abajo, dos depresiones muestran dónde ha pasado los pies.

En ese instante, me doy cuenta de otra cosa.

Mis huellas resultan visibles en el polvo que me rodea, pero allí donde deberían estar las suyas —tanto acercándose como alejándose del banco— no veo más que una capa de nieve intacta.

Entro corriendo en casa y subo los escalones de dos en dos. Abro el grifo de la ducha, me quito la ropa empapada en sudor y me bebo un vaso de agua de pie, desnuda, mientras el vapor inunda el baño. Mi reflejo en el espejo del botiquín se difumina tras la densa neblina, y cuando mi imagen desaparece del todo, deslizo la palma sobre el vidrio, dejando una franja limpia y cubierta de gotas en la superficie empañada. Contemplo mi rostro de nuevo. No parezco una loca.

Me ducho sin dejar de preguntarme si él era real, con quién puedo hablar de ello, y cómo encarrilar la conversación para no quedar como una demente. Mientras me visto para ir al colegio, su rostro sigue colándose en mis pensamientos, pero me esfuerzo por expulsarlo de mi mente y convencerme de que me lo he imaginado. Aun así, me hago el propósito de evitar la pista durante el resto de la semana. Sé lo que he visto.

Sacudo la cabeza para olvidarme de ello mientras me calzo las botas y me echo una última ojeada en el espejo de cuerpo entero. Deslizo los dedos por mis rizos, los ahueco con las manos y sacudo la cabeza de nuevo. Es inútil.

Me echo la mochila al hombro y me obligo a seguir el ritual de todas las mañanas. Me planto delante del mapa que adorna la pared más grande de mi habitación; cierro los ojos, lo toco y los abro otra vez. El Callao, Perú. Bien. Tenía la esperanza de que saliera un lugar cálido.

Mi padre, que conoce mis sueños de viajar, se pasó una hora en el garaje en secreto, encolando el gran mapa de papel a una plancha de cartón pluma. «Puedes marcar los lugares a los que vayas», me dijo, entregándome una cajita llena de alfileres rojos. Me quedé mirando aquella lámina colorida de papel con sus curvas de nivel, que indicaban las cordilleras, y sus tonos distintos de azul, que indicaban las diferentes profundidades del océano, y vi un mapa del mundo, pero supe que no era mío. Mi mundo era mucho, mucho más pequeño.

Cuando mi padre salió de la habitación, clavé los pequeños alfileres rojos en el papel, uno a uno. Como había visitado la capital del estado con mi clase el año anterior, coloqué uno en Springfield. Una vez fuimos de acampada a Boundary Waters, así que coloqué otro en el noreste de Minnesota. Pasamos un Cuatro de Julio en Grand Rapids, Michigan. Mi tía vive en el norte de Indiana, y la visitamos allí dos veces al año. Eso era todo. Cuatro alfileres.

Aunque al principio no veía otra cosa que aquella patética e insignificante concentración de rojo en torno al estado de Illinois, ahora veo el mapa tal y como papá quería que lo viera; como si me invitara a examinar cada centímetro cuadrado con mis propios ojos, retándome a expandir mi pequeño mundo poco a poco, alfiler a alfiler.

Miro el mapa por última vez antes de bajar la escalera, atraída por el delicioso aroma que proviene de la cocina. Incluso antes de llegar abajo, sé que papá está de pie frente a la cafetera, preparando dos cafés: uno solo, para él, y uno con leche, para mí. Cojo la taza que me ofrece con el brazo extendido.

—Buenos días. ¿Mamá se ha ido ya?

—Ha salido antes que tú. Le tocaba el turno de madrugada. —Me mira mientras tomo un sorbo y echa un vistazo rápido por la ventana de la cocina—. ¿Por dónde has corrido hoy? Sigue estando bastante oscuro ahí fuera. —Sueno preocupado.

—Por el campus. Como siempre. —Ni en broma pienso hablarle del tipo que estaba en la pista—. Y además hace un frío que pela. El primer kilómetro ha sido muy duro. —Me sirvo hojuelas de salvado con pasas en un cuenco y me dejo caer en un taburete, delante de la encimera—. Si me acompañas, yo encantada, ¿sabes? —digo con una sonrisa. Sé lo que ocurrirá a continuación.

Posa los ojos en mí, con las cejas arqueadas.

—Despiértame un día de junio por la mañana e iré a correr contigo. Hasta entonces, no conseguirás levantarme de mi cama calentita para torturarme de esa manera.

—Cobardica.

—Sí. —Asiente y alza su taza de café, como si brindara—. Sí, lo soy. No como mi Annie. —Sacude la cabeza—. He creado un monstruo.

Papá me convirtió en una corredora. Cuando estaba en el instituto, él había sido finalista del campeonato estatal de cross de Illinois. Ahora que sus días de gloria han quedado atrás, se ha transformado en un chalado con americana de catedrático que me aplaude como un loco cerca de la meta y me anima con un vozarrón que amenaza con derribar los robles más robustos del bosque. La cosa ha empeorado ahora que la temporada de cross ha terminado y yo corro en pista, donde él nunca me pierde de vista y no hay árboles que amortigüen sus gritos. Aunque su actitud resulta más que embarazosa para mí, es un seguidor entusiasta. Por eso es la única persona a la que sigo dejando que me llame Annie.

Papá se concentra de nuevo en su periódico mientras yo apuro mi café y me acabo los cereales en un silencio cómodo. A diferencia de mamá, que se siente impulsada a llenar el silencio, mi padre lo acepta entre nosotros como a un miembro más de la familia. Pero entonces la bocina grave del coche de Emma rompe la quietud.

Papá baja un lado del periódico.

—Ahí está tu inglesita.

Le doy un beso en la mejilla y salgo de la casa.

El coche está en el camino de entrada, con el motor ronroneando, y camino hacia él lo más deprisa que puedo sin patinar en el hielo que recubre el asfalto. Exhalo un pequeño suspiro de alivio cuando abro la puerta del flamante Saab de

Emma y me acomodo en la cálida piel del asiento.

—Buenos días, cielo —dice Emma Atkins alegremente con su acento británico. Pone la palanca de cambios en posición de marcha atrás y sale disparada del camino de entrada.

—¿Sabes la noticia? —suelta, como si las palabras llevaran horas encerradas en su interior y ella estuviera liberándolas al fin.

—Claro que no. —La miro y pongo los ojos en blanco—. ¿Cómo voy a enterarme de una noticia antes que tú?

—Hoy llega un chico nuevo. Acaba de mudarse desde California. Podría estar bien, ¿no? —Aunque Emma ha viajado por todo el mundo, no ha visto gran cosa de Estados Unidos aparte del Medio Oeste. California le parece una rareza americana alucinante, como el helado de natillas o un perrito caliente rebozado en harina de maíz y pinchado en un palo.

—Cualquier novedad está bien —digo y, cuando me vuelvo hacia ella, veo que lleva más sombra de ojos de lo normal, accesorios adicionales y la minifalda del uniforme a la que le hizo el dobladillo para que fuera más «mini». Es evidente que el chico nuevo ha ocupado su mente desde que se ha despertado esta mañana. Cuando nos detenemos frente al semáforo, observo cómo estira el cuello para mirarse en el retrovisor y retocarse el carmín con la punta del dedo. Tampoco es que le haga falta maquillarse mucho. Aunque es inglesa, parece más bien una supermodelo brasileña con sus pómulos altos y definidos y sus ojos oscuros y sensuales. Yo ni siquiera me he molestado en ponerme brillo de labios hoy, y cuando llegamos juntas al colegio, tanto si Emma va pintarrajeada para impresionar a alguien como si no, sé cuál de las dos atrae todas las miradas.

Aún más extraordinario que el esfuerzo extra que ha dedicado a su arreglo personal es el hecho de que no haya a puesto música. Meto la mano en la guantera y rebusco entre la pila de discos sueltos que se rozan entre sí hasta que noto algo con tacto de ante. Desentierro el estuche de color rosa encendido que le regalé a Emma por su cumpleaños el año pasado, y empiezo a introducir los discos en las pequeñas fundas de plástico.

—Eh, ¿por qué no estás más emocionada? Es una gran noticia, Anna. No hemos tenido un compañero nuevo desde... —Su voz se apaga mientras ella tamborilea con los dedos en el volante, como suele hacer cuando está absorta en sus pensamientos.

Termino su frase sin siquiera levantar la vista del estuche.

—Desde que llegué yo.

—¿En serio?

Me encojo de hombros y asiento con la cabeza.

—Sí. Octavo curso. Granos y aparatos en los dientes. El pelo crespo. Ese horrible jersey de cuadros escoceses de Westlake. —Hago un gesto de dolor al pensar en esto último—. La nueva de la clase. Yo.

—¿De veras...? —Mira por la ventanilla y medita sobre ello, como si existiera la posibilidad de que yo estuviera equivocada. Entonces dice—: Ah. Supongo que sí. —Extiende el brazo y me pellizca la mejilla—. ¡Y ya lo ves, resultó ser un gran día! Sin ti, estaría cantando sola. Por cierto, a este paso llegaremos al cole antes de que te decidas. Toma. —Emma se inclina hacia mí y coge el disco de encima del montón—. *Vitalogy*. Perfecto.

Llevamos tres meses escuchando el nuevo CD de Pearl Jam de forma casi ininterrumpida. Ella lo inserta en el estéreo y sube el volumen lo máximo posible sin que se distorsione el bajo. Me mira y sonríe, moviéndose al compás de las notas de guitarra de «Corduroy», que empiezan discretamente y aumentan de intensidad hasta alcanzar un ritmo contundente que inunda el coche de sonido. Me reclino en el asiento mientras la batería se incorpora al tema con suavidad y luego cobra más fuerza. Las últimas cinco notas de la introducción son la señal que esperábamos: intercambiamos una mirada y rompemos a cantar.

The waiting drove me mad...

You're finally here and I'm a mess^[1]...

Coreamos cada palabra a pleno pulmón y desafinando, pero en el último minuto de la canción, que es instrumental, nos desmelenamos de verdad. Yo punteo una guitarra imaginaria mientras Emma aporrea el volante, gesticulando y dando palmadas en la piel que lo cubre, aunque nunca antes la había visto colocar las manos en una posición tan próxima a «las diez y diez». Como si fuera capaz de coreografiar nuestra llegada, aparca en su plaza habitual justo cuando las últimas notas de guitarra se apagan y hace girar la llave en el contacto.

—Pearl Jam volverá a tocar en el Soldier Field este verano, ¿lo sabías? Deberías pedirle a Pecas que nos consiga entradas.

—Deja de llamarlo así. —Reprimo una carcajada—. Se llama Justin. Y sí, seguramente puede conseguirnos entradas...

Me mira de reojo, con las cejas arqueadas.

—¿«Seguramente»? Anda ya, hará todo lo que le pidas. Ese chico está coladito por ti.

—No, no es verdad. Lo conozco desde los cinco años. Solo somos amigos.

—¿Y lo sabe él?

—Claro que lo sabe. —Hace años que los padres de Justin son conocidos de los míos, y él y yo fuimos inseparables durante muchos de ellos. Sin embargo, las cosas han cambiado. Antes me sentía tan cómoda con Justin Reilly como con un pantalón de chándal, pero ahora es más bien como un vestido de baile: encantador pero engorroso.

—De acuerdo. ¿Podrías pedirle a tu «amigo» que nos agencie unas entradas para el concierto de Pearl Jam? —Cuando está a punto de bajar del coche, se detiene, como si se le hubiera ocurrido otra posibilidad—. Espera, ¿y si no las consigue? ¿Qué hacemos?

Me quedo mirándola.

—¿Quieres ir a ver a Pearl Jam este verano, Em?

Ella asiente.

—Por supuesto.

—¿Alguna vez te has quedado sin algo que querías?

Espero mientras ella se lo piensa. Se encoge de hombros y sonríe.

—¿Tan caprichosa soy?

—No —miento. Cuando Emma me dedica su mirada de cachorrito, añado—: A veces, pero te quiero de todos modos. —Esto le arranca una sonrisa.

Emma y yo caminamos del aparcamiento para estudiantes a la entrada lateral. Una vez dentro, mientras restregamos los pies en el felpudo y observamos cómo el calefactor que tenemos encima funde la nieve de nuestras botas, se me presenta una oportunidad por primera vez en toda la mañana. Si hay alguien a quien puedo relatarle lo ocurrido en la pista, esa es Emma, y este es el momento, pero no sé por dónde empezar. ¿Cómo explicar a mi mejor amiga que un tipo apareció de la nada, me sonrió y se esfumó ante mis ojos, sin dejar otra cosa que la huella de su trasero y un misterio que resolver?

—Em.

—¿Sí?

—¿Puedo contarte algo... raro? —Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie más puede oírme, porque una cosa es confesar a tu mejor amiga que tal vez estés perdiendo la razón y otra cosa muy distinta que la noticia empiece a circular de boca en boca.

—Claro.

Caminamos hacia nuestras taquillas y nos detenemos, pero justo cuando abro la boca para decírselo, Alex Camarian, con su chaqueta de baloncesto y una sonrisa de oreja a oreja, dobla la esquina, se acerca y rodea los hombros de Emma con el brazo, interponiendo la cara entre las dos.

—Buenos días, preciosa —oigo que le susurra al oído.

—Alex, por favor —dice Emma, propinándole un empujón suave pero dándole alas al mismo tiempo con una media sonrisa—. ¿No ves que estamos en medio de una conversación? ¿Qué quieres?

Antes de que él pueda responder a su pregunta, suena el primer timbre de aviso.

—Te diré lo que quiero... —dice él, atrayéndola hacia su pecho... si paseas conmigo por el Donut.

Emma posa la vista en mí, en Alex y luego vuelve los ojos hacia el pasillo

circular conocido como el Donut.

Me dirige otra mirada, esta vez como pidiéndome permiso, y yo le dedico lo que creo que es una sonrisa alentadora mientras Alex le ofrece el brazo.

—¿Me permites? —Su tono seductor fingido va acompañado de una expresión seria, como si estuviera presentándose a una prueba para el papel protagonista de un culebrón cutre. Emma deja que la tome del brazo y los contemplo mientras se alejan. Ella se vuelve hacia mí, encogiéndose de hombros y haciendo una mueca, dando a entender que no tiene otro remedio que irse con él, y leo en sus labios las palabras « luego, ¿vale?» .

Quizá la interrupción de Alex sea una señal: si veo a tipos que desaparecen, tal vez vale más que me guarde esa información. Abro mi taquilla, saco los libros para mis siguientes tres clases y un chicle para el camino, y me enderezo.

Entonces lo veo. Me quedo inmóvil, mirándolo fijamente como la aparición que sin duda es. Dean Parker lo abraza por los hombros en un gesto paternal mientras lo guía por el pasillo, por entre la multitud de estudiantes, señalando puertas y llamando su atención sobre las indicaciones de las paredes. Lo acompaña hacia el aula donde asistirá a la primera clase de su primer día en su nuevo colegio.

El compañero recién llegado. El de California. Un chico de cabello negro y enmarañado..., sin asomo de duda, el mismo que he visto en la pista de atletismo.

Pasan junto a mí sin siquiera mirarme. Me quedo ahí de pie, boquiabierto y pálido, mientras los dos tuercen una esquina y los pierdo de vista.

Suelo ser la primera en entrar en el aula, pero hoy llego a la clase de español justo en el momento en que suena el timbre de la cuarta hora. El *señor*^[2] Argotta me mira sorprendido, como si le pareciera inconcebible que yo me presente tarde a su clase. Agita ante mí la nota de impuntualidad de color amarillo chillón cuando paso frente a él.

—*Hola, señorita* Greene. —Intenta adoptar una expresión severa, pero no logra mantenerla durante más de un segundo antes de relajar el rostro y sonreír.

—*Hola, señor.* —Atravieso el aula con la cabeza gacha, pero luego me vuelvo y le dedico una sonrisa de disculpa mientras me siento en mi silla. Saco de mi mochila mi libreta de espiral y rebusco en ella una pastilla de menta mientras pienso en lo misterioso que ha resultado este día.

Él es real. Y está aquí mismo.

No consigo contener el torrente de preguntas que se agolpan en mi cabeza. En primer lugar: ¿dónde ha estado él durante toda la mañana? He recorrido el Donut entre clase y clase, y no he visto el menor rastro de él. En segundo lugar: ¿qué hacía un estudiante de bachillerato que acaba de llegar a la ciudad en una pista universitaria a las 6.45 de un lunes? En tercer lugar: ¿por qué me miró como si me conociera y, dos horas más tarde, pasó de largo como un perfecto extraño? Por otro lado..., tal vez no me vio. Si al menos lograra dar con él, lo averiguaría.

¿Dónde está?

Alex se deja caer en el asiento contiguo al mío, y Argotta coge el bloc de notas de impuntualidad y lo blande hacia él con cara de reproche.

—Llega tarde, *señor* Camarian —dice con su acento marcado, pero al cabo de unos segundos deja el bloc sobre su mesa y dirige a Alex la misma sonrisa comprensiva que Argotta me ha dedicado a mí.

—Lo siento, *señor* —dice hacia el frente de la clase y luego se inclina sobre el pasillo entre las dos filas de asientos, invadiendo claramente mi espacio—. *Hola, Anna.* —El brillo de sus dientes, deslumbrante bajo la dura luz de los fluorescentes, me hace parpadear.

—Qué tal, Alex.

Abre la boca para añadir algo, pero antes de que pueda decir palabra, Argotta carraspea al frente del aula y comienza a hablar.

—¡Prestad atención, por favor! Hoy tenemos entre nosotros a un estudiante nuevo. —Cuando alzo la vista, se me corta el aliento—. Os presento a Bennett Cooper. —Argotta hace una pausa teatral mientras el chico nuevo traslada su peso de una pierna a la otra y se coloca bien la mochila en el hombro—. Dad la

bienvenida a nuestro nuevo *amigo* y hacedlo sentir como en casa. —Argotta señala un asiento situado detrás de mí, en la hilera de al lado, y el chico nuevo echa a andar hacia él—. Y ahora, entregad los trabajos, por favor.

Veinte pares de ojos curiosos lo siguen, se clavan en él por un momento y se vuelven hacia sus respectivas mochilas para extraer los trabajos grapados sobre el ingreso de España en la Comunidad Europea. Mis ojos están entre los que lo miran, pero por lo visto son los únicos que no pueden despegarse de él.

Bennett. Se llama Bennett.

Tiene la mirada fija en su pupitre y juega con las páginas de su libro de texto como si lo avergonzara ser el centro de atención, pero al cabo de unos instantes, alza la cabeza poco a poco. Lo observo mientras posa la vista en la puerta del fondo de la clase, la desplaza en el sentido de las agujas del reloj por el perímetro y se detiene de repente cuando me ve, pues sigo sin apartar los ojos de él.

No sé cuánto rato llevo con el rostro paralizado así, pero en cuanto me doy cuenta de que me ha pillado, el rubor me sube por el cuello hasta las mejillas, y noto que hago lo único que puedo en este momento: sonreír. Espero a que él me devuelva el gesto, pero no con una sonrisa cualquiera, sino con la que asomó a sus labios en la pista, la que rebosaba afecto, reconocimiento... e interés. Pero su expresión no refleja nada de eso. En vez de eso, esboza una sonrisa leve, casi tímida, el tipo de sonrisa que se le dedica a un completo desconocido.

Dudo mucho que esté tan distinta con uniforme que con ropa para correr. «¿Por qué finge que no me reconoce?». Me perco de que sigo mirándolo, y ahora me arden las puntas de las orejas y tengo el rostro entero encendido. Me revuelvo en mi silla y me agacho a rebuscar en mi mochila, para distraerme. El pelo me hace cosquillas en la nariz, así que cuando me enderezo de nuevo, cojo un mechón, lo enrolló en torno a mi dedo y meto el lápiz en medio para sujetarlo.

Veinte minutos después, Argotta me arranca de mi ensimismamiento cuando extiende los brazos a los lados y exclama:

—Formaremos cuatro grupos de práctica, ¿de acuerdo?

Cuando bajo la vista a mi libreta, descubro que las páginas están repletas de palabras, frases y conjugaciones, lo que me sorprende, pues creo que no he escuchado una sola palabra de lo que ha dicho Argotta. Apunta con el dedo a Courtney Breslin, de la primera fila.

—Vamos a numerarnos. ¡Empiece usted, *señorita!* Por favor.

—*Uno*. —La numeración continúa, serpenteando por la clase hasta que llega mi turno.

—*Cuatro* —digo, y escucho con atención, esforzándome por no volver la cabeza un milímetro. Unos minutos después, oigo lo que he estado esperando. La voz por detrás de mi hombro dice «*uno*».

—Coged vuestras cosas —grita Argotta cuando ya todos tenemos un número.

Cada uno de nosotros se traslada a la sección que le ha sido asignada. Yo

estoy en el Grupo Cuatro, y Bennett en el Grupo Uno —justo al otro extremo de la habitación—, y aquí es donde me quedará hasta el final de la clase. Él se ha alejado lo máximo posible de mí con la misma rapidez con que apareció, pero al menos puedo estudiarlo con mayor detenimiento desde este ángulo.

Lleva el mismo uniforme que los otros chicos: pantalón negro y camisa blanca de tela Oxford bajo un jersey negro con cuello en pico. Creo que sus zapatos son Doc Martens, pero tendría que verlos más de cerca para estar segura. Lo que lo distingue de los demás salta a la vista: el pelo. La mayoría de los chicos lleva un peinado más conservador, con la raya bien definida. Otros lucen un estilo César muy corto o se dejan el cabello un poco largo por arriba pero se lo rapan a los lados. Pero ninguno lo lleva tan largo. El de Bennett está desarreglado, le llega un poco por encima de las cejas, y da la impresión de llevar días sin entrar en contacto con un cepillo. No recuerdo cómo iba vestido en la pista, pero el pelo... está exactamente igual. Tal y como lo tengo grabado en la memoria.

Cuando suena el timbre, media hora después, todos se ponen de pie y se encaminan hacia la puerta, tapándome la vista. Me levanto, recojo la mochila y decido rápidamente que lo abordaré cuando se dirija hacia el comedor, pero apenas alcanzo a divisar el contorno borroso de su cabeza antes de que desaparezca por la puerta.

* * *

Cuando atravieso la puerta doble del comedor, lo localizo de inmediato. Está sentado solo a una mesa del rincón, con la espalda hacia las ventanas que ocupan toda la pared. Me abro paso por el bufé de ensaladas, agarro un plátano y lleno un vaso grande con Coca-Cola, sin dejar de lanzar miradas furtivas hacia él. Al parecer, no hay peligro de que me pille. Durante los cinco minutos que tardo en servirme el almuerzo, él no levanta la vista una sola vez. Simplemente permanece sentado en su silla, sujetando un libro de bolsillo en una mano mientras picotea su comida con la otra.

Danielle ya ha ocupado su puesto frente a nuestra mesa de siempre, y, cuando deposito mi bandeja sobre ella, lanzo otra mirada rápida y disimulada a Bennett. Está comiendo gelatina a cucharadas sin despegar la vista de su libro.

—Qué, ¿dándole un buen repaso al nuevo? —pregunta Danielle.

La miro, presa de la sorpresa, y luego del pánico.

—No. —Me siento y cojo mi vaso—. ¿Por qué?

—¡Oh, venga ya! He estado observándote. Nunca había visto a alguien servirse en un bufé de ensaladas con los ojos clavados en una persona situada a diez metros de distancia. Impresionante. Menuda habilidad.

Las puntas de las orejas empiezan a arderme. De nuevo.

Ella se ríe y toma un sorbo de su Coca-Cola.

—Tienes talento, Anna, pero no eres muy sutil que digamos. —Se me acerca y me da una palmadita tranquilizadora en el brazo—. No te preocupes. No se ha dado cuenta. Me parece que no ha apartado la mirada de ese libro ni una vez.

Emma llega sin aliento, deja caer su bandeja sobre la mesa y se sienta.

—Bueno..., ¿qué opináis? —Alarga la última palabra con una entonación más aguda.

Danielle se encoge de hombros, inclina su silla hacia atrás y, haciendo equilibrio sobre las patas traseras, dirige la vista con absoluto descaro al otro extremo de la sala, donde está él.

—Está como... distraído. ¿Creéis que es consciente de que hay otras personas en el comedor?

—Parece mayor, o algo así —tercia Emma.

Yo finjo que recorro la sala con la mirada antes de posarla de nuevo en él. No es que parezca mayor; de hecho, sus rasgos son un poco infantiles. El juicio de Danielle es más acertado. Se le ve indiferente, como si no le importara estar aquí —ni que todos estemos observándolo, preguntándonos por qué está aquí—, y eso por sí solo lo hace más interesante. Al menos para mí.

—Humm... Creo que me ha desilusionado. —Emma lo mira directamente, fijándose en todos los detalles. Se vuelve hacia nosotras con los ojos muy abiertos y la nariz arrugada—. Decididamente no es como yo esperaba. Tiene la misma pinta que los otros chicos de esta ciudad fría y deprimente. No está bronceado. No tiene una cabellera rubia de surfista. —Da un mordisco a un palito de pan—. No debería haberme hecho tantas ilusiones.

—A lo mejor ese peinado es de surfista —aventura Danielle—. ¿Tienes idea de cómo llevan los surfistas el pelo?

—Ya sabes, lo llevan largo. —Emma agita los dedos cerca de su cabeza—. Tienen una melena que da gusto de ver —apunta con el pulgar hacia la mesa de Bennett—, no como esa pelambreira.

—Vamos, chicas. Dejadlo en paz. —Las dos se vuelven hacia mí, arqueando sus cejas profesionalmente perfiladas con expresión idéntica y me miran fijamente—. ¿Qué pasa? —Me encojo de hombros y tomo un trago largo con mi cañita, dejando que el líquido frío se deslice por mi garganta y me disminuya el rubor de la cara.

Al final, Emma toma un poco de ensalada con el tenedor, se lo acerca a la boca y, por una fracción de segundo, creo que me he librado, pero ella se detiene de golpe.

—Vale, voy a preguntarlo. —Los trozos de lechuga y tomate quedan flotando en el aire, ante ella—. ¿Por qué te importa lo que pensemos?

—No me importa. Es solo que... estáis siendo crueles.

—¡No estamos siendo crueles! —Emma mira a Danielle—. ¿Estamos siendo crueles?

Danielle niega con la cabeza.

—A mí me parece que no.

—Solo estamos observando. Como... los científicos. —Me dedica una sonrisa de listilla y se lleva el tenedor a la boca.

Exhalo un suspiro y mordisqueo mi sándwich. Lleva razón. ¿Por qué me importa lo que piensen? Ni siquiera lo conozco. Y, dado que por lo visto y o tampoco le resulta familiar, empiezo a preguntarme si el episodio de esta mañana en la pista de atletismo ocurrió de verdad.

Emma y Danielle me contemplan e intercambian miradas significativas mientras comen. De pronto Emma clava la vista en Danielle como diciendo «tranquila, yo me encargo», vuelve hacia mí sus dulces ojos y empieza a hacer lo que mejor se le da: sonsacar a la gente información que no quiere revelar. Es una especie de superpoder que tiene.

—Anna —dice con voz cantarina—. ¿Qué está pasando?

La miro con una expresión que indica que ya conozco ese truco, que no pienso caer en su trampa, pero entonces sucumbo.

—Nada. Es raro. —Aunque intento decirlo en susurros, mi voz resulta lo bastante audible para ellas. Emma aparta con delicadeza mis manos de mi rostro y me obliga a mirarla.

—¿Qué es raro? —Entonces le viene a la memoria lo de esta mañana, y ella ata cabos—. Un momento, ¿te refieres a esa cosa rara que ibas a contarme antes de que empezaran las clases?

Paseo la vista por el comedor para cerciorarme de que no haya nadie cerca que pueda oírme, y cuando me vuelvo de nuevo hacia Emma y Danielle, veo que están tan inclinadas hacia mí que sus respectivas mejillas casi se tocan.

Miro a mi alrededor de nuevo antes de acercarme a ellas.

—De acuerdo. —Se me escapa un suspiro—. En fin... Estaba corriendo en la pista de la Northwestern esta mañana. Di un par de vueltas y, de repente, alcé la vista hacia las gradas y vi a un tipo ahí sentado, observándome. Al principio no le hice caso y seguí corriendo mientras él me miraba, pero cuando tomé la curva... —Me interrumpo y echo otra ojeada alrededor—. Él ya no estaba. Por ninguna parte. Había... desaparecido sin más. —Omito el detalle de que él me sonrió.

—Vale, sí que es raro —comenta Emma, fijando en mí sus ojos desorbitados. Sin duda percibe en mi expresión algo que le dice que eso no es todo—. ¿Y?

Señalo con la barbilla a la mesa de Bennett.

—Y el tipo era él. —En voz alta suena aún más extraño que en mi cabeza.

Emma y Danielle giran en sus asientos y lo escrutan de nuevo con la mirada.

—¿Estás segura? —pregunta Emma sin quitarle ojo a Bennett.

Yo dirijo la mirada más allá de ellas, hacia su mesa.

—Parece la misma persona. Tiene la misma complexión, y el pelo es inconfundible. Lo más raro es que, en la pista, me miró como si... me conociera,

o algo así. En cambio ahora no parece reconocermelo. —Siguen sin quitarle la vista de encima—. Por favor, dejad de mirarlo.

—Supongo que no está tan mal —declara Danielle.

—Sí, si no te fijas en el peinado, es bastante mono —conviene Emma. Sin embargo, cuando se vuelve de nuevo hacia mí tiene una expresión seria, maternal—. Pero lo que dices que ocurrió en la pista da un poco de mal rollo, ¿sabes?

Yo continúo observándolo, por detrás de ellas. Si es consciente de que las tres estamos hablando de él y examinándolo de arriba abajo, no da la menor señal de ello.

—¡Ya lo tengo! —salta Danielle, y la miro con optimismo—. Acércate y pregúntaselo.

Pongo cara de exasperación ante su sonrisa alentadora.

—Buena idea —dice Emma, antes de que yo pueda replicar. Apoya las manos en la mesa bruscamente y se pone de pie, diciendo enfáticamente—: Aclaremos este asunto de una vez.

—¿Qué? ¡No! —Me coloco el pelo detrás de las orejas—. Por favor, no. Te juro que si vas allí, no te dirijo más la palabra.

Se detiene y gira sobre sus talones.

—Te estoy echando una mano. —Aprieto los dientes y clavo en ella los ojos hasta que baja la vista—. Emma Atkins. En serio; no lo hagas.

Emma regresa a nuestra mesa.

—Oye, él te miraba de un modo que te ha dado yuyu, y ahora se comporta como si nunca hubiera ocurrido. Quiero saber por qué. —Da media vuelta, echa a andar de nuevo hacia él y, cuando empiezo a plantearme si salir corriendo del comedor, llega hasta su mesa. Danielle y yo, inmóviles y atontadas, vemos cómo Emma invade su espacio con un gesto. Se estrechan la mano e intercambian unas palabras antes de que ella señale en nuestra dirección.

Él dobla la esquina de la página que está leyendo para marcarla, guarda el libro en su mochila, coge su bandeja y sigue a una Emma radiante hasta nuestra mesa. Si me inclinara hacia ella y la estrangulara, seguramente el castigo sería algo peor que tener que quedarme después de clase, pero eso no impide que considere la posibilidad.

—Señoritas —Emma extiende los brazos hacia nuestro invitado—, os presento a Bennett Cooper.

Él nos sonríe a las dos y mira de nuevo a Emma, expectante.

—Siéntate aquí. —Ella retira de la mesa una silla desocupada y ocupa otra vez la suya—. Bien, Bennett, esta es Danielle. Y ella —hace una pausa en un intento penoso de producir un efecto teatral— es nuestra estrella de la pista de atletismo. —Me señala, y Bennett sigue la dirección de su dedo hasta que sus ojos se posan en los míos.

—De cross —la corrijo.

—Da igual. —Emma se encoge de hombros y devuelve su atención a Bennett —. Es corredora. —Se tuerce en su silla para mirarlo de frente—. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad? —Le lanza una mirada acusadora feroz e implacable.

Oh. Cielo. Santo.

Él la mira a ella, luego a mí, y de nuevo a ella.

—No entiendo a qué te refieres.

—¿No os habéis visto en la pista de la Northwestern esta mañana, Bennett? —pregunta en un tono cortante y crítico, como el de una abogada que interroga a un testigo. Emma me posa la mano en el hombro—. Ella suele correr en ese lugar al amanecer. Te ha visto allí. Estabas observándola.

Sí. Emma va a morir.

—¿La Northwestern? —Frunce el ceño y fija la vista en nosotras como si nunca hubiera oído nombrar la principal universidad de esta ciudad—. Perdona, pero eso es imposible. Me he mudado aquí el fin de semana. Casi no he tenido tiempo de ver este colegio, mucho menos la universidad. —Me mira directamente y esboza una sonrisa amable y sincera, dando a entender que no miente, y aunque no es exactamente igual a la que me lanzó en la pista, se parece mucho, tanto que refuerza mi certeza de que no me he equivocado de persona—. Debes de haberme confundido con otro.

No me he confundido. Lo contemplo con expectación nerviosa, esperando a que me diga que me está tomando el pelo y se incline sobre la mesa para asestarme un puñetazo amistoso en el brazo. Pero él simplemente se queda allí sentado, mirándome como si nunca antes me hubiera visto. Y tal vez como si estuviera chiflada.

—¿Estás seguro? Llevabas una parka —digo al fin.

Allí está de nuevo: la sonrisa teñida de desconcierto, sin el menor asomo de reconocimiento, pero cálida. Encantadora. La misma sonrisa.

—Lo siento, pero no tengo parka —replica—. No era yo. —Aunque desearía creerlo, no puedo, y cuando miro a Emma, su expresión me lleva a pensar que ella tampoco.

Aun así, decido darle un respiro al chico, e intento que mis ojos reflejen la misma calidez que los suyos.

—Es que eres... Idéntico a él. Supongo que me he equivocado. —Espero que mi cara no delate la mentira. Ni el bochorno que siento. Extiendo el brazo por encima de la mesa—. Me llamo Anna.

Él adelanta la mano para tomar la mía, pero se detiene a medio camino.

—¿Anna? —Clava los ojos en mí con incredulidad—. ¿Te llamas Anna?

—Estooo, sí... ¿Debería llamarme de otra manera? —digo, y me sorprende oír un dejo de coquetería en mis palabras.

—¡Así que ahora su nombre le suena de algo! —le comenta Emma a

Danielle, en voz demasiado alta.

Él sigue mirándome y, por un instante, percibo un atisbo de reconocimiento en su rostro que me recuerda la mirada que me lanzó en la pista esta mañana. Pero enseguida se recupera de la impresión y me tiende la mano de nuevo.

—Encantado de conocerte, Anna. —Ahora habla en un tono forzado, me estrecha la mano con un gesto tenso, y todo rastro de reconocimiento ha cedido el paso a una cierta frialdad. Cuando me suelta, se vuelve hacia Emma y Danielle y se despide de ellas con una inclinación formal de la cabeza—. Encantado de conoceros, también. —Se levanta, lleva su bandeja al cubo de basura que está en medio del comedor y lo veo salir por la puerta doble hacia el Donut, sacudiendo la cabeza.

—Vale, eso ha sido raro —suspira Emma—, pero al menos hemos acabado con esto. —Se sacude las manos como si acabara de realizar una tarea desagradable.

Sé que solo quería protegerme, pero eso no me consuela por haber quedado como una idiota. Expresiones como «situación más que violenta», «humillación» y «¿por qué?» me vienen a la cabeza, y yo quisiera convertirlas en frases coherentes y escupirlas; pero me cuesta pensar con claridad. Además, Emma sabe que soy fiel a mi palabra: no pienso volver a hablarle.

El pequeño conjunto de campanillas que cuelga sobre la puerta de la librería desde que tengo memoria tintinea, y papá alza la vista desde detrás del mostrador. Me acerco a él con mi mochila a cuestas y la tiro al suelo con un golpe sordo.

—¿Qué te ha pasado? —Su voz destila preocupación.

Me he ido del colegio sin despedirme de Emma y he recorrido tres kilómetros a pie por la tundra helada. Todavía me castañetean los dientes, tengo la cara enrojecida y reseca por el viento, y a estas alturas no existe en la Tierra un lápiz lo bastante grande para mantener sujetos mis rizos.

—Nada. —Me aliso el cabello y le hago una pregunta para distraerlo—. ¿Has tenido pocos clientes hoy?

Él pasea la mirada por la librería vacía que mi abuelo compró hace quince años, cuando se jubiló de su trabajo como profesor de la Northwestern.

—Lo típico de marzo. Ya aumentarán las ventas después de los exámenes finales.

Me observa mientras saco una camiseta de mi mochila para cambiarme y luego extraigo un libro de texto tras otro que apilo sobre el mostrador.

—Cielo santo, ¿cuántos libros te caben ahí? Esa mochila es como un coche de payasos. —Se ríe, pero sé que está perplejo de verdad ante lo distinta que parece mi experiencia como estudiante de bachillerato en Westlake Academy de la que él vivió en el instituto municipal de Evanston.

—Tú eres el que te empeñaste en que me matriculara en ese colegio de niños

bien —le recuerdo, blandiendo uno de mis libros más voluminosos.

Lo coge, gesticula como si fuera demasiado pesado para él y lo deja caer estrepitosamente sobre el mostrador.

—Eres una estrella del rock —Me da un beso en la frente y se encamina hacia la puerta—. Se supone que pronto se pondrá a nevar —dice, abrochándose la parka y enrollándose la bufanda al cuello—. Llámame si quieres que te lleve a casa, ¿de acuerdo?

—Está a solo tres manzanas, papá.

—Y sé que eres intrépida e indestructible, pero si cambias de idea, me das un toque, ¿vale?

Pongo los ojos en blanco.

—Papá. Tres manzanas.

Se dispone a abrir la puerta acristalada cuando caigo en la cuenta de que el trayecto a pie de mañana será mucho más largo. Y frío.

—Oye, papá. —Se vuelve, con una mano en la barra de metal de la puerta—. Te dejo que me lleves al colegio por la mañana..., si te parece bien.

—Ah. ¿Emma tiene cita con el médico o algo así?

—No.

Parece a punto de preguntarme qué ocurre, pero por lo visto decide no hacerlo, pues se limita a encogerse de hombros.

—Claro —dice, y las campanillas tintinean a su espalda.

—¿Qué estoy haciendo? —pregunto en voz alta mientras añado una segunda capa de brillo de labios. Con la vista fija en el espejo del lavabo de chicas, me aplico rímel en las pestañas, contemplo mi imagen y pongo cara de exasperación.

De acuerdo, es mono, pero eso no justifica el esfuerzo que me ha costado decidir qué pendientes ponerme esta mañana. No soy el tipo de chica que se maquilla en el aseo, y siento como si se me hubiera ido la olla por completo. Ayer creía que estaba loca porque veía visiones. Creo que prefiero esa locura a la de ahora.

Cuando salgo del baño y me dirijo a la clase de la cuarta hora, empiezo a notarla: la descarga de adrenalina que por lo general asocio al último kilómetro de una carrera. Me detengo delante del aula para recordar cómo he planeado hacer mi entrada: con aspecto sereno e indiferente. Sacudo los brazos, muevo la cabeza adelante y atrás, y respiro hondo por última vez antes de atravesar la puerta.

Localizo a Bennett de inmediato. Está reclinado en su silla, haciendo rodar su lápiz entre los dedos. Supongo que apartará la mirada cuando establezca contacto visual con él, pero no lo hace. Por el contrario, se le ilumina el rostro, como si se alegrara de verme. Luego baja la vista sin dejar de sonreírse y se pone a garabatear en su cuaderno. No vuelve a levantar los ojos.

Me siento en mi silla y dejo salir el aire que no era consciente de estar reteniendo. Por hacer algo, saco mis deberes de la mochila mientras los demás entran tranquilamente.

Cuando suena el timbre, Argotta levanta los brazos bruscamente.

—¡Examen sorpresa! —exclama.

Por fortuna, el coro de protestas colectivas y el sonido de las hojas que mis compañeros arrancan de las libretas ahoga el martilleo de mi corazón en el pecho.

Me sudan las palmas de las manos, y estoy casi convencida de que el calor que irradia mi cuerpo está a punto de encresparme los rizos. Sin pensar, me estiro el cabello hacia atrás, lo recojo en una cola de caballo, lo enrolló en torno a mi dedo y lo recojo detrás de mi cabeza con una mano mientras revuelvo mi mochila en busca de una pinza. Mis dedos palpan libros, una colección de envoltorios de chicle y una carcasa de CD, pero no encuentran pinzas ni gomas para el pelo. Me quedo mirando el lápiz que está sobre el pupitre y que me ha sacado de más de un apuro, pero es el único que tengo y lo necesito para el examen. El brazo que tengo levantado se me empieza a dormir, y cuando estoy a

punto de rendirme, oigo un sonido detrás de mí.

—Pssst.

Me vuelvo sin soltarme el moño.

Tal vez sea porque se ha inclinado tanto hacia delante que prácticamente está recostado sobre su pupitre, pero me da la impresión de que está mucho más cerca que ayer. O quizá no sea solo su proximidad física, sino también su expresión. No parece ausente, como cuando ayer en clase me quedé mirándolo, ni confundido como cuando mi mejor amiga lo acusó de ser un repugnante acosador. Hoy tiene una mirada dulce en los ojos, como si estuvieran sonriendo por sí solos, y me percató de que son de un tono azul grisáceo, salpicados de motas doradas que capturan y reflejan la luz. Cuando por fin tomo conciencia de lo que estoy haciendo —admirando sus ojos alelada—, bajo la vista hasta su boca y descubro que no solo sus ojos sonríen; también sus labios. Como si algo lo divirtiera. Como si se burlara de mí. Y entonces caigo en la cuenta de que hay algo que he pasado por alto.

Apunta con el mentón, intentando desviar mi atención de su cara hacia la mano que tiene tendida hacia mí desde hace rato. En ella sostiene un lápiz.

Miro el lápiz y luego sus ojos, desconcertada. Entonces lo comprendo todo, y me inclino hacia él para cogerlo.

«Gracias», articulo con los labios.

Me vuelvo hacia el frente de la clase, inserto el lápiz en mi cabello y me da vergüenza cuando advierto que al hacerlo dejo al descubierto el rubor que me sube por la parte de atrás del cuello. Respiro hondo y me obligo a concentrarme en el examen, que ya ha empezado, pero no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi rostro.

O sea que él sí se fijó en mí ayer. Me vio recogerme el pelo.

Seguramente no es más que un sencillo lápiz Dixon Ticonderoga número dos amarillo —exactamente igual que el que estoy usando para responder al ridículo examen—, pero al tenerlo alojado en mi cabello, sujetando los mechones, siento algo muy parecido a lo que sentí ayer en la pista: que hemos conectado.

De algún modo he conseguido no topar con Emma en todo el día. Hasta ahora.

Después de terminar el entreno en pista de hoy, salgo del vestuario en dirección al aparcamiento para estudiantes, charlando con algunos compañeros de equipo, cuando de pronto la veo. Camina a paso veloz hacia su coche con su palo de hockey hierba oscilando a su costado mientras avanza, y aunque supongo que habrá sudado un poco, no se le nota en absoluto. Su maquillaje está perfecto, y su gorro y guantes de punto hacen juego con su chándal. Yo bajo la vista hacia mi ropa. He salido directa de la ducha, me he secado el pelo con la toalla y lo

llevo recogido bajo una gorra de béisbol para que no se me congele en el camino a casa.

—¡Voy a encender la calefacción! —grita cuando me ve. Después de abrir la puerta y arrancar el motor, baja del coche y me espera tranquilamente apoyada en el capó.

Echo un vistazo rápido al cielo y veo que una masa de nubarrones se prepara para descargar su furia en forma de una fuerte nevada. Cuando bajo la mirada, veo que Emma me sonríe y me hace señas de que me acerque. Por una fracción de segundo, mi determinación flaquea y me imagino acomodándome en el asiento térmico. La verdad es que no tengo ganas de volver a casa a pie, pero ni en broma voy a perdonarla tan fácilmente.

Sigo caminando con el grupo y paso su coche de largo.

—¡Anna! —Su tono delata que está sorprendida y desairada—. Espera. —Oigo que los pasos cautelosos de sus zapatillas deportivas se acercan por detrás, así que acelero un poco—. En serio, ¿no puedes pararte un momento a hablar conmigo? Intento disculparme. —Mis compañeros de equipo me miran y luego se miran entre sí. Les indico con un gesto que sigan adelante y aminoro el paso para que Emma me alcance.

Me sujeta por el hombro.

—De verdad que lo siento. —Su remordimiento parece auténtico, y su acento británico imprime a su voz tal sinceridad que me siento tentada de estrecharla en mis brazos y perdonarla sin una palabra más. Pero no he olvidado la vergüenza que pasé ayer, el ridículo en el que quedé por su culpa. Así que me limito a contemplarla con fijeza—. Lo siento —repite y me abraza. Aunque tengo ganas de devolverle el abrazo, me quedo de pie, rígida.

Me suelta, y cuando se aparta de mí veo lo dolida que parece. Sin embargo, luego relaja su expresión, se inclina hacia delante, y me inmoviliza la cara entre sus manoplas suaves como con un tornillo de carpintero.

—Me porté como una tonta. Por favor, no sigas enfadada conmigo. No lo soporto.

Exhalo un suspiro.

—Lo que hiciste no me moló nada. —Apenas se entiende lo que digo, pues ella está apretando tan fuerte que tengo los labios fruncidos como los de un pez.

—Lo sé, pero me quieres de todos modos, ¿a que sí? —Me retuerce las mejillas—. ¿A que sí? ¿Un poquito? —Con eso me desarma. Porque es verdad. El esfuerzo por no reírme debe de dar a mis labios un aspecto aún más gracioso, porque a Emma se le escapa un resoplido, y las dos prorrumpimos en carcajadas.

Ella deja de apretarme al fin, pero sigue sujetándome el rostro.

—Lo siento, en serio. Me dejé llevar. No tenía la intención de humillarte.

Me muerdo el labio.

—Pues lo hiciste.

—Lo sé.

—No vuelvas a hacerlo, por favor.

—No lo haré —dice con una sonrisa y una sacudida contundente de la cabeza. Me agarra por los hombros y hace ademán de besarme en las mejillas, sin tocarlas. Noto que todavía las tengo rojas por los apretones—. ¿Podemos subir al coche ahora? —masculla con los dientes apretados, tiritando.

Cuando yo asiento con la cabeza, ella me guía hasta el Saab. Incluso me abre la puerta y espera a que me siente antes de rodear el vehículo hacia su lado y ocupar su sitio frente al volante.

—¿Adónde vamos? —pregunta—. ¿Te apetece ir a tomar un café?

—No puedo. Es martes.

—Ah, ya, la noche de la cena en familia. —Da marcha atrás y cruza el aparcamiento casi vacío. Nos quedamos calladas durante unos segundos y supongo que pondrá música a todo volumen como siempre, pero en cambio se vuelve hacia mí—. En fin, ¿sigues creyendo que el chico nuevo era el que estaba observándote en la pista?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. —Empiezo a contarle a Emma el incidente del lápiz, pero me interrumpo. A alguien que ya lo considera un bicho raro, su gesto podría parecerle más extraño que encantador. Pensándolo bien, tal vez a mí también debería parecerme más extraño que encantador. Me llevo la mano al cogote, pues he olvidado que ahora llevo una gorra de béisbol y el lápiz está guardado en mi mochila.

—¿Quieres saber mi opinión? —inquire Emma.

—¿Acaso tengo elección?

—No. Mantente alejada de él. No sé muy bien de qué se trata, pero hay algo en él... que me da mala espina.

—Oh, venga ya. Es solo por lo ocurrido en la pista. Dejó claro que nunca había estado en Northwestern. Lo más probable es que me haya equivocado. —No estoy segura de por qué lo defiendo, pero, aunque sigo convencida de que no estoy equivocada, resulto bastante convincente.

—¿Y qué me dices del modo en que reaccionó al oír tu nombre?

Sí, eso fue raro. Me encojo de hombros otra vez.

—Ya entiendo. El chico te hace tilín. —Alarga las palabras y su acento se vuelve más marcado.

—Ni siquiera lo conozco.

—No hace falta que lo conozcas para que te haga tilín.

—Claro que sí. —La fulmino con los ojos—. Es solo que... siento curiosidad, nada más. —Pero, para ser sincera, es posible que Emma esté en lo cierto. Simplemente intercambié con él unas miradas que no significaban nada y un

lápiz, y por algún motivo eso le ha dado derecho a colarse en mi cabeza e instalarse allí.

El coche se detiene delante de casa con un patinazo, y queda un espacio de medio metro entre mi puerta y la acera cubierta de nieve. Emma se vuelve hacia mí.

—Esta mañana te he echado de menos, por cierto.

—Yo también. —Me inclino hacia ella y la abrazo al fin. Bajo del coche, cierro la puerta y ella arranca, levantando una polvareda de nieve sucia.

—¡Trae un cuchillo! —El grito cantarín de mamá sale de la cocina y atraviesa el pasillo por encima del tenor atronador de Pavarotti. Sigo el apetitoso olor a pimientos y cebollas asados y en la cocina me encuentro a mi madre muy atareada—. ¡Hola, cariño! —Alza la vista con una sonrisa antes de bajarla de nuevo hacia su salsa. Lleva un delantal negro encima de su uniforme de médico, y sus rizos negros, como los que heredé de ella, están recogidos encima de la cabeza con una pinza, aunque algunos tirabuzones se han escapado y le cuelgan a los lados del rostro. Tararea la melodía italiana mientras pica tomates maduros—. ¿Puedes empezar a cortar lonchas de mozzarella? —Señala con su cuchillo la bola de queso blanco viscoso que está sobre la encimera—. ¿Qué tal te ha ido en el colegio?

Me vuelvo y veo a mamá echar los tomates que quedan en la cacerola, removerlos un poco y sentarse en uno de los taburetes que tengo delante. Apoya los codos sobre la encimera, y yo dejo de cortar para levantar la mirada hacia ella. Espera a que se lo cuente todo, porque es martes, el día que cocinamos y yo le comento quién sale con quién, quién se ha peleado con quién y quién no está dando la talla en la pista. Luego yo le pregunto qué novedades hay en el hospital, y aunque me imagino que su trabajo allí es más bien rutinario y que a menudo es un sitio triste en el que pasar el día, ella habla de él como si fuera el plató de *Urgencias* y relata historias melodramáticas de personas que han logrado sobrevivir contra todo pronóstico, de médicos que coquetean con enfermeras y de pacientes que coquetean con médicos. Me alegra que le guste su profesión, sobre todo porque sé que la única razón por la que se ha reincorporado al trabajo ha sido para pagar mi matrícula en Westlake. Fue idea de mis padres enviarme allí, pero necesitan dos sueldos para costearlo. La cena de los martes es prácticamente lo único que piden a cambio.

—¿Y bien? —Tiene los ojos muy abiertos y parece a punto de reventar—. Vamos, dime cómo va tu semana. ¿Hay algún cotilleo jugoso?

—Todo bien —digo de forma mecánica y bajo la vista hacia la tabla de picar, deslizo el cuchillo sobre la mozzarella y los trozos empiezan a apilarse sobre la madera—. ¿Y tú? ¿Qué tal tu día? —pregunto en una voz demasiado aguda y falsa.

Aunque no la miro directamente, veo con el rabillo del ojo que se retuerce en

su asiento, como si no supiera qué hacer, y los segundos transcurren con lentitud hasta que ella habla de nuevo.

—¡Oh, venga! —dice finalmente—. No me toca a mí todavía. —Se levanta para echar una ojeada a la salsa, tararea de nuevo mientras la revuelve y se sienta de nuevo frente a la encimera—. Venga —repite con una gran sonrisa, casi suplicante—. Algo interesante tiene que haber pasado.

Me muero de ganas de decirle la verdad. Ayer alguien desapareció ante mis ojos. Estuve a punto de recibir una nota de impuntualidad por primera vez en mi vida. Volví a casa andando, porque, hasta hace media hora, mi mejor amiga y yo no nos hablábamos. Y hay un lápiz en mi mochila al que doy más importancia de la que debería. Quisiera decirle que hasta ahora esta semana no ha tenido nada de normal, y que eso por sí solo es interesante. Por encima de todo, quisiera decirle que toda esta emoción está relacionada con un chico, para que me pregunte si es guapo y yo pueda sonrojarme y asentir. En vez de ello, mantengo la mirada fija en la tabla de cortar.

—Me pusieron un diez por el trabajo de anatomía con el que me ayudaste la semana pasada —comento.

Ella esboza una sonrisa forzada.

—Ah. Bueno..., eso está bien. —Advierto que sigue observándome mientras rebano el queso, con la esperanza de que diga algo más, y yo me muevo despacio, esperando a que pase el rato suficiente para desviar la conversación de nuevo hacia ella. Al cabo de unos minutos, oigo que tamborilea con los dedos sobre la encimera. Al final, cuando ya no soporta más el silencio, endereza la espalda en su asiento.

—De acuerdo, ahora yo —dice y se lanza a referirme una larga anécdota sobre una enfermera a la que pillaron besando a un ATS cerca de la salida de ambulancias.

Quince minutos después, oigo que la puerta principal se abre y se cierra.

—¡Ya estoy en casa! —grita papá desde el recibidor. Cuando entra en la cocina, mamá y yo estamos de pie frente a la encimera, una al lado de la otra, colocando en capas los fideos, la salsa y el queso en una fuente honda para el horno.

—Hola, Annie. —Se agacha y me planta un beso en la coronilla.

—Hola, papá. —Saco de la cacerola mis dedos pringados de queso y salsa y lo saludo con un gesto.

Pero antes de que él pueda acercarse más, mamá se vuelve y le agarra la cara con las manos manchadas de salsa.

—Hola, cariño.

Papá retrocede dos pasos, con marcas de manos de color rojo vivo en ambas mejillas, y las dos lo miramos con los ojos muy abiertos, esperando su reacción. Él simplemente se queda allí, pasmado. Luego sacude la cabeza y besa a mamá

en la nariz.

—Iré a lavarme un poco —dice.

—Anda, corre —dice mamá, riéndose, y las dos nos desternillamos mientras coronamos nuestra creación con puñados de queso rallado. Luego metemos la fuente en el horno, mamá se dirige a la ducha, y yo subo pesadamente las escaleras hacia mi habitación para empezar con mis deberes.

Me dejo caer en mi alfombra de pelo largo y abro mi mochila. Localizo el lápiz en la bolsa pequeña con cremallera de la parte delantera, justo donde lo dejé, ahora cubierto de envoltorios de chicle. Lo saco y lo hago rodar adelante y atrás entre los dedos, como hacía Bennett esta mañana cuando he entrado en la clase. Cierro los ojos y me viene a la mente la imagen de la sonrisa con que me lo ofreció. Empiezo a discurrir un plan para devolvérselo.

Ganar tiempo.

Hay algunos detalles más acerca de mi brillante estratagema para devolver a Bennett su lápiz, pero en esencia todo se reduce a eso: a ganar tiempo. Tengo la intención de entretenerme en el camino a la clase de español para que no me dé tiempo de entregárselo antes de que empiece. Luego, cuando suene el timbre de la hora del almuerzo, me pondré de pie, me volveré para cerrar el paso a Bennett y se lo devolveré. Si todo sale tal como he planeado, charlaremos durante todo el trayecto hacia el comedor.

Tengo el corazón desbocado cuando llego ante la puerta. El timbre suena justo en el momento previsto, pero cuando entro en el aula y paso junto al *señor* Argotta, él da una palmada.

—¡Práctica de conversación! —exclama—. ¡Ya os podéis ir cambiando de sitio! —añade exultante, como si anunciara una celebración.

No. Práctica de conversación no. Es el peor de los pequeños ejercicios en grupo de Argotta. He calculado al segundo el momento de mi llegada, pero no me servirá de nada si Bennett acaba de nuevo en la otra punta de la habitación.

Argotta avanza entre las hileras de pupitres, agrupándonos en parejas y repartiendo fichas plastificadas que describen situaciones en las que es imposible que alguien se encuentre si viaja a España, o a cualquier otro lugar del mundo, en realidad. Me entrega mi ficha, y yo cierro los párpados con fuerza, temiéndome lo peor. Abro un ojo y leo: « Participante número uno: estás solicitando empleo como camarero/a en uno de los restaurantes más lujosos de Madrid. Participante número dos, eres el/la propietario/a del restaurante». Miro a Alex, mi compañero habitual, que me dedica un guiño.

El *señor* Argotta se detiene y da media vuelta.

—*Señorita* Greene, haga pareja con el *señor* Cooper, *por favor*.

¿Qué? No. Lo siento, *señor*. No puedo hacer pareja con Bennett Cooper. Me he pasado toda la noche pensando cómo devolverle su lápiz; cómo preguntarle de nuevo —cuando no esté bajo la mirada escrutadora de Emma y Danielle— si el lunes estuvo en la pista de atletismo. Quiero saber por qué en ese momento actuó como si me conociera, y ahora me trata como a una desconocida. Me he imaginado la conversación entera, pero ni se me pasó por la cabeza que tuviera que hacerlo en español.

Me planteo la posibilidad de correr hacia la puerta, o de simular un ataque. Podría dirigirme al extremo opuesto de la clase y ocupar el asiento frente al *señor* Kestler, fingiendo que he entendido mal la indicación de Argotta, por su acento. Pero es demasiado tarde. Bennett ha oído las instrucciones con la misma

claridad que yo, y ahora me lanza una de sus miradas tipo «tranquila, no muerdo». Alza la barbilla como ordenándome que me levante y, cuando lo hago, hace girar mi pupitre de cara al suyo.

—Hola —digo cuando los dos nos hemos sentado de nuevo.

—Hola. Anna, ¿verdad? —Bennett parece completamente relajado, y el acto de pronunciar mi nombre no parece producir en él el mismo efecto extraño que hace dos días, en el comedor.

—Sí. —Bajo la vista a la mesa, intentando no mirarlo a los ojos para no quedarme embelesada otra vez—. Bennett, ¿verdad?

Él asiente.

—¿Te gusta que te llamen «Ben»? —¿A qué narices viene eso? Dios santo.

Él sonríe.

—No. Solo... Bennett.

El rubor ataca de nuevo. Me pregunto si él siente tanta curiosidad por saber qué aspecto tengo sin la cara enrojecida como yo por verlo con el pelo corto.

—Gracias por el préstamo. —Cuando le paso el lápiz, noto que las preguntas aguardan en mi garganta a que las suelte una tras otra, pero ahora que él está sentado delante me he quedado sin habla.

—No hay de qué —responde mientras lo coloca en la ranura de la parte superior del pupitre de madera. El lápiz debe de tener propiedades magnéticas, pues parece atraernos a los dos—. Bueno, ¿qué tenemos que hacer? —pregunta Bennett inclinándose hacia delante, y yo me trago todas las preguntas.

—Me temo que es un poco complicado. —Extiendo el brazo por encima del espacio que separa nuestros pupitres y deposito la ficha en su mesa, con las palabras vueltas hacia él. La coge, y una sonrisa se dibuja lentamente en sus labios.

—Oh, seguro que es fácil. —Se encorva hacia mí, como para revelarme un secreto—. Ya he hecho varias entrevistas para trabajar como camarero en Madrid.

—¿En serio?

—No. —Sonríe—. Es broma.

Me río demasiado fuerte.

—Bueno, vale. —Respiro hondo para calmar mis nervios y apoyo las manos en el pupitre para que dejen de temblar. Me acerco a él y digo—: No tengo idea de cómo se contrata a alguien en este país ni en ningún otro. —Cojo la ficha de encima de su mesa y me reclino hacia atrás, intentando fingir que estoy cómoda—. Bien —empiezo con mi dicción española más esmerada—, hábleme de su experiencia como camarero, *señor* Cooper.

Bennett se embarca en una larga descripción de su trabajo en varios restaurantes inventados de toda España. Con oraciones perfectamente construidas, detalla su habilidad en el manejo del recogedor de migas. Explica

cómo consigue convencer a los clientes de que pidan el plato del día en vez del que habían elegido en un principio. Es capaz de atender diez mesas a la vez, incluidas las de grupos grandes, y siempre da una parte generosa de las propinas a los ayudantes de camarero. Lo dice todo sin inmutarse y con un brillo apenas perceptible en los ojos.

Aunque entiendo su español, me cuesta un esfuerzo asimilar sus palabras. Tiene una forma de hablar preciosa. Su voz es firme y enérgica, y su cadencia, equilibrada, por lo que me quedo completamente paralizada, cautivada por la sonoridad de su inflexión. Me habla de otro trabajo ficticio en un restaurante de Sevilla llamado El Mejor Camarero.

Hacia el final, ha conseguido arrancarme una sonrisa. Algunas carcajadas. Y me ha dejado más que un poco asombrada.

—Ya lo ve —concluye en su castellano perfectamente fluido—, soy un camarero ideal para su restaurante. —No estoy segura de cuánto tiempo transcurre entre el final de esta frase y sus palabras siguientes—: ¿Y bien? —Arquea las cejas y aguarda mi respuesta.

Cuando me percató de que me ha pillado mirándolo de nuevo, me muerdo el labio y espero a que el rubor se extienda por mi cara, pero esta vez no ocurre nada. Le sigo el juego.

—Contratado —digo, encogiéndome de hombros.

—Caray. ¿Así de fácil? —dice en inglés—. Eres una encargada muy poco exigente.

Intento pensar una réplica ingeniosa, pero tengo la mente en blanco.

—Hablas muy bien español —comento en cambio.

—El verano pasado realicé una estancia lingüística en Barcelona.

Sonríó cuando me imagino cómo sería convivir en Barcelona con una familia de allí.

—Me encantaría hacer algo así. Debió de ser divertido vivir allí, empaparse en otra cultura.

—Fue increíble. —Apoya los antebrazos en el pupitre—. ¿Y tú? ¿Has estado en España?

—No —respondo entre dientes—. No he estado... en ningún sitio. Trabajo en la librería de la familia y paso mucho rato en la sección de viajes. Eso es lo más cerca que he estado del resto del mundo.

—Me sorprende oír eso. —Se inclina aún más hacia mí, como si quisiera hacerme una confidencia—. Es solo mi tercer día aquí, pero su gente me parece bastante viajada.

—Lo es. —Me encojo de hombros otra vez—. Lo que pasa es que yo... no formo parte de esa gente.

—Así que trabajas en una librería. —Es una afirmación, no una pregunta—. Y lees libros de viajes.

Lo miro y busco en mi mente una respuesta. Hace mucho que dejó de avergonzarme el hecho de ser la alumna más pobre de este colegio para personas increíblemente ricas, pero él no tiene por qué refregármelo en la cara.

—Algo así. Por lo que parece, tú viajas mucho.

—¿Yo? —Baja la mirada hacia la mesa—. Sí. Podría decirse que... —Su voz se apaga, y me da la impresión de que reprime una sonrisa—. Me encanta viajar. —Mi expresión debe de reflejar mi desconcierto, porque él se pone serio y aclara—: Sí, viajo mucho..., todo lo que puedo.

—Qué suerte tienes. —Noto que las palabras salen de mis labios cargadas de amargura, y al instante desearía no haberlas pronunciado.

—Lo siento. ¿He dicho algo que no debía? No era mi intención.

—No. —No es culpa suya que a duras penas haya a salido del estado—. No has dicho nada malo.

—Oye, cualquiera que desee viajar puede encontrar el modo de hacerlo. Solo tiene que desplegar su creatividad.

El *señor* Argotta dobla la esquina de pronto y, como ahora puede oírnos, Bennett se pasa de inmediato al castellano. Me mira directamente a los ojos.

—Ya sabes lo que dicen: *La vida es una aventura intrépida o no es nada*. —Vuelve los ojos hacia un lado, pensando—. No recuerdo quién lo dijo.

Me río por lo bajo.

—¿Qué pasa? —Bennett sonríe conmigo, aunque no tiene la menor idea de qué es lo que me divierte tanto.

—Helen Keller —susurro, visualizando el póster que había colgado en la clase de lengua inglesa de la señorita Waters cuando yo cursaba séptimo, con un velero blanco que luchaba contra la corriente en primer término, y la cita «La vida es una aventura intrépida o no es nada» debajo, en mayúsculas de imprenta.

—Entonces seguramente no lo dijo en español.

Intento contener una risotada, pero no lo consigo.

—No, seguramente no. —Seguimos sonriendo y mirándonos, pero yo rompo el encanto cuando alzo la vista para asegurarme de que Argotta no nos ha oído hablar en inglés. Está en el otro extremo de la clase, arrodillado junto a otro equipo, ayudándoles con una traducción. Cuando me vuelvo de nuevo hacia Bennett, descubro que él no ha despegado los ojos de mí.

—Bueno, independientemente del idioma en que lo dijera —declaro—, no podría estar más de acuerdo con ella. Yo al menos estoy deseosa de mucha más aventura y mucho menos nada.

Su sonrisa se desvanece, y me mira con expresión seria. Me parece que está punto de decir algo importante, pero aprieta los labios. Lo observo, esperando, hasta que queda claro que piensa permanecer callado.

—¿Ibas a decir algo? —pregunto al fin.

Me dirige una sonrisa leve.

—Sí... De hecho... —Pero en ese momento suena el timbre—. Olvidalo — dice levantándose y encaminándose hacia la puerta—. Nos vemos luego, ¿vale?

Lo sigo con la mirada mientras cruza el aula hasta que sale al pasillo. Cuando me fijo en el pupitre, veo que el lápiz continúa en la ranura, donde él lo dejó. Me retuerzo el pelo y me lo sujeto en la nuca con una mano mientras inserto el lápiz con la otra.

* * *

« Nos vemos luego » . Es lo que dijo hace tres días: « Nos vemos luego » . Pero en realidad no lo vi luego. No estaba en el comedor, no me topé con él en el Donut, ni tampoco lo encontré en el aparcamiento para estudiantes.

Asistió a la clase de español el martes y el viernes, y estoy segura de que ambos días estaba vigilando la puerta, pendiente de mi llegada, porque en cuanto entré él bajó la vista a su pupitre. Pero no asomó a su rostro un gesto de satisfacción al verme, ni una sonrisa a sus labios mientras garabateaba en su libreta; y no volvió a alzar la mirada antes de que yo ocupara mi asiento. Yo había intentado devolverle el lápiz todos los días, pero él salía disparado hacia la puerta en perfecta sincronía con el timbre. Era como si nuestra conversación nunca se hubiera producido.

La tormenta que estalla el sábado por la mañana ocasiona que se cancelen las pruebas de atletismo, me mantiene despierta toda la noche y no amaina hasta la tarde. Camino hacia la librería aturrida, y cuando consigo llegar a la esquina sin romperme nada, decido premiarme con un café con leche. Incluso después de esta parada, dispongo de quince minutos muertos antes de que empiece mi turno, así que me dirijo hacia la tienda de discos.

—¡Anna! —grita Justin por encima del ritmo marcado y ensordecedor que procede del techo, atronador y omnipresente. Sale de detrás del mostrador y me atrae hacia sí para abrazarme—. Esperaba que te pasaras por aquí el fin de semana.

—Qué hay, colega —digo, y me reprendo en mi fuero interno por llamarlo así. Probablemente es peor que llamarlo Pecas, pero palabras como «colega» o «compi» me brotan de la boca cada vez que lo veo. Se aparta ligeramente para mirarme, y aunque solo por un instante, percibo un gesto fugaz de disgusto, como si lo hubiera insultado.

—¿Qué es eso que suena? —pregunto, señalando los altavoces.

Se inclina hacia mí.

—Un puntazo. —Recorre el interior de la tienda con la mirada para cerciorarse de que nadie más lo escuche, aunque en realidad no hay peligro, pues estamos solos—. El batería de Nirvana acaba de grabar una maqueta, y Elliot me la ha dejado. —No sé quién es Elliot, pero supongo que debe de ser un pez gordo de la emisora de radio estudiantil de la Northwestern, donde Justin trabaja como becario desde hace tres meses. Mientras que yo sueño con visitar lugares lejanos, él sueña con mudarse a una residencia de estudiantes de muchas plantas que está un poco más lejos, en la misma calle, solo para estudiar locución radiofónica y pasar sus años de universidad como pinchadiscos en *La hora del rock*, el legendario programa de la emisora.

—¿Quieres que te la preste? —pregunta, dando otro paso hacia mí.

—No, de verdad, no hace... —Sacudo la cabeza, pero da igual: él ya se aleja, y cuando se agacha detrás del mostrador, la música cesa. Regresa con el CD en la mano.

—Ten, llévatelo. Ya me dirás qué tal.

—¿En serio?

—Claro. Solo te pido que me lo devuelvas algún día de la semana que viene.

—Gracias. Es todo un detalle —digo, apretando el disco contra mi pecho.

—Creo que te gustará.

—Seguro que sí. Sabes que me fío de ti al cien por cien. —Cuando alzo los

ojos, advierto que me mira, y entonces lo noto. Está deseando besarme—. ¿Tienes más material nuevo? —Intento desviar su atención hacia las novedades colocadas en el expositor de alambre.

—Ahí no. —Con una sonrisa, me hace un gesto para que lo siga hasta su lugar habitual tras el mostrador. Desaparece por un momento, pero entonces se endereza de golpe y coloca una caja de CD en el mostrador, entre los dos. La carátula de papel está pintada a la acuarela: los tonos de azul, rojo y verde se arremolinan creando formas interesantes que se difuminan hacia los bordes. Como todas las acuarelas, esta es única. Inimitable. Aun así, hace juego con las otras que tengo en el estante de mi habitación.

—¡Una nueva recopilación para entrenar! —La cojo, le doy la vuelta y leo los títulos de las canciones—. No te imaginas lo harta que estoy de tener que saltarme los temas de mis discos. Siempre corro mejor con los tuyos.

—Me está mal decirlo, pero esta vez me he superado a mí mismo. —Sonríe y se sonroja, lo que hace que se le disimulen las pecas. Es diferente de todos los chicos que conozco, y por un instante desearía poder verlo como algo más que un amigo.

—No me cabe la menor duda. —Entonces vuelve a ocurrir. En su mente, este es el momento de la película en que salto por encima del mostrador y le arranco los botones de la camisa. En vez de eso, consulto mi reloj. Las 3.59—. Ostras. — Señalo la calle, en dirección a la librería—. Tengo que ir corriendo a relevar a mi padre. ¿Necesitas algún libro? —Sostengo en alto mis discos nuevos—. Ya sabes cuál es nuestro trato: un libro por cada CD.

Él asiente.

—De hecho, quería pedirte unos... —Justin se interrumpe, y los dos nos volvemos hacia la puerta delantera, por la que entra una chica que lleva una sudadera con las letras de una hermandad. Va directa al mostrador, se detiene junto a mí y se pone a esperar. Me lanza una mirada de irritación—. Olvídalo. Ya intentaré pasarme por la librería más tarde.

Cuando vuelvo la espalda hacia él, exhalo un suspiro de alivio y doy las gracias en mi fuero interno a la Tri-Delta por sacarme del apuro momentáneamente.

El tiempo parece transcurrir mucho más lento. Los estudiantes de la Northwestern entran, echan un vistazo y se marchan. Varias madres llegan con sus hijos pequeños de la mano y curiosean por las recomendaciones del Club de Lectura mientras sus críos destrozan la sección de libros infantiles. Yo paso tarjetas de crédito por el lector, recoloco los libros hasta que todas las cubiertas están parejas y las novedades están más a la vista, y leo la guía Michelin de la Costa Azul. A las 8.50, hago caja, meto el dinero en la carpeta de vinilo verde y la guardo en la caja fuerte de la trastienda. Doy la vuelta al letrero de la entrada con la palabra cerrado hacia fuera y echo el cerrojo.

El café ya está atestado de gente. La semana de exámenes finales de la Northwestern acaba de terminar, y esta noche nadie está estudiando. De hecho, la mayoría de los jóvenes parecen demacrados y exhaustos, como si estuvieran de celebración desde el viernes por la tarde.

Al pasar por delante, echo una ojeada al interior para ver si Justin está dentro con sus amigos de la emisora. Hace unas horas parecía muy ansioso por hablar conmigo, pero no se ha dejado caer por la librería.

Sigo andando y doblo la esquina hacia mi calle oscura y silenciosa. Capto un movimiento en el parque, al otro lado de la calzada, y aflojo el paso, escrutando las sombras con los ojos entornados. Me cuesta distinguir los detalles, pero no cabe duda de que hay alguien ahí, y entrecierro los párpados de nuevo hasta que vislumbro la silueta de una persona encogida que se mece adelante y atrás en un banco del parque. Empiezo a caminar sobre la hierba para verlo más de cerca. Suelto un grito ahogado porque, incluso desde esta distancia, estoy bastante segura de que sé quién es.

Mis pies parecen avanzar hacia él por sí solos.

—¿Bennett? —susurro cuando me encuentro lo bastante cerca—. ¿Eres tú? — Aunque no obtengo respuesta, alcanzo a percibir unos lamentos graves y suaves —. ¿Bennett? —Doy unos pasos pequeños hacia él—. ¿Estás bien?

—Vete de aquí —gruñe. Intenta erguir la cabeza, pero esta se inclina más todavía sobre sus rodillas, y él se frota las sienes, emitiendo de nuevo un sonido gutural. Me percató de que intenta decir algo, así que me agacho hacia él—. No puedo marcharme —gimotea—. Tengo que encontrarla. —Observo cómo se balancea, lamentándose y repitiendo estas palabras, y se me empiezan a poner los pelos de punta.

De pronto, deja de moverse y posa la mirada en mí. Parece sorprendido de verme de pie junto a él.

—¿Anna?

—Sí, soy yo. Voy a buscar ayuda. Quédate aquí, vuelvo enseguida.

—¡No! —Dice esta única palabra con voz energética pero teñida de angustia, y sé que me será imposible afrontar esta situación sola.

—Bennett, necesitas ayuda. —Giro sobre los talones para marcharme.

—No. —Estira el brazo y me agarra de la muñeca—. Por favor. No... te... vayas. —Me paro en seco y doy media vuelta. Da la impresión de que pugna con todas sus fuerzas por levantar la cabeza—. Ya me... —Respira hondo de nuevo—. Me encuentro mejor. —Pero no le creo. A pesar de la temperatura y de que está acurrucado en un banco helado, el sudor le perla la frente y le resbala por las mejillas. Tiene el mismo aspecto que yo después de un *sprint*, y se concentra en cada inspiración y exhalación—. Por favor... Solo... siéntate.

Recorro el oscuro parque con la vista, dejo caer la mochila en el suelo, junto a sus pies, y me arrodillo al lado. No me atrevo a sentarme en ese banco tan frío.

—Me pondré bien. —Se restriega las sienes otra vez y alza la cabeza despacio—. Es la migraña —dice entre bocanadas de aire—. Me da cuando... —Su voz se apaga—. ¿Puedes quedarte conmigo un rato, Anna? Por favor. —Dirijo la mirada de nuevo hacia el café.

Empiezo a inclinarme hacia delante para frotarle la espalda como haría mi madre, o una amiga mucho más íntima de lo que soy yo, pero obligo a mis manos a detenerse y a colgar a mis costados. Durante los cinco minutos siguientes, no se oye otro sonido entre nosotros que el de su respiración fatigosa.

—Sigue respirando —es lo único que se me ocurre decir, aunque soy consciente de que no resulta muy útil.

Finalmente, endereza un poco la espalda.

—¿Me haces un favor? —Aunque aún no me ha explicado de qué se trata, yo ya estoy asintiendo—. No le hables a nadie de esto.

—No lo haré. —Sacudo la cabeza y contemplo las gotas de sudor que aún le bajan por las mejillas—. Pero ¿me dejas que vaya a buscarte un poco de agua? No tardaré.

Aunque no dice que sí, al menos esta vez no discute. Antes de que cambie de idea e intente detenerme, me pongo de pie y, dejando mi mochila a sus pies, arranco a correr de vuelta hacia el café. La camarera me da un vaso con agua fría, y yo regreso a toda prisa al banco.

—Aquí tie... —empiezo a decir, pero la frase queda en el aire. Mi mochila sigue en el suelo congelado, pero Bennett ha desaparecido.

Bennett no asiste a la clase de español el lunes. Tampoco el martes. Estoy muerta de preocupación, pero la señora Dawson, de secretaria, parece bastante más tranquila.

—¿Podría darme al menos su número de teléfono? —le suplico—. Solo quiero asegurarme de que esté bien. —Pese a que recurro a mi voz más responsable, no consigo el efecto deseado.

Fiel a la promesa que le hice a Bennett, hay detalles de la historia que he omitido, como el episodio del parque, el sudor que le empapaba el rostro, los lamentos sobre que tenía que encontrar a alguien. No estoy segura de a qué se refería exactamente Bennett con «no le hables a nadie de esto», pero espero que no estuviera pidiéndome que no mencionara la migraña, pues no se me ocurre ninguna otra excusa para pedir sus datos personales.

—Sé que solo quiere ayudar, señorita Greene, pero no puedo facilitarle la información confidencial de otro alumno. Lo siento —dice en un tono condescendiente, sin atisbo de disculpa—. Seguro que mañana lo veremos de nuevo por aquí.

Me entran ganas de preguntarle «¿cómo demonios lo sabes?», pero en cambio le doy las gracias entre dientes y me voy del despacho arrastrando los pies. No debería haberme apartado de su lado. Él solo quería que le hiciera compañía, y en vez de eso lo dejé solo en un banco de un parque sombrío y desierto, sudando y jadeando.

Me dirijo hacia el vestuario y me cambio de ropa, pero mientras escucho la chachara del equipo, la idea de correr en círculo en una pista de atletismo repleta de gente empieza a horrorizarme. Me escabullo antes de que alguien repare en mí y salgo a la pista abandonada y helada de cross. Mientras corro, intento concentrarme en los sonidos del viento y el bosque, en el ritmo de mis pies, que chapotean en el camino embarrado, pero no oigo más que una voz en mi cabeza que repite: «¿Puedes quedarte conmigo un rato, Anna? Por favor». Me siento fatal.

* * *

La señora Dawson falló en su pronóstico. Bennett no se presentó en el colegio el miércoles. Ni el jueves. La tarde del viernes, mientras recorro el Donut entre la quinta y la sexta horas —acongojada ante la perspectiva de pasarme el fin de semana sin saber qué ha sido de él—, la solución me viene a la mente sin más. Es mi única opción.

Me acerco a paso veloz a la taquilla de Emma y la espero allí, pero no aparece. Cuando suena el timbre, saco mi libreta de espiral y escribo deprisa y corriendo: «Tengo que hablar contigo». Doblo el papel hasta formar un cuadrado pequeño, lo introduzco en una ranura de su taquilla y me encamino rápidamente hacia mi siguiente clase.

Cuando el timbre suena otra vez, regreso a toda velocidad a la taquilla de Emma y la encuentro allí, leyendo mi nota.

—Necesito tu ayuda, Em —borboteo—. ¿Crees que podrías conseguirme algo de la secretaria?

—Probablemente.

—Necesito el número de teléfono de Bennett Cooper. Se lo he pedido a Dawson y no me lo ha dado. Pero le gusta que vayas a su despacho a charlar sobre tus planes para la subasta del colegio, así que tal vez a ti sí te lo dé. —Se dispone a decir algo, pero la interrumpo—. Por favor, no me preguntes para qué lo necesito.

Emma aprieta los labios y arquea las cejas. Clava la mirada en mí y despliega su superpoder que me impulsa a contárselo todo.

—Oye, me encontré con él el domingo por la noche, y estaba... enfermo. Ahora lleva toda la semana sin venir. Solo quiero cerciorarme de que esté bien. —Coloco la espalda contra su taquilla y me preparo para un interrogatorio inquisitorial cuando de pronto sus labios despliegan una enorme sonrisa.

—¡Quieres tirarte al Greñas! —Se ríe mientras yo vuelvo la vista alrededor con los ojos desorbitados para comprobar si alguien la ha oído—. Venga, confiesa. El tío te gusta, ¿a que sí? —Nos quedamos mirándonos. No respondo—. ¿A que sí? —repite.

Suelto el aire que ha estado oprimiéndome el pecho.

—Solo estoy preocupada por él.

Fija en mí sus grandes ojos.

—De acuerdo, tal vez un poco.

Sonríe de oreja a oreja.

—¿Lo ves? Lo has reconocido. El primer paso es admitir que estás impotente —afirma, corrompiendo el primero de los Doce Pasos de Alcohólicos Anónimos—. Veré qué puedo hacer. Nos vemos en el aparcamiento, cuando acaben las clases.

—¿Cómo piensas conseguirlo?

—Aún no lo sé. Ya se me ocurrirá algo.

Una hora más tarde, en el caldeado interior del Saab, Emma, eufórica, presume de su habilidad y su ingenio para la manipulación.

—La verdad es que lo primero que pasó no fue por mérito mío. Tuve una potra increíble —dice mientras sale de la plaza de aparcamiento a toda velocidad—. No te lo pierdas: cuando entro, Dawson está hablando por teléfono, supongo

que con Argotta, diciendo que necesita el material de la clase de español de esta semana para llevarlo a casa de Bennett Cooper esta noche. —Me revolotean mariposas en el estómago en cuanto oigo su nombre. Que alguien me pegue un tiro—. Así que me he ofrecido a llevarle los deberes.

—¿Ella te ha dado los deberes de Bennett?

—No. Ha dicho que no podía hacer eso; no está permitido. «Ni siquiera para usted, señorita Atkins» —añade, con una imitación impecable de la voz de Dawson.

—Entonces ¿no lo has conseguido?

—Claro que lo he conseguido.

—Genial. ¿Dónde está?

—A eso voy. —Gira para enfilar la calle, y el conductor al que le cierra el paso da un sonoro bocinazo—. El caso es que me he puesto a hacerle preguntas sobre la subasta, para que crea que he ido a verla por eso, ¿me sigues? Entonces Dawson empieza a hablarme de la gran casa de campo que los Allen tienen en Wisconsin...

—Emma, por favor. Me estás matando. Ve al grano.

—Vale, vale. En fin: estamos hablando de la subasta, y el *señor* Argotta llega y deja caer un montón de papeles sobre la mesa. Ella le da las gracias, él se marcha, ella consulta su ordenador mientras me cuenta algo sobre unas fotos antiguas que alguien va a donar para la subasta, coge una nota adhesiva, anota la dirección y la pega en el montón.

—¿Y?

Hace una pausa para aumentar el suspense.

—El doscientos ochenta y dos de Greenwood.

—¿Y qué hay del número de teléfono?

Se vuelve bruscamente hacia mí.

—¿Me tomas el pelo? ¿En lugar de «gracias, Emma» o «eres la repera, Emma», me sales con esto? —Devuelve su atención a la calzada, sacudiendo la cabeza.

—Solo quería llamar...

—Pues ella no ha anotado su número de teléfono, y yo no he alcanzado a ver la pantalla. Pero ¿no te das cuenta? ¡Lo que he conseguido es mejor!

—¡Pero eso me obliga a ir allí! —Hago un gesto de dolor al pensar en ello.

Ella me dedica la sonrisa de satisfacción que asoma a su rostro cuando se sale con la suya.

—Exacto.

No puedo creer que esté haciendo esto.

Me asomo de nuevo por detrás del seto elevado y contemplo la casa. Es

impresionante. De dos plantas, tal vez tres. Estilo Tudor. Con una cochera para carruajes en la parte de atrás, si he observado bien desde esta distancia y las tres ocasiones en que he pasado por delante de la casa antes de acobardarme y esconderme detrás de los arbustos.

¿Por qué estoy haciendo esto?

Exhalo un suspiro profundo, salgo de detrás del seto, me dirijo de nuevo hacia la casa, esta vez con paso decidido, y empiezo a recorrer el camino de acceso, que han limpiado de nieve hace poco. Aunque solo son las cinco y media, ya ha oscurecido casi por completo, y tiemblo mientras subo la escalera. Cuando llego a lo alto, agarro la aldaba en forma de cabeza de león y respiro hondo antes de golpear con ella.

Espero.

Nadie abre la puerta.

Llamo de nuevo, arrebujándome en mi abrigo para protegerme del viento y alegrándome de haberme puesto vaqueros en vez de las medias y la falda que llevaba.

Justo cuando me dispongo a dar media vuelta, oigo unos pasos.

—¿Quién está ahí? —pregunta una voz que parece de anciana desde el otro lado de la puerta.

—Perdone. No se preocupe. —Retrocedo hacia los escalones—. Creo que me he equivocado de casa.

El cerrojo emite un fuerte ruido metálico y la puerta se abre lentamente. Es una mujer mayor, pero no anciana, y muy atractiva, con una larga cabellera cana y ojos de color azul grisáceo. Lleva un pañuelo de seda roja sobre ropa oscura y holgada, y me sonríe con expresión de curiosidad.

—Hola. —Abre la puerta del todo, con un gesto cordial.

—Hola. Lo siento mucho. Buscaba a alguien llamado Bennett, pero creo que tengo mal la dirección. —Empiezo a dar media vuelta de nuevo.

—No, no la tienes mal; Bennett está aquí. Pasa, estarás mejor que en el frío. —Se hace a un lado en el recibidor para dejarme entrar—. Me llamo Maggie. —Me tiende la mano.

—Anna. —Se la estrecho, sin dejar de preguntarme quién será.

—Debes de ser una amiga del colegio.

—Sí. —No estoy segura de que pueda considerarme una amiga, pero es la respuesta más sencilla—. Siento molestar, señora. —Sí, soy una idiota por venir, pero no había caído en la cuenta de ello hasta este momento.

—No es molestia, cariño. —Me señala la habitación situada al otro lado de un arco ancho—. Siéntate, que yo subiré a buscarlo.

Echo un vistazo al interior mientras ella se vuelve y empieza a subir la escalera. La sala de estar, de grandes ventanales, es preciosa y está exquisitamente decorada con muebles antiguos y oscuros aún más acogedores de

lo que esperaba. El fuego de la chimenea calienta y lo baña todo en un brillo suave.

En vez de sentarme en el sofá, me paseo por la estancia, examinándolo todo. La pared que rodea la chimenea está cubierta de arriba abajo por estanterías con una colección de clásicos que eclipsa por completo nuestra librería. Salvo por un retrato grande en blanco y negro de Maggie y su esposo en el día de su boda, todas las superficies libres están ocupadas por fotos enmarcadas de una niña pequeña de cabello negro y flequillo recto. En algunas de ellas aparece también su madre, en otras, ambos padres. Llama especialmente la atención la instantánea enmarcada en el centro de la repisa: muestra a la misma niña, sentada en una silla, con una sonrisa y la vista alzada hacia la cámara, sujetando contra sí a un bebé diminuto con un mechón negro en la cabeza.

—Son mis nietos —dice una voz suave detrás de mí, y me sobresalto. No la había oído acercarse—. Ella es Brooke. Tiene dos años. Y él es mi nieto recién nacido. —Desliza el dedo sobre el vidrio.

—Son muy monos —comento.

Devuelve la foto a la repisa y coge otra.

—Esta es mi hija. —Señala una fotografía de una mujer con la niña sentada en el regazo.

—¿Viven aquí, en Illinois?

—No. En San Francisco. —Suspira con tristeza—. Yo intento convencerlos de que se muden de vuelta aquí, pero el trabajo de su marido los obliga a quedarse en California. Ni siquiera conozco al bebé todavía.

De repente, me asalta la extraña sensación de que ya no estamos solos. Miro hacia atrás y veo a Bennett de pie en la puerta abovedada, observándonos. Tiene el pelo enmarañado y la piel cubierta por una barba irregular de pocos días, y las grandes bolsas bajo sus ojos inyectados en sangre dan la impresión de que lleva días sin dormir. Su expresión ausente le confiere un aspecto aún más enfermizo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con voz tensa, pestañeando de forma involuntaria, como si sus ojos estuvieran acostumbrándose a la tenue luz de la habitación.

Maggie interviene antes de que yo recupere el habla.

—Estaba enseñándole a tu amiga fotografías de mi nuevo nieto, Bennett. —Se vuelve de nuevo hacia mí—. Qué casualidad, ¿verdad? ¡Nunca había conocido a ningún Bennett, y ahora conozco a dos! —Sacude la cabeza ante semejante imposibilidad.

Yo miro alternadamente a los dos, confundida. Bennett crispero el rostro.

—¿Os apetece un té? —pregunta Maggie, aparentemente sin reparar en la tensión que se palpa entre nosotros—. Me disponía a preparar un poco.

—No —responde Bennett antes de que yo pueda abrir la boca, meciéndose sobre los talones.

Maggie hace caso omiso de él y me dirige una mirada inocente e inquisitiva.

—¿Anna?

—No, gracias, señora...

Ella me posa la mano en el hombro.

—Llámame Maggie, cielo. Maggie a secas.

Le devuelvo la sonrisa.

—Gracias, Maggie.

Bennett me indica con un gesto que lo siga, y dejamos a Maggie sola haciendo su té. Subimos la escalera en silencio y caminamos por un pasillo oscuro. Al igual que el comedor, tiene las paredes cubiertas de fotos, si bien estas son de épocas anteriores.

Su dormitorio está débilmente iluminado por una pequeña lámpara que apenas alumbraba el escritorio de madera. Hay tazas de café y botellas de plástico de agua desperdigadas por todas partes. En el suelo y sobre su cama veo esparcidos varios libros y papeles. Los muebles antiguos, aunque hermosos, no reflejan precisamente los gustos de un adolescente. Parece fuera de lugar en aquel mar de caoba.

Extiende el brazo por encima de mi hombro para cerrar la puerta de la habitación, y su proximidad hace que se me acelere el pulso... hasta que noto su olor a sudor y calcetines sucios. Mi cara debe de delatar algo parecido a la repugnancia, porque él baja la vista y retrocede un paso.

—No esperaba visitas.

—No pasa nada... Solo quería... Lo siento. Te he interrumpido, ¿verdad? —No muestra la menor señal de aceptar mi disculpa. Tampoco despeja ninguna superficie para que me siente en ella, así que me quedo de pie, cohibida y nerviosa, apoyada contra el marco de la puerta.

—Perdona por lo de mi abuela —dice en voz tan baja que me cuesta entender sus palabras.

Esto me desconcierta.

—¿Tu abuela? ¿Maggie es tu abuela?

—Tiene Alzheimer. —Posa la vista detrás de mí, en la puerta, como meditando lo que dirá a continuación—. En su mente, yo soy... como un niño.

—¿En serio? —Recreo en la memoria la conversación que hemos mantenido en el salón—. Pero... las fotos son de hace diecisiete años o más...

Él asiente. Se produce una pausa larga e incómoda, y me arrepiento de haber mencionado las fotografías.

—Las más recientes la alteran. Tuvimos que guardarlas.

—Entonces ¿quién cree que eres?

—Después de la muerte de mi abuelo, ella tenía problemas de dinero y se sentía sola, así que empezó a alquilar esta habitación a alumnos de Northwestern. —Hace un gesto como para restar importancia al asunto y baja la mirada al

suelo—. Supongo que cree que... —Su voz se apaga, y el silencio se apodera del dormitorio.

Su aspecto es lamentable. Tiene la piel amarillenta, y los ojos enrojecidos y entrecerrados.

—¿Te encuentras bien? Pareces cansado.

Me mira con fijeza y, cuando por fin habla, no responde a mi pregunta. En cambio, junta las cejas y me pregunta a su vez:

—¿Qué haces aquí?

Su tono me pone aún más nerviosa.

—No te había visto desde la noche del domingo, en el parque. Cuando estabas..., y ya sabes... —Aguardo un momento a que conteste algo y, como no lo hace, continúo atropelladamente—. Como no has ido al colegio en toda la semana, estaba preocupada, supongo, y... Solo quería asegurarme de que estuvieras bien. —Busco a tientas el pomo de la puerta detrás de mí—. Ahora sé que sigues vivo. Y eso es..., y ya sabes..., una noticia estupenda. Así que ya puedo irme. —Comprendo de golpe que una llamada de teléfono habría sido mucho más apropiada, lo que me cae como un jarro de agua fría y me entran ganas de matar a Emma. ¿A quién se le ocurre presentarse en casa de este tío como si lo conociera de verdad?

—El domingo. —Mira hacia algún punto situado detrás de mí, achicando los ojos—. Es cierto. Lo había olvidado.

Suelto el pomo y clavo la vista en él. ¿Lo había olvidado? ¿Cómo puede haberlo olvidado?

—¿Seguro que estás bien, Bennett?

—Sí, estoy bien. Es solo que... —Parece intranquilo. No: presa del pánico—. ¿Cómo me has encontrado, a todo esto?

Noto que empiezan a temblarme las manos.

—He conseguido tu dirección en secretaría. —Es cierto. Más vale que no meta a Emma en esto si no es necesario.

—¿Alguien en secretaría te ha dado mi dirección sin más?

—No. Estaba en una nota adhesiva. —También es cierto.

Me mira, perplejo, y abre la boca para hablar, pero, de pronto, se queda lívido. Se tambalea ligeramente y extiende la mano hacia la pared para recuperar el equilibrio.

Me inclino hacia delante y lo agarro del brazo.

—¿Estás bien?

Intenta hablar, pero no le sale la voz. Respira trabajosamente durante un rato.

—Voy a buscar a tu abuela. —Le suelto el brazo, pero él me aferra de la muñeca, como hizo en el parque.

—¡No! ¡No vayas! —Aunque al parecer intenta gritar, apenas consigue emitir un susurro. Deja caer mi brazo y comienza a exhalar a un ritmo constante

—. Quiero decir que... no hace falta. —Inspira lenta y profundamente—. Solo necesito recostarme un poco.

—¿Estás seguro?

Abre la puerta.

—Tienes que irte. —Respira hondo—. Ya.

—Pero podría...

—No. Vete. Por favor.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—No puedes obligarme a dejarte así... otra vez.

Me traspasa con una mirada fría y aterradora.

—Esta es mi casa, y estoy pidiéndote que te vayas. Ahora mismo.

En cuanto salgo al pasillo, la puerta se cierra con un golpe tan fuerte que no puedo evitar preguntarme si se ha desplomado contra ella. Doy unos pasos hacia atrás y me quedo mirándola sin saber qué hacer. Me acerco un poco, preparada para llamar con los nudillos, pero cambio de idea. Me retiro de nuevo. Giro sobre los talones, me alejo despacio por el pasillo y bajo la escalera.

Me detengo en el recibidor para descolgar mi abrigo de la percha. Mientras me abrocho los botones, repaso mentalmente lo que le diré a su abuela: « Me parece que se ha puesto enfermo de nuevo » o: « Creo que debería ir a ver cómo se encuentra ». Pero entonces recuerdo su « no » rotundo y, aun sabiendo que es un error, esta vez decido guardar su secreto con un poco más de cuidado. Así que me asomo a la cocina, le digo a Maggie que ha sido un placer conocerla y le aseguro que no hace falta que se levante para acompañarme a la puerta.

—Ah, qué bien que has llegado. —Como las campanillas que acaban de anunciar mi llegada, el tono de mi padre es demasiado alegre para mi estado de ánimo actual—. ¿Te importa si me voy a casa?

¿Importarme? Cielo santo, no. Por favor, márchate para que pueda caminar de un lado a otro de la librería vacía, preguntándome si he dejado a Bennett agonizando solo en su dormitorio antiguo y desordenado.

—Para eso he venido —digo, intentando sonar tan despreocupada como él.

—Gracias. Tu madre ya ha llamado dos veces para preguntarme a qué hora llegaré. Tal vez se esté entusiasmando más de la cuenta con esto de la fiesta.

Se ha puesto guapo. Levanto las manos y le coloco bien la corbata.

—Estaremos en el Museo de Historia de Chicago. Me imagino que llegaremos a casa hacia la medianoche, pero no nos esperes levantada. Ya sabes lo que pasa cuando tu madre está de palique con sus amigas.

—Vete. Pasadlo bien.

Lo agarro por los hombros y lo hago girar de cara a la puerta de la calle.

Da unos pasos hacia delante antes de detenerse y volverse hacia mí.

—Te agradezco de nuevo que trabajes en una tarde de viernes. Esto no interfiere en tu vida social, ¿verdad?

—Desgraciadamente no.

Una vez que papá se ha marchado, recorro la tienda enderezando libros y pensando en la expresión que tenía Bennett. Cuando paso junto a la puerta principal me detengo por un momento, tentada de dar la vuelta al letrero de regresamos dentro de diez minutos y echar una carrera hasta su casa. Cuando paso por la trastienda, siento el impulso de coger el teléfono y llamar a Emma para contarle todo lo sucedido. Cuando paso frente a la ventana y veo el coche patrulla aparcado delante del café, me vienen ganas de correr hasta allí y enviarlos al 282 de Greenwood. Sin embargo, no hago nada de eso. En cambio, me dirijo a la zona infantil, cojo el puf forrado de tela vaquera, lo arrastro hasta la sección de viajes y me dejo caer en él, con la guía Lonely Planet de Moscú.

Estoy en cuclillas en el suelo de la trastienda, marcando la combinación de la caja fuerte, cuando tintinean las campanillas de la entrada. Me apoyo en las manos y veo a alguien de pie frente al mostrador delantero, con un gorro de lana en la cabeza y un abrigo negro colgando del brazo.

—¡Lo siento, estamos cerrando! —grito. Selecciono el último de los tres números, tiro de la pesada manija de acero y echo dentro la bolsa de vinilo que contiene el dinero.

Echo un vistazo a mi reloj mientras regreso al mostrador.

—Lo siento, cerramos a las...

Bennett se vuelve hacia mí, y una ligera sonrisa asoma lentamente a su rostro.

Me paro en seco.

—Hola. —Intento disimular mi sorpresa, pero creo que no lo hago muy bien. Tiene mucho mejor aspecto que hace solo tres horas. Las ojeras han desaparecido, y ya no tiene los ojos inyectados en sangre. Se le ve distinto, relajado, con su pantalón de algodón marrón oscuro y su jersey azul claro que produce una especie de efecto mágico en combinación con sus ojos. Y no puedo evitar fijarme en que despide un olor a recién salido de la ducha. Le ha mejorado la cara, pero sigue pareciendo cansado.

—Hola, Anna.

—¿Estás bien? —Me invade tal alivio que quisiera correr a abrazarlo.

—Sí, estoy bien. —Sonríe—. Vaya... —Pasea la vista por la librería—. ¿Así que aquí es dónde trabajas?

Asiento con la cabeza.

—Es bonito. —Da unos pasos hacia mí y se acoda en el mostrador—. Me alegro de que estés aquí. No estaba seguro de si trabajabas los viernes por la tarde.

—Normalmente no, pero mis padres van a ir a una fiesta en el centro. —No sé qué decir. Me acerco al mostrador e imito su pose.

—Oye, quería pedirte disculpas. He estado demasiado brusco antes.

—No tiene importancia.

—Sí, sí la tiene. Has sido muy amable al ir a verme. —Su expresión es suave, su voz amable, y no queda el menor rastro de irritación en sus ojos.

—Debería haberte llamado o algo así en lugar de ir.

—No, yo no debería haberme marchado del parque aquella noche. No me acordaba de que estabas allí hasta que me lo dijiste. —Me mira como si quisiera adivinar qué pienso e intentara decidir qué rumbo dar a la conversación—. En fin, gracias por ayudarme. Siento no habértelo dicho antes.

—De nada.

Sin apartar los ojos de mí, ensancha su sonrisa.

—¿Puedo compensarte?

—¿Compensarme?

—¿Te apetece un café?

—¿Un café?

—Sí. Un café. —Desplaza la vista por la tienda vacía—. A menos que estés ocupada.

Noto que se me arruga la frente.

—¿Seguro que estás en condiciones de tomar café?

Se encoge de hombros y hace un gesto afirmativo.

—De hecho, me alivia la migraña. Vamos. Es lo menos que puedo hacer después de echarte a patadas de mi casa.

Mientras permanece allí de pie, aguardando mi respuesta, pienso en lo que me ha dicho Emma en el Donut hace unas horas. «Venga, confiesa. El tío te gusta, ¿a que sí?». Aunque tengo la sensación de que no lo conozco lo suficiente, lo cierto es que sí, me gusta.

—De acuerdo. Claro. —Tal vez para cuando nos hayamos terminado el café lo conozca mejor. Quizás incluso tenga respuestas a las preguntas que él no deja de suscitar en mi mente.

Recorro la librería apagando las luces, y cambio el letrero de abierto a cerrado. Mientras echo el cerrojo, Bennett me quita la mochila de la espalda y se la echa al hombro.

* * *

Caminamos en silencio hasta la esquina. El ruido procedente del café suena cada vez más fuerte conforme nos acercamos, y percibo el aroma, que flota en el aire gélido y se eleva hasta disiparse entre las nubes. En el momento en que entramos, veo que un grupo se marcha, y avanzamos en zigzag entre las mesas atestadas hasta arrellanarnos en el sofá de terciopelo arrugado del rincón.

—¿Qué quieres que te traiga?

—Unas cuantas explicaciones. —Me agacho para sacar el billetero de mi mochila—. Y un café con leche, por favor.

—Entendido. —Me toca la mano, y yo me riño a mí misma en mi fuero interno por el escalofrío que me provoca su contacto. Se aleja y regresa con dos tazas pequeñas rebosantes de espuma y un *biscotto* bañado en chocolate balanceándose en el borde de cada una.

Las deposita en la mesa y ocupa de nuevo su sitio en el sofá. Lo miro con expectación.

—Las conversaciones importantes requieren *biscotti* —declara, con lo que se gana una sonrisa por mi parte.

Levanta su taza, atraviesa la espuma con su galleta italiana y, después de sumergirla unas cuantas veces, se la lleva a la boca y mastica. Cuando caigo en la cuenta de que estoy contemplándolo fijamente, desvío la atención hacia mi taza. El café calentito resulta relajante.

—Bueno. ¿Por dónde empiezo? —Moja su galleta, con los ojos puestos en mí—. Supongo que por la noche del domingo. Respecto a lo ocurrido en el parque..., tengo que reconocer que mis recuerdos son algo confusos, pero me imagino que te hablé sobre las migrañas, ¿no?

Con la inquietud reflejada en mi cara, asiento de nuevo.

—Sinceramente, no sé qué sucedió. Estaba caminando por la ciudad cuando

sentí que empezaba a dolerme la cabeza. Antes de que pudiera asimilar lo que estaba pasando, me dio fuerte... —Toma otro bocado y un sorbo antes de proseguir—. El caso es que no estoy seguro de cuánto rato pasé sentado en ese parque antes de que me encontraras. Solo recuerdo que intenté llegar a casa.

—Yo te habría ayudado. ¿Por qué no esperaste simplemente a que regresara? —Bajo la mirada a mi taza y bebo un poco. Cuando alzo la vista de nuevo, descubro que me observa.

—Me marché en cuanto fui capaz de andar de nuevo. —Hace una pausa, escrutando el aire en busca de algo que no veo, y me mira de nuevo a los ojos—. Lo siento. No recuerdo por qué te fuiste.

—Corrí hasta el café para conseguirte un poco de agua.

Asiente, con expresión de que empieza a recordar.

—Lo siento. No era mi intención dejarte plantado. No podía pensar con claridad. —Sacude la cabeza, como si quisiera ahuyentar de su mente el recuerdo de aquella noche.

Aunque nunca se me ha ido la cabeza hasta ese punto, entiendo que resulte desorientador.

—¿Y te has encontrado mal toda la semana?

—El dolor iba y venía. Pensaba ir al colegio el jueves, pero cuando desperté noté que me empezaba otro dolor de cabeza, y temí que volviera a pasarme lo mismo. Habría sido embarazoso desmayarme en mi segunda semana aquí. —Me sorprende enterarme de que le importa lo que pensemos—. Y ahora tengo un montón de deberes que hacer durante el fin de semana para ponerme al día. Cuando te has ido, una mujer del colegio ha venido a traerme todo el material.

—La señora Dawson.

—La esperaba a ella cuando has llegado tú. Supongo que por eso me ha sorprendido tanto verte.

—¿Sorprendido? —Arqueo una ceja—. ¿Es así como lo llamas?

Apoya el brazo sobre el respaldo del sofá.

—Siento mucho haberte echado.

Sonríe y se inclina hacia mí, y yo hago lo mismo de forma casi inconsciente.

—No pasa nada.

—Es que me dejaste... de una pieza.

—¿Te dejé de una pieza?

Baja la mirada, la sube de nuevo y me dedica una sonrisa tímida.

—Tenía un aspecto horrible. Una chica guapa llama a mi puerta, y yo estoy en chándal, oliendo fatal, y con pinta de no haber dormido en un mes. —No aparta sus ojos de los míos—. No debería haber sido tan grosero contigo.

—No le des más vueltas. —Sonríe.

—Gracias por no decírselo a Maggie. No quiero que se preocupe.

—Claro, es lógico. —Sigue mirándome fijamente, y dada la tensión que se

respira en el ambiente, me apresuro a cambiar de tema—. Tu abuela parece simpática —comento, y advierto que el rostro se le ilumina.

—Sí, es genial.

—¿Así que te has mudado desde San Francisco para vivir con ella?

—Temporalmente. Solo estaré aquí durante un mes, ¿sabes? Mientras mis padres están en Europa.

—Ah —digo. Agacho la cabeza mientras se me cae el alma a los pies—. No lo sabía. —Supongo que eso explica por qué no se ha molestado en hacer amigos.

—Sí, bueno... Tengo la impresión de que puedo contarte la verdad. ¿Eres capaz de guardar un secreto? —Cuando muevo afirmativamente la cabeza, continúa—. No es solo que mis padres estén de viaje.

—¿Ah, no? —Doy otro mordisco a mi *biscotto* y mastico. Espero que entienda que es una forma de animarlo a seguir hablando.

—Se suponía que yo debía ir con ellos, pero cometí un error —admite—. La pifíe de mala manera. Mis padres lo entienden, pero digamos que Evanston es el mejor lugar donde puedo estar ahora mismo. Cuidar de Maggie es mucho mejor que pasarme un mes con ellos... o en un reformatorio. —Por su sonrisa de oreja a oreja, intuyo que esto ha sido una broma.

—¿Y? —pregunto.

—¿Y qué?

—¿No vas a decirme qué hiciste para merecer estar en esta versión helada del infierno?

Sacude la cabeza y suelta una risita desenfadada.

—Créeme, es mejor que no lo sepas.

—Oh, vamos, no será tan terrible. No has matado a nadie. —Me interrumpo de golpe y poso los ojos en él—. ¿Verdad?

Remueve su taza, examinándola en busca de respuestas, como si dentro hubiera hojas de té en vez de posos de café.

—No, no he matado a nadie. Pero alguien... desapareció. Y fue por culpa mía.

Me viene a la memoria la imagen de él sentado en aquel banco helado del parque, meciéndose adelante y atrás, y balbuciendo que tenía que encontrar a alguien. Le cuento lo que oí y me dispongo a preguntarle a qué se refería, pero al fijarme en su cara algo me dice que no siga por ahí. Como el silencio se prolonga, lo presiono para que me proporcione más información.

—Eso no es un gran secreto. ¿En serio no piensas revelarme nada más?

—Por ahora. —Su expresión se alegra cuando pregunta—: Bueno, ¿cuánto tiempo llevas viviendo en Evanston?

Me quedo mirándolo.

—¿Quieres hablar de eso ahora? —pregunto.

—Quiero hablar de eso ahora —responde.

Decido dejarlo correr por el momento, pero le lanzo una mirada que deja claro que le queda mucho por explicarme. Suspiro.

—Toda la vida. Es la misma casa en la que se crio mi padre. La misma en la que se crio mi abuelo.

—Vaya. —Me mira con lo que en un principio me parece una expresión dulce y comprensiva; luego me percató de qué hay en realidad detrás de sus ojos: lástima. Como si yo fuera un hobbit que nunca ha salido de la Comarca.

—Sí. —Me siento insignificante—. Vaya.

Se inclina aún más hacia mí, salvando el poco espacio que quedaba entre nosotros, como si estuviera auténticamente interesado en la vida patéticamente sencilla que llevo.

—¿Alguna vez te has sentido... atrapada?

Me entran ganas de hablarle de mi mapa y mis planes para viajar por el mundo, pero cuando empiezo a formular las palabras en mi cabeza, me parecen tan lastimosas como su mirada. Sí, en este momento estoy atrapada, pero no lo estaré siempre. Por otro lado, en el fondo, siento que la realidad que me empeño en negar asoma a la superficie: por mucho que sueñe, lo más probable es que siga aquí cuando sea una anciana canosa y me dedique a mecarme y a tejer en mi porche cuando no esté en la librería que me pertenecerá y que atenderé con la ayuda de mis nietos, que me tomarán por una vieja chiflada por negarme a acercarme a la sección de viajes. La palabra «atrapada» se queda muy corta.

—Todos los días —digo.

—No me imagino lo que es pasar tanto tiempo en un mismo lugar. —Me echo hacia atrás, pero él apoya la cabeza en la mano y rellena el hueco que acabo de dejar—. He viajado por todas partes. He visto más de lo que la mayoría de la gente llega a ver a lo largo de su vida. —Esto no me hace sentir mejor. Seguramente él lo nota, porque de repente cambia el chip—. Pero tienes algo que yo nunca he tenido. —Su expresión se suaviza y adquiere un aspecto casi melancólico—. Raíces profundas. La historia de un lugar. Has visto crecer a los niños que conociste en el jardín de infancia. Aparte de mis padres y mi hermana, tengo la sensación de que todas las personas que conozco son, en cierto modo... —hace una pausa para buscar la palabra exacta— temporales.

Ahora me toca a mí mirarlo con lástima. Aunque conozco a Justin desde hace más tiempo que a mis otros amigos, me cuesta verlos como a seres temporales.

—No me digas que estudiarás en Northwestern. —Como no deja de sonreír, sigo hablando, como si me hubieran inyectado suero de la verdad.

—Por Dios, no. Al menos espero que no. Enviaré la solicitud, porque todo el mundo lo hace, pero te aseguro que es mi última opción. —Le hablo de mi afición a correr y de mis planes de conseguir una beca. Él parece estar pendiente de cada una de mis palabras, pero no tengo la más remota idea de por qué. Tiene los ojos muy abiertos, llenos de interés, y esta vez, cuando me viene a la mente

mi mapa, decido que puedo mencionárselo—. También tengo otro plan —digo—, uno sobre el que mis padres no saben nada.

Sonríe entusiasmado.

—¿También me revelarás un secreto?

—Sí, pero, a diferencia de ti, yo si te lo contaré todo —replico, lo que hace que su sonrisa se ensanche tanto que los ojos le quedan reducidos a pequeñas ranuras—. Estoy pensando en tomarme un año después de graduarme para viajar. Sé que iré a la universidad, pero creo que debería aprovechar la oportunidad que se me presentará cuando termine el bachillerato, ya sabes, para ver mundo. —Bajo la vista al sofá—. Claro que mis padres jamás darían su visto bueno a este plan.

—¿Por qué no viajas cuando acabes la universidad?

Es lógico que me haga esta pregunta. He visto dónde vive.

—Tendré que ponerme a trabajar de inmediato para pagar mis préstamos de estudiante —le explico—. Aunque me concedieran una beca de cross y ayuda financiera o lo que sea, no me lo pagarían todo. —Su sonrisa me alienta a continuar—. Supongo que me da miedo que, si no me voy pronto, nunca me iré, y es algo que simplemente... necesito hacer.

Mantiene los ojos clavados en mí. No logro adivinar qué está pensando.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Eres interesante. —Sus labios se curvan en una media sonrisa—. «Y guapa», quisiera añadir yo. «Antes has dicho que soy guapa». Ya intuía yo que eras interesante. —Me observa, y espero que no advierta que las mariposas empiezan a revolotear de nuevo en mi estómago.

Al sostenerle la mirada, caigo en la cuenta de que durante la última hora me he olvidado de los pequeños —y grandes— misterios que me han obsesionado durante las últimas dos semanas. La forma en que desapareció de la pista de atletismo aquel día y luego lo negó. Su extraña reacción la primera vez que oyó mi nombre. El estado en que se encontraba cuando me topé con él en el parque aquella noche. Incluso la visita surrealista a la casa de su abuela hace solo unas horas. No sé qué ha descubierto sobre mí que le resulte tan interesante, pero sé que yo estoy más fascinada de lo que debería por todo lo que ignoro sobre él. Solo quiero resolver este rompecabezas, pero las piezas más importantes no paran de caer al suelo, al revés y fuera de mi alcance.

Pero las dudas se borran de mi mente otra vez cuando él se inclina hacia delante y desliza lentamente el pulgar por el contorno de mi mandíbula hasta el mentón. Cierro los ojos mientras desplaza el dedo hacia mi boca y me roza el labio inferior, y noto que me acerco, como atraída por el campo gravitatorio que lo rodea. Hace ademán de besarme, y yo cierro los ojos de nuevo e inspiro brevemente, esperando el contacto de sus labios.

Pero el beso nunca llega. En vez de ello, noto que se detiene. Su aliento me

acaricia la mejilla, y la palabra «perdón» me llena el oído en un susurro.

—¿Por qué? —murmuro.

—Por esto —suspira—. Lo siento. No puedo...

—¿Y qué pasa con las aventuras intrépidas? —Espero que capte mi tono socarrón.

Siento su risa en el cuello y él suspira de nuevo.

—Me temo que ya estoy viviendo una. Una aventura diferente. —Me echo hacia atrás para mirarlo a los ojos, y me pregunto por qué parece triste. Me frota la mejilla suavemente con el pulgar y se aparta de mí.

Echa un vistazo a su reloj.

—Es tarde; tengo que regresar con Maggie. ¿Te acompaño a casa?

Me hundo en el sofá, confundida. Desalentada.

—No hace falta. Vivo a pocas calles de aquí.

—Me sentiría fatal si te pasara algo.

—¿Si desapareciera? —pregunto con sarcasmo—. Sí, por lo visto es el efecto que produces en la gente. —Estoy lo bastante cerca de él para ver que pone mala cara y luego adopta una expresión severa.

—Gracias. —Se aleja a toda prisa, lo que complace a la parte de mí que está molesta porque no me ha besado—. Vuelvo enseguida. —Se va en dirección al aseo, dejándome sola en el sofá, con ganas de darme cabezazos contra la pared.

—Bennett, lo siento mucho —digo en cuanto regresa—. Intentaba hacerme la graciosa.

Se agacha para recoger mi mochila del suelo.

—No pasa nada. No te preocupes.

Nos ponemos con dificultad nuestras abultadas chaquetas, pasamos en silencio entre los asientos y las mesas, y salimos a la calle. Caminamos el uno al lado del otro, pero hay una distancia visible entre nosotros. Apenas abrimos la boca a lo largo de tres manzanas, y no puedo evitar reparar en que el Bennett con el que me he pasado la última hora conversando no se parece en nada al que está acompañándome a casa.

—Es aquí —digo cuando llegamos frente a mi casa. Observo que Bennett alza la mirada hacia la construcción estilo American Craftsman, del siglo XIX, con su pintura amarilla descascarillada y el porche que la rodea por completo, su mayor atractivo exterior, o, en realidad, el único. Aunque la luz de la cocina está encendida, no se aprecia actividad dentro, y mis padres tardarán horas en volver.

—¿Te apetece...?

—No —me interrumpe con sequedad. Deja mi mochila en el suelo, a mis pies—. Oye, tienes razón... sobre lo que has dicho antes. —Su tono es más cordial, pero casi da la impresión de que lo está forzando.

—Oh, vamos. Estaba de broma. —Intento levantarle el ánimo, pero él se mete las manos en los bolsillos y se niega a mirarme. Aunque no creo que mi

comentario fuera tan insultante, ha bastado para impulsarlo a irse al baño y volver convertido en un chico totalmente distinto. El anterior estaba a punto de besarme. El de ahora se muere de ganas de marcharse.

—No sabes nada de mí.

Me acerco y le dedico una sonrisa coqueta, con la esperanza de traer de vuelta al Bennett de antes.

—Conozco dos de tus secretos. —El recuerdo del amago de beso en el café me infunde valor suficiente para extender los brazos y agarrarlo por las solapas de su abrigo de lana—. Eso tiene que servir para algo, ¿no?

Se me acerca como cuando estábamos en el sofá, pero esta vez tiene el rostro tenso y se detiene bastante más lejos de mis labios. Alza las manos y me sujeta las muñecas para apartarlas de sus solapas, y yo lo suelto por reflejo. Su expresión se torna aún más fría.

Me cuesta creer que mi comentario lo haya ofendido tanto.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Da un gran paso hacia atrás.

—Escucha: esto no volverá a ocurrir. ¿Me has entendido, Anna? Esto —repite, señalándome a mí y luego a sí mismo— no va a ocurrir esta vez.

—¡No tengo ni idea de qué me hablas! ¿A qué te refieres con « esta vez »?

—A nada. —Cruza los brazos sobre el pecho y clava los ojos en los míos—. Oye, pasaré dos semanas más aquí, y solo porque no me queda otro remedio. Luego me marcharé y jamás volverás a verme. Así que, por favor, sigue adelante con tu vida. —Gira sobre los talones y lo veo alejarse por la nieve.

Abril

Treinta y cinco días. Bennett lleva treinta y cinco días en la ciudad, lo que, según mi definición de mes de calendario, significa que hace cuatro o cinco días que debería haberse marchado. Sin embargo, cada día, cuando llego a clase de español, lo encuentro allí. Apenas hemos hablado desde aquella noche de hace tres semanas en que fuimos al café, y él nunca me mira; si nuestros ojos se encuentran por casualidad, me dirige una sonrisa superficial y yo desvío la vista. Pero sigo obsesionada con todo lo ocurrido aquella noche, y no logro entender cómo se las arregla para poner mi mundo patas arriba sin que cambie absolutamente nada.

—¡Os traigo noticias! —canturrea Argotta, con una sonrisa radiante y los brazos abiertos. Recorre la clase con la mirada, manteniéndonos a todos en vilo, y no despegamos la vista de él mientras regresa a su mesa y se sienta en el borde—. ¿Cuántos de vosotros habéis oído hablar de mi Desafío Anual de Viajes?

Algunos levantamos la mano.

—Bien —dice—. Pues este año, incluso vosotros os llevaréis una sorpresa. Y es que este año el premio será jugoso y emocionante. —Baja de la mesa de un salto y tira de una larga pestaña marcada con la palabra México. El mapa del país, gigante y codificado con colores, se desenrolla desde el techo—. Pero primero, os explicaré en qué consistirá vuestro trabajo. Cada uno de vosotros debe planear unas fabulosas vacaciones de dos semanas en México. Partiréis de nuestro bonito aeropuerto internacional O'Hare, pero podéis aterrizar donde queráis. A partir de ahí, debéis trazar un itinerario que os permita visitar el mayor número posible de destinos en México en catorce días. La persona que desarrolle el plan de viaje más lógico, interesante y económico ganará el desafío. —Se dirige hacia el frente del aula y se detiene—. ¿Os parece bien? —Veinte cabezas asientan a la vez—. Estupendo. Debéis entregar vuestros planes de viaje el lunes que viene. Tenéis una semana. —Nos da la espalda y borra la pizarra.

Todos guardamos silencio, mirándonos entre nosotros. Al final, Alex se aclara la garganta y alza la mano.

Argotta da media vuelta y echa los brazos hacia arriba.

—¡Oh, un momento! —Camina de un lado a otro, delante de la clase, con una gran sonrisa—. Me imagino —dice despacio, alargando cada palabra— que querréis saber cuál será el premio para el ganador, ¿no? —Se queda de pie, al frente de la sala, asintiendo y sonriendo mientras nosotros movemos la cabeza afirmativamente. Alex baja el brazo—. Claro, claro. —Argotta habla pausadamente para aumentar la tensión del ambiente—. Veréis: tengo un amigo que trabaja para una de las principales compañías aéreas. —Apuesto a que se ha

pasado la mañana ensayando esto frente al espejo del baño—. Le hablé a mi buen amigo de mi Desafío Anual de Viajes, y le ha parecido una idea tan buena que se ha encargado de que la compañía done un vale de viaje por quinientos dólares al ganador.

Todos nos volvemos hacia los lados e intercambiamos miradas. No puedo evitar posar los ojos en Bennett, que esboza una sonrisa obligatoria y aparta la vista hacia la ventana.

—Bueno, ¿qué os parece? —Argotta escruta nuestras caras—. ¿Hay alguien aquí que sabría aprovechar un vale por quinientos dólares?

Por supuesto, todos lo sabríamos aprovechar. Pero yo soy la única que cree que ese vale podría cambiarle la vida.

* * *

Me siento con las piernas cruzadas en la alfombra, frente al estante correspondiente a México, examino los lomos de los libros. La tienda está vacía y, dada la tormenta que ha durado toda la tarde, es probable que siga estándolo. Lo que me viene de perlas, pues tengo unas vacaciones que planear.

Retiro de la estantería la guía *Let's Go* de México y coloco otros tres volúmenes gruesos encima. Hojeo la Guía Verde Michelin de bolsillo y extraigo de ella un libro delgado que en realidad es un enorme mapa de carreteras desplegable. Al poco rato, he acumulado una buena pila de guías, cada una de las cuales resultará útil para mi investigación en al menos un aspecto. Cojo mi libreta de espiral y contemplo el montón. Entonces decido que necesito un café con leche.

Me pongo el abrigo, cuelgo en la puerta el letrero de volvemos dentro de diez minutos, salgo y echo el cerrojo. Aunque son solo las seis, fuera está oscuro como boca de lobo y, de no ser por el calendario, nadie sabría que debería estar creciendo hierba en el suelo y hojas en todas esas ramas peladas. Aunque faltan dos meses para las vacaciones de verano, está cayendo una nevada de aúpa. Otra vez.

Pido un café con leche para llevar, regreso a la librería, me siento de nuevo en la sección de viajes y me pongo a subdividir la pila de libros en montones más pequeños sobre la alfombra. Sé lo que quiero: una mezcla equilibrada de zonas arqueológicas y playas, donde pueda correr sobre arena y nadar en un mar de verdad. Trazo una línea vertical en el centro del papel y comienzo a elaborar mi lista.

La columna de la izquierda se llena enseguida de yacimientos arqueológicos: las ruinas mayas de Tulum, Chichén Itzá y Uxmal. La columna de la derecha resulta ser más problemática. En Cancún está el Gran Arrecife Maya, así que hay que agregarlo a la lista, pero no estoy segura de querer incluir destinos tan

conocidos como Los Cabos, Acapulco o Cozumel. Como todos ellos parecen sitios bonitos, los añado, con pequeños signos de interrogación en el margen.

El granizo repiquetea contra la ventana, y una de las ramas del roble gigante roza constantemente contra el vidrio. He dejado de sobresaltarme cada vez que oigo el chirrido, pero sigue poniéndome de los nervios. Intento abstraerme de ello y dejar que las pintorescas plazas de Mazatlán y los mercados al aire libre de alfarería y cerámica de Guadalajara me alejen de la nieve y el viento.

Pero cuando percibo el ruido de nuevo, me levanto, me asomo por detrás de la estantería y me acerco sigilosamente a la ventana. La ventisca sigue agitando violentamente el árbol, pero la rama que chirriaba contra el cristal ahora está rota, colgando mustia y silenciosa sobre la acera. Entonces oigo algo a mi espalda, y giro en redondo. Esta vez no procede de la calle, sino de la trastienda, y no es un sonido causado por la tormenta..., sino una voz. Conteniendo la respiración, aguzo el oído.

Me acerco al teléfono del mostrador con el corazón desbocado.

—¿Quién está ahí? —grito hacia la trastienda mientras descuelgo el auricular y marco el número de emergencias con manos trémulas. Me quedo totalmente inmóvil, escuchando y con la vista fija en la puerta trasera mientras espero a que alguien me coja el teléfono—. ¡Contesta! —susurro al micrófono.

De pronto, la puerta principal se abre con brusquedad y yo vuelvo la cabeza rápidamente en la dirección opuesta mientras las campanillas suenan sin su agradable tintineo habitual. Cuelgo el teléfono y me encamino hacia allí a toda prisa.

—¡Hola! —Tengo la voz temblorosa. Me llevo la mano al pecho, como si eso bastara para aplacar los latidos, e intento actuar con normalidad—. ¿En qué puedo ayudarle?

Él escudriña la tienda con la vista y luego mira hacia atrás, a la calle. Cuando me dispongo a pedirle que me acompañe a la trastienda para averiguar la causa del ruido que he oído antes, cierra la puerta con tal fuerza que las campanillas chocan contra el vidrio, y se baja el pasamontañas para taparse la cara. Acto seguido, echa el cerrojo.

—La pasta. —Su voz suena profunda tras la tela de lana, pero mi atención se centra en la navaja brillante que saca de sus vaqueros anchos—. Ya mismo.

Las extremidades me tiemblan tanto que me cuesta señalar el mostrador.

—Ahí. No está cerrada con llave. Llévase lo todo. —También me cuesta hablar.

Antes de que pueda alejarme más, me atrae hacia él, me pone la navaja contra el cuello y me empuja más allá de la caja registradora.

—¡La caja fuerte! —me grita al oído sujetándome con más fuerza.

—En la tras... —digo con voz vacilante, pero ciñéndome al plan que me explicó mi padre cuando empecé a trabajar aquí—. La combinación es nueve-

quince-treinta y tres. No tenemos alarma. No llamaré a la policía. Solo tiene que coger el dinero y marcharse.

Hago cálculos mentales. En la caja registradora hay unos cincuenta dólares, a lo sumo. La caja fuerte contiene una suma más próxima a los mil.

Me arrastra de vuelta hasta la caja registradora, abre el cajón y me suelta por un momento para tirar el dinero dentro de su bolsa. Me agarra de nuevo y me empuja hacia la trastienda, mientras yo mantengo la mirada baja intentando no pensar en el frío acero de la navaja ni en el modo en que jadea contra mi oreja.

—¡Camina!

Me viene una oleada de náuseas.

Supongo que por eso estoy teniendo visiones.

Entorno los ojos para enfocar mejor eso que se ha movido cerca de las estanterías. Estoy casi segura de haberlo visto, aunque sé que es imposible. La librería estaba vacía, y la puerta cerrada con llave.

Miro por encima de las baldas de libros con los párpados entrecerrados y vislumbro una mata de pelo negro que avanza hacia el pasillo. Yergo la cabeza para ver mejor, pero me detengo al notar la fría hoja contra la garganta. Cuando llegamos a la trastienda, el hombre me quita la navaja del cuello y me empuja hacia delante. Caigo al suelo con violencia, frente a la caja fuerte.

—Ábrela —me ordena. Hago girar la rueda de la combinación (a la derecha, a la izquierda, a la derecha) y tiro de la pesada manija hacia abajo. La puerta se abre del todo, y él me aparta de un empujón.

Entonces percibo de nuevo el movimiento, que surge despacio de las sombras y que solo resulta visible desde el ángulo en que me encuentro, y observo, asombrada, que Bennett se lleva el dedo a los labios. Aunque es imposible que los dos podamos reducir a un hombre armado con una navaja y una desesperación salvaje, mi primera sensación es de alivio.

Se aparta de mi línea de visión directa, pero aún alcanzo a verlo con el rabillo del ojo, acercándose con sigilo. Me quedo callada y quieta.

Aunque el ladrón está distraído con el contenido de la caja fuerte, ocurren tres cosas, de forma tan rápida y seguida que parecen casi simultáneas. Bennett desaparece por completo, y de repente advierto que está arrodillado en el suelo, junto a mí. Me toma de las manos y cierra los ojos. Seguramente yo sigo su ejemplo, porque cuando los abro, la librería se ha esfumado, al igual que el atracador con su navaja. Bennett y yo estamos en exactamente la misma posición —él de rodillas, yo sentada, aferrándome aún a sus manos—, pero ahora nos encontramos junto a un árbol del parque de la vuelta de la esquina, azotados por el viento y la nieve.

Bennett me suelta las manos, me sujeta el rostro y me habla. Aunque entiendo las palabras, oigo su voz muy lejana, como apagada.

—Todo está bien, Anna. Respira y no hables. Préstame atención y haz lo que voy a decirte. Ya te lo explicaré todo, pero, por el momento, escúchame bien.

Asiento con los ojos desorbitados e inexpresivos.

—En primer lugar, necesito que corras hasta el café. Pídemelo un expreso y dos vasos grandes de agua del grifo sin hielo, siéntate y espérame. —Me mira a los ojos—. Puedes hacerlo, Anna. Te necesito. ¿Confías en mí?

Asiento de nuevo.

—Bien, pues corre. No hables con nadie, solo pide el café y el agua y siéntate.

Doy media vuelta y corro hacia el café.

Tiemblo tanto que apenas consigo pronunciar las palabras, pero el camarero de la barra se muestra amable y se ofrece a llevarme las bebidas hasta una mesa. Lo guío hasta el sofá situado junto a la ventana y me desplomo.

Las sirenas suenan cada vez más fuerte, hasta que dos coches patrulla frenan con un patinazo delante de la librería. Aunque no alcanzo a distinguir gran cosa desde aquí, veo que alumbran el edificio con sus faros, y que los policías desenfundan sus armas y se acercan con sigilo a la puerta. Los pierdo de vista enseguida y apoyo la frente en el cristal para intentar enterarme de qué está sucediendo. Mientras aguardo a que reaparezcan, noto un peso junto a mí.

Bennett se dobla hacia delante, con los codos sobre las rodillas y la cabeza apretada entre sus dedos. Suelta un quejido leve entre jadeos profundos y anhelosos, como aquella noche en el parque.

Sin pararme a pensarlo esta vez, le froto la espalda.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Agua...

Dejo una mano en su espalda y le paso el vaso de agua con la otra. Levanta la cabeza y lo vacía con tres tragos ávidos.

—Más...

Después del segundo vaso, su respiración se vuelve más regular.

Alza la vista y sonríe.

—Ve que sigues aquí. —Alarga la mano hacia la tacita de expreso y apura el líquido caliente. Yo lo contemplo, deseando decir algo, pero incapaz de hacerlo, pues cada vez que aspiro un poco de aire, mi cuerpo lo expulsa en el acto. Intento respirar hondo, para ralentizar el pulso y conseguir que mis extremidades dejen de temblar, pero mis pulmones se niegan a cooperar. « ¿Qué

demonios ha pasado?» .

No caigo en la cuenta de que estoy mirándolo fijamente hasta que agita los dedos frente a mi cara.

—Has sufrido un *shock* —dice. Sostiene en alto uno de los vasos vacíos, le hace un gesto al camarero y me señala—. Bébete esto —me indica. Sujeto el vaso con ambas manos, pues no confío en que uno solo de mis brazos temblorosos consiga realizar una tarea tan complicada como llevar un vaso hasta mis labios. Bennett habla con una respiración acompasada—. Necesito que me escuches, Anna. Dentro de un par de minutos tenemos que ir a hablar con la policía. Sin duda han llamado a tus padres, y estoy seguro de que estarán buscándote. —Me aferra por los hombros y me hace volverme de cara a él—. Te prometo que te lo explicaré todo, pero por el momento necesito que te ciñas a una historia. ¿Podrás hacerlo?

Me termino el agua y muevo la cabeza afirmativamente.

—Bien. Cuenta la primera parte tal como ha sucedido: el hombre ha irrumpido en la librería y te ha obligado a abrir la caja fuerte. Pero luego dí lo siguiente: cuando estaba distraído, has aprovechado la oportunidad para salir corriendo al callejón por la puerta trasera. Allí te has encontrado conmigo, y yo me he parado a ayudarte. Hemos esperado más lejos, en la calle, y hemos regresado en cuanto hemos visto que la policía llegaba. —Me alza la barbilla—. ¿Podrás hacerlo?

Yo asiento otra vez, con los ojos muy abiertos.

—No te preocupes, ya hablaré yo. Tú simplemente confirma mi versión. —Al parecer no puedo hacer otra cosa que asentir.

Nos acercamos a la ventana para echar un vistazo a los dos últimos coches de policía que aún están aparcados fuera, con sus luces giratorias. En la librería, me quedo de pie, callada, mientras Bennett explica lo ocurrido. El agente anota en su libreta con tapas de piel cada detalle sobre la entrada del ladrón y mi huida por la puerta trasera. Yo escucho, sin dejar de asentir, pero sé que Bennett miente, pues soy perfectamente consciente de lo que ha pasado. Estoy segura de que no me he topado con él en el callejón. «¿Cómo ha entrado en la tienda? ¿Cómo hemos salido?» .

El policía repasa sus notas.

—Quedaos aquí —dice—. Vuelvo enseguida.

—Agente —digo, y me sorprende oír mi propia voz—. ¿Lo han atrapado?

—Sí. Lo pillamos porque tenía problemas para forzar la cerradura de la puerta de atrás. Por lo visto, algunos están desesperados por culpa de este invierno tan largo. Pero no te preocupes, este no irá a ningún sitio durante una buena temporada. —Se vuelve de nuevo para marcharse.

—Agente —repito, y me mira otra vez—. ¿Cómo es que han llegado aquí a tiempo? —Bennett me rodea los hombros con el brazo y me da un apretón suave

mientras el poli pasa las páginas de su libreta.

—Al parecer hemos recibido una denuncia anónima. Alguien ha llamado para comunicarnos que se estaba cometiendo un atraco. —Levanta la mirada con una sonrisa de complicidad—. Un vecino debe de haberlo visto colarse en la librería. Tiene usted un ángel de la guarda, señorita.

Mi padre irrumpe por la puerta, con mamá a la zaga. Sin duda Bennett se ha apartado de mi lado, pues de pronto hay espacio suficiente para que los dos se coloquen junto a mí y me estrechen entre dos pares de brazos que conozco bien.

—Anna... —dice mi madre, histérica, acariciándome el pelo y deteniéndose de vez en cuando para darme besos en la frente.

—Lo siento mucho —susurra papá una y otra vez mientras nos frota la espalda a las dos.

Cuando oímos que el policía carraspea, todos lo miramos.

—Disculpen. Siento interrumpir, pero necesito que su hija y usted me acompañen a comisaría para presentar la denuncia. —La comisaría es el último lugar al que tengo ganas de ir. Lo que quiero es una taza de café caliente y una hora a solas con Bennett.

—¿Nos dais un momento antes? —le pregunto a papá, señalando a Bennett. Mis padres no habían reparado en su presencia, pero ahora no le quitan la vista de encima.

—Hola, señor y señora Greene. —Tiende la mano a mi padre y luego a mi madre—. Me llamo Bennett Cooper.

—Bennett es... un amigo. Del colegio. Ha estado echándome una mano desde... —Me quedo sin habla cuando veo que a mi madre se le crispa el rostro. Sin embargo, parece tranquilizarse cuando le miento sobre los detalles tal como me ha indicado Bennett.

—Pues muchas gracias, Bennett. —Le estrecha la mano mientras me ciñe con el otro brazo, y sus ojos se desplazan rápidamente entre él y yo—. No entiendo qué hacías paseando por ahí durante una tormenta de nieve, pero supongo que ha sido una feliz casualidad. —Me mira de reojo y arquea las cejas. Yo me limito a encogerme de hombros.

—¿Podemos? —le pregunto de nuevo a papá.

—Cinco minutos —responde él tras consultar su reloj.

Guío a Bennett a la sección de autoayuda y por fin volvemos a estar solos, aunque solo durante unos minutos.

—En fin... —Fijo los ojos en él, con expresión seria—. ¿Así que este es tu gran secreto?

—Sí. —Se ríe entre dientes—. Poco más o menos. —Extiende los brazos y toma mis manos entre las suyas. Las noto cálidas y suaves al tacto—. Tengo muchas cosas que contarte.

—Bien.

—¿Estás segura de que quieres oírlas?

Hago un gesto afirmativo.

—¿Crees que puedes arreglártelas para no ir al colegio mañana?

Echo una ojeada a mi reloj. Aunque solo son las ocho y media, tengo la sensación de que falta poco para la medianoche. Quizá llegue a casa a esa hora después de ir a la comisaría.

—Supongo que a mis padres no les parecerá mal, dadas las circunstancias.

—Me pasaré por tu casa a las diez de la mañana. Iremos a algún sitio donde podamos hablar.

Le escruto el rostro en busca de respuestas que no quiero esperar a mañana para oír.

Se inclina hacia mí.

—¿Te da miedo lo que soy capaz de hacer?—susurra.

Paseo la mirada por la habitación, la poso en la policía y en mis padres, y me vuelvo de nuevo hacia Bennett. No tengo miedo, aunque sospecho que debería. Ahora mismo, simplemente me alegro de estar viva y de ver que las piezas del rompecabezas que Bennett ha sido para mí desde el día que lo conocí empiezan a encajar por fin y a formar una imagen que quizá llegue a entender algún día.

—No —digo—. En absoluto.

Aunque mi cuarto continúa a oscuras, algo me dice que ya es de día. Doy una vuelta en la cama, me desperezo y echo un vistazo a la radio despertador digital de mi mesita de noche. Las nueve y cuarto. No recuerdo cuándo fue la última vez que me desperté más tarde de las siete, sobre todo en un día de clase.

De pronto todo lo que sucedió anoche me viene a la memoria, y caigo en la cuenta de que Bennett llegará dentro de cuarenta y cinco minutos.

Me levanto de un salto, me pongo el chándal y bajo las escaleras a toda prisa. No he probado bocado desde el almuerzo de ayer, lo que explica por qué estoy muerta de hambre. Encuentro una nota en la encimera, junto a la tostadora:

A.:

Me alegra que te hayas quedado durmiendo. Papá está en la librería, y yo en el trabajo. Llama si necesitas cualquier cosa. Los dos volveremos a casa hacia las cinco. Relájate. Y, por favor, nada de correr hoy.

Besos,

Mamá.

Saco un tazón del armario y lo lleno hasta el tope de cereales. Como tan deprisa que apenas saboreo los bocados, pero los Corn Flakes con leche llenan el incómodo vacío de mi estómago. De improviso, empiezo a sentir náuseas de nuevo. Me pusieron una navaja contra el cuello. Estaba en peligro y, al momento siguiente, ya no lo estaba.

Bennett puede desaparecer. Y reaparecer. Puede hacer que otras personas desaparezcan y reaparezcan. Tiene un talento secreto, soy la única que lo sabe, y hoy me contará todo sobre ello.

Me ducho y me lavo el cabello, y, mientras me seco, echo mano del aceite corporal que huele a vainilla y me deja la piel suave. Me aplico un poco de rimel y de brillo de labios, y corro a mi armario para buscar algo que ponerme.

Cuando suena el timbre, bajo volando las escaleras y aterrizo con un golpe sordo en el vestíbulo. Respiro hondo y abro la puerta de un tirón.

—Hola. —Estoy más que aturdida.

—Hola. —Parece desconcertado—. Caray, pareces... incluso... emocionada de verme. No habrás olvidado lo que pasó anoche, ¿verdad?

Le sonrío.

—Me salvaste la vida. Y hoy voy a enterarme de cómo lo hiciste. —Sigue pareciendo desconcertado—. Porque vas a contarme cómo lo hiciste, ¿no?

Enarca las cejas.

—¿Tengo que contártelo en el porche?

—No. Ostras, perdona. Pasa. —Retrocedo para franquearle el paso y cierro la puerta mientras él me mira con una sonrisa de alivio. Cuelgo su abrigo en la percha y él me sigue hasta la cocina—. ¿Un café? —pregunto, pero empiezo a servirle uno sin esperar respuesta. Le entrego una taza extragrande con una imagen del arco de Northwestern en un lado, y nos sentamos cara a cara en los taburetes de la cocina. Se impone el silencio mientras él toma sorbos de su café y yo lo observo, encaramada en mi asiento y preparada para que se esfume de nuevo en cualquier momento. Aunque no parece querer irse a ningún sitio, lo noto un poco aterrado.

—¿Estás bien? —Sostengo mi taza de café entre las manos, pero aún no lo he probado, por lo que no es la cafeína lo que me tiene inquieta, como una moto.

—Sí. —Se remueve en el taburete y juguetea nerviosamente con el asa de su taza—. Lo que pasa es que no sé muy bien por dónde empezar.

Le dirijo una mirada alentadora.

—Empieza por el principio.

—Tienes que saber que eres, literalmente, la primera persona a quien se lo cuento. —Hace una pausa y clava los ojos en mí, como esperando una reacción—. Mis padres lo saben, mi hermana lo sabe, pero nunca les he hablado de ello. Más bien se enteraron por casualidad. Pero sois los únicos que lo sabéis: mi familia, y ahora tú. —Asiento con la cabeza para que prosiga—. Para serte sincero, no tenía ninguna intención de decírselo a nadie más. Si no hubiera ocurrido lo de anoche...

Ya entiendo. Apenas me conoce, y seguramente hay un montón de personas con quienes preferiría compartir su valioso secreto. Pero no pienso ahorrarle el mal trago. No puedo. Ahora no.

—Puedes fiarte de mí. Es tu secreto, no el mío. No se lo revelaré a nadie.

—Gracias —farfulla y se queda callado de nuevo—. El caso es que... no te imaginas lo gordo que es esto. No quiero que alucines.

Me acodo en la encimera de la cocina y lo miro.

—Te prometo que no alucinaré. —Entorna los párpados, como para dar a entender que no debería prometer eso—. Haré lo posible por no alucinar —me corrijo.

Se inclina hacia delante, con los codos sobre la encimera. Esos ojos de color azul grisáceo son arrebatadores, sobre todo en contraste con su tez y su pelambreira. Está adorable así, todo nervioso e intranquilo.

—Oye, Anna. Esto... —dice, gesticulando hacia sí y hacia mí como hizo en la calle aquella noche en que estuvo a punto de besarme en el café—. Esto es una idea pésima.

—Probablemente —convengo.

Se ríe y sacude la cabeza, como reprendiéndose por haber cedido ante mí.

—Te propongo un trato. Cuando te lo haya explicado todo, tú decidirás qué pensar al respecto, y, si es demasiado para ti, te aseguro que lo entenderé. Yo volveré a ser el bicho raro que se irá pronto, y tú podrás seguir adelante con tus amigos y con tu vida.

—¿O?

—O... te parecerá muy interesante. Y quizás un poco emocionante. Y de algún modo eso compensará el hecho de que soy un monstruo de la naturaleza.

—No eres un monstruo. Además, ya he visto lo que eres capaz de hacer, Bennett, y es increíble. Si no me asusté por eso, dudo mucho que puedas hacer o decir otra cosa que cambie lo que siento por ti. —Maldición. No debería haber dicho esto último. Me echo hacia atrás para estudiar su expresión.

Sin embargo, él no parece disgustado, y creo que incluso está complacido.

—Me alegra oír eso. Pero solo conoces una parte.

Suelto una carcajada histérica.

—¿Cuánto más hay?

—Algo más. —Me mira fijamente. Se aparta de la encimera ayudándose con las manos y se pone de pie. Se acerca a la cafetera con la taza, se sirve café y añade dos cubitos de la máquina de hielo que hay en la puerta del congelador —. ¿Dónde guardáis los vasos para el agua? —Tiene una actitud enérgica, como la de un vendedor que se prepara para hacer una demostración de un producto de limpieza nuevo y milagroso.

—En aquel armario —señalo—, a la izquierda de la pila.

Saca dos vasos iguales y los llena de agua fría del grifo. Los deposita junto con la taza sobre la encimera y la rodea para sentarse de nuevo en el taburete.

—Vale. —Respira hondo—. Quiero que te quedes ahí sentada y observes. Voy a irme, pero regresaré dentro de un minuto. —Consulta su reloj—. ¿Estás lista?

—Sí. —Muevo la cabeza afirmativamente, intentando disimular la preocupación.

Posa la vista en mí por un momento y sonríe. Luego cierra los ojos. Veo que se vuelve transparente —vislumbro la foto de la pared en la que salgo yo con mis padres tras su figura traslúcida—, y permanece así por una fracción de segundo antes de desaparecer. En el taburete no hay nadie. Camino en torno a la encimera hasta su lado y toco la superficie.

Pues sí. No queda ni rastro de él.

Noto que mi respiración se acelera mientras aguardo durante lo que parece más de un minuto, sin apartar la vista del taburete, y de pronto él está ahí otra vez. Exactamente en el mismo sitio. Opaco y sólido, como se supone que debe ser. Como si nada hubiera pasado. Pero algo ha pasado.

Se bebe los dos vasos de agua con avidez y luego se toma el café de un trago.

—¿Necesitas algo?

Él niega con la cabeza, contemplando las baldosas.

—¿Adónde has ido?

—A mi habitación. He contado hasta sesenta y he vuelto. —Alza la cara y me mira con expresión vacilante mientras examina mi reacción.

—¿Para qué son el agua y el café? —Recuerdo lo específicas que fueron sus instrucciones sobre lo que debía pedirle anoche en la cafetería, así como las botellas de agua y las tazas de café que vi desperdigadas por su habitación la noche que lo visité sin ser invitada.

—Me deshidrato cuando viajo, y la cafeína me alivia la migraña. No suele dolerme el viaje de ida a un lugar. Es la vuelta lo que me mata.

—Como aquella noche en el parque.

—Exacto.

—Vale, así que sabes desaparecer y reaparecer. ¿Eso es todo?

—Dicho así, suena como si fuera un mago de tercera. —Se ríe—. ¿No te parece suficiente?

—Por supuesto —contesto, nerviosa—. Me refería a que...

—Te estoy tomando el pelo. —Se pone serio de nuevo—. De hecho, eso es solo lo primero.

—¿Lo primero?

—Sí. Tal como te he dicho, hay más secretos.

Fijo los ojos en él.

—¿Cuántos más?

—Dos. —Se encoge de hombros—. Dos secretos más.

—Un momento —digo—. ¿Tu habilidad para desaparecer no es más que el primero de tres secretos?

Asiente.

—Te lo he dicho. No te lo explicaré todo hoy, pero te contaré... mucho.

—¿Qué? ¿No me crees capaz de soportarlo? —El corazón empieza a latirme a toda velocidad mientras cavilo sobre mi propia pregunta. O tal vez sea solo porque el rostro de Bennett está muy cerca del mío.

—Si hay alguien capaz de soportarlo, esa eres tú. Pero aún te queda mucha información por asimilar. —Me echa una mirada como esperando a que yo le replique, y en realidad me lo estoy planteando—. Mira, hoy te explicaré cómo te saqué de la librería anoche. Y más adelante te contaré lo demás. Confía en mí si te digo que es mejor avanzar paso a paso, ¿de acuerdo?

Parece muy decidido. Seguramente discutir con él sería inútil.

—De acuerdo. —Enderezo la espalda en mi asiento y le presto toda mi atención, lo que no supone el menor esfuerzo para mí—. Estoy lista. Empieza por el principio.

Bennett imita mi postura, poniéndose derecho en su taburete, como si hubiéramos descubierto un remedio para semejante grado de nerviosismo. Respira hondo un par de veces para prepararse e inicia su relato.

—Una noche, cuando tenía diez años, estaba en la cama leyendo un libro sobre la mitología griega (de niño me molaban mucho los dioses y las leyendas), y pensé lo guay que sería poder conocer ese mundo. Entonces me incorporé, vestido con mi pijama de *La guerra de las galaxias*, e intenté «esforzar mi voluntad» para viajar allí. Cerré los ojos, me imaginé la Grecia antigua y repetí la fecha una y otra vez. Y..., bueno, nada ocurrió. Pero entonces me puse a pensar cuál era la segunda mejor opción y empecé a visualizar en mi mente los estantes repletos de libros sobre mitología en la biblioteca de mi escuela. Así que cerré los ojos, evoqué una imagen de la biblioteca y me concentré. De pronto sentí frío, mucho más del que hacía en mi habitación, y cuando abrí los ojos estaba de pie frente a una estantería de metal. Casi me da un patatús. Estaba oscuro, no había nadie, así que eché a correr hacia las grandes puertas metálicas que daban al exterior. Pero me detuve. Me esforcé por tranquilizarme. Cerré los ojos, me imaginé mi habitación y me concentré. Cuando los abrí, había vuelto a casa.

Coge su café y bebe un sorbo, mientras yo permanezco sentada, pendiente de cada palabra, observando cómo frunce los labios contra el borde de la taza y cómo se relame para limpiarse los restos.

Deja su taza sobre la encimera, y yo me obligo a apartar la vista de su boca para posarla en sus ojos.

—Un momento. ¿De verdad fuiste a tu escuela, en plena noche?

Hace un gesto afirmativo.

—Lo hice varias veces más aquella semana, sin alejarme mucho de casa; iba al parque, al cine, a la tienda de comestibles. Me quedaba cerca de un minuto, no más. Con el tiempo, empecé a interactuar con la gente para asegurarme de que pudieran verme y oírme, y así era. Yo estaba allí de verdad.

—¿Qué hay de las migrañas? —pregunto.

—Al principio no me daban. Los viajes no resultaban dolorosos en absoluto. Mi mayor problema en ese entonces era que no tenía idea de cómo contárselo a mis padres. Me aterraba que me llevaran al médico o a un hospital psiquiátrico.

No me imagino ocultando un secreto así a mis padres con dieciséis años, mucho menos con diez.

—Cuando tenía doce años, decidí averiguar qué me pasaba cuando me marchaba. Coloqué nuestra videocámara en un trípode, pulsé el botón de grabar y me concentré en un asiento de las últimas filas del cine que había en la misma calle. Me quedé ahí sentado, esperé a que el cronómetro marcara exactamente diez minutos y regresé. En el video yo salgo sentado en mi habitación con los ojos cerrados; luego desaparezco y la cámara se queda grabando una silla

desocupada. Al cabo de diez minutos, aparezo de nuevo. —Se interrumpo, me mira y continúa—. Unas semanas después, mis padres se enteraron. Mi madre despertó en plena noche y encontró mi cama vacía. Registró toda la casa y, como yo no estaba por ninguna parte, decidió llamar a la policía. Ya había marcado el número cuando yo me materialicé ante sus ojos. Le pegué un susto tremendo. —Sonríe al recordarlo—. Se lo expliqué todo aquella noche. Les mostré el vídeo. —Hace otra pausa—. ¿Cómo lo llevas?

—Me estoy haciendo a la idea. —Al menos, eso creo. Me percató de que estoy asintiendo, así que debo de comprenderlo a un nivel inconsciente—. ¿Y qué hicieron tus padres cuando se enteraron?

Hace girar los hombros hacia atrás y sacude ligeramente los brazos.

—Mi madre se puso histérica. Aún no se ha recuperado. Quiere que vaya a que me examinen médicos y psiquiatras, cualquiera que pueda «curarme», aunque no tengo permitido explicarles mi «enfermedad». En cambio, mi padre... A mi padre le encanta. Cree que podría convertirme en una especie de superhéroe de cómic o algo así. Como ve que tengo un control total sobre mi poder, no está preocupado, pero se ha puesto un poco pesado. —Baja la mirada a la encimera—. El caso es que mis padres tienen puntos de vista distintos respecto al asunto, así que cuando no están discutiendo conmigo sobre mi «don», discuten entre ellos.

Siento pena por él.

—Anoche me salvaste la vida. Díselo a tus padres.

—Lo de anoche fue divertido. —El entusiasmo le ilumina la cara—. Siempre me había preocupado lo que pasaría si realizaba varios saltos consecutivos, pero anoche hice un montón seguidos, y solo me dio dolor de cabeza al final de todo. Empiezo a sospechar que tiene algo que ver con la adrenalina... —Se queda callado de golpe—. Pero fue una estupidez. Si la migraña me hubiera venido cuando me trasladé de la estantería a tu lado, el tipo podría haberte matado.

—Pero no fue eso lo que pasó.

Cierra los párpados con fuerza, los abre y me mira.

—No pensé antes de actuar, Anna —se lamenta con pesar sincero—. Simplemente vi que estabas en un apuro y reaccioné. No puedo hacer eso. Tengo que planearlo y calcularlo todo para no... meter la pata.

Le sonrío de oreja a oreja.

—Bueno, si no te importa, seguiré estándote agradecida de todos modos.

Me devuelve la sonrisa y me observa, aunque no estoy segura de qué es lo que busca.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Qué te parece si continuamos esta conversación en algún otro lado?

—¿De verdad quieres salir ahí? —Señalo la nieve y el granizo que caen copiosamente al otro lado de la ventana, añadiendo más centímetros a la gruesa

capa que cubre el césped desde la tormenta de anoche. El camino de acceso ha desaparecido por completo.

—En realidad estaba pensando en un sitio más cálido. Un sitio... tropical. — Mi expresión debe de reflejar mi perplejidad, pues él pregunta directamente—: ¿Te apetece probarlo?

—¿Puedo ir contigo? —Supongo que debería haber atado cabos antes; incluso mientras digo esto me percató de lo boba que parezco.

Él asiente y una gran sonrisa se despliega en su rostro.

—Si te parece demasiado pronto, lo entenderé.

—No, no... Solo estoy... —tartamudeo—. ¿Me dolerá?

—A mi hermana le provoca dolor de estómago. Mi madre nunca lo ha probado, pero a mi padre no le produce ningún efecto secundario. En rigor, tú y eres la tercera persona que ha viajado conmigo. —Me viene a la memoria lo sucedido anoche en el parque, y recuerdo que se me revolvió un poco el estómago, pero no quiero que cambie de idea, así que no le hablo de ello—. Será todo un experimento.

—Sobreviviré. Creo. —Se me escapa una risotada nerviosa—. ¿Cuánto tiempo estaré fuera? ¿Qué pasa si mi padre se presenta en casa?

Bennett me explica que tiene la intención de hacernos volver a este punto exacto, solo un minuto después de marcharnos.

—Pero mientras no estemos —añade—, aquí el tiempo transcurrirá con normalidad para todos. Quizá sea mejor que llames a tu padre, para que no se preocupe si llega a casa antes que nosotros. —Aunque no estoy segura de haberlo entendido del todo, marco el teléfono de la librería, le aseguro a mi padre que estoy despierta y me siento bien, lo que parece tranquilizarlo. Mientras hablo, veo que Bennett se afana por la cocina, llenando tazas de café y vasos de agua.

—¿Lista? —pregunta cuando cuelgo el auricular. Yo sonrío y muevo la cabeza afirmativamente, más que nada para convencerme a mí misma de que lo estoy. Bennett se acerca a la ventana de la cocina frente a la que yo estoy de pie, y me toma de las manos. Las suyas irradian calor y fuerza, y por algún motivo inexplicable tengo la impresión de estar a salvo, pese a que el terror se ha apoderado de mí.

—Cierra los ojos —me indica, y así lo hago, sonriendo segundos antes de que se me contraiga el estómago.

Siento como si alguien me retorciera los intestinos y los masajeara por dentro, y aunque no resulta doloroso, tampoco es agradable. Justo cuando empiezo a notar náuseas, una luz brillante que me atraviesa los párpados me obliga a apretarlos con más fuerza. Entonces percibo una brisa cálida que me sopla en el rostro y que me aparta el cabello de la frente.

Bennett me da un apretón en las manos.

—Ya puedes abrir los ojos. Hemos llegado.

Estamos exactamente en la misma posición que en la cocina, de pie, el uno frente al otro, y tomados de las manos. Sin embargo, cuando bajo la mirada, veo que estoy pisando arena.

Achicando los ojos por el sol, dirijo la vista hacia el agua azul verdosa que se extiende hasta donde alcanza la vista, detrás de él. Es una cala pequeña; resulta visible en toda su extensión en ambas direcciones. Unas rocas gigantescas contienen las aguas serenas y color turquesa de la bahía hasta donde se encuentran con las del océano, y unas peñas altas e irregulares se elevan hacia el cielo, como sujetalibros que aprisionan firmemente la arena blanca entre ellas. Me vuelvo hacia atrás; allí no hay más que una densa maraña de árboles. No hay nadie a la vista. Por ninguna parte.

Bennett me observa. Aún me sujeta las manos, por fortuna, pues estoy casi segura de que he dejado de respirar.

—Lo sé, es un tópico manido: una playa solitaria en una isla desierta... —Se interrumpe y me mira—. Anna, ¿te encuentras bien?

Soy incapaz de apartar los ojos del paisaje. No puede ser real.

—¿Dónde estamos? —Sin duda le he soltado las manos, porque ahora me alejo de él, como si una fuerza invisible me atrajera hacia el agua.

Su voz me sigue.

—Es uno de mis lugares preferidos de todo el mundo... Ko Tao. Una isla diminuta de Tailandia. Solo se puede llegar por mar, y no hay embarcadero. De hecho, la gente tiene que caminar por el agua hasta...

—Anda ya. —Me detengo y doy media vuelta de cara a él—. ¿Estamos en Tailandia? ¿Justo en este momento... estamos en Tailandia?

—Bienvenida a Tailandia. —Sonríe y abre los brazos.

—Estoy en Tailandia. —Tal vez la repetición me ayude a asumirlo.

Mis pies se desplazan hacia el agua, que se extiende centelleante y cristalina ante mí. Es como un espejismo de dibujos animados, que ofrece un aspecto hermoso y refrescante hasta que uno de los personajes se inclina hacia delante con incredulidad, y en el instante en que lo toca con el dedo desaparece sin dejar rastro. Estoy tan preparada para presenciar un fenómeno así que, cuando me arrodillo, sumerjo la mano en el mar y noto la humedad, me llevo una sorpresa.

Percibo la mirada de Bennett sobre mí mientras giro en redondo, despacio, contemplando cada centímetro cuadrado de esta isla, cada palmera, cada piedra, cada ola, cada valva. Soy consciente de la expresión que me asoma a la cara. Tengo los ojos desorbitados, la boca abierta y la frente arrugada. Supongo que estoy ridícula, hasta que miro a Bennett. Sonríe maravillado, como si el

asombrado fuera él. Cierro los ojos y aspiro... todo.

—¿Estás bien?

Respondo afirmativamente con la cabeza.

—Bien. Vamos. —Bennett me toma de la mano y caminamos juntos por la playa. El agua nos pasa por encima de los pies antes de retroceder de nuevo, y avanzamos pisando la arena mojada hasta que dejamos atrás las rocas gigantescas. Bennett me guía cuesta arriba hasta una zona aislada que está seca y caliente, y yo me quito el jersey de manera que lo único que se interpone entre mi piel y la arena ardiente es mi camiseta. Me tumbo boca arriba y me derrito.

—Aquí se está mucho mejor que en mi cocina —digo al cielo, y luego me vuelvo hacia Bennett.

Está recostado en el suelo, apoyado en un codo y observándome con una sonrisa de satisfacción. Me coloco de costado, reflejando su pose. Los dos tenemos una mano ocupada sosteniéndonos la cabeza, pero al parecer ninguno de los dos sabe qué hacer con la otra. No sé si es por el calor que irradia la arena o por lo irresistible que está con su camiseta delgada y sus vaqueros, pero tengo ganas de extender el brazo hacia él y descansar mi mano libre sobre la pequeña porción de piel que asoma entre ambas prendas. Me imagino que me atrae hacia sí para besarme y que rodamos juntos sobre la arena como si nos encontráramos de pronto en una sesión de fotos para el anuncio hortera de alguna colonia de marca. Pero entonces me viene a la memoria la noche en que me acompañó a casa después de tomar café y yo reuní el valor para agarrarlo por las solapas de su abrigo. Acabé sola en la nieve, sintiéndome rechazada. Como no me atrevo a tocarlo, me pongo a trazar círculos pequeños en la arena con el dedo.

—Vaya... —digo—. Así que Tailandia.

Me dedica una sonrisa que rezuma seguridad en sí mismo.

Lo contemplo por un momento, preguntándome por qué estaba tan preocupado respecto a traerme aquí. ¿Quién no querría participar aunque solo sea un poco en algo tan imposible, tan mágico?

—No lo entiendo. ¿Cuál es la parte negativa?

Me sonrío de un modo que parece indicar que he cumplido el requisito para pasar al nivel siguiente, como si tuviera una lista en la mente con una casilla en blanco junto a las palabras: « Ser teleportada a una isla desierta sin perder los papeles » . Prueba superada.

Pero sé que aún le quedan secretos por contarme. Dos más, concretamente. Seguramente debería quedarme aquí tendida, disfrutando la vista sin comerme el coco, pero no puedo. Necesito respuestas.

—¿Cómo supiste anoche que necesitaba ayuda?

—No lo sabía. Estaba allí porque quería comprar un libro sobre México, para la redacción sobre viajes que nos pidió Argotta.

Aunque estoy confundida respecto a buena parte de lo que sucedió anoche,

no me cabe la menor duda de que estaba sola cuando entró el matón con la navaja.

—De eso, nada. No estabas en la librería.

Estira el brazo hacia mí y se me desboca el corazón al pensar que va a tocarme, pero en vez de ello coge un puñado de arena y la deja resbalar entre sus dedos.

—¿Estás segura de que quieres oír esta parte?

Clavo la vista en él y finalmente asiento con la cabeza.

—El atraco no se produjo tal y como lo recuerdas. —Una vez que toda la arena ha caído de su mano, se frota la palma contra los vaqueros y me mira para evaluar mi reacción.

Yo me limito a arquear las cejas y esperar.

—Llegué a la librería. Tú y yo charlamos sobre México. Luego el tipo irrumpió por la puerta.

—Qué va. Lo recuerdo perfectamente. Estaba sola, sin lugar a dudas...

—Deja que te explique —me interrumpe—. En tus recuerdos estabas sola, es cierto. Pero la primera vez no ocurrió así.

—¿La primera vez?

—La primera vez que estuve en la librería. Hablábamos sobre nuestros planes de viaje. Cuando la puerta se abrió de golpe, te levantaste del suelo para atender al que pensabas que era un cliente, y él te agarró. Pero no me vio. Tuve tiempo de desaparecer.

Pienso en el truco que Bennett acaba de ejecutar ante mí —Dios santo, ¿hace cuánto rato? ¿Unos quince minutos?—, cuando estaba sentado en el taburete de mi cocina, se desvaneció en el aire y se materializó en el mismo lugar un minuto después. Aunque anoche hubiera desaparecido, eso no explica cómo pasé de tener una navaja en el cuello a estar debajo de un olmo durante una tormenta de nieve.

—Me esfumé de la librería, retrocedí cinco minutos, reaparecí en la trastienda y llamé a la policía desde tu teléfono.

Aquella voz. El ruido procedente de la trastienda.

—Te oí... —Empiezo a recordar detalles sueltos, pero sigo sin encontrarles sentido. ¿A qué se refiere con eso de «la primera vez»?—. Un momento. ¿Acabas de decir que retrocediste? ¿Cinco minutos?

Mueve la cabeza afirmativamente.

—Así es. Retrocedí.

—¿En el tiempo?

Ladea la cabeza y esboza una sonrisa tímida.

—También... sé hacer eso.

—¿Así que retrocediste en el tiempo... y cambiaste el pasado?

Sonríe avergonzado, como si le supiera mal, pero no hubiera podido evitarlo.

—Digamos más bien que lo rehíce.

—Entonces ¿por qué no me avisaste simplemente que alguien estaba a punto de atracar la librería, o echaste el cerrojo antes de que él entrara? —No es mi intención quedar como una desagradecida, pero no puedo evitar pensar que habría sido agradable ahorrarme el mal trago de tener una navaja contra el cuello.

—No puedo hacer eso —replica—. No impido que se produzcan los acontecimientos, sino que modifico hechos menores, detalles pequeños que pueden influir en el resultado. Si hubiera impedido el atraco en su totalidad (y nunca he hecho nada semejante, así que ni siquiera estoy seguro de que pueda), tal vez habría ocurrido algo más terrible. El tipo habría podido atracar a otra persona a punta de navaja sin que lo pillaran. Quizá te habría visto regresar a pie a casa un par de horas después y... —Su voz se apaga y se queda callado por un momento—. En fin, tengo por norma no cambiar los acontecimientos importantes.

—¿O sea que no podías impedir el atraco, pero sí volver cinco minutos antes? Hace un gesto de asentimiento.

—En realidad, ni siquiera debería haber hecho eso, pero sí.

—Y llamaste a emergencias desde el teléfono de la trastienda.

Él mueve la cabeza afirmativamente de nuevo.

—¿Por qué no se presentó la policía?

—Se presentó, pero no a tiempo. Después de telefonar, me escabullí de la trastienda y me escondí detrás de una estantería. Cuando él te llevó hasta la caja fuerte, decidí que no podía seguir esperando a la poli. Tenía que sacarte de allí por mí mismo. Por si acaso.

De pronto lo pilló: ¿Bennett no solo desaparece y reaparece en un sitio distinto, sino que viaja hacia atrás en el tiempo? Quisiera mostrarme valiente, imperturbable y digna de oír lo que falta, pero no consigo digerirlo todo.

—Ese era el segundo secreto que ibas a revelarme, ¿verdad?

Asiente.

—En parte.

—¿En parte? —Abro mucho los ojos. Me recuesto otra vez en el suelo y tiendo la mirada hacia el cielo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta. Noto que mi cabeza forma un montoncito de arena cuando la muevo arriba y abajo. Pero tiene razón; cuesta asimilar tanta información. Me coloco el brazo encima de los ojos para protegerlos del sol, y permanecemos ahí tumbados en silencio durante unos minutos. Tengo un brazo sobre los párpados y el otro sobre la arena que nos separa. De pronto noto el cosquilleo de unos gránulos calientes que resbalan por la superficie de mi brazo y se apilan lentamente sobre la palma de mi mano. Cuando alzo la vista, advierto que Bennett está inclinado sobre mí, observando el hilillo de arena que cae de su

mano a la mía—. ¿Lo ves? —dice con una amplia sonrisa—. Te dije que alucinarías.

—No estoy alucinando.

—Y una porra —replica con una risa nerviosa—. Estás alucinando pepinos.

Me incorpоро apoyándome sobre los codos y deshaciendo su montoncito de arena, y lo miro. Luego paseo la mirada por el marco paradisiaco que nos rodea —palmeras, arena blanca y agua color turquesa—, esta postal en la que él acaba de introducirnos por arte de magia, y empiezo a entender lo inverosímil que es en realidad todo esto. Nos habrían hecho falta dos vuelos, un barco y más de treinta horas para llegar aquí desde Chicago. Yo debería estar a muchos husos horarios de aquí, y debería estar oscuro. Yo tendría que estar quejándome de la baja sensibilidad térmica, y no disfrutando del contacto de la brisa cálida con la piel. Y, sobre todo, debería estar en la clase de Historia universal avanzada. Me vuelvo hacia Bennett con una sonrisa sincera.

—Gracias por traerme aquí.

Parece aliviado.

—No hay de qué.

—Tus poderes son... —Todas las palabras que se me ocurren se quedan cortas, pero me conformo con « asombrosos ».

—Gracias. —Aunque aún no he oído lo que falta del segundo secreto, siento que estoy haciendo pequeños progresos y que cada vez estoy más preparada para ello.

—Oye, sé que no puedo darte todas las respuestas que quieres, al menos hoy, pero puedo ofrecerte esta aventura intrépida. —Se pone de pie, se sacude la arena de los tejanos y me tiende la mano.

—¿Sabes? Nunca había visto el mar. —Intento teñir mi voz de desenfado y coquetería, como si lo que estoy confesando no tuviera nada de raro.

—Lo sé. Me lo dijiste anoche. Intentabas decidir qué playas incluirías en tu itinerario para poder correr en la arena por las mañanas y nadar en el mar.

De acuerdo, eso es raro.

—Y supongo que me hiciste alguna sugerencia.

—La Paz —dice con toda naturalidad. Esto es decididamente raro. Y no me hace mucha gracia que hayamos mantenido una conversación que no recuerdo. Pero antes de que pueda irritarme, él cruza los brazos sobre su torso, se agarra la camiseta por abajo y se la quita por encima de la cabeza. Tiene los brazos más musculosos de lo que imaginaba, su pecho es perfecto y creo que me he quedado boquiabierta.

Adelanta la pierna y, con el dedo gordo del pie, traza una línea en la arena frente a nosotros.

—No es La Paz, pero hay agua y arena. —Con una sonrisa radiante, se agacha como si fuera a participar en una carrera—. Prepárate, Greene.

No estoy segura de si espera que me quede en sujetador y braguitas, pero solo de pensarlo noto un calor en la cara que no tiene nada que ver con la temperatura del lugar. Bajo la vista a mis pies descalzos y mis vaqueros. Me pregunto hasta qué punto se transparentará mi camiseta gris. Pero cuando contemplo el mar y estrujo la arena entre los dedos de los pies, decido que me da igual. Riendo, me coloco en posición de salida.

—Listos. —Se vuelve hacia mí con una sonrisa pícaro—. ¡Ya! —grita, y salimos disparados. Corremos lo más deprisa que podemos hasta que la arena se torna más oscura y húmeda y las olas acaban por alejarnos de la cálida playa.

Nado hasta adentrarme en la corriente. Me zambullo. Noto que las olas me acarician el cuerpo cuando me impulso contra ellas. Miro hacia un lado, y veo a Bennett allí, abriéndose camino en el agua con los brazos antes de sumergirse de nuevo. Lo sigo por debajo de la superficie, dejando que los ojos me escuezan a causa de la sal y que su sabor me inunde la boca. Disfruto cada instante de cada sensación punzante, deseando que este momento no acabe jamás.

Cuatro horas después, regresamos a casa, donde solo ha transcurrido un minuto. Las tazas de café aún humean. El agua sigue estando helada. Y yo estoy a punto de arrojar.

—No tienes muy buena cara. —Bennett me conduce al sofá del salón y me indica que me recueste. Una voz que suena muy lejana dice—: Te traeré unas galletas saladas. —Y a lo lejos oigo puertas de armarios que se abren con un chirrido y se cierran con un golpe sordo. Bennett regresa con una caja enorme de galletas.

Se sienta en el borde del sofá y baja la mirada hacia mí.

—Interesante. —Me contempla con fascinación, como si yo fuera un pegote de una sustancia pringosa no identificada en una placa de Petri—. También a ti te revuelve el estómago.

Veo que me ofrece una galleta blanca pero ni siquiera puedo cogerla. Me tapo la boca y cierro los ojos para que la habitación deje de dar vueltas. «Dios mío, por favor —suplico para mis adentros—. No permitas que vomite delante de él. Por favor. Es lo único que te pido». No estoy segura de si es por efecto del tiempo o por intervención divina, pero al cabo de unos minutos terribles, la sensación remite y consigo abrir los ojos. Él sigue aquí, con expresión de culpabilidad y con la galleta salada en la mano. Esta vez la acepto, le doy un mordisquito en la esquina y luego tomo un bocado más grande.

—Lo siento mucho —dice, pero yo fijo la vista en él, desconcertada, y aunque tengo la boca llena intento hablar—. ¿Qué has dicho? —pregunta. Parece muy preocupado.

Trago en seco.

—Ha valido la pena. —Esbozo una sonrisa y cojo otra galleta. Me como algunas más y me incorporo cuando me tiende un vaso de agua y me ordena que

beba a sorbos pequeños. Mis ojos logran enfocar mejor el salón.

Me rasco la pernera con una uña y examino la tierra húmeda y apelmazada que se me ha adherido al pantalón. Hemos vuelto a casa, al frío y la nieve, pero estoy mojada y cubierta de arena de una isla tailandesa.

—No fastidies. —Empiezo a recobrar la energía. Me río, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Esto es flipante. —Me vuelvo hacia Bennett y advierto que sus vaqueros tienen el mismo aspecto que los míos.

Me levanto, sintiéndome un poco mejor, y él me sigue escaleras arriba hasta la habitación de mis padres. Saco unos pantalones de chándal y una camiseta de la cómoda de mi padre, le paso la pila de prendas dobladas y le enseño dónde está el baño.

A solas en mi cuarto, me despego la ropa de la piel. Me quito la camiseta, sacudo el cabello y, al observar maravillada la arena que sale volando y se dispersa sobre mi cubrecama, no puedo contener una risita. Después de ponerme un pantalón deportivo negro y ceñido y una sudadera de una carrera de diez kilómetros que corrí el año pasado, me acomodo en la cama. Deslizo la palma sobre los gránulos, pensando en Ko Tao, en el sol abrasador y en la sal del mar, y de pronto me siento muy agradecida por cada partícula de arena —en mi cama, en la alfombra, en el pelo, en mi ropa—, porque constituyen el único recuerdo tangible que conservo de la experiencia que he vivido hoy.

—¿Dónde pongo esto? —La voz de Bennett me devuelve bruscamente a la realidad, y cuando me vuelvo hacia él, lo veo de pie frente a mi puerta, adorable con la sudadera de la Maratón de Chicago de mi padre.

Recojo mis prendas arenosas del suelo y me reúno con él en el pasillo.

—Dame, yo me encargo —digo, y añado su montón al mío.

Me sujeta de los brazos con suavidad cuando paso por su lado.

—Oye..., ¿te encuentras bien? Por un momento me ha parecido que estabas triste.

—No, para nada —replico con una carcajada—. Es solo que me habría gustado tener un *souvenir*, una postal o algo así. Es una tontería. Enseguida vuelvo. —Bajo las escaleras flotando, casi sin tocar la madera con los pies.

No solo he salido de Evanston.

He salido del país.

Coloco la pila de ropa cubierta de tierra encima de la secadora y me dirijo a la cocina en busca de una bolsa de plástico.

Y Bennett está en mi habitación.

Regreso al cuarto de la lavadora, y echo un vistazo escaleras arriba cuando paso por delante.

Bennett ha cerrado los ojos, me ha tomado de las manos y me ha llevado a Tailandia.

Froto nuestras prendas para hacer caer toda la arena posible dentro de la

bolsita, y luego la cierro de forma hermética.

Ahora hemos vuelto... ¿y él está en mi habitación?

Pongo la ropa dentro de la lavadora y me quedo ahí de pie, sujetando la bolsa de arena, escuchando cómo el agua llena el tambor y rememorando lo que sucedió anoche. Recuerdo la expresión en el rostro de Bennett cuando estábamos en la sección de autoayuda de la librería y me preguntó con voz temblorosa: «¿Te da miedo lo que soy capaz de hacer?». En aquel momento no me daba miedo. ¿Y ahora?

No me asusta su facultad de desaparecer y reaparecer. Ni siquiera me asusta que pueda viajar atrás en el tiempo. No me asusta lo que es capaz de hacer. En realidad, me encanta. Pero hay otras cosas sobre él que ignoro, y noto que se me forma un nudo en lo más profundo del estómago. Sí que tengo miedo, de lo que pueda ocurrir; de que algo me suscite dudas sobre si de verdad quiero conocerlo, incluso después de haber nadado durante toda la tarde en un mar tan salado que estábamos literalmente boyantes. Pase lo que pase, no será tan terrible como para que yo no quiera vivir esta aventura intrépida. Me lo imagino solo en mi cuarto, y de pronto me muero de ganas de verlo de nuevo. Sujetando con fuerza la bolsa de arena, subo, saltando los escalones de dos en dos.

Bennett está de pie frente a la estantería empotrada en la pared, examinando mis trofeos y dorsales.

—Vaya. ¿En cuántas carreras has participado?

—Ochenta y siete. —Atravieso la habitación y dejo caer la bolsita con arena en mi mesilla de noche. Golpea la superficie con un sonido suave, una grata confirmación de que es real.

Bennett recorre el dormitorio, analizando cada trofeo y cada fotografía.

—Es increíble. Eres muy buena.

—Pareces sorprendido.

—No. —Me mira a los ojos y noto que se me corta el aliento—. No estoy sorprendido, sino impresionado.

Desvía su atención de los trofeos hacia lo que hay entre ellos: mis CD. Camina a lo largo de los estantes, deslizando el dedo por el lomo de plástico de las fundas hasta que encuentra uno, lo saca, examina la carátula y lo devuelve al sitio que le corresponde por orden alfabético. Reclinada sobre mi mesa, lo observo mientras echa una ojeada a *Cheshire Cat*, de Blink-182, *Sixteen Stone*, de Bush, y *Siamese Dream*, de The Smashing Pumpkins.

—Menuda colección tienes.

Seguramente da la impresión de que me he gastado todo mi sueldo de la librería en CD.

—Mi padre es muy amigo del dueño de la tienda de discos de la acera de enfrente. Intercambiamos libros por música. Soy yo quien más sale ganando.

Extrae algunas fundas más y se detiene, con la punta del dedo sobre una de las recopilaciones.

—¿Qué son? —pregunta, cogiendo una de las veinte carcasas pintadas con los remolinos de acuarela típicos de Justin.

—Música para correr. Mi amigo Justin la selecciona para mí. Su padre es el propietario de la tienda de discos.

Asiente y aparta la vista antes de que yo alcance a ver su expresión. Mientras continúa inspeccionando mi colección de discos, pulso el botón de reproducir en mi cadena de música, luego el de seleccionar al azar, y de inmediato empieza a sonar la letra de «Walk on the Ocean».

We spotted the ocean

At the head of the trail^[3].

—Oye, yo he visto tocar a estos tíos —dice sin apartar la mirada de los estantes—. En un club pequeño de Santa Bárbara. Son bastante buenos.

—¿Los has visto en vivo? —Aunque ya me ha quedado claro, me siento obligada a decir algo, pues noto una opresión en el pecho por estar ahí de pie, recordando la remota isla de Ko Tao y escuchando una canción que cuenta una historia de un viaje a un océano lejano, de caminar sobre piedras, y de volver a casa sin fotos que lo demuestren.

—Es una especie de *hobby*.

—¿A quién más has visto?

Se encoge de hombros y hace un gesto hacia la estantería.

—Prácticamente a todos estos. —Como si los destinos exóticos del mundo no fueran suficientes.

—¿En serio? —Mis ojos se posan en el tablón de corcho que tengo encima de mi mesa, donde está clavada mi solitaria entrada para un concierto de Pearl Jam, y suspiro. Incluso las cosas que guardaba como tesoros hasta hace un par de días me parecen patéticas y banales cuando las veo a través de sus ojos.

Sigue la dirección de mi mirada hasta la mesa, se acerca y examina el trozo de papel.

—No puede ser.

—¿El qué?

Sacude la cabeza enérgicamente, como si intentara desterrar un pensamiento no deseado.

—Nada. Yo tengo un cuenco enorme lleno de entradas de conciertos... — Abre los brazos para mostrarme el tamaño del cuenco y confirma mi suposición. Seguramente le parece increíble que yo solo haya ido a un concierto.

Y entonces se fija en el mapa. Ahora me siento aún más insignificante.

Se dirige hacia él para estudiarlo más de cerca, y se queda allí de pie, con los brazos cruzados, muy serio, examinándolo como si fuera una obra en una galería de arte. Me tapo los ojos, avergonzada y me obligo a colocarme a su lado.

—Mi padre lo hizo para mí. Se supone que era para que marcara los lugares a los que viajara. —Me retrotraigo a la noche en que, en el café, le hablé de mis planes para ver mundo, y lo miro a la cara, de reojo y disimuladamente. Me pregunto qué está pensando. No; en realidad sé qué está pensando. Al igual que mi entrada solitaria, los cuatro alfileres de mi mapa deben de presentar un cuadro lastimoso, sobre todo para alguien que nunca ha conocido límites.

—Como ves, he empezado bien.

Sin embargo, él se limita a escudriñar el mapa.

—Es fantástico —comenta. Tras una larga pausa, da un paso atrás para contemplarlo entero—. ¿Sabes qué? No he estado en ninguno de esos lugares. — Suelto una risotada—. Lo digo en serio —añade. Ya, claro. Como si no estuviera tomándome el pelo.

Coloco las manos con la palma hacia arriba, como platos de una balanza, y las muevo arriba y abajo como si sopesara los destinos.

—Veamos. Es martes. ¿Me voy a hacer piragüismo en Boundary Waters o rafting en el Amazonas? ¿El Amazonas o Boundary Waters? —Recalco esta última región como si fuera la más interesante o exótica de las dos—. No pasa nada, Bennett. No tienes por qué fingir que te parece « fantástico ». —Dirijo la vista a un punto situado detrás de él, en vez de a sus ojos—. A decir verdad, solía ponerme un poco triste al ver el mapa. Supongo que todavía me pasa a veces.

Él acorta la distancia que nos separa, y creo que dejo de respirar cuando noto el calor de su piel cerca de la mía. Aunque la sudadera, que le viene demasiado grande, no le marca los músculos como la camiseta, no dejo de imaginar sus hombros fuertes debajo, el vigor con que braceaba en el agua, el modo en que su cuerpo emergió de la espuma del mar.

—¿Por qué te pones triste?

Me vuelvo hacia él, con la opresiva sensación en el pecho de estar guardándome lo que quisiera decir en realidad.

—Cuatro alfileres —baluceo al fin, y le dedico una sonrisa forzada, intentando actuar como si no me importara demasiado. Nos miramos fijamente sin decir una palabra.

Entonces Bennett se inclina hacia mí y saca un alfiler del bote de plástico transparente que tengo detrás, sujetándolo por la afilada punta. Lo sostiene en alto. La diminuta cabeza redonda y roja parece enorme en el espacio que media entre nosotros.

—Cinco —dice, extendiendo la mano.

Cojo el alfiler de entre sus dedos y me quedo contemplándolo, con los labios apretados para no romper a llorar.

—Ni siquiera sé dónde está —confieso finalmente con una carcajada de vergüenza.

—Justo aquí —dice en tono amable y en absoluto condescendiente mientras señala un punto no marcado del golfo de Tailandia.

Observo la mota en el mapa, no mucho más grande que la punta misma del alfiler, y me pregunto cómo algo tan minúsculo puede representar las cuatro horas más extraordinarias de mi vida. Luego miro a Bennett, con el chándal de mi padre y las greñas espolvoreadas todavía de arena. Su expresión, dulce y cordial, denota, si cabe, una gratitud más profunda que la mía. Me ha hecho este regalo hoy, pero no puedo evitar la sensación de que y o también le he hecho uno.

Echo otra ojeada al alfiler y doy unos pasos hacia el mapa. Sigo reprimiendo las lágrimas, feliz y abrumada, mientras estiro las manos trémulas y lo aprieto con fuerza hasta clavarlo en la diminuta isla de Ko Tao.

He preparado sándwiches de queso derretido y estamos sentados en el sofá, comiendo e intentando pensar algo que decir. Él no ha comenzado a revelarme

sus otros secretos, y ya hemos superado la etapa de las charlas insustanciales, así que enciendo la tele y cambio de un canal a otro para hacer algo, pero no hay gran cosa que ver a las dos y media de un día entre semana. Por otra parte, a Bennett no parece importarle; los anuncios le resultan mucho más divertidos que los programas, pero se niega a explicarme por qué. Y, lo que es más grave, no parece preocuparle que el día esté tocando a su fin sin que él me lo haya contado todo. Ni siquiera conozco el resto del segundo secreto.

Levanto el mando a distancia con un gesto teatral, fijo los ojos en él y apago el televisor. El silencio se impone en el salón y él se vuelve hacia mí.

—Estoy preparada para lo que falta del segundo secreto.

—¿No has tenido suficiente por hoy?

Niego con la cabeza.

—De acuerdo. —Se reclina contra los cojines y se tuerce hacia mí. Apoya el brazo en el respaldo del sofá y, por un momento, es como si nos encontráramos de nuevo en el café, confiándonos nuestros secretos. Me dirige una sonrisa breve, y este gesto pequeño e insignificante me da ganas de inclinarme hacia él y besarlo de una vez. Pero temo que, si lo hago, nunca me enteraré de lo demás.

Respira hondo.

—Aunque puedo ir a cualquier lugar del mundo, los viajes en el tiempo están... limitados. Puedo retroceder a otras épocas, pero solo si están comprendidas entre ciertas fechas. —Me mira con fijeza, como esperando a que yo reaccione, y, al ver que me quedo igual, abre la boca para proseguir.

—Espera. —Alzo el dedo frente a mí y aguzo el oído.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Oigo que una puerta de coche se cierra. Mamá o papá habrían aparcado en el garaje, así que solo puede tratarse de una persona.

—Emma —digo, presa del pánico. No quiero que Bennett se marche todavía, pero tampoco quiero explicar qué hace sentado en mi salón.

—No te preocupes. Me iré. —Me toma de la mano y me da un leve apretón. — Nos vemos mañana —agrega. Su mano, que aún está sujetando la mía, se torna transparente ante mis ojos. Luego desaparece del todo, junto con el resto de su cuerpo. Me pregunto si alguna vez me acostumbraré a esto.

Ella golpea con fuerza la puerta delantera y luego toca el timbre por si acaso.

—¡Ya voy! —grito mientras deslizo los dos platos con los restos de sándwiches de queso debajo del sofá e inspecciono el salón en busca de otros indicios de que no he pasado el día sola. Cuando abro la puerta, Emma entra tan rápidamente que por poco se cae al suelo.

—¡Oh, Dios mío! —chilla mientras deja caer su mochila en el suelo y me estrecha entre sus brazos—. ¡Me han contado lo que pasó anoche! ¿Cómo estás?

¿Lo de anoche? ¿El atraco? ¿De verdad sucedió anoche?

—Estoy bien —me oigo decir por encima de los latidos ensordecedores de mi

corazón.

—¡He intentado venir desde que me he enterado, pero Dawson me ha pillado intentando salir del cole, y no me ha dejado escapar! —Su voz suena aguda y melodramática—. He estado tan preocupada... ¿De verdad que estás bien? ¿Quieres hablar de ello? —Se deja caer exactamente en el mismo lugar en que Bennett estaba sentado hace un momento.

—En realidad, no —resoplo, pero los ojos ansiosos de Emma me dicen que su faceta protectora necesita asegurarse de que me encuentro bien, mientras que su faceta cotilla está deseando conocer todos los detalles. Como no puedo explicarle que me he pasado la tarde en una isla tailandesa y no sé si estoy preparada para hablarle de Bennett, decido que lo mejor será darle lo que quiere—. Todo sucedió tan deprisa...

—No —digo en el tono más firme que soy capaz de emplear a estas horas de la mañana—. No lo dirás en serio, ¿verdad?

—¿Te da miedo no poder seguirme el ritmo? —Papá, con su atuendo deportivo invernal, realiza contra la nevera un estiramiento de corredor que resulta casi cómico, como imagino que hacía en los viejos tiempos.

—No. —Me tapo los ojos—. Oye, solo correré por la calle. No me adentraré en el campus. De verdad —imploro, señalando la ventana de la cocina—, no necesito una niñera. El sol saldrá dentro de unos minutos. No me pasará nada. —La última palabra me sale como un gemido, y me siento como la niña de diez años en la que él cree que me he convertido. Espero que este rollo de padre sobreprotector se le pase pronto.

—Haz como si no estuviera. —Toma un largo trago de agua de su botella de deportista y se estira hacia un lado—. No tienes que hablar conmigo o mirarme siquiera, pero estaré justo detrás de ti, nena. —Salta a la vista que es imposible convencer a un padre de que su hija está a salvo cuando acaban de atracarla a punta de navaja.

—No, no hace falta. Correremos juntos. —Dejo mi discman sobre la mesa del recibidor, y ya empiezo a echarlo de menos. Necesito mi música para aclarar mis pensamientos antes de encontrarme con Bennett en el colegio.

Salgo a la calle, seguida por mi padre, y trotamos el uno al lado del otro en dirección al lago. Saludamos a la vez al hombre del chaleco verde y la cola de caballo cana. Damos cuatro vueltas al circuito, a través del campus, y pasamos frente a la torre del reloj cuando suenan las siete. Le echo una carrera en el último kilómetro y medio hasta nuestro patio delantero, lo que resulta ser un error, pues ahora no consigue recuperar el aliento.

—¿Seguro que estás bien? —le pregunto una y otra vez.

Tiene el rostro congestionado y cubierto de manchas rojas, pero asiente y me dirige una sonrisa forzada.

—La mar... de bien —jadea—. ¿Por qué... lo preguntas?

—Te has pasado —lo reprendo, tal como sé que lo hará mamá cuando él no pueda mover un músculo mañana. Me pongo a hacer estiramientos junto a él—. Qué, ¿y ahora me llevarás en coche al colegio también?

—Quita. Para eso te dejaré en manos de Emma.

—Está claro que nunca has visto cómo conduce. —Termino de estirarme, sacudo las piernas y corro hacia los escalones de la entrada.

—¡Eh, Annie! —me llama mi padre, y yo me paro en seco y me vuelvo. Lo contemplo con las manos en las caderas mientras él intenta evitar que le dé un

ataque al corazón.

—Invita a Bennett a cenar. Tu madre y yo queremos conocerlo. En condiciones.

Lo fulmino con la mirada desde el porche.

—Papá. Ni siquiera estamos saliendo. —El mero hecho de que lo insinúe me resulta humillante.

—De acuerdo —dice con su mejor voz de padre severo—, pero si vais en serio, queremos conocerlo.

—Buenos días, cielo. —Emma gorjea su saludo habitual y me pellizca la mejilla—. Mi valiente amiguita. —No me siento valiente. Me siento nerviosa porque voy a ver a Bennett. Me siento culpable por no haberle hablado de él a Emma ayer. Me siento cansada, porque apenas he pegado ojo.

Pone bruscamente la palanca de cambios en posición de marcha atrás y sale del camino de acceso. Papá, de pie frente a la ventana de la cocina, nos observa con una tenue expresión de pánico, y yo lo miro con un ligero encogimiento de hombros mientras nos alejamos de la casa a toda velocidad.

—Em —empiezo—, si te digo algo, ¿prometes no enfadarte?

Me lanza una mirada de irritación.

—¿Sabes? No entiendo a la gente cuando hace esa pregunta. ¿Cómo voy a prometer no enfadarme si no sé lo que vas a decirme? —La cara que pone me lleva a pensar que esto podría encajar en su categoría de Estupideces Americanas—. Tú desembucha.

Escupo las palabras rápidamente, antes de que pueda cambiar de idea.

—Ayer no te lo conté todo respecto al atraco. —Le relato los puntos esenciales, pero no le digo toda la verdad. ¿Cómo voy a decírsela? Aunque no le hubiera prometido a Bennett que guardaría su secreto, ella no me creería. En vez de ello, echo mano de la historia que Bennett inventó para mí, incluida la parte en que yo salía corriendo por la puerta trasera y me topaba con él. Luego añado que él hizo novillos ayer para pasar el día conmigo.

—¿Qué? —Da un volantazo, y casi nos estrellamos contra un coche aparcado—. ¡Hala! Vale, ya está. Tranquilidad. —Me mira de nuevo—. Así que pasasteis el día juntos.

Sonrío al recordar la expresión en el rostro de Bennett cuando trazó la raya en la arena con el pie y me retó a una carrera hasta el mar. Veo en mi mente el vídeo a cámara lenta de su cuerpo flotando sobre el agua color turquesa y sus brazos atravesando las olas de cresta blanca.

Sí, pasamos el día juntos.

Y no puedo comentar los detalles más interesantes con mi mejor amiga.

—Estaba preocupado por mí —afirmo en una voz débil y chillona, pero

Emma no parece fijarse en ello.

—Ahora que lo pienso, no lo vi en clase de Literatura ingl...

La películita que estaba reproduciendo en mi cabeza se detiene de golpe.

—Genial. Ni siquiera había pensado en eso. Todos los de la clase de español saben que los dos estuvimos ausentes ayer. —Me pregunto si Courtney ya habrá empezado a hacer conjeturas en voz alta.

—Oh, no intentes cambiar de tema. Cuéntamelo todo sobre cómo os pasasteis todo el día pegándoos el lote en tu casa aprovechando que tus padres no estaban. —Arquea una ceja y devuelve su atención al volante, esperando a que yo confiese, como solo Emma sabe hacerlo.

—Qué va. Ni siquiera me besó. —Percibo la desilusión en mi propia voz—. Charlamos. Escuchamos música. Almorzamos juntos. Se... —Estoy a punto de decir la palabra «esfumó», pero me contengo a tiempo—. Se marchó justo antes de que tú llegaras.

—¿Y por qué no me dijiste nada de esto ayer?

—Mi padre volvió a casa.

Hace una mueca, con cara de exasperación. Me veo venir la bronca.

—Sí, ya, claro. Oye, ¿tú tienes teléfono? Yo sí. Va de fábula para contarle a tu mejor amiga las noticias más sensacionales de tu vida cuando no puedes hacerlo en persona. —Ni siquiera me da la oportunidad de mascullar una disculpa.

Nos detenemos frente a un semáforo en rojo y ella se vuelve hacia mí.

—¿Qué pasa contigo, Anna? —Me recuerda a mi madre cuando no lavo bien los platos o meto demasiada ropa en la secadora—. ¿No recuerdas que él te ha dicho que va a marcharse? —Recalca la última palabra como si por sí sola bastara para hacerme entrar en razón.

—Sí —es lo único que acierto a decir. No necesito que me señale que estoy loca por meterme en esto con Bennett, sea lo que sea.

—¿Y vale la pena, aunque sepas que al final lo pasarás mal? —pregunta—. ¿Todo por un rollete que sabes que no durará?

No es un rollete. Es una aventura intrépida.

—Sí, Em. Para mí, vale la pena.

Se muerde con fuerza el labio inferior.

—Esto no acabará bien.

Bajo la mirada hacia las alfombrillas para toda estación. Ella tiene razón, y lo sé. Pero lo cierto es que ya no podría cambiar de rumbo, aunque quisiera. Me he pasado la noche pensando en que esto tendrá un final, pero ahora mismo solo hay una cosa en la que quiero pensar: habrá una parte de en medio.

—Me gusta, ¿vale? Ya está. Ya lo he dicho. Me gusta mucho. —Clavo los ojos en ella—. Sé que seguramente es un error, pero, por favor, ¿podrías... dejarme disfrutar el momento?

Nos miramos fijamente.

—Está verde. —Señalo hacia el parabrisas con el pulgar.

Ella no aparta la vista de mí. No pisa el acelerador, pero asiente, y sé que eso significa que se esforzará por portarse bien. Al menos hoy. Cuando el conductor que tenemos detrás da un largo bocinazo, Emma atraviesa finalmente el cruce. Nos quedamos calladas a lo largo de dos manzanas, pero sé lo que ella está pensando.

—Bueno, ya que estamos sincerándonos, hay algo que yo quería contarte ayer también. —Vale, tal vez no tengo la menor idea de lo que ella estaba pensando. Poso los ojos en ella y aguardo a que prosiga—. Tu amigo Justin, el de la tienda de discos, me ha pedido en cierta forma que salga con él.

—¿Justin? ¿Mi Justin? —En cuanto el posesivo sale de mi boca, desearía poder tragármelo. El truíto de Bennett para rehacer el pasado me vendría bien en momentos como este, cuando acabo de meter la pata hasta el fondo y lo único que querría es retroceder un minuto en el tiempo para decir algo más adecuado—. Lo siento. Me refería a que... —Ni siquiera sé a qué me refería—. Es solo que... Suelo estar contigo cuando lo ves, y nunca me había dado cuenta de que... —Lo mejor que podría hacer es cerrar el pico, antes de que se me escape lo que pienso: « Pero si siempre había creído que le gustaba yo » .

—Bueno, no siempre. Verás, a veces me paso por la tienda de discos después de acompañarte a la librería. —No. No lo sabía—. Hace unas semanas, nos pusimos a hablar de música. Él sabe mucho de música. —Sí. Esto sí lo sabía. Conozco a Justin desde los cinco años—. Entonces me propuso ir a tomar un café, y anteaer cenamos juntos.

—¿Cenasteis juntos? —pregunto—. ¿Justin y tú fuisteis a tomar café y luego cenasteis juntos? ¿Por qué no me comentaste nada al respecto la semana pasada, o ayer, por ejemplo? —Pero me siento un poco culpable cuando recuerdo que no le he hablado de la tarde en que estuve con Bennett en el café. Fue demasiado extraño, sobre todo porque no resultó en nada.

Me dirige una mirada de disculpa y se encoge de hombros, arrepentida.

—Me dijo que había intentado hablarte de mí una vez, cuando estaba pensando en pedirme que saliéramos juntos, pero... —La voz de Emma se apaga, y me viene a la memoria lo que pasó el mes pasado en la tienda de discos. Quería preguntarme algo, y yo lo evité porque creía que quería declarármeme. Ahora me siento como una idiota por dos razones: en primer lugar, porque lo interpreté mal, y en segundo, porque mi mejor amiga y él han estado hablando de mí, afianzando su relación gracias a mi inutilidad—. Sé que es tu amigo —continúa Emma—. Y, bueno, siempre pensé que le gustabas tú, pero... —¿A ella le gusta Justin? ¿« Emma y Justin » ? Ni siquiera suena bien—. Da igual. En realidad creía que aquello no conduciría a nada. Me caía bien, pero no creía que congeniáramos.

—Y sin embargo habéis congeniado.

—Sí, supongo que sí.

Ninguna de las dos dice nada. No recuerdo ninguna otra ocasión en que reinara el silencio durante tanto rato en el coche de Emma. Unas calles más adelante, ella abre la boca de nuevo.

—El sábado pasaremos el día juntos en el centro. —Mantiene la vista al frente e intenta aparentar indiferencia, pero se le escapa una enorme sonrisa.

—Eso es estupendo, Em.

—¿Estás segura? —Se vuelve hacia mí—. Espero que no te importe. Sobre todo en un momento como este.

Aunque parezca extraño, no, no me importa. No tengo derecho a molestarme por ello.

—Claro que no —respondo, aunque siento una punzada de tristeza, porque se trata de Justin. De Emma y Justin, mis amigos.

Sin poder evitarlo, me pregunto en qué afectará esto a mi relación con ellos, si acabarán por quererse más de lo que me quieren a mí, y a cuál de los dos tendré que retirarles la palabra si la cosa no funciona. Y, lo que es aún más egoísta por mi parte, me pregunto si Justin continuará grabándome recopilaciones de temas para correr.

Emma exhala un suspiro teatral.

—Me alegro. Siempre y cuando a ti te parezca bien. —Se anima cuando desvía el tema de nuevo hacia mí—. Bueno, respecto a Bennett y a ti... —comienza en un tono algo socarrón—, ¿qué pasará hoy en el cole?

Suelto una carcajada nerviosa.

—No tengo la menor idea.

Entra en el aparcamiento para alumnos y va directa hacia su plaza habitual.

—Pues estás a punto de averiguarlo —canturrea, y cuando sigo la dirección de su mirada veo a Bennett de pie sobre el césped, esperándome. Siento náuseas.

—Oh. Dios. Mío —resuella Emma mientras coloca la palanca de cambios en punto muerto—. Pero ¿qué le has hecho a ese chico? Fíjate en él. —Bennett se ha cortado el pelo. Sigue llevándolo un poco largo para mi gusto, pero tiene un aspecto pulcro y elegante con su uniforme, y está más que guapo, aunque, después de lo de ayer, me cuesta no imaginarlo con su camiseta delgada y esos vaqueros que tan bien le caían sobre las caderas. Y entonces me acuerdo de que su ropa sigue en mi secadora, y entro en pánico por un momento hasta que caigo en la cuenta de que no es día de colada—. ¡Está para comérselo! —Emma lo saluda con un gesto coqueto de la mano y yo le propino un manotazo.

—Anda ya; solo lo dices por cortesía. —Estoy agradecida por su cambio de actitud, aunque sé que es fingido. Emma me mira.

—Nunca digo nada por cortesía, cielo. Ni siquiera a ti.

—Magnífico. Entonces haz el favor de seguir comportándote como una amiga leal y no me hagas pasar vergüenza. —Sigo batallando con las mariposas

de mi estómago y con el seguro de la puerta cuando Emma baja del coche y se agacha por un momento.

—Aaah —suspira—. Va a ser un día genial. —Cierra de un portazo y sube pavoneándose por la pequeña pendiente hacia Bennett, mucho menos preocupada que antes por lo mal que lo pasaré en el futuro—. ¡Eh, hola! —la oigo decir mientras me apresuro a reunirme con ellos antes de que Emma se vaya de la lengua—. ¡Lo sé! —exclama en una voz tan exagerada como su sonrisa—. Me parece que no hemos hablado desde el día que llegaste, ¿verdad?

Cuando llego junto a ellos, Bennett dirige su atención hacia mí. Dios, está monísimo.

—Hola —dice con una sonrisa tan cálida que creo que la nieve ha empezado a fundirse bajo sus pies.

—Hola.

—Oye, Bennett, ayer no te vi en «lite» —comenta Emma, y él despega sus ojos de los míos para posarlos en ella—. ¿Estabas enfermo? —Clava la vista en él hasta que él se vuelve en otra dirección, y yo le echo a Emma una mirada de advertencia.

—No. Pasé el día con Anna —contesta Bennett antes de mirarme directamente otra vez.

Éramos unos desconocidos entre nosotros porque él insistía en que lo fuéramos. Hoy, estamos aquí como amigos porque me ha confiado un secreto tan grande, tan inverosímil, que no me lo habría creído de no haberlo visto con mis propios ojos.

—Ah. Entiendo. —Ella se vuelve hacia él, luego hacia mí, y de nuevo hacia él. Le lleva la mano al cabello y se lo desordena un poco—. No te cortes mucho más el pelo, o tendré que buscarte otro apodo, Greñas. Nos vemos en el almuerzo, Anna. —Empieza a alejarse pero gira sobre los talones, de cara a nosotros.

—A propósito, ¿almorzarás con nosotras hoy?

—Sí —dice él, sin dejar de mirarme, y se me escapa una sonrisa—. ¿«Greñas»? —inquiere cuando Emma y a no puede oírlo—. ¿Es lo mejor que se le ha ocurrido?

Pongo los ojos en blanco, alzo la vista hacia la cabeza de Bennett y sonrío de nuevo.

—¿Cuándo has encontrado un momento para cortarte el pelo, a todo esto?

Se encoge de hombros. Miro alrededor para cerciorarme de que nadie esté escuchando.

—¿Has viajado? —pregunto.

Se me acerca más.

—No —me susurra al oído—. He ido a la peluquería.

Suelto una risotada.

La gente no nos quita ojo; pasa por nuestro lado, observándonos y cuchicheando entre sí.

—Solo quería asegurarme de que estuvieras bien —dice Bennett—. Ya sabes, después de...

—¡Anna! —Tres de mis compañeras del equipo de cross nos abordan e interrumpen a Bennett sin siquiera mirarlo, y empiezan a hablar pisándose unas a otras—. ¡Madre mía! ¡Me han contado lo del atraco! ¿Estás bien? —Todas tienen la misma expresión de preocupación.

El atraco. Así que por eso soy el blanco de tantas miradas. Claro, era de esperar que el hecho de que le pusieran una navaja en el cuello a una compañera se convirtiera en la comidilla de Westlake.

—Sí, gracias, chicas. Estoy bien.

Todas expresan su alivio y charlamos durante unos segundos más hasta que me dan un abrazo rápido y se marchan a toda prisa. Bennett y yo vemos que una de ellas resbala en el hielo y está a punto de caer de cabeza en los rosales.

—Como te decía, solo quería asegurarme de que estuvieras bien... en todos los sentidos.

—Sí. —Sonríe—. Estoy bien. Pero sigo queriendo conocer la parte que falta. —Aguardo a que diga algo, pero permanece callado.

—Ya la conocerás.

—Creo que deberíamos ir tirando hacia nuestras clases —murmuro, justo en el momento en que él dice:

—Tengo algo para ti.

—¿De verdad?

Rebusca en su mochila, saca un papel y me lo entrega. Suelto un grito ahogado cuando descubro de qué se trata, y lo que ha tenido que hacer para conseguirlo. Contemplo la postal de Ko Tao, maravillada.

—¿Has viajado atrás por esto?

Se encoge de hombros y me sonríe con timidez.

—Necesitabas un recuerdo. —El timbre suena a lo lejos, lo que significa que llegaremos tarde oficialmente—. Será mejor que vaya a clase. Nos vemos a la hora de comer. —Echa a andar, pero yo lo llamo por su nombre. Se vuelve hacia mí de nuevo—. ¿Sí?

—Todavía tengo tu ropa. —Esto no ha sonado como yo pretendía, así que miro rápidamente alrededor para comprobar que nadie más me ha oído.

Sus labios se tuercen en una sonrisa de satisfacción.

—Bien. Supongo que tendré que pasarme a recogerla.

* * *

Argotta me pide que me quede después de clase, y, de mala gana, yo envío a

Bennett solo al comedor. Argotta me pregunta cómo estoy y repasa algunos de los temas que trató en la clase de ayer. Cinco minutos después, entro en el comedor y encuentro a Bennett sentado a nuestra mesa de siempre, con Emma y Danielle. Al parecer se está defendiendo bien.

—Llegas justo a tiempo —dice Emma mientras deposito mi bandeja sobre la mesa—. Bennett estaba contándonoslo todo sobre él. —Se vuelve hacia mí y añade—: El deporte no es lo tuyo, ¿sabes? —Se encoge de hombros y toma un mordisco de su sándwich.

—Bueno, como he dicho, ir en monopatín es un deporte, en realidad —señala Bennett.

—Oh, supongo que podría serlo, pero es más bien un medio de transporte, ¿no? Me refería, ya sabes, a los deportes escolares. Fútbol americano, baloncesto, béisbol, lacrosse, hockey. Esa clase de deportes.

—Deportes de equipo.

—Bueno, no. También podrías hacer natación, supongo. O jugar al tenis. También son deportes.

—O podría ir en monopatín —dice él con tranquilidad. Me percató de que Emma se devana los sesos intentando dar con la réplica perfecta. Me mira de reojo y yo adopto una expresión de advertencia, recordándole con los ojos las promesas que me ha hecho esta mañana: que se portará bien y no me avergonzará.

—Claro. Podrías ir en monopatín. Supongo. —Emma se vuelve hacia mí como para que le confirme que ha dicho lo correcto, y le dedico una sonrisa de gratitud. Le ruego en mi fuero interno que deje de hablar. Ella mira de nuevo a Bennett—. Bueno, ¿y qué otras aficiones tienes?

Así que ahora es una afición. Simplemente poso la vista en él, el chico que no necesita un deporte o afición, porque lo que es capaz de hacer le da mil vueltas a cualquiera de las dos cosas en mi opinión. Bennett parece a punto de enzarzarse de nuevo en una discusión sobre si el monopatín es o no un deporte, así que respondo por él.

—Viajar —digo, y los tres clavan la vista en mí—. Ha estado en todas partes, ¿verdad?

Devuelven su atención a Bennett, que se encoge de hombros como si no hubiera para tanto. Me reclino en mi silla y me quedo escuchando a los tres, que se pasan el resto del almuerzo conversando animadamente sobre los lugares que han visitado. Aunque no es la primera vez que me toca presenciar una conversación así, en esta ocasión no me siento excluida. Por el contrario, estoy totalmente cautivada, tomando notas mentales y preguntándome cuál de esos destinos fascinantes será el siguiente al que me llevará Bennett.

Emma para el coche frente a la librería para que me baje, y antes incluso de que nos hayamos detenido por completo, vuelve la cabeza rápidamente hacia la tienda de discos del otro lado de la calle.

Vale, esto es un poco extraño.

—¿Vas a ir ahí? —pregunto mientras abro mi puerta y me apeo en la acera. Me inclino hacia el interior del coche para oír su respuesta.

—No, hoy no. Hoy quiero que se pregunte si voy a pasarme por allí y luego, ya sabes, me eche un poco de menos al ver que no aparezco.

Pongo los ojos en blanco. No creo que ese sea el estilo de Justin, pero luego caigo en la cuenta de que si se me pasó por alto completamente la atracción que él sentía por mi mejor amiga, tal vez es que en realidad no sé gran cosa sobre el estilo de Justin.

—Está bien, Em. Nos vemos mañana.

—Adiós, cielo —dice, y arranca.

Las campanillas de la puerta de la librería tintinean como de costumbre, pero hoy me recorre un escalofrío inesperado cuando las oigo. Por lo general las relaciono con recuerdos agradables, como el de algún sábado por la mañana en que vine a ayudar a mi abuelo a colocar libros en los estantes, o el de la primera vez que mi padre me dio un juego de llaves y me dejó cerrar la tienda por la noche. Durante los últimos dos días, he estado agradecida porque capturaron al intruso antes de que pudiera llevarse nuestro dinero, pero hasta ahora no había cobrado conciencia de que el tipo me robó mis campanillas.

—Hola, Annie. —Papá está tras el mostrador, introduciendo números en la calculadora y formando una pila pequeña con los recibos del día.

Le planto un beso en la mejilla.

—Hola, papá. —Me devuelve el beso y sigue haciendo números. Aunque no comentamos que la tienda parece distinta hoy, sé que los dos tenemos esa sensación.

—Voy corriendo al banco para ingresar el dinero —dice sin mirarme—. A partir de ahora, no quiero que te quedes en la tienda hasta la hora del cierre. Ya me encargo yo. —Me gustaba cerrar la tienda. Contemplo a papá mientras junta todos los recibos, los grapa y mete el dinero de la caja registradora en la bolsa con cremallera—. Me he encargado de que nos instalen un sistema de alarma este fin de semana. Es bastante completo, por lo que parece. Incluso tiene mando a distancia, así que basta con pulsar un botón desde cualquier parte de la librería para que la policía reciba una llamada de inmediato.

Lo miro de soslayo.

—Lo que es genial, siempre y cuando uno lleve el mando encima.

—Bueno, sí, supongo. —Se ríe—. Eso es un poco exagerado, ¿no?

—No, para nada. Podemos comprar unos cinturones a juego, con una funda pequeña. —Acercó la mano a mi funda imaginaria, desenfundó mi mando invisible y lo apunto con él. Él me imita.

—¿Sabes? Estaba pensando... —empieza a decir mi padre.

—Oh, no.

—Estaba pensando que tal vez sea hora de que contrate a un estudiante de la Northwestern para que me ayude en la tienda. Tú ahora estás más ocupada, entrenando para el campeonato estatal. Además, pronto vendrán los exámenes finales...

—Falta un mes.

—Dentro de nada, estarás liada con las solicitudes de ingreso en la universidad...

—Dentro de seis meses.

—Y aunque no me lo has presentado como es debido, me parece que ahora tienes novio.

—No tengo novio.

—Y tienes cosas mejores que hacer que pasarte una noche de cada dos sentada en esta librería que huele a viejo, ¿no crees? Sería un trabajo estupendo para un estudiante universitario.

—No, no lo sería, porque ya es un trabajo estupendo para mí. Gracias, papá, pero estoy bien. Me gusta trabajar aquí. —Además, necesito dinero para mi fondo de viajes, y este es un sitio tan bueno como cualquier otro para ganarlo.

Me atrae hacia sí y me abraza.

—¿Estás segura?

—Totalmente —digo, con la voz amortiguada por su jersey de lana.

Cuando me suelta al fin, se pone el abrigo y coge la bolsa con el dinero. Sale por la puerta y, unos instantes después, las campanillas tintinean de nuevo.

Alzo la vista y veo a Bennett caminando directo hacia mí.

—Hola.

—Hola —me responde.

Nos quedamos ahí, incómodos, cambiando el peso de una pierna a otra e intentando pensar algo que decir.

—Qué bien que hayas venido. —Me retuerzo las manos—. Quería darte las gracias otra vez por la postal. Fue un detalle muy bonito.

—No ha sido nada. —Al ver que se sonroja me alegro de no ser yo, por una vez—. También conseguí una para mí. Como recuerdo del día. —Parece tan nervioso como yo—. En fin, solo he venido a saludarte y a buscar ese libro. Sobre México. Para la clase de Argotta.

—Ah, sí, claro.

Me sigue hasta la sección de viajes y deslizo el dedo por las cubiertas, deteniéndome para extraer mis favoritos. Una vez que he reunido una buena selección de seis o siete, me siento con las piernas cruzadas en la alfombra bereber y me reclino contra la estantería.

—Siéntate. —Le indico con un gesto que se acomode a mi lado, y Bennett se coloca en la misma posición que yo. Cojo uno de los libros de la pila y lo sujeto en alto—. Este es una caca. Casi no tiene fotografías. —Lo dejo en el suelo, iniciando un montón nuevo, y cojo otro. De pronto me asalta una extraña sensación de *déjà vu*—. Hala.

—¿Qué pasa?

Me quedo mirándolo por unos instantes.

—¿Nos sentamos así la otra noche, antes del atraco y de que «rehicieras» lo sucedido?

—Sí. Todo ocurrió de forma casi idéntica. —Sonríe. Luego añade, sorprendido—: ¿Me estás diciendo que lo recuerdas?

—No sé. Tal vez no.

Elige un volumen del montón y me lo enseña.

—Este está bien para viajar de forma económica, pero eso no es precisamente lo que buscamos. —Con una amplia sonrisa, lo coloca encima del que casi no tiene fotografías.

Suena como algo que diría yo. Coge otro.

—En este hay una lista de hoteles y restaurantes de primera categoría, un poco caros para nosotros. Pero las fotos son chulas.

Sí. Es cierto. Y esto empieza a ponerme los pelos de punta.

Coge otro libro y, cuando abre la boca —quizá para repetir otra frase mía—, lo interrumpe.

—¿Por qué no dices directamente cuál es el que te recomendé?

Se inclina sobre mí, extiende la mano hacia un estante y saca un libro.

—Disculpa. —Me roza el brazo y se sienta de nuevo en el suelo, pero más cerca de mí; tan cerca que nuestras rodillas se tocan—. Este es tu preferido.

Muevo la cabeza afirmativamente.

—La información más detallada. Fotos impresionantes. Recomendaciones de hoteles económicos, pero no pensiones o cosas por el estilo. Y también propone excursiones de tres o cinco días, además de estancias más largas, así que podemos combinarlas...

—Quiero que me cuentes lo que falta del segundo secreto.

Me contempla por un momento.

—¿En dónde me había...?

—Puedes rehacer detalles menores del pasado para influir en el resultado, pero no borrar un suceso por completo. Puedes viajar a cualquier lugar del mundo y a otras épocas, pero solo entre unas fechas determinadas.

Me mira como si le asombrara mi capacidad para recordar sus palabras con tal exactitud, pero ¿cómo no iba a recordarlas? Me he pasado la noche dándole vueltas a la cabeza.

—Ya. —Sonríe ligeramente—. Solo puedo viajar a épocas que coincidan con el tiempo que llevo de vida. No puedo retroceder al día anterior a mi nacimiento, ni viajar un segundo más allá de la fecha actual. La primera vez que lo intenté, dio resultado, pero, en fin, las cosas se torcieron. Después lo he intentado miles de veces, pero no lo consigo.

Trazo en mi mente una línea temporal que comienza el año en que él nació y que llega hasta la actualidad.

—¿O sea que no puedes viajar a un momento anterior a 1978 o posterior a hoy?

Recoge una de las guías de viaje de México y se pone a pasar rápidamente las páginas como si fuera un folioscopio, rehuendo deliberadamente mi mirada.

—No. Puedo viajar más lejos en el futuro.

—Pero creía que no podías... Entonces, ¿cómo...? —No lo pillo. Y él no me está ayudando demasiado—. Vale, te lo preguntaré de otra manera: ¿cuál es el año más lejano al que has viajado después de 1995?

Inspira bruscamente.

—2012 —responde sin mirarme.

—Pero ¿eso no cae fuera de « el tiempo que llevas de vida » ?

Su expresión parece indicar que no, y noto que se me forma un nudo en la boca del estómago. Arquea las cejas, como esperando a que yo extraiga conclusiones.

—Espera... ¿Cuándo naciste?

Creo que transcurre un minuto entero antes de que él me responda. Al menos es la impresión que tengo.

—El 6 de marzo. De 1995.

Fijo la vista en él durante un rato.

—Eso fue el mes pasado.

—Sí, lo sé.

—¿El 6 de marzo de 1995?

—Sí.

De pronto lo entiendo. Las fotos en la sala de estar de su abuela. Los retratos enmarcados de su hija con un bebé en brazos. Un bebé llamado Bennett.

—No puede ser. —Sigue sin alzar la mirada hacia mí—. Las fotografías en la repisa de la chimenea de Maggie... —Ni siquiera soy consciente de haberlo dicho en voz alta, pero él posa los ojos en mí finalmente y asiente—. Maggie es tu abuela.

Asiente de nuevo.

—Y tu «yo» de verdad es... —No consigo articular las palabras « un recién

nacido» —. Está en San Francisco. —Por eso no hay fotos del Bennett may or en la pared de Maggie.

—Bueno, yo soy mi «yo» de verdad. —Estira el brazo y le da un golpe para demostrar que es sólido. Luego se vuelve hacia mí—. Pero sí: en 2012 tengo diecisiete años. En 1995, en sentido estricto..., no.

Me imagino una línea temporal totalmente distinta, que se inicia en 1995 y termina en 2012.

—¿Qué hay de... tu otro yo, el de las fotografías?

—Todavía está en San Francisco, seguramente en una cuna, contemplando un móvil colgado del techo o algo así. —Me estremezco y él me mira de reojo, pero intento sacudirme esta sensación y disimular lo pasmada que estoy por este asunto del bebé Bennett. Debo de parecer confundida más bien, porque él me aclara—: Puedo estar en dos sitios distintos a la vez, pero no puede haber dos versiones de mí en el mismo lugar.

—¿Qué pasaría si te encontraras contigo mismo en el mismo lugar?

—Bueno, nunca permito que ocurra por accidente. Pero si lo hago a propósito, mi yo más joven desaparece y yo ocupo su lugar, como ocurrió la noche del atraco. Entonces rehago el pasado.

Bajo la vista hacia los libros y jugueteo con las páginas.

—¿Me mentiste respecto a la enfermedad de tu abuela?

—No del todo. Es cierto que tiene Alzheimer, pero... no en 1995.

—¿Y por qué cree que eres un estudiante de la Northwestern? —Esta vez alzo los ojos hacia él.

Suspira.

—Es lo que le dije cuando fui para alquilar la habitación.

Sigue apretándome el brazo con la mano, pero lo aparto para hacer el tonto con un hilo suelto de la alfombra mientras me esfuerzo por no hiperventilar.

Puede viajar hacia delante desde 1995, porque todo lo que ocurre a partir de este punto es su futuro.

Vive con una mujer que no tiene idea de que él es su nieto.

No debería estar aquí en 1995.

—Este es tu pasado —digo.

—Sí.

—¿Cuánto ha durado tu estancia más larga en el pasado? —Cierro los párpados de nuevo, incapaz de mirarlo.

—Treinta y seis días —lo oigo susurrar.

—¿Y cuándo fue eso?

—Mañana se cumplirán treinta y siete días —responde al cabo de un momento.

Cierro los ojos de nuevo. Me parece que no estoy llevando muy bien todo esto.

Y aún no lo he oído todo. No sé quién es la persona sobre la que farfullaba

aquella noche en el parque, ni cómo llegó él aquí, ni de dónde vino, ni qué hace en Evanston, ni por qué no se ha marchado todavía, pese a que en teoría solo debía pasar un mes aquí.

Al fin abro los párpados y le escruto el rostro.

Soy dieciséis años mayor que él. Pero no lo soy.

Él es un año mayor que yo. Pero no lo es.

Me mira directamente a los ojos.

—Oye, sé que esto es raro. E incluso ahora que te he explicado el resto del segundo secreto, te falta conocer el tercero. —Levanta la vista al techo y se impone el silencio por unos instantes antes de que se vuelva de nuevo hacia mí—. El caso es que se supone que no debería estar aquí, Anna. Ni en Evanston, ni en 1995. En principio no debería conoceros ni a ti, ni a Emma, ni a Maggie. No debería ir a ese colegio, ni hacer estos deberes, ni pasar el rato en vuestro café. —Me toma de las manos como si se dispusiera a transportarme a algún sitio, pero no salimos de la habitación; simplemente nos acercamos el uno al otro—. Nunca me quedo en ningún sitio. Lo visito, lo observo y me marcho. Jamás me quedo.

No estoy segura de cómo debo reaccionar a esta información. ¿Le digo que se marche? ¿Le pido que se quede? Antes de que pueda plantearme otras alternativas, se arrima a mí, me sujeta la cara con las manos, y yo topo de espaldas con la estantería cuando él me besa con intensidad, como si no deseara otra cosa que estar aquí, como si un beso largo y profundo pudiera hacer que nada de lo que me ha dicho sea cierto. Y, aunque sé que todo es cierto y que es una estupidez increíble sentir lo que siento por alguien cuyo lugar no está aquí — y que, cuando se vaya, no estará precisamente a un vuelo de distancia—, separo las manos de la alfombra bereber, las llevo a su espalda y lo atraigo hacia mí hasta que acabo recostada sobre los estantes. Porque sé que está aquí ahora, y porque estoy casi segura de que no quiero que esto termine. Nunca.

De pronto, se aparta.

—Lo siento mucho.

—No tiene importancia —digo, intentando recuperar el aliento.

—No. Sí que la tiene. Esto no es lo que planeé. No debería haber complicado más aún la situación. —Se pone de pie y se alisa el cabello con los dedos—. Tengo que irme. Lo siento mucho.

—Bennett. —Intento sonreírle, fingir que lo que acaba de ocurrir no me ha afectado, pero él ni siquiera me mira—. No pasa nada, Bennett. Por favor, no te vayas.

Pero él ya ha atravesado la puerta, dejándome sola con el resto del segundo secreto y las palabras que ha pronunciado justo antes de besarme. « Jamás me quedo » .

—¡Eh, Anna! ¡Espérame! —Courtney cierra su taquilla de un portazo y empieza a caminar a mi lado—. ¿Has terminado ya tu plan de viaje?

—No, aún no. —Nos apretujamos la una contra la otra al pasar junto a un grupo de chicos apiñados en torno a una taquilla, y luego nos separamos de nuevo—. Estoy en ello. ¿Cómo lo llevas tú?

—Bien. Anoche estaba pensando que seguramente debía incluir algunas ruinas o algo así, ya sabes, cosas educativas. —Me mira como esperando a que yo le dé la razón, así que asiento con la cabeza—. Pero es que las playas parecen espectaculares. Te juro que me pasaría todas las vacaciones tumbada al sol en extensiones de arena distintas.

—Pues incluye solo playas.

—¿Tú estás incluyendo playas?

—Algunas. —En realidad no tengo idea de qué estoy haciendo.

Anoche intenté avanzar a partir de la lamentable lista de dos columnas que empecé a elaborar en la librería el martes, pero me pasé casi toda la noche distraída con un viajero en el tiempo que visita pero nunca se queda; un chico increíble y apuesto con unos ojos que no logro sacarme de la cabeza, un cuerpo del que nunca quiero alejarme más de un metro y unas manos que pueden llevarme a cualquier lugar a la velocidad del pensamiento; el mismo chico que no debería estar aquí en 1995, pero que anoche se sentó en el suelo de mi librería como si no hubiera nadie en el mundo con quien prefiriese estar y me besó como si no hubiera nadie en el mundo a quien prefiriese besar; el chico con secretos, a quien le queda uno más por contarme.

—¿Adónde más planeas ir? —me pregunta Courtney inocentemente, como si no estuviéramos compitiendo por ganar el mismo vale para un viaje por valor de quinientos dólares.

Hago un esfuerzo por volver a la realidad e intento pensar una respuesta.

—Tengo un montón de... —comienzo, pero pierdo el hilo de las ideas otra vez, porque ahí está Bennett, apoyado en la hilera de taquillas que hay delante del despacho de Argotta, con su aspecto tierno, despeinado y atractivo, claramente esperándome. Trato de caminar al mismo ritmo que Courtney, pese a que mi corazón ha metido la directa.

—¿De qué? ¿De ruinas? Lo sabía. Estás incluyendo ruinas. Yo también debería... —No escucho una palabra más, y cuando por fin llegamos adónde está Bennett, me detengo. El pulso, en cambio, se me acelera aún más.

—Hola —saluda y me dedica una sonrisa arrebataadora. Courtney prácticamente desaparece de mi lado, y yo intento no mostrarme demasiado

contenta de verlo.

—Hola. —Genial. Ahora me tiemblan las manos.

Courtney sigue aquí, después de todo, y veo que mira en torno a sí como para averiguar de dónde procede tanta electricidad. Desplaza la vista entre él y yo, y una sonrisita extraña asoma a sus labios.

—Ah... Qué interesante —comenta, y echa a andar hacia la clase tras añadir en tono burlón—: Con vuestro permiso...

—¿Podemos hablar? —pregunta Bennett.

Echo un vistazo al interior del aula.

—La clase de español está a punto de empezar.

—Lo sé. Vamos.

Lo sigo al exterior y luego a un sendero oculto entre plantas y arbustos descuidados que discurre a lo largo del costado del edificio. Subimos por la pendiente hasta un bosquecillo situado cerca de la cima de la colina y nos detenemos al pie del árbol más grande. Bennett se sienta y da unas palmaditas en el suelo, a su lado. En cuanto me acomodo junto a él, descubro exactamente dónde estamos; las grandes ventanas que ocupan toda una pared del comedor son difíciles de pasar por alto, e incluso desde aquí alcanzo a distinguir nuestra mesa con claridad.

—Bueno, solo quería disculparme otra vez..., por lo de anoche. —Recoge un guijarro y juguetea nerviosamente con él, frotándolo y moviéndolo adelante y atrás entre los dedos. Luego alza la vista hacia mí con una expresión triste que nunca había visto en su rostro—. Lo que pasa es que... he deseado besarte muchas veces. —Me inclino hacia él, esperando que mi cercanía contribuya a convertir este momento en otra de esas veces, pero él se echa hacia atrás con un suspiro y se reclina contra el tronco del árbol—. Traté de contenerme, porque sabía que iniciar algo sería injusto para ti. No quería complicar las cosas. ¿Sabes? Quería contártelo todo y dejar que tú sacaras tus propias conclusiones al respecto. Y también respecto a lo que sientes por mí.

—Sé lo que siento —declaro mientras acorto la distancia que él ha creado entre nosotros hace un momento, esforzándome por mantener la compostura—. Pero, por lo que dices, supongo que lo mejor será que me cuentes lo demás, para que pueda tomar una decisión.

Le lanzo una mirada alentadora a fin de que sepa que estoy preparada para oírlo. Y lo estoy, pese a que sé que tiene algo que ver con una chica. Aunque ya hace más de un mes, eso no significa que haya olvidado el aspecto que tenía él la noche que lo encontré en el parque, meciéndose adelante y atrás en el banco y murmurando que tenía que localizarla, ni he olvidado que me confesó en el café que alguien había desaparecido por su culpa.

—Perdí a mi hermana. —Abro mucho los ojos—. Brooke y yo vamos mucho a conciertos. Nos mola bastante.

Brooke. Apenas me acordaba de la niña de cabello negro con flequillo que sujetaba a su hermano pequeño en la foto enmarcada que Maggie tenía sobre la repisa. La hermana de Bennett. De dos años. O diecinueve.

—Se ha convertido en una especie de *hobby*. Investigo sobre los grupos que me gustan y averiguo cuándo es el próximo concierto al que puedo viajar. Y Brooke siempre viaja conmigo.

Le cuesta hablar. Por lo visto, explicarme que había retrocedido en el tiempo para salvarme la vida y que su lugar no está aquí en 1995 no era más que un preámbulo para su revelación más dura. Lo de Brooke es algo muy serio.

—¿Recuerdas que te dije que solo puedo viajar a épocas que correspondan al tiempo que llevo de vida?

Suelto una carcajada de nerviosismo.

—Sí, eso no lo había olvidado.

—Pues bien, si intento viajar a una época anterior, la cosa no funciona. Cierro los ojos y visualizo la fecha, y... en fin..., no ocurre nada. Pero Brooke insistió en que la llevara a un concierto en particular y me convenció de intentarlo. Más que nada era un experimento. Ni ella ni yo creíamos que fuera a dar resultado. —Sonríe al recordarlo—. Nos tomamos de la mano, cerramos los ojos, y yo imaginé un lugar y una fecha de 1994. Entonces...

—¿Funcionó?

—Sí, pero solo durante unos minutos. En un instante yo estaba allí, y al instante siguiente ya no. Fui rebotado de vuelta a San Francisco.

—¿«Rebotado»?

Se encoge de hombros, como si fuera un inconveniente menor que tiene que sobrellevar.

—Por lo general tengo un control absoluto sobre el lugar y el momento al que viajo, pero si fuerzo los límites, es como si el tiempo lo corrigiera todo. Me envía de regreso al lugar donde se supone que debo estar.

—Pero si retrocediste hasta entonces con Brooke, ¿por qué tú rebotaste y ella no?

—Yo no pude quedarme porque en marzo de 1994 no existía.

Lo miro fijamente, esperando a que continúe.

—Pero Brooke sí. Ella nació en el noventa y tres.

—Vaya. ¿En serio? —pregunto, y él asiente—. ¿Adónde ibas a llevarla?

—Al 10 de marzo de 1994. Al Chicago Stadium. —Clava los ojos en mí e inquiera—. ¿Te resulta familiar esa fecha?

Reflexiono sobre ello. El 10 de marzo. Del año pasado. El 10 de marzo. No sé de qué me está hablando.

—La entrada —dice—. La que tienes clavada en tu tablón de corcho. Pearl Jam. No fue un concierto especialmente memorable ni nada por el estilo. Ella simplemente quería verlos tocar temas de los discos *Ten* y *Vs*.

—No puede ser. —Son exactamente las mismas tres palabras que le oí pronunciar cuando vio la entrada que guardo en mi habitación—. Yo estuve allí. Con Emma. Estuvimos justo en ese concierto.

—Seguramente durante mucho más rato que yo. Ni siquiera tuve tiempo de comprar una camiseta.

Me imagino que debería reírme con él, pero en vez de eso sigo contemplándolo con incredulidad.

—¿Cómo conseguirás que regrese a su época?

—Todavía no estoy muy seguro. Al principio, supuse que si retrocedía lo máximo posible, es decir, hasta el 6 de marzo de 1995, Brooke habría vivido en el pasado durante casi un año y estaría esperándome en casa de Maggie. Pero no estaba allí, ni había el menor indicio de que hubiera estado. Así que no me queda otro remedio que esperar; o llega hasta marzo de 1995 y se entera de que estoy aquí, o el tiempo se corregirá solo y la rebotará de vuelta al 2012..., o, al menos, a algún momento intermedio entre las dos fechas.

—Madre mía, debe de estar aterrada. —La imagino vagando por la calle, perdida en el tiempo, buscando algún lugar donde alojarse.

—Conozco bien a Brooke, y estoy seguro de que se habrá asustado un poco al principio, pero lleva bastante dinero encima, más que suficiente para sobrevivir. Supongo que se las apañará. Pero mi madre está hecha polvo, y se ha cabreado mucho conmigo. Por otro lado, tal vez mi metedura de pata haya demostrado que tiene razón y que no soy capaz de controlar este dichoso don que tengo.

No tengo idea de qué decir.

—El caso es que volví solo, sin saber qué hacer, y tuve que darle la noticia de que tal vez me llevaría un tiempo resolver la situación. Mi madre insistió en que regresara y me quedara aquí hasta que encontrara a Brooke. Le expliqué que podía pasarme semanas o meses fuera, así que ella inventó excusas para justificar mi ausencia y me indicó que trajera a mi padre a Evanston para que me matriculara en el colegio en que ella había estudiado. —Noto la amargura en su voz—. Así que aquí me tienes. Regreso a casa de vez en cuando para que sepan que estoy bien.

Las migrañas. El balanceo en el banco. Las frases que gimoteaba: «No puedo marcharme. Tengo que encontrarla». Todo cobra sentido.

—Acababas de volver de San Francisco.

—Sí. Ocurrió unas cuantas veces durante las dos primeras semanas. Desaparecía de Evanston y reaparecía en mi habitación en 2012, así que cerraba los ojos y me obligaba a volver aquí. De hecho, la tarde que te pasaste por casa de Maggie, yo acababa de regresar. Por eso te eché con malos modos, porque creía que estaba a punto de ser rebotado de nuevo. Pero no sucedió. Aunque dolía un montón, conseguí permanecer aquí, y no ha habido más rebotes desde entonces.

Recuerdo mi visita, las tazas de café y las botellas de agua desperdigadas por la habitación, la mirada de pocos amigos que me lanzó en la sala de estar de Maggie. Ahora entiendo por qué se comportó de un modo tan extraño al verme en su casa, charlando con su abuela y mirando una foto de él con su hermana de dos años. No me extraña que me pidiera que me marchara.

—O sea que solo estarás aquí hasta que Brooke vuelva. —Hace un gesto afirmativo con la cabeza, y yo siento náuseas. Pero desde un primer momento he sabido, muy en el fondo, por más que he intentado ignorarlo, que cuando conociese su secreto, también conocería el motivo por el que no puede quedarse.

—Deberíamos regresar a clase. —Me agarra de las manos y, sin siquiera pensarlo, cierro los párpados. Pero no nos movemos. Sigo notando el viento frío en la cara cuando él dice—: Anna. —Abro los ojos y veo que me observa—. No deberíamos habernos conocido. Desearía que las cosas fueran de otra manera, pero te juegas demasiado en esto, creo que más de lo que te imaginas ahora.

Me parece que asiento con la cabeza. No estoy segura, pero noto que extiende el brazo hacia mí y me cierra los párpados con delicadeza. Me toma de la mano otra vez, y siento que el estómago me da un vuelco.

Cuando abro los ojos, estamos de pie en el sendero bordeado de arbustos descuidados, y tengo el estómago revuelto. Él rebusca en su mochila, saca una bolsita con galletas saladas, y yo me pongo a morder una de inmediato. A continuación, extrae un botellín de agua, desenrosca la tapa y se la bebe toda de un tirón. Guarda la botella vacía en su mochila y me guía por las puertas del colegio hasta el pasillo. Se detiene exactamente en el mismo sitio en que nos encontrábamos hace un rato. Echo una ojeada dentro de la clase y veo que Courtney se sienta.

—Bueno, y a conoces todos mis secretos.

Hago un gesto afirmativo y recorro el pasillo con la vista. Hemos vuelto.

—Bueno, prométeme que lo meditarás, ¿de acuerdo? Y piensa más preguntas que hacerme.

Preguntas. Las tengo a puñados. Lo que necesito es pasar tiempo a solas con él, sin la presión de tener que estar en otro sitio y sin motivo para dejar de hablar hasta que yo entienda a qué narices se refiere con eso de que debo meditar sobre lo que me estoy jugando.

Se vuelve para entrar en clase, pero lo aferro del brazo.

—Oye, ¿cuándo volveremos a hablar? —No tengo ningunas ganas de pasarme el fin de semana sentada y preguntándome cuándo puedo toparme con él.

—Pronto. —Me sonrío. A continuación se adentra en el aula y yo lo sigo, absorbo en mis pensamientos pero sin dejar de fijarme en los detalles de la habitación. Argotta está en su sitio habitual al frente de la clase, apoyado en su mesa. Alex, con su dentadura demasiado blanca, ya ocupa el asiento situado

junto al mío. Y Courtney, en el primer pupitre de la primera fila, nos lanza miradas significativas a Bennett y a mí. Justo cuando suena el timbre, me guiña el ojo disimuladamente.

* * *

—¿Queréis oír el nuevo cotilleo? —Pregunta Emma mientras coloca su bandeja sobre la mesa y se sienta.

Danielle echa su cabellera hacia atrás con un movimiento de la cabeza y se vuelve hacia ella.

—¿Hay un cotilleo nuevo? —Tiene los ojos tan desorbitados que parecen a punto de saltar y echar a rodar por la mesa—. ¿Sobre quién?

—Anna... —ronronea Emma—. Y Bennett...

—Si añades algo como que estamos loquitos el uno por el otro, me largo. — Me reclino en mi silla y doy un mordisco a mi manzana. Aunque no me apetece ser el objeto de ningún cotilleo, me alegra tener algo en que pensar que no esté relacionado con rehacer el pasado, rebotar al futuro o una chica de diecinueve años atrapada en el tiempo.

Cuando me vuelvo en mi asiento, veo a Bennett en el bufé, llenándose un vaso con Coca-Cola. Emma sigue la dirección de mi mirada y me dedica una sonrisa socarrona.

—Circulan rumores. ¿No te gustaría saber de qué se trata antes de que él llegue aquí?

—No. —Pongo cara de no estar interesada, porque no lo estoy—. En realidad, no.

—Es algo muy jugoso —insiste en una voz muy aguda, como si estuviera a punto de romper a cantar.

—Me da igual —canturreo a mi vez y tomo otro bocado.

—Se comenta que vive con su abuela —tercia Danielle, y yo dejo de masticar. Emma y yo nos volvemos hacia ella. Entonces Emma me mira de nuevo.

—¿O sea que es cierto? —Arruga la nariz. No sé si esta noticia la ha decepcionado o si simplemente le fastidia que alguien se haya enterado antes que ella.

Mi cabeza se vuelve rápidamente hacia Danielle.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, pero me interrumpo y fuerzo una sonrisa, con la esperanza de contrarrestar la actitud tan defensiva que acabo de mostrar.

—Me lo ha dicho Julia Shepherd.

—Ah. ¿Julia? —digo, ahora en un tono más desenfadado e indiferente, pero solo porque estoy esforzándome mucho por hablar así. Doy otro mordisco a mi manzana solo para recalcar lo poco que me importa este tema—. ¿Y cómo lo

sabe Julia?

Danielle junta las palmas en posición de rezar y agacha la cabeza hasta apoyarla en las puntas de sus dedos.

—El Donut tiene oídos. —Se ríe y muerde su sándwich.

—Muy ingeniosa.

—Bueno, ¿es verdad o no? —inquire Emma.

Borro todo rastro de irritación de mi rostro.

—Sí —digo con voz serena y firme, como quitando hierro al asunto—. Ella se llama Maggie. Bennett se ocupa de ella.

—Ay, qué mono —dice Danielle, y le dirijo una sonrisa de conformidad.

—¿Dónde están sus padres? —susurra Emma, siguiéndolo con la vista mientras atraviesa el comedor—. ¿No se supone que ya deberían haber vuelto?

Preferiría que ella no siguiera por ese camino, pues de pronto caigo en la cuenta de que no conozco la tapadera de Bennett. Me dijo que sus padres estaban en Europa, pero eso fue antes de que yo supiera dónde están en realidad. No tengo idea de qué les ha contado a las autoridades del colegio sobre su familia, pero estoy segura de que no les ha dado datos de personas que viven en 2012 para casos de emergencia.

Me tuerzo de nuevo en mi silla y veo que viene directo hacia nosotras.

—Pregúntaselo —digo, señalándolo. Espero que tenga una buena respuesta.

—Buenas —dice Bennett, deslizando su bandeja sobre la mesa.

—Qué hay —contestan Emma y Danielle a la vez, con un entusiasmo excesivo.

Al menos las dos tienen la decencia de dejarlo probar un par de bocados antes de iniciar el interrogatorio. Entonces Emma mira a Danielle con las cejas arqueadas. Empieza el espectáculo.

—Oye, Bennett. —Danielle se acoda sobre la mesa—. Me han contado que vives con tu abuela.

Bennett toma un sorbo de Coca-Cola, sin inmutarse pese a que ella está invadiendo su espacio personal, y asiente.

—Mis padres se han ido a Europa, y yo vivo con ella mientras están fuera.

—Ya —dice Emma—. De hecho, yo creía que solo ibas a estar un mes aquí. ¿Han decidido alargar su viaje o algo así?

—Sí. No estoy seguro de cuánto tiempo tendré que pasar aquí.

Pienso en Brooke y me pregunto dónde estará y qué estará haciendo en este momento. Por razones egoístas, espero que esté pasándolo pipa y que tarde una buena temporada en regresar al 2012.

—Mi padre está trabajando en un proyecto importante en Ginebra —afirma Bennett.

Le sonrío y hago una mueca burlona. Él me guiña un ojo.

Todos se ponen a hablar de lo bonita que es Ginebra.

—Bueno —digo cuando se produce una pausa en la conversación—. ¿Y cómo va la subasta?

Eso está mejor. Bennett y yo nos relajamos mientras Emma y Danielle hablan al mismo tiempo, emocionadas y con gran abundancia de expresiones ponderativas como «lo más» o «divino». Él no deja de lanzarme miradas mientras ellas parlotean, como si intentara adivinar qué estoy pensando, pero eso es imposible; ni yo misma sé qué pienso. Estoy segura de que en algún momento me aclararé, pero, por el momento, solo sé que él está sentado con nosotras, como si su lugar estuviera aquí.

Cuando suena el timbre, Emma y Danielle se ponen de pie y se encaminan hacia los cubos de basura mientras prosiguen con su conversación. Bennett y yo las seguimos, y su brazo roza el mío.

—Oye —susurra—. ¿Qué planes tienes para mañana? —Creo que no se percata de que Emma y Danielle han dejado de hablar al instante.

—¿Mañana por la noche?

—No. Mañana, en todo el día. —Me sonríe y añade—: ¿O ya me tienes demasiado visto?

No tengo competición. Y la idea de llegar a tener demasiado visto a Bennett me parece imposible de concebir. Sonrío, radiante.

—No. O sea, que no tengo planes.

—Genial. ¿Te recojo a las ocho?

—¿De la mañana?

—Sí.

A Danielle se le escapa una risita, y Emma le propina un codazo suave.

—¿Adónde iremos?

—Es una sorpresa.

Esto me levanta la moral de nuevo. O tal vez ya la tenía levantada. No estoy segura.

—Ah, y lleva ropa para correr.

—¿Por qué?

—Forma parte de la sorpresa. Disculpa. —Aparta ligeramente a Emma para pasar, tira su basura en el cubo y sale al Donut con paso decidido. Nadie abre la boca hasta que él se ha marchado. Entonces Emma se vuelve hacia mí.

—¡Vaya, eso ha sido encantador! —chilla.

—Sí, pero ¿a qué viene lo de la ropa para correr? —pregunta Danielle.

Emma vacía su bandeja y se lleva la mano a la cadera.

—¿No es evidente? Te llevará en coche a la pista y te pedirá que corras mientras él mira desde las gradas. —Se desternilla de su propia broma.

—¡Cállate! —Le asesto un puñetazo fuerte en el hombro pero me río con ella.

—Pues sí, es mono —decide Danielle.

—Lo es —conviene Emma—. Sigo vigilándolo —asegura, como si trabajara

para el servicio de inteligencia británico—, pero reconozco que ese chico cada vez me cae mejor.

—Y es todo un detalle que cuide de su yaya —agrega Danielle.

Emma fija la vista en mí como si hubiera tenido una iluminación divina.

—¡Ja! ¡Las dos tenemos una cita mañana! Nos vemos el domingo por la mañana en el café. Compararemos nuestras experiencias.

A las ocho de la mañana en punto, un todoterreno se detiene en el camino de acceso y yo cierro la ventana de golpe y bajo la escalera a saltos. Por centésima vez, me pregunto adónde quiere llevarme Bennett. Tenía la vaga esperanza de que nuestro próximo viaje nos llevara mágicamente a París, pero me he pasado la noche estudiando mi mapa en busca de destinos que puedan requerir que sus visitantes lleven un atuendo deportivo. ¿Los Alpes suizos? ¿Machu Picchu? ¿Borneo? En realidad me da igual adónde vayamos, pero lo de la ropa para correr me tiene en ascuas.

Papá llega antes que yo a la puerta y le da la mano a Bennett mientras me lanza una mirada severa, y advierto que ya está ansioso por que yo regrese a casa para reñirme por no haberlos presentado como es debido. Le suelta a Bennett el sermón sobre que conduzca con cuidado y me traiga de vuelta a casa antes de la hora límite, y mientras caminamos hacia la puerta clava los ojos en mí y articula con los labios la palabra «cena». Yo asiento con la cabeza y cierro la puerta tras nosotros.

—¿Este es tu coche?

Bennett me abre la puerta de su flamante Jeep Grand Cherokee y espera a que suba. No me extraña. Como toda la gente que conozco, lleva un vehículo demasiado chulo para un estudiante de bachillerato.

—Es de Maggie. —El interior está immaculado y huele a coche nuevo. Bennett cierra mi puerta, camina hasta el lado del conductor, sube y hace girar la llave en el contacto. El motor se enciende con un ronroneo.

—¿Estás lista? —pregunta, sin arrancar aún. Se reclina en el asiento de piel, con la cabeza ladeada, contemplándome mientras yo le escuto el rostro en busca de alguna pista.

—Claro. ¿Adónde vamos?

—Haremos un viaje por carretera. —Se abrocha el cinturón de seguridad con un chasquido metálico y me sonrío.

—¿Vamos a ir en coche? ¿Será un trayecto muy largo?

—De un poco más de tres horas en cada sentido. —Mira por encima de su hombro y sale del camino de acceso marcha atrás.

—Para llegar... ¿adónde, exactamente?

Enarca las cejas y adopta una expresión siniestra.

—Sigue siendo una sorpresa.

—¿Necesitaré algo más?

Me mira de arriba abajo. Llevo pantalón de chándal, zapatillas para correr y un forro polar con cremallera. Tal como él me indicó.

—No. Vas perfecta.

—Ya. Entonces ¿para qué conducir durante tanto rato cuando podríamos, ya sabes...? —Hago un gesto extraño, como si conociera el signo universal para designar el viaje en el tiempo.

—¡Ah, aquí hay alguien que se está volviendo un poco caprichosa! —Avanza a través del barrio hacia la carretera interestatal, en dirección norte—. En primer lugar, el viaje en coche nos dará tiempo de sobra para hablar. En segundo, no he salido de Evanston desde que llegué. Y, en tercero..., bueno, quería hacer algo normal por ti.

—«Normal».

—Ya me entiendes. Algo que no tuviera nada que ver con ese don tan extraño que tengo.

Me acomodo en el asiento, intentando disimular la desilusión.

Charlamos y escuchamos música, y tres horas y veinte minutos más tarde, llegamos al parque estatal de Devil's Lake. Lo sé porque es lo que dice el letrero, no porque Bennett me haya informado sobre ello durante el trayecto. Se detiene en una plaza de aparcamiento, nos bajamos y nos acercamos a la parte de atrás del coche. Abre el maletero. Dentro hay dos mochilas rojas llenas a reventar, y de forma casi inconsciente doy un paso hacia atrás, perpleja ante el neopreno, el velcro y las brillantes piezas de metal que cuelgan de las correas externas.

—¿Qué es eso? —Señalo con un gesto una de las bolsas.

—Eso, Anna, es una mochila.

—Sí, ya me he dado cuenta, gracias. ¿Para qué?

—Es para ti.

—¿Qué hay dentro?

—Bueno, tú llevas el almuerzo. Y los zapatos. Y los arneses. Yo llevo el resto del equipo.

—El equipo.

—Cuerdas, mosquetones...

—¿Me has traído hasta aquí para matarme y enterrarme?

—No. Te encantará. Confía en mí.

—¿Qué es exactamente lo que me encantará?

—Escalar en roca.

No me animo a decirle que, aunque me considero bastante valiente y acepto con gusto los desafíos, tiendo a evitar los deportes que requieren que los pies abandonen la firmeza del suelo, como el paracaidismo, el *puenting*... y la escalada en roca.

Me da una palmada en la espalda como si fuéramos colegas de toda la vida.

—Eres deportista. Te va a encantar. —Me agarra por los hombros, me hace dar media vuelta y me coloca la mochila en la espalda. Se echa la segunda mochila sobre los hombros, tira de las correas para ajustársela, y alza el brazo

para cerrar el maletero.

Con una alegría un poco excesiva, me toma de la mano y me guía hasta el sendero, mientras yo sigo intentando que no se note lo defraudada que estoy por saber que no tomaré un *café au lait* a la orilla del Sena.

Avanzamos en silencio por un camino tranquilo, y un kilómetro más adelante llegamos a un lugar que Bennett considera «perfecto». A mí más bien me parece una roca muy, muy alta. Y, si no me equivoco, estamos a punto de escalarla.

—Quédate aquí —me indica, abriendo nuestras mochilas y empezando a extraer el equipo. Lo observo mientras se cambia de zapatos, se pone un arnés grueso en torno a la cintura y se echa al hombro un voluminoso rollo de cuerda —. Vuelvo enseguida. —Dicho esto, comienza a trepar por la escarpada pared de piedra, aparentemente con un esfuerzo mínimo. No tarda mucho en alcanzar la cima, auparse sobre la cornisa y perderse de vista. Al cabo de unos minutos, empiezo a preguntarme si me ha abandonado aquí.

—¡Eh! ¿Estás bien? —grito.

Su rostro asoma por encima de la roca.

—De maravilla. Enseguida bajo. Apártate.

Sigo sus instrucciones, retrocediendo seguramente un poco más de lo necesario, y dos cuerdas blancas gruesas aparecen en lo alto de la peña y caen pocos metros por delante de mí. Acto seguido, él se desliza por ellas, rebotando en la roca conforme desciende. Cuando llega al suelo, se le ve contento y radiante.

—¿Estás lista?

—No.

—Ten. Para empezar, ponte los pies de gato. —Introduce la mano en mi mochila y saca un par de zapatos de aspecto extraño con suela de goma delgada y terminados en punta.

—Qué estilosos. —Los cojo y los examino. Parecen sin estrenar—. ¿Los has comprado para mí?

—Son un regalito —responde con una sonrisa.

—¿Cómo sabes mi talla? —Me calzo los pies de gato. Me vienen perfectos.

Se encoge de hombros, rebusca de nuevo en mi mochila y extrae un segundo arnés, más pequeño, presumiblemente también para mí. Coge una bolsita y me la engancha al cinturón.

—Esto es tu magnesio.

—Magnesio. —Me pongo de pie. Los zapatos de elfo me producen una sensación rara.

—Para ayudarte a que te agarres mejor —explica mientras sostiene el arnés abierto para ayudarme a ponérmelo. Me lo ciñe a la cintura, recoge un extremo de la cuerda y me rodea con los brazos para manipular algo que está en la parte

posterior del cinturón. Huele bien.

Alzo la vista hacia la pared vertical.

—Ni todo el magnesio del mundo me ayudaría a escalar eso.

—Sígueme, cobardica. —Coge la otra punta de la cuerda, la inserta en un artilugio metálico y lo engancha a su arnés—. Es un dispositivo de aseguramiento. Te mantendrá unida a mí. —Aunque no las tengo todas conmigo respecto a la escalada, esto último me arranca una sonrisa—. Lo único que quiero que hagas ahora es aprender a fiarte del mecanismo. Que confíes en mí y te convenzas de que no vas a caerte. —Me guía hasta una parte de la peña cubierta de hendiduras y grietas profundas. Asegura que es una estupenda «roca para principiantes» y me indica dónde apoyar los pies y las manos en los primeros movimientos que espera que haga.

—No estoy muy segura sobre esto —confieso.

—¿Por qué no? —Parece auténticamente decepcionado por mi aprensión—. No corres ningún peligro. ¿Qué puede pasarte?

—Bueno, para empezar, podrías desvanecerte en el aire cuando yo vaya por la mitad de esa roca.

—Nunca me ha pasado.

—Vale, pero, a diferencia de la mayoría de la gente, tú a veces desapareces de verdad.

—Eso no sucederá. —Aunque esa maldita sonrisa suya no debería tranquilizarme, lo cierto es que lo hace.

—Mira que eres cruel. —Me río, me acerco a la roca y meto los dedos en la bolsa de magnesio.

—Bueno, lo primero que debes hacer es comprobar que yo te haya sujetado bien con la cuerda. Luego dices: «Estoy lista para escalar».

—¿«Estoy lista para escalar»?

—Entonces yo digo «te estoy asegurando», y tú dices «subo».

—«Subo» —repito, irritada.

—Adelante. —Su entusiasmo me da un poco de rabia.

Levanto la pierna derecha hasta la hendidura, tal como él me ha enseñado, subo las manos y me aúpo. Noto que mi trasero sobresale hacia atrás en un ángulo extraño, así que encuentro otro asidero y me izo hasta él.

—Lo sabía. ¡Tienes talento para esto!

Busco otra grieta y me agarro a ella. En cierto modo es como un rompecabezas que consiste en encontrar un asidero para las manos y un punto de apoyo igual de firme para mis pies a la distancia adecuada.

—Vale, para un momento.

Justo ahora que empezaba a pillarle el truco.

—¿Por qué?

—Suéltate del todo, como si te cayeras.

Pero si no me caigo.

—¿Qué... me suelte?

—Sí. Apártate de la roca dando un empujón y suéltate.

Respiro hondo. Doy un empujón a la roca. Me suelto.

Inspiro bruscamente mientras me balanceo hacia atrás. Me quedo colgando. Oscilando.

—Solo quiero que experimentes esa sensación. Te tengo bien sujeta. Ahora mismo solo estás a unos tres metros del suelo, pero cuando estés más arriba, sentirás exactamente lo mismo si resbalas, o si necesitas descansar, ¿entendido?

—Entendido. —Es verdad que me siento a salvo, pese a que la sensación es muy rara.

—Cuando estés lista, balancéate hacia la pared y di «escalando».

Sigo sus indicaciones.

—Adelante —oigo que dice su voz desde abajo.

Continúo buscando sitios adecuados donde encajar las manos y los pies, maniobrando para alcanzarlos, sorprendida porque no me caigo. No miro hacia abajo. Ni siquiera me siento tentada de hacerlo. Estoy concentrada en resolver este rompecabezas de piedra, intentando descifrar la clave que me llevará hasta la cima. Cuando menos me lo espero, veo la luz del sol. Y el cielo.

Me empujo hacia arriba y levanto los brazos, al estilo Rocky Balboa, dando saltos adelante y atrás en la cumbre.

Luego descubro que el descenso es más aterrador.

Bennett me grita instrucciones desde el suelo, indicándome cómo descolgarme por la pared, y dónde plantar los pies.

—¿Me agarro de la cuerda? —pregunto a voz en cuello, sin bajar la vista.

—No, tú apoya los pies en la roca e inclínate mucho hacia atrás. Sé que da un poco de yuyu, pero te tengo bien sujeta. Relaja los brazos.

Al parecer no soy capaz de relajar ninguna parte del cuerpo.

—¿Y si me caigo?

—No te caerás. Anna, suelta la cuerda, o te darás la vuelta. —Obligo a mis brazos a quedar colgando a mis costados—. Confía en mí —añade.

Con los ojos cerrados, deajo que me baje. Necesito toda mi concentración para mantener los pies delante de mí, con las piernas paralelas al suelo que tengo debajo, pero consigo coger el ritmo, y al poco rato vuelvo a estar en tierra firme.

—¡Has estado increíble! —exclama Bennett, abrazándome—. ¿Qué te ha parecido?

—Bien. —Estoy eufórica, aunque los brazos aún me tiemblan un poco—. La verdad es que ha sido alucinante.

—Sabía que te gustaría. —Deja de estrecharme con tanta fuerza, y yo empiezo a apartarme de él, pero entonces noto que sus manos bajan de mis hombros hacia el arnés, para desatar la cuerda. Está tan cerca que percibo su

respiración, y me cuesta un gran esfuerzo permanecer quieta mientras sus dedos batallan por deshacer el nudo que tengo detrás. Un minuto después, la cuerda cae al suelo, sus manos se separan del cinturón y se posan en la parte baja de mi espalda. Me atrae hacia sí y me besa, provocándome una descarga aún mayor de adrenalina.

—Ahora me toca a mí —declara con una sonrisa.

—¿Qué? —consigo decir.

—¿Estás preparada para aprender a asegurar al compañero de escalada?

—¿En serio? ¿Me crees capaz de sujetarte?

—Totalmente. —Retrocede un paso, y en cuanto sus manos dejan de tocarme empiezo a echarlas en falta. Abre el mosquetón de metal, lo desengancha de su arnés y lo prende al mío. Acto seguido, ocupa su posición frente a la roca.

—Subo —dice.

—Adelante —respondo.

Para cuando alcanzo la cima por novena vez, me tiemblan los antebrazos. Respiro hondo, me aúpo a la cornisa y lanzo la pierna hacia arriba para apoyarla en la superficie. Consigo ponerme de pie y contemplo las copas de los árboles que se extienden a lo largo de kilómetros, interrumpidas solo por el lago de color azul brillante que hay en medio. Bajo la mirada y sonrío a Bennett, maravillada y triunfal.

—Quédate ahí —grita desde el suelo, echándose la mochila a la espalda, y acto seguido sube la pared de roca en escalada libre en la mitad de tiempo que he tardado y yo utilizando la cuerda. Una vez en la cumbre, se quita el polvo con las manos.

—¿Tienes hambre? —Se sienta, abre la mochila y extrae varias bolsas de plástico y cuatro botellas de Gatorade—. No sabía qué preferirías. ¿Pavo con queso suizo, o rosbif con Cheddar?

—Gatorade. —Extiendo el brazo, muerta de sed pero entusiasmada al ver las botellas de color amarillo chillón, abro la tapa y tomo un buen trago. Con el rabillo del ojo, veo que Bennett hace lo mismo, y cuando ha terminado, se reclina contra una roca elevada y cierra los ojos.

El sol brilla alto en el cielo, y aunque el aire está fresco, la peña está caliente. Hace un día casi ideal para esto. Me siento junto a él y elijo el de pavo con queso suizo. De pronto, tengo un hambre atroz. Supongo que él también, porque, aunque dejamos de comer varias veces para sonreírnos, ninguno de los dos habla mientras damos buena cuenta de nuestros sándwiches.

—Bueno —digo por fin—. Así que escalada en roca.

—¿Te ha parecido una buena cita?

—Inesperada.

—¿Te ha desilusionado?

Paseo la vista de nuevo por el paisaje, que parece el de un cuadro.

—Para nada. —Mientras contemplo el bosque y el sol que se filtra entre las ramas, pienso que, aunque un viaje a Wisconsin tal vez no contribuya gran cosa a ampliar mi grupo de alfileres del Medio Oeste, por lo menos, a diferencia de Ko Tao, es un lugar al que siempre podré volver cuando él se haya ido. Cuando lo añore, como sé que ocurrirá.

Ahora que lo sé todo, me he pasado la noche pensando en ello. Él pertenece a una época diecisiete años posterior a la mía. Puede viajar a cualquier parte del mundo con solo imaginarla. Ha perdido a su hermana y, cuando la encuentre, tendrá que marcharse de 1995 y regresar a 2012. Y, al parecer, todo esto significa algo importante para mí, aunque no consigo dilucidar qué. Pero él se

encuentra aquí ahora, y quiere estar conmigo. Y aunque lo primero me pone un poco nerviosa, lo segundo me impulsa a sonreír. Lo miro.

Bennett da unas palmaditas en la roca, frente a sí, y yo me acerco rápidamente y me acomodo allí, con los codos apoyados sobre sus rodillas y la cabeza inclinada hacia delante. Se me escapa un quejido cuando me aprieta los hombros. Tengo los músculos ridículamente doloridos.

—Bueno, ¿cómo te aficionaste a la escalada? —Tengo un millón de preguntas que hacerle, pero esta es la que me resulta más fácil.

Me presiona la base del cuello con los pulgares, y yo respiro profundamente hasta que noto que se me relajan los músculos.

—Hay un pueblecito en la costa del sur de Tailandia llamado Krabi. — Aunque no le veo el rostro, percibo la sonrisa en su voz—. La playa de Railay es célebre por sus formaciones rocosas, pero yo no lo sabía hasta que topé con unos mochileros que me hablaron de ella. Realicé mi primera escalada con ellos, y me he quedado enviado desde entonces.

Sube las manos por mi espalda a un ritmo lento y coordinado hasta que llegan de nuevo a mis hombros. Abro los ojos justo a tiempo para verlo inclinarse hacia delante, agarrar un mechón de mi cabello y enrollárselo en torno al dedo. Luego lo desenrolla, le da un tirón suave, lo suelta y noto que los rizos recuperan su forma como resortes.

—¿Cómo consigues tu pelo hacer eso?

—¿Hacer qué? ¿Parecer una maraña de muelles diminutos? —Está tan cerca que siento su aliento en la parte posterior del cuello, y tuerzo el gesto al pensar que mi cabello debe de oler más a sudor que a champú con aroma a vainilla.

—Llevo un mes sentándome detrás de ti en la clase de español, deseando hacer esto. —Tira hacia abajo de otro manojito de rizos y se ríe cuando rebotan hasta su posición original—. ¿Y tú qué? ¿Cómo te dio por correr?

Me vuelvo para verle la cara, y él deja que los rizos se escapen entre sus dedos.

—Oh, no, de eso nada.

—¿Qué?

—Creía que hoy yo haría todas las preguntas. Me dijiste que pensara en más preguntas que formularle. —Me inclino hacia atrás sobre su pecho y apoyo la cabeza en su hombro. Me sube y me baja con el suave ritmo de su respiración, y cuando me aparta con delicadeza el pelo de la frente, exhalo un suspiro y me recuesto sobre él con abandono—. Además, tú eres mucho más interesante que yo.

—Eso no es cierto. —Se pone a jugarle de nuevo con mi cabello.

—De acuerdo —accedo—. Nos turnaremos. Una pregunta cada uno. Pero apuesto diez pavos a que a ti se te acabarán las preguntas antes que a mí. —Le tiendo la mano, y él la estrecha.

—Trato hecho —dice.

—Empiezo yo. —Alzo la mirada con una sonrisa—. ¿Qué es lo que más echas de menos de tu época?

—Mi teléfono móvil —responde sin pensarlo.

—Venga y ya, te hablo en serio. —Espero a que se ría, pero no lo hace—. ¿De verdad echas de menos un teléfono?

—¿Qué creías que respondería?

—No lo sé. Supongo que esperaba que dijeras que a tu familia.

—Las familias siguen siendo más o menos iguales, pero tú no has visto los teléfonos móviles del siglo XXI.

—¿Qué tiene de especial el tuyo?

—Muchas cosas, pero no puedo hablarte de ellas.

—Pues qué aburrimiento —comento con una risita—. ¿De qué me sirve que estés aquí si no puedes hablarme del futuro?

—Sirvo para muchas cosas —asegura, y aparta los dedos de mi cabello, los deja detrás de mi oreja por un momento y luego los desliza por mi clavícula. Cierro los ojos e intento acoplar mi respiración a la suya mientras me acaricia—. Además, no quiero estropear todas las sorpresas. Te gustan las sorpresas, ¿no?

—Por la cuenta que me trae. Tú eres una fuente constante de ellas. —Inspiro hondo y trato de concentrarme en mis preguntas—. ¿Lo que estás diciendo es que nunca conoceré el futuro? ¿Jamás veré el lugar dónde vives en realidad?

Imita en voz baja la chicharra de un concurso televisivo.

—Esa es otra pregunta. Me toca a mí.

—Vamos...

—Oye, eres tú quien ha propuesto el trato. Una pregunta cada uno —alega. Suelto un suspiro de exasperación—. ¿Dónde estabas cuando te enteraste del suicidio de Kurt Cobain?

—Humm. Caray. —Aunque ya ha pasado un tiempo, recuerdo perfectamente el día—. Ocurrió hace casi exactamente un año. Fui a casa de Emma después de clase, y estábamos en su habitación escuchando la radio cuando el locutor anunció que se había pegado un tiro. Entonces sacamos todos los CD de Nirvana que ella tenía y los escuchamos de cabo a rabo.

Sus dedos permanecen unos instantes sobre mi hombro antes de resbalar por mi brazo.

—Fue una semana muy extraña —prosigo—. La gente lloraba, como... Lloraban de verdad, como si lo conocieran. Me costaba entenderlo. En fin, todo aquello fue bastante triste —Desplaza el pulgar adelante y atrás contra el dorso de mi mano, y cuando bajo la vista, descubro que estoy haciendo lo mismo con la suya—. ¿Y tú dónde estabas?

Noto que se encoge de hombros.

—Fue en 1994 —dice, y por un momento, no lo pilló. Hasta que caigo en la

cuenta.

—Ostras. —Dejo de frotarle la mano—. Vaya, eso da mal rollo.

—Lo siento.

—Y no puedo creer que haya malgastado una pregunta.

Me aparta el cabello hacia un lado y me besa en la parte de atrás del cuello.

—¿Sabes qué? Esa te la regalo —dice en un susurro cerca de mi oreja. Me estremezo ligeramente.

—Basta. Estás haciendo que se me olviden las preguntas.

—Bien. Quiero ganar esos diez pavos. —Me da otro beso y pierdo por completo el hilo de mis pensamientos—. Querías saber si te llevaría a conocer tu propio futuro.

—Ajá.

—No puedo. Bueno, técnicamente supongo que podría, pero nunca he hecho algo así, y no tengo idea de lo que sucedería.

—Qué, ¿te da miedo que y o no exista en 2012 o algo así?

—No, eso no es en absoluto lo que me preocupa. Pero solo puedo viajar adelante y atrás a lo largo del tiempo que ya he vivido, y tú aún no has vivido más allá de este momento. Te llevaré a cualquier parte del mundo a la que quieras ir, pero nunca antes o después de esta fecha concreta.

—¿En serio?

Posa la barbilla en la curva de mi cuello y asiente. Supongo que podré soportarlo. Nunca he sentido la necesidad de alejarme de esta fecha o este momento; solo de este lugar.

—Además, no puedes saber lo que te ocurrirá en el futuro. Eso le quitaría toda la diversión. —Me besa el hombro—. Bueno, háblame de Emma.

—¿De Emma?

—Sí. Cuéntame cosas de ella. ¿Cómo os hicisteis amigas?

Las comisuras de mis labios se tuercen hacia arriba cuando me acuerdo de aquel día.

—La conocí en mi primer día en Westlake. —Miro a Bennett, que arquea una ceja, pidiéndome que continúe. Suelto una risita.

—Mi madre quería que diera buena impresión, así que me obligó a ponerme el pichi. —Hago una mueca y me recorre un escalofrío al recordar el uniforme—. Teníamos un vestido de cuadros muy feo que era una de las prendas aprobadas por el colegio, pero nadie lo llevaba. También me obligó a ponerme leotardos y una cinta de encaje en el cabello. Fuera hacía una temperatura como de cuarenta grados, y me pasé todo el día deseando ponerme un pantalón corto y una camiseta en vez de aquello. Tenía calor, me picaba todo y el pelo se me había puesto así. —Levanto las manos a los lados de mi cabeza, y él se ríe—. Pero entonces una chica con unos pómulos muy marcados y corrector dental se plantó a mi lado después de la sexta hora y me preguntó si quería juntarme con

ella después de clase. Aunque yo me moría de ganas de llegar a casa y cambiarme de ropa, le dije que sí. Y eso fue todo, más o menos. Emma es mi mejor amiga desde entonces.

Cuando vuelvo la vista hacia Bennett, no puedo evitar imaginar que mañana estaré en el café, contándole a Emma cada detalle de este día. Estoy segura de que mi cita está yendo mucho mejor que la suya.

—Háblame de tu familia —le pido, desviando oficialmente la conversación hacia él.

Exhala un suspiro profundo.

—No hay mucho que contar. Mi madre es un poco... difícil de tratar. Si le pregunto por algo que aparece en las noticias, ella acaba hablando sobre médicos. Nunca le hago preguntas sobre avances científicos, porque eso conduce inevitablemente al tema de los médicos. Cree que tengo un problema importante. Lo único que desea es tener un hijo normal.

Ciño sus brazos en torno a mi cintura y me pongo a deslizar la punta del dedo sobre su mano. La tiene seca después de la escalada, y las rayas de la palma están llenas de polvo de magnesio sucio.

—Ahora mi padre cree que soy una especie de ser mágico. Después de descubrir lo que era capaz de hacer, no me dejaba en paz. Durante el primer año investigó todas las catástrofes que hubo entre 1995 y el presente, y elaboró una lista enorme de cada desgracia, y de cada una de sus causas, para que yo viajara al pasado y las evitara.

—¿Y lo hiciste?

—No. A ver, no creo que deba alterar el curso de las cosas solo porque puedo. Habrás oído hablar del efecto mariposa, ¿no? Un pequeño cambio puede tener consecuencias enormes sobre otra cosa. Ni siquiera creo que pudiera rehacer los acontecimientos a gran escala. —Se queda callado durante un rato, mientras yo escucho el silencio, reclinada sobre su pecho—. Al final encontró otra manera de aprovechar mi don. En su propio beneficio.

Continúo moviendo el dedo a lo largo de las rayas de su palma, porque al parecer así lo animo a seguir hablando.

—Cuando Brooke y yo éramos pequeños, no teníamos mucho dinero. Entiéndeme: teníamos un piso decente y todas esas cosas, pero supongo que mi madre estaba un poco mal acostumbrada, por haberse criado aquí, en la monstruosidad de la casa de Maggie. Además, mi padre detestaba su empleo (trabajaba en un banco del centro; ni siquiera sé qué hacía), pero siempre estaba de mal humor, y discutía constantemente con mi madre.

» Entonces se le ocurrió su idea genial. Volvió a sus investigaciones, centrándose esta vez en las empresas y en la evolución positiva de sus acciones.

—¿Qué? —Dejo de acariciarlo y me vuelvo hacia él—. No lo habrás hecho, ¿verdad?

—Lo hice. Retrocedía a cada una de las fechas de su lista, una semana más o menos antes de que se produjera un acontecimiento empresarial importante, y cuando llegaba le enviaba a mi padre una carta con información privilegiada sobre las acciones. Él compraba. Las acciones se disparaban. Yo volvía atrás en el tiempo y le mandaba otro mensaje para indicarle cuándo debía vender. Entonces papá pasó a tener un empleo nuevo.

—¿Eso no es ilegal?

—En sentido estricto, no. Las leyes sobre el uso de información privilegiada te prohíben comprar o vender basándote en datos que no son públicos. La información que utilizábamos siempre era pública.

Le lanzo una mirada de incredulidad.

—De acuerdo, la cosa no está del todo clara. Pero oye, he conseguido que me dejen tranquilo..., al menos hasta hace poco. Brooke y yo nos aficionamos a viajar para asistir a todos los conciertos que nos apetecían. Mamá consiguió la vida llena de lujos que deseaba, y papá llegó a creer que era él quien le brindaba esa vida. Todo el mundo estaba contento, y no hacíamos daño a nadie.

—Deduzco que tu padre hizo bastante dinero.

—Bueno, la economía ha tenido sus altibajos, pero si sabes exactamente dónde debes invertir...

—¿Puedes ganar mucho?—aventuro.

—Ya lo creo. Millones, incluso.

—¿Millones?

—Bueno, esa no era nuestra intención.

—Ya, claro —digo con una carcajada—. Si esa no era vuestra intención, entonces todo está bien. —Es un viajero en el tiempo por accidente, y también un millonario por accidente—. Bueno, ¿y cómo accedes a ese dinero?

—Esa es otra pregunta.

—Lo sé.

Sacude la cabeza pero sonrío mientras cede ante mí.

—En efectivo. Para este viaje en concreto, traje mucho, acuñado antes de 1995, y lo tengo escondido en mi habitación, en casa de Maggie.

—¿Y Brooke?

—Llevaba una mochila llena de pasta. —Aparta la mano de la mía y me toma del mentón para que lo mire. Entonces me planta un beso en la nariz—. Ya está. Has preguntado bastante. Me toca.

Aunque estaba muy a gusto recostada sobre él, me he cansado de torcer el cuello para verle la cara. Me siento con las piernas cruzadas, doy media vuelta, me arrastro hacia él y apoyo las rodillas sobre sus piernas.

—Hola.

—Hola. —Esboza una sonrisa, pero advierto que su expresión juguetona se torna seria—. ¿Sabes? Lo que te dije el otro día lo decía en serio. El hecho de que

yo esté aquí... —su voz se apaga, y él guarda silencio durante un rato—. Influye en ti más que en mí.

No me gusta este giro hacia temas trascendentales, así que imito su sonido de chicharra de concurso.

—Por favor, formule su frase en forma de pregunta.

—¿Eres consciente de lo que todo esto implica para ti?

—No. —Y ahora se supone que debería importarme, pero me da igual, al menos ahora mismo. No quiero pensar en qué puede hacer, adónde puede ir y cuándo puede marcharse, porque en este momento los dos estamos exactamente en el mismo lugar al mismo tiempo. Ahora mismo solo quiero besarlo.

Me pone las manos en la cintura.

—Es como la lista de sucesos de mi padre. Podría retroceder y modificar un montón de detalles pequeños que seguramente alterarían el resultado, sin que mi vida pasara a ser distinta. Pero las vidas de otras personas sí se verían afectadas. Quizá mejorarían. Pero también es posible que empeoraran. Que yo esté aquí contigo *ahora mismo* supone un cambio. No para mí, sino para ti. Existes en 2012, como yo, pero en un futuro del que yo no formo parte. El hecho de que me hayas conocido aquí en 1995, en un lugar y una época a los que no pertenezco...

—Será divertido —lo interrumpo.

—Te cambiará toda la vida.

—Tal vez a mejor.

—Tal vez. Tal vez no.

—Bueno, ya te conozco, Bennett. ¿Qué remedio me queda?

—Recuerda lo que dije en tu casa ese primer día: que te lo contaría todo, pero te dejaría decidir.

Me abrazo a su cuello y lo beso.

—Cierto. Oigamos, pues, cuáles son mis opciones.

Inspira con brusquedad.

—Primera opción: puedo volver a ser el chico nuevo y raro del colegio, guardar las distancias con todo el mundo hasta que Brooke aparezca y yo pueda regresar a casa. Tú y yo podemos saludarnos en los pasillos y a lo mejor intercambiar miraditas de vez en cuando, como dos personas que comparten un secreto. Pero ya está. Tu vida a partir de este momento no será distinta en ningún aspecto.

—Ni hablar. —Lo beso de nuevo—. ¿Cuál es la otra opción?

—La segunda opción —dice con una sonrisa—: paso contigo el tiempo que me queda, salimos como las personas normales y viajamos por el mundo como las que no son normales. Cuando localice a Brooke, volveré a casa, pero luego regresaré aquí de forma puntual. Y me imagino que seguiré regresando hasta que te hartes de mí. —Se echa hacia atrás para observar mejor mi expresión.

Hasta este punto todo me había parecido bastante sencillo, pero ahora que me

obliga a reflexionar sobre ello seriamente, me doy cuenta de lo peliaguda que es la decisión. Tengo dos futuros posibles: la existencia sin riesgos pero rutinaria que conozco tan bien, o una vida de aventuras pero también de incertidumbres constantes. Me llevará a lugares de todo el mundo, pero se marchará. Habrá ocasiones en que estemos juntos, y otras en que estaremos separados, no solo por muchos kilómetros, sino por casi dos décadas. La parte racional de mi ser me impulsa a tomar el camino seguro, por muy poco atrayente que me parezca. Pero entonces miro a Bennett a los ojos y esto, por algún motivo, refuerza mi confianza en mi decisión. Aun así, hay una cuestión más que necesito aclarar.

—No lo entiendo. ¿Por qué ibas a renunciar a la vida que llevas solo para estar conmigo?

—Porque tú... —Se interrumpe. Inspira. Vuelve a empezar—. Me gustaba tu espíritu aventurero. Creía que sería divertido llevarte a algún sitio al que jamás irías en circunstancias normales. Pero ahora hay algo más. Ahora solo quiero conocerte mejor. —Estas palabras me aceleran el pulso de nuevo, y yo cierro los ojos y respiro hondo. Cuando los abro, él continúa mirándome.

—¿No me dijiste una vez que esto era una idea pésima?

Se ríe entre dientes.

—Sí. Creo que eso dije.

—Tenías razón, ¿sabes?

—Te lo advertí.

—A pesar de todo, elijo la segunda opción.

—¿Estás segura?

—Sí.

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro, él me abraza con más fuerza y me da un beso cálido, dulce, largo, lento, lánguido, y sé que esto es lo que quiero.

Y sé que tengo que invitarlo a cenar, porque no me cabe la menor duda: esto es serio.

* * *

Durante el viaje de regreso seguimos haciéndonos preguntas el uno al otro, y cuando nos detenemos delante de mi casa, tengo la sensación de haber conseguido lo imposible: conocer de verdad a Bennett Cooper. Mientras él pone el Jeep en punto muerto, yo alzo la vista hacia mi hogar y noto una opresión en el pecho. Llevamos casi once horas juntos, pero sigo sin querer separarme de él.

Apaga el motor y se inclina para besarme, pero yo alzo la mano y le pongo el dedo contra los labios.

—Espera. Tengo otra pregunta. —Se detiene y espera a que yo continúe—. ¿Por qué me observabas en la pista de atletismo de la Northwestern en tu primer día en Westlake?

—¿Ya estamos otra vez con eso?—Se reclina en su asiento.

—Pues sí. No me has respondido todavía.

—Sí que te he respondido. No sabía de qué hablabas el día que Emma me abordó en el comedor, y sigo sin saber de qué hablas.

—¿O sea que no eras tú?

—Oye, lo sabes todo sobre mí. Te repito que yo no estaba allí aquel día. Sigo sin haber ido a Northwestern, y menos aún a las seis y media de la mañana a temperaturas bajo cero. Ese rollo raro te va a ti, no a mí. —Se ríe con suavidad, y yo desearía creerlo. Tanto sus palabras como su expresión me dicen que debería. Al fin y al cabo, tiene razón: no hay motivo para que me mienta ahora que me lo ha contado todo—. Como ya te he respondido a eso antes, y además varias veces, te concedo una pregunta más.

Me alegra retomar la sesión de preguntas y respuestas, así que sonrío y pienso en otra:

—¿Cuál es tu lugar favorito del mundo?

Despliega una sonrisa de oreja a oreja y los ojos le brillan cuando comienza a hablar.

—Esa es fácil. Vernazza, una pequeña aldea de pescadores en la costa noroeste de Italia, en las Cinque Terre, y solo se puede llegar por tren, o al menos es lo que hace la mayoría de la gente. Es un pueblecito increíble, con calles estrechas y adoquinadas, barcas coloridas amarradas a lo largo del puerto, una hilera tras otra de casas minúsculas, pintadas con colores vivos, que ascienden por la ladera de la colina. Es espectacular. —Sus ojos se posan en mis labios, se inclina hacia delante y esta vez cierro los párpados, esperándolo—. Te encantará —asegura, y mientras nos besamos, el pueblecito cobra vida en torno a nosotros.

* * *

—¡Ya estoy en casa! —grito en dirección al salón, y empiezo a subir las escaleras con una mezcla de aturdimiento y cansancio. Tengo los antebrazos y las caderas doloridos, y me han salido ampollas por culpa de mis zapatitos nuevos de elfo. Estoy deseando darme una ducha, meterme en la cama y dejarme vencer por el sueño sin pensar más que en Bennett.

—Annie, ¿puedes venir un momento? —grita papá, y al oírlo doy media vuelta y me arrastro hacia la voz. Cuando doblo la esquina y entro en la cocina, veo que mis padres apartan sus sillas de la mesa y empiezan a caminar hacia mí. Mala señal.

—¿Qué hay? —pregunto, preparándome para una reprimenda por haber pasado el día con un chico al que ellos ni siquiera conocen. Sin embargo, cuando se acercan más, advierto que mamá ha estado llorando.

—¿Qué? —insisto, mirando alternadamente a uno y a otro—. ¿Qué ha

pasado?

—Justin... —Mi madre me abraza, pero yo me resisto y doy un paso hacia atrás.

—¿De qué hablas? ¿Qué pasa con Justin?

Mamá rompe a llorar, así que mi padre interviene.

—Cariño, ha sufrido un accidente de coche. Creo que ocurrió hacia el mediodía, pero nos hemos enterado hace como una hora.

—¿Un accidente de coche? ¿Estás seguro?

Mi madre intenta recuperar la compostura y se apresura a enjugarse las lágrimas de las mejillas.

—Todavía no disponemos de mucha información, cielo. Tengo entendido que iba hacia el centro y alguien se saltó un semáforo en rojo. Los Reilly están ahora en el hospital, y estoy segura de que él querrá verte. Estábamos esperando a que llegaras para poder ir allí contigo.

—¿Por qué iba Justin hacia el centro? Ni siquiera tiene coche. —De pronto, caigo en la cuenta—. Oh, Dios mío. Iba con Emma.

Papá conduce, mamá va en el asiento del copiloto, y yo en el de atrás. Nadie ha dicho una sola palabra a lo largo de los últimos veinticinco kilómetros.

Estamos siguiendo la ruta que Emma siempre toma para ir al centro, así que miro por la ventanilla en busca de restos de faros rotos, o bolitas de vidrio templado, o trozos de plástico rojo de las luces traseras; algo que indique dónde estaban en el momento en que su cita dio un giro dramático. No encuentro nada.

Cuando llegamos al hospital, mi padre nos deja frente a la entrada principal y se va a buscar un sitio donde aparcar. Mamá y yo no tardamos mucho en localizar a los padres de Justin. En cuanto entramos en la sala de espera, se ponen de pie, con los ojos enrojecidos e hinchados, y nos dan las gracias por venir. La señora Reilly explica lo sucedido, y aunque estoy a su lado, sus palabras entran y salen de mi cabeza, y solo proceso los detalles esenciales. El accidente se produjo justo pasadas las dos. Los padres de Justin no llegaron aquí hasta las cuatro y media. Los de la chica llegaron poco después del accidente, por fortuna, pues ella está más grave. Están en la séptima planta, en la UCI. Ella ha salido ya del quirófano, pero su estado aún se considera crítico. Justin se recuperará, pero permanecerá hospitalizado durante la noche, en observación.

Debo de haber encontrado una silla, porque ahora estoy sentada en ella. Veo que mamá —que parece moverse a cámara lenta— atrae a la señora Reilly hacia sí y le musita algo al oído.

—¿Quién? —pregunta la señora Reilly, con la voz una octava más alta—. ¿Quién es Emma? —Los desconocidos vuelven la mirada hacia ella, supongo que aliviados por poder presenciar una escena que los distraiga del motivo por el que están sentados en la sala de espera de urgencias un sábado por la noche.

—La chica que estaba con Justin hoy. Es Emma, la mejor amiga del colegio de Anna. —Justin. Emma. Y Justin. Emma y Justin. Me cuesta respirar. Esto no puede estar pasando.

Mamá habla con la señora Reilly en susurros, para que yo no alcance a oír sus palabras. No hace falta. Las voces de todo el mundo me suenan muy lejanas, de todos modos.

Al cabo de unos minutos, mi madre se pone de pie y viene a sentarse junto a mí.

—Preciosa. —Me frota la espalda describiendo pequeños círculos. Es una sensación que me resulta muy familiar, pese a que hacía años que ella no trazaba el dibujo invisible que me hacía conciliar el sueño de inmediato—. Justin se pondrá bien, pero el otro coche chocó contra el lado del conductor, así que Emma se llevó la peor parte del impacto. Los Reilly habían intentado indagar con

quién estaba Justin, pero nadie les decía nada, y supongo que los padres de Emma han pasado toda la tarde con ella en la UCI. Si estuviéramos en el Northwestern Memorial, yo sería un miembro del personal, pero aquí... — Percibo la frustración en su voz. Detesta no tener contactos en este lugar—. Quédate aquí. Iré arriba a ver qué averiguo.

Aunque no he abierto la boca desde que salimos de casa, ahora recobro la voz.

—No. —Me levanto—. Te acompaño.

* * *

Emma ofrece un aspecto pequeño y frágil contra las sábanas blancas. Tiene los ojos cerrados, y la piel de debajo —hasta sus característicos pómulos— está abultada, negra y brillante. Unas marcas rojas salpican el lado izquierdo de su rostro, señales —como me han explicado sus padres cuando me preparaban para que la viera— que le han dejado los fragmentos de vidrio que los médicos han tenido que extraerle. Un tubo de plástico transparente le sale de la nariz, y, aun teniendo en cuenta sus heridas, creo que esto es lo que más la cabrearía.

Pese a su lastimosa apariencia externa, eso ha sido bastante fácil de arreglar. La mutilación real es invisible. El bazo se le reventó a causa del impacto, y han tenido que extirpárselo, pero el equipo quirúrgico ha tardado dos horas en encontrar el origen de la hemorragia interna. Hay una fractura craneal pequeña que, según dicen, debería soldar sola, pero necesitarán hacerle una resonancia magnética para determinar si ha sufrido daños cerebrales permanentes. Una vez que sanen sus lesiones internas, le reconstruirán el hombro izquierdo. Tiene tres costillas rotas, pero al menos no le han perforado los pulmones. Los médicos comunicaron esto último como « la buena noticia » .

El otro vehículo chocó contra ellos a ochenta kilómetros por hora, justo cuando Justin y ella atravesaban por el cruce. La señora Atkins lo describió como « colisión en T » . Añadió que Emma seguramente no lo vio venir siquiera. No, estoy convencida de que no.

Me siento en la cama junto a Emma y sujeto delicadamente su mano suave y perfectamente cuidada con la mía, aún cubierta de polvo de magnesio y con tierra incrustada bajo las uñas. El accidente ha acaecido hacia las 14.00. Mientras yo estaba recostada sobre Bennett, riendo, abrazándolo y besándolo, mi mejor amiga estaba siendo destrozada por trozos de metal y vidrio, transportada a toda velocidad en una ambulancia y abierta en canal para recomponerla por dentro. Me he enterado seis horas después. He tardado una hora en llegar al hospital. Y otra más en poder tomarla de la mano. Ocho horas en total.

Los runruneos, golpeteos y pitidos de las máquinas resultan agobiantes en esta habitación tan diminuta. Me dan ganas de desenchufarlas, una a una, para darle

el silencio y la tranquilidad que merece, pero entonces recuerdo que quizá no estaría viva sin ellas, así que, en vez de irritarme, intento buscarles cualidades musicales. « Bom-pi. Bom-pi-rrrr. Bom-pi» .

Permanecemos calladas; Emma porque no puede hablar, y yo porque no se me ocurre nada que decir. Creo que se supone que debería hablarle, para que sepa que estoy aquí. Pero cada vez que abro la boca, las palabras se niegan a salir.

Oigo que la puerta corredera se abre, y me quedo boquiabierta. Justin está allí, de pie, con una bata de hospital, cubierto de moretones y vendas, incapaz de mover la cabeza por la abrazadera de plástico azul que lleva ceñida al cuello. Tiene el pelo apelmazado y manchado por algo que parece sangre. Lleva la muñeca enyesada.

—Justin. —Dejo la mano de Emma sobre las sábanas y corro hacia él. Me paro en seco, por miedo a hacerle daño, así que me siento aliviada cuando extiende los brazos para estrecharme entre ellos. Aunque los arañazos en su cara y su cuerpo sean superficiales, hacen que parezca un muñeco de porcelana que ha caído al suelo y cuyos pedazos alguien ha vuelto a pegar entre sí. Me da la impresión que el pegamento aún no se ha secado del todo.

—¿Cómo te encuentras? —Lo agarro por una parte del brazo que parece intacta, pero él suelta un grito ahogado y yo retrocedo de golpe, como si quemara—. Lo siento mucho.

—Tranquila —dice Justin. Me da un abrazo vacilante e incompleto—. ¿Cómo está ella?

Me limito a sacudir la cabeza.

Observo que se pone muy serio conforme asimila la información, y luego sigo la dirección de su mirada hacia Emma, en el otro extremo de la habitación. Estoy casi segura de que estamos pensando lo mismo. Él está bien. Ella no. Justin se acerca a la zona de la cama en que yo estaba sentada y ocupa mi lugar. Le coge la mano y le acaricia el dorso con el pulgar.

—¿Sabes? Ahora deberías estar en casa, escribiendo sobre mí en tu diario — comenta. Advierto que le sonrío a Emma, y me fijo en la cara de ella para ver si le devuelve la sonrisa, pero no lo hace. Se encuentra muy lejos de aquí. Lo que no impide que él continúe hablando—. Había recopilado un montón de chistes geniales para contártelos. He leído el periódico esta mañana para que pudiéramos hablar de temas de actualidad. Créeme, te habrías quedado fascinada. Y ahora, mira qué pintas tengo. —Baja la vista hacia su pecho—. Me he desgarrado mi mejor jersey.

Sigue sonriéndole, hablándole como habría debido hablarle y o.

—Ella estaba buscando un CD. —Aunque aún la mira, sé que el comentario va dirigido a mí, así que me siento en la otra punta de la cama y tomo la otra mano de Emma. El rostro de Justin se crispa ante mis ojos—. Estábamos

charlando sobre un grupo independiente británico que nos gusta, y ella me pidió que encontrara su estuche de discos, que estaba en el suelo. —En cuanto me viene a la mente la imagen del estuche de ante rosa que le regalé por su cumpleaños, el estómago me da un vuelco. Yo siempre guardaba sus CD en ese estuche. Debería haberlos dejado sueltos, apilados en la guantera y en el suelo, donde los tenía ella. No debería haberle regalado jamás ese estuche—. Se puso a hurgar entre los discos y... —Se le apaga la voz.

Simplemente le doy un apretón en la mano. No hay nada que añadir, pues nuestro silencio compartido confirma lo que yo ya sabía. Ella no estaba prestando atención; el accidente ha sido por culpa suya. Y se ha estrellado mientras sujetaba mi regalo, lo que me hace sentir responsable, aunque no debería.

Alguien da unos golpecitos en la puerta, que se abre antes de que tengamos tiempo de reaccionar. La enfermera asoma la cabeza.

—Lo siento, chicos. No puedo daros más tiempo —declara en una voz apenas lo bastante fuerte para que la oigamos por encima de los ruidos de las máquinas—. En teoría ni siquiera debería haberos dejado entrar —agrega, como si nos dispusiéramos a protestar—. Solo los familiares lo tienen permitido. —Lo sabemos. Nos lo ha dicho tres veces desde que mi madre ha echado mano de sus influencias para conseguirnos esta visita de diez minutos que se me han hecho demasiado cortos.

Le doy otro apretón en la mano a Emma, estiro el brazo hacia delante y deslizo el dedo sobre el pómulo en el que no le han puesto puntos.

—Mañana vuelvo —le prometo al oído. Camino hasta la puerta y espero a Justin.

Le acaricia el cabello hacia atrás y le da un beso en la frente.

—Yo también te veo mañana. —Se pone de pie y recorre con la mirada la habitación deprimente y fría—. Te traeré música. Tal vez eso te ayude.

Al principio, creo que quiere decir que la música ayudará a ahogar los incesantes pitidos, pero al ver cómo la contempla, me parece que se refiere a que la música la ayudará a volver del lugar donde está, sea cual sea.

* * *

Emma no tiene mejor cara el domingo, pero la habitación presenta un aspecto más alegre. Ramos enormes de flores de colores vivos ocultan las superficies anodinas, alguien ha pegado varias postales en una pared libre, y una colección de globos de Mylar que llevan las palabras «Que te mejores» escritas con una letra elaborada decoran el rincón próximo a la pequeña ventana.

—Diez minutos —nos dice la enfermera de la UCI con rotundidad—. Es solo para que le hagáis compañía hasta que sus padres regresen de almorzar. Se

supone que no deberíais estar aquí. —Mira hacia atrás para cerciorarse de que nadie la vea, antes de correr la cortina y cerrar la puerta.

Aunque Justin no ha regresado a casa todavía, su madre ha traído una cadena de música enorme y una serie de discos compactos, tal como él le ha pedido. Ahora se acerca a un lado de la cama de Emma, conecta el aparato a un enchufe situado cerca de los monitores, y abre la caja de un CD. Es uno de sus recopilatorios caseros, pero no puedo evitar advertir que en este no hay espirales pintadas con acuarelas. Pulsa el botón de reproducir, y los sonidos de las máquinas quedan eclipsados de inmediato; su «rrr-bom-pi» pasa a un segundo plano como acompañamiento de la música. Tomo asiento en la cama, junto a Emma, y la miro, deseando poder hablar con ella como hizo Justin ayer, pero cada vez que abro la boca me siento incómodo. Él me observa.

—¿Quieres que salga un momento? —Eso sería aún peor. Aunque ya no tendría una razón para no hablarle, seguiría sin ser capaz.

—No —respondo.

Él rodea la cama hasta el otro lado, toma la otra mano de Emma, y nos quedamos sentados así. Transcurren nuestros diez minutos, luego veinte, y la enfermera no reaparece para echarnos, así que permanecemos donde estamos. Contemplo en silencio cómo el pecho de Emma sube y baja al respirar. Justin, también callado, parece hipnotizado por las señales luminosas rojas de la pantalla. Es verdad que, gracias a la música, esta espantosa habitación parece menos estéril, pero no produce ningún otro efecto. Emma sigue estando muy lejos.

Los Atkins regresan, y yo vuelvo la vista hacia Justin. Le han dado el alta hace media hora, y sus padres están todavía en la planta baja, encargándose del papeleo. Él parece agotado, como si le costara mantener los ojos abiertos.

—¿Te apetece salir a tomar el aire? —le pregunto, y después de pensárselo un poco, asiente con la cabeza. Dejo todas mis cosas dentro, a fin de tener una excusa para volver a la habitación de Emma.

Cuando salimos al pasillo, Justin se inclina contra la pared.

—Qué mal rollo. —Se frota la cabeza, sin acordarse de los puntos de sutura —. Ay. Maldita sea.

Lo guío hasta el ascensor.

—Deberías irte a casa, Justin. Descansa. Vuelve mañana, cuando te encuentres mejor. —Desearía poder decirle que Emma ya no estará aquí mañana, pero los dos sabemos que eso no es verdad.

El ascensor nos lleva a la planta baja y, tras seguir las señales, llegamos al patio. Paseamos durante unos minutos, pero sopla un viento gélido, por lo que, en cuanto hemos tomado el aire que necesitábamos, decidimos entrar de nuevo y buscar a los padres de Justin. Encontramos la oficina de registro sin dificultad, y los padres de Justin continúan allí sentados, esperando a que el empleado termine

de tramitar el alta. La señora Reilly nos dice que aún hay para rato, así que los dos salimos en busca de la cafetería.

—Así que... Emma y tú... —digo cuando estamos sentados, bebiendo el peor café que he probado jamás y turnándonos para picotear una rosquilla rancia.

Justin me dedica una sonrisa de culpabilidad.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Coge un trozo de la rosquilla y dirige la mirada a la ventana—. Lo siento mucho. Debería haberte contado lo nuestro. No me gusta ocultarte secretos, Anna, pero supongo que la situación me parecía un poco... rara. Te conozco de toda la vida, y... —Deja la frase en el aire y se acerca el vaso de poliestireno a los labios, toma otro sorbo y clava los ojos en mí—. Debería habértelo dicho.

—Sí. Deberías. —Sonríe para que sepa que no estoy enfadada—. No importa. En serio. Emma me lo dijo. Además, eres mi amigo. Emma es mi amiga. Me alegro por vosotros.

—Entonces ¿te parece bien que salgamos juntos?

Decido no cefesarle que aún no puedo unir sus nombres en mi mente sin que aparezca un signo de interrogación.

—Por supuesto. Me parece estupendo.

Los dos bajamos la vista hacia la mesa. Él desliza el dedo a lo largo del dibujo grabado en la formica, y yo junto mis migajas de rosquilla en un montoncito.

—Háblame de vuestra cita. Es evidente que iba bien hasta que... —Me arrepiento en el acto de haber pronunciado estas últimas palabras, pero Justin no parece afectado por ellas. Sonríe, sin despegar los ojos de la mesa.

—Estaba siendo un día redondo. Solo habíamos salido a cenar una vez antes, ¿sabes? Y habíamos ido a tomar un café, lo que había estado bien, pero fue divertido estar juntos en su casa. Ver su habitación y sus cosas. Pasar el rato, sin más. —Mira fijamente la ventana que tengo detrás—. Mantuvimos una conversación increíble sobre... —Enmudece, pero sus labios se curvan en una ligera sonrisa.

—¿Sobre qué?

Sacude la cabeza y posa los ojos en mí de nuevo.

—Olvidalo... Como te decía, es una tía genial.

Apoyo la barbilla en la mano y le sonrío.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —pregunto, y él hace un gesto afirmativo. Se reclina en su asiento y cruza los brazos.

—Sí. Reconozco que no me lo esperaba y que ni siquiera estaba del todo seguro hasta ayer, pero sí, me gusta mucho. Supongo que en cierto modo me sorprendió. —Ignoro si Emma siente lo mismo por él, pero Justin desde luego parece loco por ella. Por lo visto, hay tíos que sí graban discos para chicas a las que solo quieren como amigas.

—A mí también me sorprendió —declaro, y casi sin querer repito las palabras que le dije a Bennett ayer en la roca, describiéndole los pómulos y el corrector dental de Emma, así como lo amable que se había mostrado con la chica nueva de pelo crespo. Sonríe y la imagino tal como es ahora. O, más bien, tal como era hasta ayer. Tiene los mismos pómulos, pero ya no lleva corrector, ni molestos aparatos ortopédicos en las piernas. Es simplemente la hermosa, divertida y encantadora Emma, que se gana a todas las personas que conoce, incluidos una deportista obsesiva como yo y un escéptico como Justin. De pronto caigo en la cuenta de que estamos mirándonos con expresión triste, como preguntándonos qué hacemos aquí, hablando de ella así.

Justin rompe el silencio.

—Bueeeeno... —dice, alargando la palabra—. Pasemos a un tema más agradable: ¿qué tal te fue a ti en tu cita?

La pregunta me retrotrae al día de ayer, y noto que una sonrisa empieza a asomar a mis labios cuando pienso en Bennett y en mí, acurrucados en una peña, intercambiando preguntas, anécdotas, besos y polvo de magnesio. Pero entonces un sentimiento de culpa se apodera de mí. No está bien que sonría mientras Emma yace inconsciente seis pisos más arriba.

—Estuvo bien.

Mantengo mis emociones a raya mientras le describo a Justin la escalada de la roca y la sensación que experimenté al alcanzar la cima y contemplar el paisaje. Le cuento que Bennett y yo charlamos largo y tendido sobre música, la afición a correr, los viajes y nuestras familias. De pronto, me acuerdo de algo: ahora mismo yo tendría que estar en el café, comentando nuestras citas respectivas con Emma, y no en una aséptica cafetería de hospital, hablando con Justin. Me quedo callada, dirijo la vista más allá de él y la fijo en la máquina situada al fondo de la sala.

—Debió de ser divertido —lo oigo decir, pero su voz suena baja y lejana. Miramos en direcciones opuestas y guardamos silencio durante un rato largo.

—¿A qué hora vendrá a recogerte tu madre? —pregunta él al fin.

—A las seis. —Echo un vistazo a mi reloj. Son solo las tres.

—Debería ir a buscar a mis padres, pero puedo quedarme y volver a casa en nuestro coche, si quieres. Prefiero no dejarte sola. —Parece sincero pero extenuado. Salta a la vista que permanecer despierto está consumiendo toda su energía.

—No te preocupes. Me hará bien pasar un rato a solas con ella.

Me mira con fijeza.

—De acuerdo. Si estás segura... —Extiende los brazos por encima de la mesa y me da un apretón reconfortante en las manos.

Le dedico una sonrisa lánguida.

—Segurísima —le miento en un tono muy convincente.

Pero lo hago por él. Si no pareciera tan cansado y dolorido, le diría lo que pienso de verdad: que ahora que estamos aquí sentados, vuelvo a ver a Justin exactamente como antes —como al amigo con el que me siento cómoda, que me graba música, me hacer reír y es la única persona con quien puedo hablar de cualquier cosa—, y que lo que más deseo es que me abrace con fuerza y me asegure que todo saldrá bien, porque, si lo hace, tal vez yo lo crea.

Una vez que Justin se ha marchado, Danielle se pasa por el hospital, y nos pillan a las dos intentando colarnos en la habitación de Emma. La enfermera se dispone a echarnos con malos modos cuando la madre de Emma llega y la convence de que nos deje quedarnos. Pero Danielle no aguanta mucho; al cabo de diez minutos, sigue sin reunir el valor suficiente para regresar a la habitación, y finalmente la señora Atkins la abraza por los hombros y le sugiere que vuelva mañana. Danielle promete venir por la mañana, pues no tiene intención de ir al colegio de todos modos.

La madre de Emma y yo nos pasamos las tres horas siguientes charlando sobre temas banales y mirando por la ventana, y cuando por fin el reloj da las seis, no puedo evitar sentirme aliviada. Rendida, doy a Emma un beso en la frente y me despido de su madre con un abrazo.

Me dirijo a la sala de espera para reunirme con mamá cuando oigo el tintineo lejano del ascensor. Doblo la esquina y topo literalmente con alguien. Los dos nos apartamos disculpándonos entre dientes, hasta que nos reconocemos.

—Aquí estás —dice él.

—¿Qué haces tú aquí? —digo yo exactamente al mismo tiempo.

—Estaba buscándote. —Bennett tiene el rostro contraído de preocupación—.

¿Por qué no me has avisado de lo de Emma?

No tengo respuesta. Seguramente se me debería haber pasado por la cabeza llamarlo para comunicárselo, pero no fue así. Solo puedo encogerme de hombros mientras él me atrae hacia sí y me pregunta si estoy bien. Muevo la cabeza afirmativamente contra su pecho.

Creo que en este punto se supone que debería romper a llorar. Si hubiera un momento indicado para ello, sería este, con mi cuerpo apretado contra el suyo, su cabeza apoyada sobre la mía y su mano en mi espalda, pero no puedo. En vez de ello, le hablo de los tubos, las máquinas, los puntos, los médicos y la rehabilitación que ella tendrá que soportar cuando vuelva en sí. Le digo que tiene un aspecto terrible, que parece una desconocida. Y que me siento fatal por decirlo.

El ascensor tintinea de nuevo, y esta vez mi madre sale de él. Su expresión refleja su sorpresa por pillarme entre los brazos de un chico al que solo ha visto una vez y a quien jamás he mencionado durante una de las cenas familiares de los martes.

—Vaya. Hola.

—Hola, mamá —digo, nerviosa—. Ya conoces a Bennett..., de aquella noche..., en la librería.

Ella asiente y le tiende la mano.

—Así es. Hola, Bennett. —Le estrecha la mano durante un buen rato, sin quitarle la vista de encima.

Espero a que ella le dedique su típica sonrisa de enfermera, con la que se gana enseguida la simpatía de la gente, pero eso no sucede. Aunque su mirada no es fría, no destila calidez precisamente, y cuando por fin suelta la mano de Bennett, este se muestra un poco aliviado. Ella aparta los ojos de él y los clava en mí.

—¿Cómo sigue Emma?

Me encojo de hombros.

—Igual. Su madre está con ella ahora.

—Voy a ver cómo está y a preguntar si puedo ayudar en algo. ¿Quieres venir?

No me imagino siquiera entrando de nuevo en esa habitación.

—Llevo todo el día aquí, mamá. ¿Te importa si... Bennett me lleva a casa?

Ella se vuelve rápidamente hacia él, y lo mira de arriba abajo con honda preocupación.

—¿Qué tal conduces?

—Bien. Soy muy prudente. —Como esto no parece tranquilizarla, añade—: Seré especialmente prudente.

—Hace mucho viento.

—Conduciré despacio, señora Greene.

—De acuerdo, entonces. —Me atrae hacia sí y me da un abrazo fuerte y un beso en la frente—. Nos vemos en casa, Anna. —Pero en vez de encaminarse hacia la habitación de Emma, se queda unos momentos más—. ¿Sabes, Bennett? Según el padre de Anna, ella te invitará a cenar para que te conozcamos un poco. ¿Te lo ha propuesto ya?

Él posa la vista en mí, y luego en ella.

—Aún no, señora Greene, pero estoy seguro de que...

—¿Te viene bien el martes?

—¿El martes? —Bennett me mira. Me tapo la cara con la mano—. El martes me viene de perlas —le oigo decir.

—Excelente. Nos vemos entonces. —Mamá me besa de nuevo en la frente antes de dar media vuelta y alejarse por el pasillo.

En el ascensor, Bennett fija los ojos en mí.

—A cenar. —Asiente—. El martes.

—Lo siento.

—No, está bien. Me gustan las cenas familiares. —El ascensor se detiene y caminamos de la mano hacia el aparcamiento—. De hecho, ya no recuerdo la última vez que cené en familia. No somos muy aficionados a eso.

—Nosotros solo lo hacemos los martes. Cerramos la tienda temprano para

que mi padre y yo podamos llegar a casa a tiempo, y mi madre nunca se encarga del turno de noche. Insiste en que cenemos juntos un día por semana, y ese día es el martes.

Bennett abre la puerta de mi lado del coche, y yo me subo. Volvemos a estar solos, en el Jeep, como anoche a esta misma hora. Sin embargo, ahora avanzamos en la dirección opuesta, y no nos reímos ni nos propinamos puñetazos por encima de la consola central. No jugamos a las preguntas y las respuestas.

—¿Estás bien? —susurra Bennett una y otra vez, y yo asiento con la cabeza, de forma poco sincera.

Las farolas y señales de tráfico desfilan a cámara lenta, borrosas, como si Bennett estuviera conduciendo muy por debajo del límite de velocidad. Mamá debe de haberlo aterrorizado. O tal vez esto sea una sensación mía; quizá sea cierto que todo se mueve a cámara lenta.

—Estaban solos. —Digo al fin, mirando hacia la ventanilla del pasajero—. Justin estuvo solo durante cuatro horas hasta que llegaron sus padres. Emma estuvo sola durante dos. —Deslizo el dedo por el cristal, escrutando la oscuridad—. No sé por qué ese detalle me angustia tanto, pero no dejo de imaginarlos en zonas distintas del hospital, rodeados de perfectos desconocidos. Tal vez sea lo habitual en estos casos, quizás obliguen a los padres a esperar fuera, pero ¿cómo pueden dejarlos tan abandonados?

—Sabían que los padres ya estaban en camino.

—¿Ah, sí? —pregunto, y Bennett extiende el brazo hacia su derecha para tomarme la mano.

Nos quedamos callados por un momento, hasta que confieso lo que me corroe en realidad.

—Yo no estaba allí.

Se vuelve hacia mí.

—Tardé ocho horas en llegar.

—No te sientas culpable, Anna. Llegaste tan deprisa como pudiste.

Me da un apretón en la mano, y aunque nada de lo que diga puede hacerme sentir mejor, su contacto me resulta reconfortante. Bajo la vista hacia nuestros dedos entrelazados y apoyados sobre la consola —todavía tiene las uñas un poco sucias de la escalada de ayer— y recuerdo cómo acariciaba las líneas de su palma cuando estaba plácidamente recostada sobre su pecho. Sus manos tienen un tacto tan normal que a veces me olvido con facilidad de lo extraordinarias que son.

—Oh, dios mío. —Me aparto de él—. Para el coche.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Para... el coche. —Estoy temblando, me siento como una estúpida y me parece increíble que no se me haya ocurrido antes.

Bennett gira por una calle de un barrio residencial y frena. Se queda

contemplando el parabrisas, y en este instante comprendo que, aunque yo no había pensado en ello, él sí. Sabe exactamente lo que estoy a punto de pedirle, porque si bien yo me he olvidado momentáneamente del poder que posee Bennett Cooper, él siempre lo tiene presente.

—Rehazlo. —Me vuelvo en el asiento para colocarme de cara a él—. Bennett. Por favor. Rehazlo. Rehaz el día.

—No puedo —replica sin mirarme.

—Sí puedes. Puedes arreglar esto. Si retrocedemos hasta antes de que ocurra el accidente, impediremos que coja el coche. ¡Lo arreglaremos! ¿No, Bennett?

Se apea y cierra de un portazo, dejándome en el asiento del pasajero, temblando. Los faros iluminan la furia de su rostro cuando golpea el capó con los puños, y me sobresalto. Camina de un lado a otro, me da la espalda y se apoya en la parte delantera del coche. Veo que sus hombros suben y bajan. Supongo que debería arrepentirme de habérselo pedido, pero no me arrepiento.

Al cabo de un rato se acerca, abre la puerta y ocupa su asiento. Está más tranquilo, pero sigue trémulo de rabia. Agarra el volante con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—Por favor, no vuelvas a pedirme que haga eso.

—Oye, ya sé que tienes tus reglas. —Recalco la palabra «tus» y espero que pille la indirecta—. Entiendo lo de tu dichoso efecto mariposa y tu superstición sobre lo que pasa si alteras el futuro...

—No es mi dichoso efecto mariposa. Es el efecto mariposa, a secas, y es un concepto esencial de la teoría del caos, que no tiene absolutamente nada que ver con la superstición. Un pequeño cambio en una parte de un sistema complejo puede tener consecuencias importantes en otra parte. No es algo que me haya inventado yo, Anna.

—De acuerdo, ya lo pillo, pero puedes hacer ligeras modificaciones, ¿no? Cambiar detalles pequeños. ¿Qué diferencia hay entre esto y lo que haces para tus padres, o lo que hiciste el viernes antes de la clase de español, o lo que hiciste aquella noche en la librería? Lo que habría podido ser un futuro terrible para mí, tal vez el final de mis días, no lo fue, gracias a tu intervención. Y, fíjate... —Abro los brazos hacia los lados—. No ha ocurrido ninguna desgracia. Seguimos aquí. No se ha desatado el caos de la mariposa.

—Las cosas no son tan sencillas. Algo tiene que salir mal al final. Simplemente no puedo rehacer lo sucedido.

Clavo los ojos en él, como para forzarlo a alzar la vista hacia mí, hasta que por fin lo hace.

—¿No puedes o no quieres?

—No quiero.

—¿Por qué no?

—Oye, no debería haber rehecho ninguno de esos sucesos, Anna, pero eran

distintos. Retrocedí cinco minutos en el tiempo, una hora, a lo sumo, pero no un día entero. No impedí que el tipo te pusiera una navaja al cuello ni que intentara atracar la librería; solo te saqué de allí y me encargué de que la policía llegara antes. Respecto a aquel día en el colegio, asistimos a clase, y fue como si no hubiéramos pasado aquella hora fuera. Se trata de cambios menores e insignificantes. Pero evitar un accidente de coche implica borrar un acontecimiento importante.

—Lo siento, pero no entiendo la diferencia.

—¿Ah, no? Pues mi padre tampoco. —Se muerde el labio y se vuelve hacia la ventana—. Mira, es como una bola de nieve. Si rehago algo malo que le sucedió a una persona inocente, de pronto será responsabilidad mía impedir que todos los aviones que se han estrellado despeguen y convertirme en un sistema de alarma para todos los desastres naturales. Y entonces un día se producirá una catástrofe aún peor precisamente por culpa de lo que hice para prevenir la última tragedia. Este don es mío, y yo decido el uso que debo darle. Mi función es observar, no cambiar el futuro, punto. Ya estoy quebrantando todas las normas solo por estar aquí.

—Son normas que tú mismo has creado. ¿Cómo sabes que son correctas? Tal vez se supone que deberías ponerlas a prueba.

—No estoy de acuerdo. —Fija la mirada en mí hasta que bajo los ojos—. Por si no lo recuerdas, Anna, la última vez que puse a prueba las normas por una chica, las cosas no salieron muy bien. Para ella misma.

No le falta razón, pero no pienso darme por vencida. No puedo, ahora que a mi mejor amiga la han abierto en canal y la han reconstruido, quitándole algunas partes y remendándole otras con un hilo. Puede que conduzca de pena, pero merece un futuro.

—No estamos hablando de mí. Ni deberíamos estar hablando de ti.

Posa en mí sus ojos tristes, y sé que desearía ayudarla, ayudarme a mí, ser un héroe, aunque cree que no debería serlo.

—No es por mí, Anna, sino por... todas las personas implicadas. No puedo. Lo siento, pero es demasiado peligroso.

—¿Te lo pensarás al menos? —Esbozo una sonrisa con la esperanza de que me la devuelva, pero no lo hace. Se limita a arrancar el coche y a girar en U.

—No. No vuelvas a pedírmelo.

—Vuestros planes de viaje, *por favor*. —Me vuelvo hacia atrás para coger el montón de trabajos que mis compañeros van pasando hacia delante. Uno de ellos tiene la cubierta plastificada. El mío, que tenía pensado grapar, aún está escrito a mano en hojas arrancadas de mi libreta, metido entre las hojas de una guía de viaje y guardado en mi mochila. No lo entregaré hoy, pero al parecer no soy la única que no ha hecho los deberes.

La silla de Bennett está vacía. Cuando me dejó en mi casa anoche, bajé del coche, cerré de un portazo sin despedirme y me encaminé hacia el porche sin mirar atrás. Oculta en la cocina, lo espí por la ventana durante cerca de un minuto, y lo vi apoyar la cabeza en el volante antes de asestarle un manotazo y salir a toda velocidad del camino de acceso.

Argotta nos imparte la clase hoy pero no nos hace conversar, y cuando suena el timbre al final de la clase, me quedo en el aula, esperando a que se vacíe. Luego me pongo de pie, me acerco a su mesa, y espero a que él alce la vista hacia mí.

—¿Cree que me gustará su plan, *señorita* Greene? —pregunta, dando unas palmaditas al montón de itinerarios de viaje.

—Le encantará, *señor*. Pero no está terminado.

Temo que me lanzará una mirada de decepción, pero en cambio esboza una sonrisa comprensiva, se pone de pie y rodea su mesa hasta la parte frontal. Le hablo del accidente que Emma sufrió el sábado (ya estaba enterado), le recuerdo el atraco del lunes pasado (lo que parece entristecerlo), y enfatizo que no acostumbro dar excusas, pero que ha sido una semana de lo más extraña (se muestra de acuerdo).

—Me gustaría anunciar al ganador pronto. ¿Crees que podré entregármelo el jueves? —inquire. Hago un gesto afirmativo—. Si necesitas más tiempo, avísame. Podemos anunciar al ganador la semana que viene.

—*Gracias* —digo. Con paso lento, salgo de la clase, enfilo el Donut, dejo mis libros en mi taquilla, y entro en el comedor. Echo un vistazo a nuestra mesa vacía y decido que no tengo hambre.

Mamá me lleva en coche al hospital y se marcha. Me dirijo a la habitación de Emma con la mochila a cuestas, me dejo caer en la silla y me pongo a trabajar en mi plan de viaje. Media hora después, la enfermera llega para echar una ojeada a la hoja clínica de Emma. Me dedica una sonrisa amable antes de abandonar la habitación.

Poso la vista en la cama. Emma yace allí, con un aspecto aislado y distante, así que saco mi guía de Yucatán de Lonely Planet, y me acomodo en la cama

junto a ella. Abro el libro y me pongo a leer sobre las « deliciosas playas », la « vida nocturna escandalosa » y la « carne de cerdo asada a fuego lento en hojas de plátano ». Luego paso al capítulo sobre las compras. Eso es algo que le encantaría.

Empiezo a hablar, al principio en susurros.

—Este sitio parece increíble, Em. Escucha esto: « Los amantes de las compras sabrán apreciar las artesanías que se encuentran en la península..., adornos de plata exquisitos que reflejan la técnica de filigrana introducida por los españoles, reproducciones maravillosas de galeones talladas en caoba, y panamás de un tejido tan apretado que resultan impermeables ». ¿No te parece alucinante? —Bajo la vista hacia las facciones inmóviles de Emma y espero a que reaccione. Hablo un poco más fuerte—. ¿Sabes qué? Los sombreros te sientan de maravilla. Si gano el desafío de viajes de Argotta, iré a México y te traeré un sombrero. —Consulto mi guía de nuevo—. Ah, no te lo pierdas: también tejen unas de las mejores hamacas del mundo. —La miro otra vez—. A lo mejor te traigo una hamaca. ¿Qué opinas? ¿Prefieres un sombrero o una hamaca? —Busco alguna señal de que me haya oído. No mueve ni un músculo—. Pues te traeré las dos cosas.

Continúo leyendo, intentando encontrar alguna otra sección que pueda interesarle. Estoy a punto de embarcarme en una descripción de la « famosa cocina del país » cuando advierto que una gota cae sobre la página. Luego otra. Y otra. Me llevo las manos a la cara y descubro que tengo las mejillas mojadas y que las lágrimas brotan de forma tan incontenible y abundante que no consigo evitar que mojen el libro, las sábanas o la mano de Emma. Me fijo en su rostro, con todos aquellos tubos, y noto una opresión en el pecho.

—Lo siento, Emma —musito recostándome sobre su brazo derecho, la única parte de su cuerpo que sé que no está cosida o lesionada por dentro, y al fin me entrego al llanto, pues sé que ella no debería estar aquí. Solo cometí un pequeño error; un fallo nimio que lo cambió todo. ¿Estaríamos aquí las dos en este momento si una sola circunstancia de su día hubiera sido distinta? ¿Qué habría pasado si Emma y Justin hubieran optado por ir a algún otro lado, como el cine o el centro comercial? ¿Y si hubieran salido diez minutos antes, o diez minutos más tarde? ¿Y si Emma se hubiera decidido por un CD antes de ponerse en marcha? ¿Y si se hubiera detenido ante cada señal de stop y hubiera reducido la velocidad antes de atravesar aquel cruce? ¿Y si el conductor del otro coche hubiera olvidado algo, regresado corriendo a su casa y salido tres minutos después? ¿Y si yo no hubiera insistido en que guardara sus discos en ese condenado estuche? ¿Y si, y si, y si, y si...? Si un pequeño detalle hubiera sido diferente, un solo detalle, Emma y yo habríamos pasado el día de ayer juntas, tomando café con leche y comparando nuestras citas.

Basta con que él lleve a cabo un cambio minúsculo. Es el único que puede

enderezar la situación, pero le da demasiado miedo. Beso a Emma en la mejilla.

—Tengo que irme, Em —le susurro al oído—, pero volveré. Voy a encargarme de todo, a arreglar las cosas, y cuando lo haga, no recordarás nada de esto.

Mamá me mira impresionada cuando detiene el coche delante de la casa de Bennett.

—Vaya. Bonita chabola.

—Es de su abuela —digo, aunque estoy convencida de que la que compró el padre de Bennett gracias a su «buena suerte» con las acciones no es menos impresionante—. Nos vemos luego en casa, ¿vale? Gracias por ir a recogerme. Y dale las gracias a papá de mi parte por ocuparse de mi turno en la librería. —Cierro la puerta del coche y camino sobre la hierba cubierta de nieve, pues no han echado sal en el camino y parece un poco resbaladizo. Llamo a la puerta. La abre Bennett.

—He pasado la tarde con Emma —suelto bruscamente. Él vuelve la vista hacia el interior de la casa, nervioso, antes de cerrar la puerta tras de sí y salir al porche conmigo.

—¿Cómo está? —Por lo menos tiene la consideración de mostrar interés.

—Igual. En estado crítico. No ha mejorado desde ayer.

—Dale tiempo, Anna. Se pondrá mejor.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿La has visto en el futuro y te ha dicho que vive feliz sin su bazo?

—En teoría, el bazo no es imprescindible para vivir.

—Eso no viene al caso.

—Ya lo sé.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo sabiendo que podrías arreglar esto pero ni siquiera te molestas en intentarlo?

Me agarra del brazo y me aparta de la puerta.

—Ay. Me haces daño.

Afloja un poco la presión.

—¿Que cómo puedo estar tranquilo? —murmura, mirando en torno a sí para asegurarse de que nadie más lo escucha—. ¿Te burlas de mí? Esto me está matando, Anna. De verdad que quiero intentarlo, créeme, pero ¿y si no logro impedirlo? ¿Y si empeoro las cosas? ¿Y si el accidente se produce de todos modos, haga lo que haga? ¿Y si cambio algo que no debería y destrozo su vida, o la mía, o la tuya?

—¡No lo sé! ¡Nadie lo sabe! Pero ¿de qué sirve que tengas ese don si no lo utilizas para averiguarlo? Tal vez tratas de rehacer el pasado, y el accidente ocurre de todas maneras, Emma acaba en el hospital y nada cambia. Pero al menos sabrás que lo has intentado...

—¡A eso me refiero! No se supone que deba intentarlo. No digo que sea justo

o bueno, pero ¿y si esto es algo que...?

—No te atrevas a decir algo manido como que « estaba escrito », porque esto no estaba escrito. Ella no tendría que estar allí.

—¿Cómo lo sabes?

—¿El qué?

—¿Cómo sabes que no estaba escrito que el accidente ocurriera? —pregunta. Noto que la cara se me enciende de rabia—. Oye, sé que nadie quería que esto sucediera, pero sucedió. A lo mejor está escrito que ella despierte en el hospital, sane, haga fisioterapia y luche por algo importante por primera vez en su vida de color rosa. A lo mejor está escrito que se cure y aprenda a conducir más despacio. —Lo fulmino con la mirada y me encamino hacia los escalones, me coge del brazo otra vez—. Anna, no estoy diciendo que me parezca bien, o que esté de acuerdo. Solo digo que ha pasado. Y da igual si estaba escrito o no; no me corresponde a mí cambiarlo solo porque puedo.

Aunque ya he oído estas palabras antes, percibo algo distinto en su voz.

—Un momento. ¿Eso es lo que has visto? —Clavo los ojos en él—. ¿Has ido al futuro a verla, Bennett? ¿Se recuperará? ¿Es eso lo que ocurrirá?

Sacude la cabeza, me sujeta con menos fuerza, y no estoy segura de si he acertado o no, pues él se limita a contemplarme, como si no supiera qué decir. Yo tampoco lo sé, porque, tanto si él conoce su futuro como si no, no puedo dejar a Emma acostada en esa cama aséptica, entre aquellas máquinas ruidosas, solo porque es posible que esto forme parte de un designio superior para convertirla en una conductora más responsable o en una persona mejor.

Pruebo con una táctica distinta.

—Oye, no hace falta que impidas el accidente. Basta con que nos hagamos retroceder en el tiempo... —me callo mientras calculo mentalmente— cuarenta y seis horas. —Consulto mi reloj—. Cuarenta y siete si nos pasamos otra hora hablando de esto aquí fuera, en el frío.

—Eso también sería jugar a ser Dios.

Cruzo los brazos. Se impone el silencio mientras esperamos la reacción del otro como en un duelo del Oeste. O un concurso de miradas de tercero de primaria.

—Tengo que hacer deberes. —Me vuelvo hacia los escalones y esta vez él deja que me aleje. Cuando estoy a punto de llegar abajo, oigo su voz.

—Anna.

Me paro en seco y giro sobre los talones.

—¿Qué?

—No es suficiente.

—¿De qué hablas? ¿Qué no es suficiente?

—Cuarenta y seis horas. No son suficientes. —Siento como si me quitaran un gran peso de encima, como si pudiera respirar por fin después de haber estado

bajo el agua. Ha estado pensando en ello. No solo ha pensado en ello, sino que ha hecho cálculos.

Suelta un quejido, y sé lo que significa: se dispone a hacer algo que no quiere hacer. Transcurren varios minutos mientras yo aguardo a que él dé el siguiente paso.

—Vamos adentro —dice finalmente—. Quiero enseñarte algo.

La habitación de Bennett parece más ordenada que la última vez que estuve aquí. Su escritorio está limpio, sin otra cosa encima que una taza repleta de bolígrafos y un libro de texto abierto. Bennett coge una libreta roja hecha girones y le quita la goma elástica con que la mantiene cerrada. Se deja caer sobre la cama, me indica con un gesto que me tumbe a su lado y abre la libreta por una página del final. Toda superficie disponible está recubierta de tinta. Inclino la cabeza y estudio las fechas, las horas, los símbolos matemáticos y las ecuaciones complejas que abarrotan ambas páginas.

—La precisión es muy importante. —¿Cuánto tiempo lleva trabajando en esto? ¿Toda la noche? ¿Todo el día?—. Tengo que encontrar el momento perfecto para nuestra llegada. —Señala sus cálculos—. Como te he dicho, cuarenta y seis horas no son suficientes. Eso nos llevaría a las dos de la tarde del sábado, cuando estábamos en Wisconsin, a casi tres horas de distancia. —Apunta con el dedo a una línea temporal que atraviesa la página—. Tiene que ser un momento en que estuviéramos juntos, y no puede ser mientras íbamos en el coche, pues estábamos en movimiento. Así que tenemos que retroceder hasta la mañana, hacia la hora en que pasé a recogerte.

—De acuerdo. Vamos. —Me incorporo y abro las manos sobre mi regazo, pero él no las toma entre las suyas.

—No tan deprisa, fiero. Eso no es todo. —Pasa la página—. La cosa es la siguiente: en cuanto estemos cerca de nuestros otros yos, ellos desaparecerán. Por lo tanto, tenemos que volver al momento exacto en el que estábamos en el coche, en el camino de acceso a tu casa, pero antes de que yo metiera la marcha atrás. —Hago memoria. ¿Cuánto rato estuvimos allí sentados? Debió de ser solo unos segundos, lo justo para que nos abrocháramos el cinturón y yo preguntara adónde íbamos. Luego nos pusimos en marcha. Señala la página—. Creo que tenemos que aterrizar hacia las ocho y siete minutos de la mañana.

—Vale. —Esta vez no lo apremio.

—Pero no puedo pifiarla. —Se incorpora junto a mí—. Quiero hacer una prueba antes. Retrocederemos cinco minutos y aterrizaremos en el pasillo, justo delante de mi habitación. Cuando abra la puerta, nuestros otros yos se desvanecerán, y nosotros ocuparemos su lugar. —Se acerca a su mesa y vuelve con una bolsita de galletas saladas. Las deposita sobre la cama—. Son para ti, por si las necesitas cuando retrocedamos.

—Gracias. —Me levanto y le tiendo las manos. Esta vez las toma entre las suyas.

—El hecho de que realicemos esta prueba no significa que vayamos a hacer

el intento de verdad —advierte—. Sigo sin estar seguro de poder llevarlo a cabo.

—Entendido.

—¿Estás lista?

Asiento con la cabeza.

—Cierra los ojos —dice.

Obedezco. Y cuando los abro, estoy en el pasillo, contemplando la fotografía de la graduación de su madre del instituto. Me vuelvo hacia la izquierda y lo veo allí, inquieto, cerciorándose de que Maggie no anda cerca.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. —Tengo el estómago revuelto, pero antes de que piense mucho en ello, Bennett me agarra del brazo con una mano y hace girar el pomo de la puerta de su cuarto con la otra. Echa una ojeada al interior, abre del todo la puerta y entra, tirando de mí. La habitación está vacía.

Apretándome la barriga con las manos, voy directa hacia la cama, pero la bolsita de galletas saladas no está allí.

—¿Dónde están las galletas?

—Mecachis. Lo había olvidado. —Bennett cruza el dormitorio, hurga en su mochila y regresa con la bolsa—. Bueno, al menos sabemos que ha dado resultado.

No lo pillo.

—¿Lo sabemos? ¿Por qué?

—Las galletas no están sobre la cama porque yo no las había dejado allí todavía.

—Ah, vale. Vaya. —Cojo las galletas y me pongo a mordisquearlas despacio, de nuevo con la esperanza de no vomitar en su habitación.

Bennett atraviesa otra vez la habitación y recoge del suelo dos mochilas rojas, las mismas que ayer estaban adornadas con cuerdas y mosquetones, y contenían pies de gato, sándwiches y botellas de plástico de Gatorade. Hoy parecen mucho más ligeras.

—Espérame aquí, ¿de acuerdo? Vuelvo enseguida. —Sale de la habitación y reaparece unos minutos más tarde, más cargado.

Otra bolsa repleta de galletas saladas.

Dos Frapuccinos de Starbucks.

Dos aguas embotelladas.

Se acerca a su escritorio, coge algo del cajón superior y se dirige al armario. Empieza a extraer de él álbumes de fotos, anuarios viejos de Westlake y varias cajas con fotografías sueltas que amontona en el suelo. Cuando el mueble está vacío, Bennett se inclina hacia dentro y saca un fajo de billetes.

—¿Cuánto dinero hay ahí? —pregunto.

—Mil dólares para cada uno —responde sin rodeos—, por si nos separamos. Ten. —El fajo cae dentro de mi mochila con un golpe sordo.

Mientras vuelve a guardarlo todo en el armario, yo pienso en Brooke y en su mochila llena de efectivo.

—¿Alguna vez has rehecho algún suceso del pasado con Brooke?

Sacude la cabeza.

—No. Y no porque ella no lo haya intentado. —Habla mientras coloca los libros y fotos en su sitio—. Me lo pidió cuando suspendió el examen final de Historia y estubo a punto de repetir el último curso. También cuando mi padre la pilló fumando. O cuando fue a un baile del instituto con un tipo odioso llamado Steve. —Cierra la puerta del armario y regresa a su escritorio—. Caray, ahora que lo pienso, tienes muchas cosas en común con ella. Tiemblo solo de pensar en el día en que os conoceréis.

Noto que me sonrojo.

—¿Llegaré a conocerla?

Se encoge de hombros.

—Claro. Cuando vuelva a casa la traeré para presentártela. Además, venimos a menudo para ver a Maggie, de todos modos.

—¿En serio? ¿Regresáis aquí para visitar a Maggie?

—Sí. Constantemente. —Me empuja suavemente con el hombro—. No quiero ser brusco, pero ¿te importa si te lo cuento más tarde, cuando haya terminado de cambiar el curso de la historia y todas esas cosas? —Me dedica una sonrisa burlona.

—No. Para nada.

—Gracias. —Va al grano otra vez—. Aterrizaremos a las 8.07, justo al lado de los arbustos que hay a un lado de tu casa. A mi señal, corre hacia el coche.

—Entendido.

Me alarga mi mochila y me la echo al hombro mientras él hace lo mismo con la suya.

—Ah, y no me sueltes las manos, aunque eso te dificulte moverte con rapidez. Pase lo que pase, tenemos que procurar permanecer juntos. —Sus instrucciones me recuerdan las que me dio antes de que escalara la roca, cuando me mostró el dispositivo de aseguramiento y me explicó que me mantendría unida a él.

Me toma de las manos. Lo miro directamente a los ojos. Nunca antes había percibido miedo en ellos.

—Bennett.

—¿Sí?

—¿Recordaré... todo lo del sábado? —No quiero olvidar la expectación que sentí en el coche, la euforia de la escalada, la vista desde la cima. Quiero conservar en la memoria el momento en que detuvo el Jeep en el camino de acceso a mi casa y tuve la sensación de que por fin lo conocía.

—Recordarás los dos días...

—Pero ¿cómo es posible? —lo interrumpo—. No recuerdo nada de lo que pasó en la librería antes de que te marcharas y volvieras.

—Porque no ibas conmigo. Esta vez recordarás ambas versiones, como yo. Y ahora, cierra los ojos.

Pero no puedo. Me estoy poniendo nerviosa, y no me cabe duda de que él nota el temblor de mis manos entre las suyas.

—¿Estás seguro de que esto no es un error? —pregunto.

—¿Me tomas el pelo? —Resopla y me mira desconcertado—. No, no estoy seguro. Estoy desafiando al destino. Estoy jugando con el tiempo.

Me muerdo el labio, imagino a Emma, y siento que mi determinación se fortalece de nuevo.

—Gracias —digo. No es suficiente, pero es cuanto puedo ofrecerle.

Me sujeta con más fuerza de lo habitual.

—Cierra los ojos.

Cuando los abro, me encuentro en un sitio que me resulta bastante familiar: nuestro jardín lateral. No es que venga por aquí con frecuencia, pero la pintura amarilla descascarillada confirma que hemos aterrizado en el lugar que Bennett había planeado. Al otro lado de la ventana que tenemos encima, papá seguramente acaba de sentarse para terminarse su café y el *Sun-Times*.

—¿Lista? —pregunta Bennett.

Asiento con la cabeza.

—¡Ya!

Corremos de los arbustos al camino de acceso, tirando el uno del otro como si participáramos en alguna competición estrambótica a medio camino entre la carrera de tres piernas y la cuchara con huevo.

El coche está vacío. Lo hemos conseguido. Estoy a punto de soltar una carcajada de alivio cuando me percató de que el vehículo se mueve hacia atrás sobre el camino de acceso, cada vez más deprisa. Bennett me guía hacia el lado del conductor; nos esforzamos juntos por subir la manija de la puerta, y conseguimos levantarla, pero no sucede nada más.

Masculla una maldición.

—¡Está cerrada por dentro!

Alzo la vista hacia la ventana de la cocina con el corazón desbocado ante la posibilidad de que mi padre nos vea, pero, por fortuna, no hay nadie allí.

Bennett y yo corremos junto al coche hasta que llega al final del camino y lo seguimos con la mirada cuando cruza la calle, se frena al pasar por un montículo de nieve y se detiene cuando topa con un árbol. Las ruedas quedan girando sobre el hielo.

Esta vez, cuando me vuelvo hacia la ventana, advierto que mi padre está ahí de pie, observándonos. Lo pierdo de vista por un momento y reaparece cuando la puerta principal se abre de golpe.

—¿Qué narices...? —Corre sobre el césped y se para cuando llega frente a nosotros. Bennett y yo bajamos las manos—. ¿Qué narices...? —repite.

—Hola, papá.

—¿Annie? —Nos mira alternadamente a Bennett y a mí, y me recuerdo a mí misma que él está viviendo este momento de un modo muy diferente que nosotros. Desde su punto de vista, los tres estábamos hace unos instantes en el recibidor, él le ha estrechado la mano a Bennett y me ha dicho que lo invite a cenar. Y ahora estamos en medio de la calle.

—Papá, Bennett vendrá a cenar el martes, ¿te parece bien? —digo y rompo a reír a mandíbula batiente, incapaz de contenerme. Mi padre me contempla como si se me hubiera ido la olla por completo.

Bennett intenta no mirarme.

—¿No tendrá por casualidad una palanqueta, señor Greene?

Esto me hace reír con más ganas, y noto que a Bennett le está costando mantener la seriedad.

Papá coloca las manos ahuecadas contra el cristal y mira por la ventanilla del conductor.

—¿Cómo demonios os las habéis apañado para dejaros las llaves dentro de un coche que iba marcha atrás?

No tengo idea de cómo responderá Bennett a esto, pero al menos el misterio impide que mi padre caiga en la cuenta de que llevamos mochilas y una ropa completamente distinta. Se me escapa la risa de nuevo.

—Estaba arrancando el motor cuando... me ha parecido que tenía un neumático pinchado, así que... hemos salido a comprobarlo, y supongo que había metido marcha atrás, y cuando cerramos las puertas, me imagino que... los seguros se accionaron automáticamente. —Se inclina hacia mi padre—. Creo que estoy un poco nervioso hoy, señor.

Papá clava los ojos en Bennett y luego me lanza una mirada inquisitiva.

Estoy carcajeándome tan ruidosamente que tengo que esconderme detrás del coche para no contagiar a Bennett, que por el momento está consiguiendo guardar la compostura. Me apoyo en la parte trasera del todoterreno, intentando recuperar el aliento, pero en cuanto echo un vistazo por la ventanilla, se me corta la respiración.

Cuando Bennett abrió el maletero en el aparcamiento de Devil's Lake, vi dos mochilas rojas llenas a reventar de material de escalada. Ahora llevamos esas mochilas a la espalda, y a través del parabrisas trasero veo rollos de cuerda y varias piezas de metal de colores; dos arneses; los zapatos nuevos que Bennett compró para mí, encima del montón, junto a las bolsas de plástico con comida y cuatro botellas de Gatorade. Hemos retrocedido en el tiempo, pero todo el equipo sigue estando en el mismo sitio que hace cincuenta y dos horas.

Aunque algunas cosas permanezcan igual, es evidente que este día está a

punto de cambiar.

Me alegro de que no tengamos prisa, porque la grúa tarda cuarenta y cinco minutos en llegar, el operario tarda dos minutos en abrir la puerta del coche, y Bennett tarda veinte minutos en firmar los papeles y conseguir que el tipo deje de burlarse de él. Sin embargo, una vez que estamos dentro del Jeep y nos dirigimos hacia la casa de Emma, creo que los dos nos sentimos un poco aturdidos.

Él acaba de hacer algo que nunca había hecho antes, y yo lo he presenciado. Sé que Bennett sigue temiendo que las negras manos del tiempo nos agarren y nos devuelvan al lugar de donde hemos venido, pero yo no puedo evitar dejarme llevar por el momento. Ni siquiera me he fijado en si me dolía el estómago.

—Oye, ¿qué tal tu cabeza? —pregunto.

Bennett se la frota con la punta de los dedos.

—Bien, de hecho. La verdad es que no había pensado en ello.

—Tal vez sea por la adrenalina, como tú creías.

Nos detenemos frente a la casa de Emma y encontramos el Saab aparcado en el camino de acceso. No hay vidrios rotos, ni luces traseras reventadas, ni abolladuras, ni sangre.

—¡Ella está aquí! ¡Está bien! —Bajo del coche de un salto y corro hacia la puerta. Cuando Emma la abre, le echo los brazos al cuello. Va en bata y zapatillas, lleva el cabello recogido en una cola de caballo, y no se ha puesto un solo toque de maquillaje, lo que me parece perfecto, pues de este modo puedo examinar su piel, tersa e inmaculada, sin rasponazos ni cardenales de un color morado subido. Suelta un chillido cuando ve a Bennett detrás de mí, en el porche.

—Jolines. —Se libera de mi abrazo y se ajusta la bata—. ¿Qué hacéis aquí?

No sé qué responderle. Estaba tan concentrada en evitar el accidente que no había pensado en qué haríamos cuando llegáramos aquí.

—Pues... —empiezo. Señalo a Bennett, que tiene la vista baja y juguetea con un botón de su abrigo—. Tenía una cita con Bennett hoy, y como sé que Justin y tú tenéis una cita también, se nos ha ocurrido, bueno, combinar nuestras citas.

—¿Combinar nuestras citas?

—Sí. ¡Hemos pensado que sería divertido!

—¿Divertido?

Miro a Bennett.

—¿Nos dejas un momento a solas? —Él asiente y regresa a su coche, lo que me da unos segundos para improvisar. Me vuelvo de nuevo hacia ella—. Estoy un poco nerviosa, Em. No sé por qué, pero tengo la sensación de que todo irá mejor si tú estás conmigo. Tú y Justin.

—No me necesitas para...

—¡Y tanto! Por favor. Salgamos todos juntos. Será divertido —repito.

—De acuerdo. He quedado con Justin a las once en el café. Nos vemos allí.
—Se dispone a cerrar la puerta.

Vuelvo la vista hacia el Saab, y sé que, pase lo que pase hoy, tiene que quedarse aparcado donde está.

Interpongo el pie para que la puerta no se cierre.

—Vayamos todos en el coche de Bennett. Es cómodo y espacioso. —
¿«Cómodo y espacioso»? ¿En qué momento me he convertido en mi madre? Retiro mi pie de la puerta y comienzo a bajar los escalones—. Pasaremos a buscaros dentro de hora y media —le aviso, mirando hacia atrás.

Casi recorro el camino de acceso dando saltitos, al pensar en el aspecto tan saludable que tiene. Cuando sorprendo a Bennett observándome a través del parabrisas, me da la ligera impresión de que se siente orgulloso de sí mismo.

* * *

Emma entra en el café para reunirse con Justin mientras Bennett y yo esperamos en el coche, y cuando nos señala desde el otro lado de la ventana, los dos saludamos agitando la mano. Justin se muestra desconcertado por nuestra presencia, pero, por lo demás, parece totalmente sano e ileso, al igual que Emma. Sin collarín. Sin cortes. Y, cuando camina hacia el coche, se le ve fuerte, no como alguien que ha estado implicado en una colisión en T.

—Controla tus nervios —me recuerda Bennett. Eso basta para evitar que baje y corra a abrazar a Justin.

—Bueno —dice Bennett cuando todos estamos sentados y con el cinturón abrochado—, no queremos cambiar vuestros planes. ¿Qué pensabais hacer hoy?

—Íbamos a acercarnos a una tienda de discos del centro —responde Justin.

—Creía que iríamos al Instituto de Arte —tercia Emma.

—Perfecto —dice Bennett—. Marchando música y arte. —Me vuelvo hacia el asiento de atrás para sonreírles con entusiasmo, y los pillo intercambiando una mirada de perplejidad.

Para cuando dirijo la vista al frente de nuevo, Bennett está aparcando cerca de la parada del tren elevado.

—¿Os parece bien si vamos en tren?

—¿En tren? —pregunta Emma.

—Sí. Es mejor para el medio ambiente.

—¿El medio ambiente? —pregunta Emma, escéptica, contemplantodo con la nariz arrugada la vía y la mugrienta escalera que sube hasta ella—. No, en serio, vayamos en coche. Es mucho más fácil. Conozco los mejores sitios donde aparcar.

—Esto será más divertido —replica Bennett, y baja del Jeep y cierra la

puerta tras de sí antes de que ella tenga la oportunidad de añadir una palabra. Los demás nos apeamos también. Tomo a Bennett de la mano y me río en voz baja. Nunca había visto que alguien diera a Emma a probar de su propia medicina.

Nuestra primera parada es Reckless Records, según Justin la tienda de música más alucinante de la historia. Al principio, cada uno se va por su lado. Luego volvemos a juntarnos como las parejas que somos. Y, en cierto momento, como las que no somos: Justin y yo echamos un vistazo a los discos de ska, mientras Bennett y Emma charlan sobre los grupos de la sección de rock clásico.

—Oye —susurra Justin, mirando alrededor para asegurarse de que los otros dos no nos oigan—. Siento no habértelo contado. —Hace un gesto hacia el otro extremo de la tienda—. Lo mío con Emma. No me gusta ocultarte cosas, Anna, pero supongo que la situación me parecía un poco... rara. Pero te conozco de toda la vida, y... debería habértelo dicho. —Sonríe al recordar que me dijo casi las mismas palabras en la cafetería del hospital.

—No te preocupes, Justin. Emma me lo ha contado. Está bien. Me alegro por vosotros.

Me propina un golpecito con el hombro.

—Guay. Gracias. En ese caso, ¿podrías dejarnos solos en algún momento? Tu chico me pone nervioso, y se me olvidan mis mejores frases. He recopilado unos cuantos chistes muy buenos. Ah, ¿y qué opinas de este jersey?

Me pongo de puntillas y le alboroto el pelo.

—Te queda perfecto. —Justin sonríe, y el sonrojo hace desaparecer sus pecas.

Nos pasamos el resto de la tarde curioseando en las tiendas. Almorzamos en un restaurante atestado. Hacia las dos, la hora del accidente, nos aseguramos de estar en el lugar más seguro que se le ocurre a Bennett: la tercera planta del Instituto de Arte. La hora pasa. Cogemos el tren elevado de vuelta a la estación de Evanston, nos metemos todos de nuevo en el coche de Bennett, y como nadie tiene ganas de volver a casa todavía, nos dirigimos al cine más cercano y decidimos entrar a ver la primera película que se pueda. Resulta ser *Mientras dormías*, que no habría sido mi primera opción, pues narra la historia de un hombre que se cae a las vías del tren elevado y pasa semanas en coma.

Bennett y yo llegamos frente a mi casa a las diez, dos horas más tarde que la última vez que volvimos de nuestra cita. Vacilo por un momento antes de bajar del coche, imaginándome a mis padres sentados a la mesa de la cocina, esperándome para darme la noticia sobre Justin.

—¿Quieres entrar conmigo? Solo para asegurarnos de que... ya sabes... las cosas son distintas.

Él asiente, y pasamos al interior de la casa. Todo está en silencio. Me percoato enseguida de que mis padres no están sentados a la mesa, y exhalo un suspiro de alivio. Bennett me sigue por la cocina, que está a oscuras, en dirección al sonido

que procede del salón. Cuando doblamos la esquina, nos encontramos con mis padres, vestidos con chándal y acurrucados en el sofá, viendo una película. La chimenea está encendida.

—Hola —saludan a coro. Mamá le dedica a papá una sonrisa de complicidad que parece aludir a mí.

—Veo que le has contado lo del coche —le comento a mi padre. Sonríe y me vuelvo hacia Bennett, que se tapa los ojos con la mano.

—¿Seguro que podrás venir a cenar el martes, Bennett? —Mamá alza la vista hacia él con una amplia sonrisa (su sonrisa de enfermera), y Bennett se derrite como todo el mundo cuando ella la despliega—. Lo digo porque con gusto iremos a buscarte en nuestro coche si así te resulta más fácil. —Mira a mi padre de nuevo—. Sabemos lo complicado que es controlar las llaves, los cambios de marcha, los seguros... —Se le escapa una risita, y no puedo evitar reírme con ella. Papá oculta la cara en el hombro de ella y se parte el pecho.

—No ha sido uno de mis momentos más brillantes. —Bennett sigue escondiéndose detrás de su mano. La baja para dejar al descubierto sus ojos y se ríe con los demás.

—No te preocupes. Nos encantan estas anécdotas, Bennett —asegura papá—. Es algo que no te dejaremos olvidar en toda la vida.

Bennett nos mira a los tres y sonríe.

—Estupendo.

Por primera vez desde que nos embarcamos en la segunda versión de nuestro día juntos, parece que Bennett empieza a relajarse y a aceptar lo que yo ya sabía que pasaría a las 8.08 de esta mañana: nuestra operación para rehacer el pasado ha sido un éxito. Emma y Justin están a salvo. Nada malo ha ocurrido. Y Bennett es capaz de hacer mucho más de lo que él imaginaba.

—¡Mi semana ha sido increíble! —anuncia el *señor* Argotta una vez que ha sonado el timbre y todos hemos ocupado nuestros asientos. Bennett y yo nos miramos y sonreímos. No sé qué ha hecho que la semana de Argotta sea tan « increíble », pero estoy bastante segura de que la nuestra le da mil vueltas—. He tenido la oportunidad única de viajar por México por veinte rutas distintas. ¡Ha sido de lo más estimulante! ¡Todas eran fantásticas! —Camina de un lado a otro de la clase, y lo observamos fascinados—. Pero tres viajes —prosigue—, tres viajes destacan por encima de los demás. Me gustaría compartirlos con vosotros y que me ayudéis a decidir quién debe llevarse esto a casa hoy. —Lleva la mano al bolsillo de su americana y saca una tira de papel doblada—. Un vale de viaje por valor de quinientos dólares. —Lo tensa varias veces dándole tironcitos antes de fijarlo a la pizarra con un imán.

Me vuelvo para lanzar otra mirada furtiva y breve a Bennett. Al principio, me parecía que elaborar juntos nuestros itinerarios sería hacer trampa, pero una sonrisa y un café con leche bastaron para que cambiara de opinión. El domingo por la tarde, el día después de que rehiciéramos el pasado con éxito, Bennett se presentó en la librería durante mi turno y nos sentamos en el suelo, en nuestro sitio de siempre, para sacar libros de los estantes y leer descripciones en voz alta. Cuatro horas después, habíamos trazado dos rutas tortuosas lo bastante distintas entre sí para que el *señor* Argotta no sospechara que habíamos colaborado en ellas, y que coincidían solo en un punto, en la pequeña ciudad costera de La Paz.

Ahora, el *señor* Argotta apaga la luz, enciende el retroproyector y la pantalla se ilumina con un mapa colorido de México. La ruta está dibujada con rotulador amarillo, y cada destino está marcado con letras correspondientes a los puntos de los itinerarios escritos. No es mi mapa. Ni el de Bennett.

—Os presento el primer plan, por cortesía de Courtney Breslin. —El recorrido realzado bordea el perímetro del país, evitando por completo el interior—. Se desprende de esta ruta que el invierno inusualmente largo ha dejado huella en la *señorita* Breslin. Quiere pasar una buena temporada en la playa.

Todos nos reímos.

—A primera vista, da la impresión de que esto excluye gran parte del país. Pero lo he elegido porque, aunque ella ha seleccionado algunos destinos muy turísticos, también ha descubierto algunas joyas secretas de la costa. —Pega el mapa de Courtney a la pizarra con cinta, al frente de la clase—. Lo llamaremos *Hora de Playa*. —Cuando pulsa de nuevo el botón de su mando a distancia, aparece mi mapa. Noto que los hombros se me ponen rígidos—. La *señorita* Greene mezcla un poco de todo (playas, ruinas), pero a un ritmo adecuado. Hay

muchas personas que, al planear un viaje, intentan abarcar demasiado. Se esfuerzan tanto por no perderse nada que se estresan. En mi opinión, así se pierde uno muchas de las cosas buenas de un país. Me gustan los tres viajes que he escogido porque no intentan incluirlo todo. Todos reservan algo de tiempo para sorpresas y decisiones espontáneas. El plan de la *señorita* Greene es agresivo, ¡pero deja lugar para el misterio y la impulsividad! —Camina hacia la parte delantera del aula—. ¡A este lo llamo *La Aventura!*

Intrépida. Se ha olvidado de la parte intrépida, así que añado por lo bajo: «*La Aventura Intrépida*».

—Nuestro último plan de viaje es el del *señor* Camarian. —Alex y yo nos miramos disimuladamente, los dos sorprendidos—. El *señor* Camarian está interesado en la arqueología y la cultura maya. Evita los destinos turísticos por completo. Vuela a Cancún, pero se marcha de allí lo antes posible. Es la única persona que ha dado con uno de mis lugares favoritos, las ruinas de Kohulich, que muestran la influencia de Belice, país vecino de México. —Se vuelve hacia Alex—. Tienes que ir al anochecer, cuando salen los monos aulladores. Es *fantástico*. —Se dirige de nuevo hacia el frente de la clase y pega el mapa de Alex a la pizarra blanca—. *El Camino Menos Transitado*. —Se acerca al interruptor de la luz y lo enciende—. Tengo que confesaros que he disfrutado al repasar vuestros ejercicios. Habéis encontrado algunos sitios que siempre me han encantado, y otros de los que nunca había oído hablar. Me habéis impresionado, y ahora, amigos míos, echo mucho de menos mi país. —Suspira, sonrío de nuevo y agrega—: Bueno, ¿queréis saber quién ha ganado?

Yo ya lo sé. Está claro que Alex ha ganado. En mi ruta no hay monos, ni aulladores ni de ningún otro tipo.

Argotta va y viene frente a nosotros, incrementando el suspense.

—Son planes estupendos, pero hay uno que es el que tiene mejor ritmo y es el más completo. Si yo fuera a visitar el país por primera vez, elegiría ese viaje. —Camina hasta la pizarra y gesticula de forma teatral ante los tres mapas—. Y la ruta ganadora es... —dice, despegando mi mapa de la pared y sujetándolo en alto— *La Aventura*.

Mis compañeros aplauden, y suena el timbre que anuncia el final de la clase.

Me acerco a la mesa de Argotta para recoger mi premio. Bennett me adelanta y me dice que me esperará en el pasillo.

—*Muchas gracias, señor* Argotta —digo cuando me entrega el vale. No sé cuál de los dos rezuma más orgullo.

—Te lo has ganado. —Me mira con expresión sincera. Luego alza el dedo y hace un gesto con la cabeza en dirección a la clase, como si quisiera decirme algo más pero no pudiera hablar delante de los otros alumnos. Me pongo nerviosa al imaginar a Bennett de pie junto a la puerta, esperándome—. *Señorita*, como

sin duda ya sabrás, dirijo el programa de intercambio de verano —declara Argotta cuando por fin nos quedamos solos. Muevo la cabeza afirmativamente—. Pues bien, este año participarán más familias de lo habitual, y en cambio no hemos recibido tantas solicitudes de alumnos como en otras ocasiones. Sé que no queda mucho tiempo, pero sigue habiendo una plaza libre. —Como no contesto, él llena el silencio—: Por si te interesa.

Ni siquiera me había planteado hacer planes para el verano. En realidad, desde que llegó Bennett, apenas me planteo qué haré al día siguiente.

Argotta abre el cajón de su mesa, saca una carpeta amarilla brillante y me la tiende.

—Es una oportunidad única de verdad. Pasarías diez semanas en México con una maravillosa familia de acogida. Ten, llévate esto y coméntalo con tus padres.

Cojo la carpeta. Hace unos meses, me habría parecido la oportunidad de mi vida, pero ahora que tengo la posibilidad de visitar cualquier lugar del mundo, la idea de viajar a uno solo no me seduce tanto.

—Gracias. Es todo un honor que haya pensado en mí. —Abro mi mochila abarrotada y remeto la carpeta en ella—. Lo pensaré.

—Bien. La familia sabe que tal vez no le enviaremos a un alumno, pero tanto en un caso como en el otro hay que darles tiempo para que se preparen, así que, por favor, tráeme los formularios cumplimentados lo antes posible..., a finales de mayo como muy tarde. Dudo que reciba más solicitudes a estas alturas del curso, así que, si quieres la plaza, es tuya.

—De acuerdo. Gracias de nuevo. —Me encamino a toda prisa hacia la puerta, y cuando doblo la esquina, Bennett me rodea los hombros con el brazo.

—¡Lo has conseguido! —Sonríe y me atrae hacia sí mientras echamos a andar por el pasillo. Pierdo el equilibrio un poco, pero me gusta—. Bueno, ¿adónde irás con ese billete?

—A México, claro está. Sería una lástima malgastar un itinerario perfecto y con un ritmo tan adecuado que deja lugar para las sorpresas. —Imito el acento de Argotta, alzando la vista hacia Bennett con una sonrisita coqueta—. Da la casualidad de que me gustan las sorpresas.

—Ya —dice Bennett—. Eso me han contado.

Mayo

Coloco mi punto de libro entre las páginas de la guía de Italia de Rick Steves, edición de 1995, y apago la luz, pensando en museos, calles adoquinadas y *gelato*. Hace casi un mes que Bennett me llevó a Tailandia, me reveló su primer secreto y me regaló una postal. Me prometió que en nuestro siguiente viaje iríamos a Italia, pero desde que rehicimos el accidente de Emma, se muestra reacio a utilizar su pequeño talento, aunque solo sea para hacer turismo. Aunque no se lo he recordado —me conformo con tenerlo aquí y fingir que es un chico normal en todos los aspectos—, estoy estudiando el manual de conversación, por si acaso.

Cierro los ojos para pensar en él, y cuando empiezo a conciliar el sueño, noto que algo no va bien. Como si un peso me arrastrara hacia el borde de la cama.

—Hola —me dice una voz al oído—. Soy yo. —Mis párpados se abren de golpe, y un amago de grito escapa de mis labios—. Chsss —sisea la voz, y una mano me tapa la boca para amortiguar el sonido. El corazón me late a cien por hora, tengo los ojos desorbitados de terror, y pestañeo hasta que al fin consigo distinguir su silueta en la oscuridad.

—Soy yo. Tranquila. —Repite las palabras mientras yo intento convencer a mi corazón de que recupere su ritmo normal—. Tranquila, Anna, soy yo.

—¿*Gué habces aguf?* —pregunto, entre un chillido y un susurro, pero las palabras salen embarulladas contra su palma.

—¿Qué? —Se ríe por lo bajo y me quita la mano de la boca.

—¿Qué haces aquí? —vuelvo a preguntar, esta vez con claridad, mientras me incorporo y le propino un puñetazo en el brazo—. Me has dado un susto de muerte.

Sigue tratando de aguantarse la risa.

—Perdona. Habría llamado a la puerta, pero... —dice, dando unos golpecitos a su reloj—. Aunque tu madre me adora, dudo que le hiciera mucha gracia recibir una visita a las once y media de la noche de un día entre semana.

Siento que se me baja el pulso, y me ciño las mantas en torno a la cintura.

—¿Va todo bien?

—Sí, todo va bien. Lo siento. No era mi intención asustarte. Solo estaba acostado en la cama, y de pronto no podía esperar a mañana para verte. Así que me he levantado, me he puesto el chándal, me he imaginado tu habitación, y zas, aquí estoy.

—¿«Zas»? —

—Zas. No estarías dormida, ¿verdad?

—Casi. —Vuelvo a apoyar la cabeza sobre las almohadas y suspiro. No sé

muy bien cómo tomarme que haya aparecido en mi habitación (zas) sin que lo haya invitado.

Me tapa con las mantas hasta la barbilla. El cuarto está en penumbra, apenas iluminado por la luz de la luna que se cuele por la ventana, pero al parecer él alcanza a ver mi expresión.

—Oye... ¿estás enfadada?

Sacudo la cabeza.

—No, no mucho.

—¿Un poco sí?

Arrugo la nariz.

—Sí, tal vez.

—Lo siento. No debería haberme presentado así. Me voy.

Ahora me siento culpable. Está tan mono así, compungido, que cuando se dispone a ponerse de pie, lo agarro del brazo.

—No te vayas —digo.

—De verdad, no pasa nada. Nos vemos mañana —musita y me besa con suavidad en la frente. El corazón se me acelera de nuevo, pero esta vez no es por el miedo. Hace cinco minutos lo echaba de menos, y ahora está aquí, en mi habitación, sentado en mi cama, a contraluz de la luna.

—No estoy enfadada, en serio. —Sin pensarlo, tiro de él hacia la cama, y cae despatarrado junto a mí, ligeramente sorprendido. Me tiendo boca abajo sobre su pecho y le sonrío. Tiene un aspecto adorable con la cabeza contra mi almohada —. No te vayas.

Me mira por un momento antes de llevar su mano a la parte de atrás de mi cuello y besarme, más apasionadamente que de costumbre. Aunque una parte del abultado edredón sigue interponiéndose entre nosotros, siento el calor que irradia su cuerpo, la intensidad de cada beso, con independencia de dónde me lo da. En los labios. En el cuello. En el pecho. Durante cinco minutos largos, me abandono por completo a él, besándolo, deslizando los dedos bajo su camisa para notar cómo se le tensan los músculos de la espalda cada vez que me estrecha contra sí. Pero entonces vuelvo a la realidad, me percató de dónde estoy y me aparto de él para echar un vistazo a la puerta.

—Tranquila —me susurra él al oído, y noto su aliento en mi cuello—. No te preocupes por eso.

Me separo de él solo un poco.

—Mis padres...

—No te preocupes por eso —repite. Durante unos minutos, dejo que tome la iniciativa y me pierdo en sus besos. Pero no consigo ignorar la puerta durante mucho rato. Lanzo otra mirada hacia allí, y él me pilla haciéndolo.

Se detiene, jadeando, y me sonrío. Tengo el cabello desparramado, y él lo aparta a un lado para verme la cara. Me posa la mano en la mejilla.

—Soy yo, ¿recuerdas? —dice—. Si entra alguien, simplemente... desapareceré y regresaré cinco minutos antes. —Su sonrisa adquiere un tinte travieso—. Nunca sabrán que ocurrió. Ni siquiera tú lo sabrás. Entonces podrás tumbarme sobre la cama como acabas de hacer, y podremos hacer esto —sonríe de oreja a oreja— otra vez.

Desvió la vista de la puerta y me inclino hacia él para besarlo de nuevo. Pero, de pronto, me asalta un pensamiento. No sé de dónde sale, por qué me viene a la cabeza ahora ni por qué nunca se me había ocurrido preguntarlo antes, pero aquí está la duda, corroyéndome.

—Nunca me has hecho eso, ¿verdad? —Aunque sonrío, tengo el rostro contraído—. Me refiero a rehacer algo que me ha pasado, sin que yo me entere.

Su sonrisa se desvanece demasiado deprisa.

—¿Bennett?

Se queda callado. Echa la cabeza hacia atrás y la hunde en mi almohada.

—Una vez. —Las palabras brotan de sus labios con una sonora exhalación. Siento un nudo en el estómago que aumenta de tamaño mientras lo miro fijamente y espero a que prosiga. No añade una palabra más. Se queda allí, tendido, aguardando a que yo dé el siguiente paso.

—¿Cuándo? —Me incorporo, me envuelvo en las mantas y espero.

Se vuelve hacia mí.

—¿Te acuerdas de aquella primera noche en que te pasaste por casa de Maggie y yo estuve tan grosero contigo?

Asiento con la cabeza.

—Me acerqué a la librería a disculparme, y luego fuimos a tomar un café.

Asiento de nuevo.

—Te acompañé a tu casa.

No dejo de asentir, pues, por el momento, me acuerdo de todo eso. Lo que quiero que me cuente es la parte que no recuerdo.

—Te besé.

—¿Me besaste? —De eso me acordaría.

Ahora es él quien asiente. Me quedo contemplándolo en silencio. Porque es imposible. Aquella noche estaba deseando que me besara, y en cambio él había dicho una serie de cosas sin sentido sobre algo que no volvería a ocurrir. Aunque en aquel momento no entendí a qué se refería, ahora lo veo claro. Me había besado. Eso es lo que había ocurrido.

—Fue demasiado. Yo tenía miedo de cómo podías interpretarlo y... —Tuerce el gesto—. Te besé. Luego, al llegar a casa, tomé conciencia de lo que había hecho, así que retrocedí e hice las cosas bien. Te acompañé a tu casa. Me despedí. —Y yo me quedé en la acera, tiritando, desconcertada, siguiéndolo con la vista mientras se alejaba, pensando que había hecho algo mal. Me pasé los veinticuatro días siguientes preguntándome por qué sentía algo por esa persona

que me trataba con indiferencia absoluta.

Ya no soy capaz de mirarlo, así que me recuesto contra el cabecero, cierro los ojos y me froto las sienes. Cuando abro los ojos de nuevo, tiene la mirada fija en mí, con una expresión de arrepentimiento sincero. Vuelvo a cerrar los ojos, esta vez con fuerza.

—¿Cuándo lo hiciste? —pregunto—. Quiero saber en qué instante exacto retrocediste. —No podía correr el riesgo de encontrarse consigo mismo, y aquella noche estuvimos juntos en todo momento. De pronto, me viene a la memoria. Yo había hecho una broma tonta sobre su propensión a perder a la gente, y él se había ido al aseo. Recuerdo que cuando regresó me dio la impresión de que era una persona totalmente distinta. Resulta ser que lo era—. El baño —digo.

Él asiente.

Suelto un resoplido de exasperación.

—No pensabas confesármelo nunca, ¿verdad?

—No había motivo para ello, pero te lo estoy confesando ahora —alega y clavo la vista en él, echando humo—. Oye, no quería herir tus sentimientos. Fue antes de...

—Entonces ¿me mentiste? ¿Para proteger mis sentimientos?

Me hace callar.

—No te mentí. Simplemente no te lo dije. No es lo mismo.

—Para mí, sí.

—Baja la voz, Anna. No quiero que tus padres vengan a ver qué pasa.

—¿Mis padres? ¿Por qué te preocupan mis padres? Desaparecerás sin más, y yo me quedaré aquí intentando inventar una excusa para explicar por qué estoy gritando. Sola. En mi cuarto. —Bajo la voz de todos modos y continúo hablando, en susurros—. O, mejor todavía, ¿por qué no lo rehaces todo y ya está? Así no tendrás que volver a mantener esta conversación.

—Nunca haría eso. —Pronuncia cada palabra pausadamente, como para recalcar que habla en serio.

—¿Por qué no? Es perfecto. Sales, vuelves hace diez minutos y lo rehaces todo. Yo te haré un placaje y me pegaré el lote contigo como he hecho esta vez. Claro que nunca sabré que « esta vez » ha existido.

Nota que los ojos se me llenan de lágrimas y lucho con todas mis fuerzas por contenerlas tras una presa, para evitar que causen daños irreparables. Si lloro, él creerá que estoy triste. Pero no es así; estoy furiosa. Son lágrimas, espesas y calientes, cargadas de esa clase de rabia que impulsa a algunas personas a atravesar paredes con el puño.

—Anna —dice con serenidad—. Lo hice una vez. No lo he vuelto a hacer, desde que decidí contártelo todo. Desde que supe que quería estar contigo.

Muevo la cabeza afirmativamente.

—Ah, ya entiendo. Desde que tú lo decidiste. —Pienso en aquellas semanas, casi un mes, en que llegaba a la clase de español todos los días y me preguntaba por qué él ya no me miraba desde aquella noche; por qué sentía que había establecido un vínculo tan fuerte con alguien que parecía odiarme—. Pues esa noche que deshiciste, incluso antes de que la deshicieras, fue la noche en que yo supe que quería estar contigo. Pero supongo que eso no cuenta para nada, ¿verdad?

El silencio se apodera de la habitación. Clavo los ojos en él. Él baja la vista hacia el edredón.

—Cometí un error —admite al fin—. Lo hice una vez. No he vuelto a hacerlo. Jamás volvería a hacerlo. —Noto que mi semblante se relaja, así que aprieto los labios para no ablandarme. Y para mantener las malditas lágrimas en su sitio.

—Creo que quiero que te vayas.

—¿Qué?

—Que te vayas. Ahora. Por favor. —Empleo deliberadamente las mismas palabras, el mismo tono con que él me echó de su casa hace dos meses.

—Vamos, Anna...

—Eres un hipócrita. —Cierro los párpados, y por un momento no hay más movimiento que mis temblores, ni más palabras que las que se han pronunciado y siguen flotando en el aire de la habitación. Abro los ojos, lo miro con severidad y agrego—: Vete. Zas.

Noto que el colchón sube cuando levanta su peso de la cama. Abro los ojos, suponiendo que él habrá desaparecido, pero está allí de pie. Tiene un aspecto triste con los párpados cerrados, pero no muevo un músculo ni digo una palabra. Solo veo cómo el mapa que tiene detrás se torna cada vez más nítido a medida que la figura transparente de Bennett se desvanece.

Aunque las mañanas de mayo siguen siendo frías, ahora puedo correr con ropa más ligera, sin los guantes, los calcetines de lana ni el gorro. Apenas reconozco al hombre de la cola de caballo cana con pantalón corto y una camiseta fina, y cuando levanta la mano para dedicarme un saludo amistoso, se lo devuelvo con una sonrisa débil. Es un día soleado, todo está verde y hermoso, pero eso no basta para contrarrestar mi humor de perros. Mis pies impactan contra el asfalto con más fuerza de la que deberían, e incluso antes de llegar a la pista noto un dolor ardiente en las espinillas a causa del martilleo repetido y excesivo. Dentro de unas horas pagaré las consecuencias de castigar mis pies de este modo.

Cuando llego a la clase de español, encuentro a Bennett sentado en su pupitre, exactamente donde debe estar, y no me quita el ojo de encima mientras camino por entre las filas de asientos en dirección a él. Me siento con una expresión glacial.

Unos minutos más tarde, noto unos golpecitos en el hombro. Aprovecho que Argotta nos da la espalda porque está escribiendo conjugaciones en la pizarra para volverme, coger el papel doblado y desplegarlo. « Tenemos que hablar » .

Apretujo la nota hasta reducirla a una bola pequeña y la tiro al suelo, hacia donde está Bennett.

Argotta se vuelve hacia la clase y pasamos los diez minutos siguientes practicando en grupo y en voz alta cada una de las conjugaciones. Cuando da media vuelta para apuntar otra serie de infinitivos, siento otro golpecito en el hombro.

Bennett me tiende el papel arrugado de nuevo.

« Lo siento mucho. NUNCA volverá a ocurrir » .

Me guardo la nota en el bolsillo, me pongo de pie, me dirijo hacia el frente del aula y descuelgo del gancho de la pared el pase para ir al baño. Recorro el Donut a paso veloz hasta el lavabo y me echo agua fría en la cara. Ahora que lo he visto, no sé cómo puedo estar tan enfadada con él. Me atrae demasiado, estoy demasiado cautivada por todo lo que he llegado a conocer de él, como para sentirme así. Quisiera entender por qué actuó de ese modo, explicarle por qué me dolió tanto y convencerme de que está arrepentido de verdad para no tener que seguir tan molesta con él.

Fijo la vista en el espejo durante largo rato, contemplando mi reflejo hasta que se vuelve borroso y se transforma en la imagen de una desconocida. Respiro, me miro y reúno fuerzas. Mientras camino de regreso, repaso en mi mente lo que voy a decir.

Pero después de la clase no me da tiempo para abrirle mi corazón. En cuanto

salimos al pasillo, Bennett me guía a contracorriente, desafiando las leyes del Donut, avanzando contra el torrente de cuerpos hambrientos que se dirigen al comedor. Abre de un empujón la puerta doble que da al patio interior del colegio y se para en seco. Casi todo el mundo está fuera, debido al buen tiempo, y no vemos un solo lugar que nos ofrezca intimidad.

Sin hablar, ambos retrocedemos por el pasillo, en busca de un rincón tranquilo.

—Sígueme —dice él, como si yo tuviera alternativa, y tira de mí, zigzagueando entre los grupos de personas que quedan hasta que llegamos frente a una hilera de taquillas situada en el otro extremo del colegio. Se detiene frente a la que tiene el número 422, y descubro que es la suya. Hace girar la rueda de la combinación a derecha e izquierda, y levanta la manija de metal con un chasquido. A diferencia de mi taquilla, que está tapizada con fotos y horarios, y atestado de libros y paquetes de chicle, la suya está vacía y totalmente desprovista de personalidad. Como su habitación en la casa de Maggie, es funcional pero temporal.

Apila nuestras mochilas dentro y cierra con un portazo.

—¿Podemos salir de aquí?

Me toma de las manos y echa una ojeada al pasillo desierto para cerciorarse de que estamos solos. Antes de que yo entienda lo que ocurre, me invade esa sensación a la que no acabo de acostumbrarme, como si alguien me retorciera y estrujara los intestinos. Mantengo los ojos cerrados, inspiro, y por el olor que percibo y los cantos de los pájaros que se llaman unos a otros, sé que ya no estamos en el Donut.

Abro los párpados.

Aunque es temprano por la mañana, la temperatura es cálida en el pequeño puerto, y giro en redondo, contemplando el paisaje. Todo cuanto me rodea es amarillo, azul o rojo, un despliegue de colores primarios, y está delimitado en tres de sus lados por colinas, y por el mar abierto en el cuarto. Veo una iglesia coronada por una cruz verde subido; una ladera cubierta de casas de colores vivos, divididas en secciones por escaleras sinuosas construidas en la pronunciada pendiente. Salvo por unos pocos pescadores que están en el muelle, nos encontramos solos en esta población pequeña y hermosa, cuyos habitantes siguen durmiendo antes de bajar a desayunar y tomar café.

Sonrí con la cabeza gacha para que Bennett no me vea; no merece esa satisfacción. Aunque es un momento absolutamente increíble, él no está jugando limpio.

—De acuerdo —digo, con una voz que destila veneno—. Me rindo. No tengo idea de dónde estamos.

—En un lugar tranquilo.

Me guía a través del puerto bordeado de coloridas barcas de pesca hasta las

peñas que se adentran en el mar como un embarcadero. Cuando llegamos a la orilla, se encarama a las piedras lisas, y yo lo sigo mientras él salta de una a otra. Finalmente se sienta entre dos rocas gigantescas en una más baja que forma una especie de banco estrecho en el que apenas cabemos los dos apretujados. Me mira de reojo, con su rostro justo al lado del mío, y me lanza una sonrisa esperanzada.

—¿Sigues enfadada?

No sé si abrazarlo o tirarlo de la roca de un empujón.

—Sí, Bennett, sigo enfadada. Qué, ¿vas a llevarme a una isla cada vez que metes la pata? Ni siquiera me has pedido permiso.

—Solo buscaba un sitio apartado en el que pudiéramos hablar. Y no es una isla, sino una aldea de pescadores. —Parece más abatido de lo que debería—. Es Vernazza.

Cierro los ojos y escucho el rumor de las olas que rompen contra las rocas en vez del corazón que late con fuerza contra mis costillas. Vernazza. Italia.

—Lo siento mucho. —Ya he perdido la cuenta de las veces que lo ha dicho. Me sujeta el mentón para forzarme a mirarlo, pero yo me suelto—. Debería habértelo contado.

—El problema no es que no me lo hayas contado antes. —Bajo la vista hacia las piedras, intentando poner en orden mis ideas. Puedo perdonarle que no me lo haya dicho. Casi entiendo sus motivos para callárselo. Lo que no soy capaz de pasar por alto es que lo haya hecho; me robó el libre albedrío.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—Tienes el poder de influir en la vida de la gente, Bennett. Y no lo digo en un sentido romántico o cursi. Puedes cambiarme la vida, literalmente. Aquella noche, me la cambiaste sin darme a elegir, y eso simplemente no se hace.

—Tú no diste a elegir a Emma. O a Justin —replica—. Cambiamos su vida, y si mal no recuerdo, no les pedimos su consentimiento antes.

—Eso es totalmente distinto.

—No, no lo es —explica—. No tenemos idea de qué sucedió entre el momento en que cada uno de ellos despertó hasta el instante en que se estrellaron con otro coche. Quizás uno de ellos hizo o dijo algo especialmente importante, y nosotros lo borramos sin dejar rastro. Lo alteramos. Pero lo hicimos porque creíamos que era lo correcto; queríamos evitar que sufrieran. Mi razonamiento no fue diferente.

—Pero tuve que suplicarte que te plantearas siquiera la posibilidad de rehacer aquel día. ¿Qué hay de tu convicción de que no hay que cambiar las cosas, eh? ¿Qué? ¿Las reglas solo son aplicables cuando te interesa a ti?

—Lo hice para protegerte.

—No puedes protegerme en todo momento.

—Verás, el caso es que sí que puedo, y lo haré. Aunque para ello tenga que

mentirte.

No puedo mirarlo. En vez de ello, tiendo la vista hacia las olas suaves y las observo lamer las rocas y recular.

—No quiero que me protejas, Bennett, al menos de ese modo. El hecho de que seas especial no te da derecho a decidir sobre las experiencias que vivo, las cosas que sé y los sentimientos que tengo. Las cosas no funcionan así.

—Oye, Anna, cuando cambié lo que sucedió aquella noche, la situación era distinta. Intentaba aislarme lo máximo posible de todo el mundo. No quería que pasara esto.

Lo fulmino con la mirada.

—Pero he cambiado de idea —aclara. Guardamos silencio durante un rato largo—. No he vuelto a hacerlo desde entonces —añade al fin—. Ni volveré a hacerlo jamás.

Fija los ojos en mí, y sé que su sinceridad es absoluta —y que está ansioso por zanjar este asunto—, pero me da la impresión de que aún no entiende cuánto me hiera que haya traspasado un límite que nunca creí necesario definir, y menos aún con él.

—¿Te acuerdas de cuando me pediste que decidiera si quería estar contigo o no? —pregunto—. Me revelaste todos tus secretos, y dejaste que fuera yo quien tomara la decisión.

Se vuelve hacia el agua y asiente.

—El hecho de que me dieras la posibilidad de elegir significó mucho para mí. Y eso es lo que hace que me cueste tanto entender cómo pudiste elegir por mí.

—Me equivoqué.

—Además... —empiezo a decir, pero las palabras se me atragantan—. Perdimos tres semanas. Habríamos podido estar juntos tres semanas más.

Exhala un suspiro, y se pone muy serio cuando de pronto cobra conciencia de que no solo me quitó algo a mí, sino que nos arrebató algo a los dos. Me pide disculpas de nuevo, y por fin percibo el remordimiento que esperaba. En cuanto me abraza y me aprieta con fuerza contra sí, noto que la rabia empieza a remitir.

—No volverá a ocurrir.

—Lo sé —digo, asintiendo con tristeza, y me aparto para que me mire a los ojos mientras pronuncio las siguientes palabras—: Escucha, Bennett, en cierto modo no me molesta que puedas alterar los acontecimientos de mi vida, aunque te parezca extraño. —Esbozo una sonrisa, la primera auténtica que le he dirigido desde que me enteré de lo que hizo—. Pero esta es mi vida. Soy yo quien debe decidir qué ocurre después. —Le ofrezco la mano—. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —responde, estrechándomela.

—Bueno, ¿vas a pasearme por este lugar o no?

Vernazza es tal como me la describió. Nos alejamos del puerto en dirección a lo que parece el centro del pueblo, por callejuelas estrechas pavimentadas con adoquines grandes y flanqueadas por tiendas pequeñas que aún no han abierto. Bennett se acerca a una puerta situada bajo un toldo sobre el que ondea una bandera italiana, y la abre para que yo pase al interior. Las campanillas de la puerta tintinean, y por un momento tengo la sensación de estar entrando en la librería de mi padre. Pero entonces me llega el olor a pan, meloso y calentito, que impregna cada recoveco de la panadería.

La mujer de detrás del mostrador se hace a un lado, desliza un montón de panecillos retorcidos sobre una fuente que está detrás del vidrio, y levanta la vista hacia nosotros.

—*Buongiorno*.

—*Buongiorno* —responde Bennett—. *Cappuccini, per favore*. —Alza dos dedos, y ella se coloca detrás de la descomunal cafetera exprés.

Reparo en un expositor de postales que hay junto al escaparate. Me acerco a él, lo hago volverse y contemplo las fotos multicolores de Vernazza y poblaciones vecinas que desfilan ante mí. Noto que Bennett me observa. Me vuelvo justo a tiempo para verlo señalar un tarro de vidrio del mostrador. La mujer saca dos *biscotti* bañados en chocolate y los pone en platos de color azul brillante. Bennett me apunta con el dedo. Estoy justo debajo de un rótulo que reza «6 x £ 1,000» en una caligrafía fluida que supongo que es de la mujer.

—¿Me cobra también seis postales, *per favore*?

—Seis mil liras, cielo —dice ella.

—¿Me presta esto? —oigo que pregunta Bennett, pero no alcanzo a ver de qué habla. Camina hacia la puerta haciendo equilibrios con los *biscotti* sobre las tazas de café y la abre con la cadera—. Escoge seis que te gusten —me indica—. Nos vemos fuera, en la terraza. —Las campanillas tintinean de nuevo cuando la puerta se cierra tras él.

Cuando salgo, Bennett está ante una de las mesas, inclinado hacia atrás en su silla bajo uno de los amplios parasoles amarillos, tomándose su café a sorbos. Me siento a su lado, y él hace un gesto hacia la pila de postales.

—¿Qué has cogido?

Las extiendo sobre la superficie de vidrio de la mesa.

—Elige una.

—¿La que sea?

—La que sea —dice—. Elige una y dámela. —Escojo la fotografía del puerto con las barcas de pesca, lo primero que vi cuando llegamos aquí, y se la alargo a Bennett. Saca dos bolígrafos de debajo del borde de uno de nuestros platitos azules y me pasa uno—. Y ahora, elige otra para ti. Yo te escribiré una postal, y tú escríbeme una a mí. —Se inclina sobre su tarjeta como para ocultármela y se pone a escribir.

Bajo la mirada hacia las barquitas de mi postal, y, por primera vez desde hace unos días, algo me viene a la memoria: «Él nunca se queda». Es posible que, en un día no muy lejano, ya no estemos juntos como ahora, y que estas postales sean lo único a lo que podamos recurrir cuando nos echemos mucho de menos el uno al otro. Empiezo a sentir la presión de tener que estar a la altura de unas expectativas románticas muy elevadas, y antes que nada ordeno mis pensamientos. Luego escribo:

Querido Bennett,

Desde que tengo memoria, he soñado con ver qué hay más allá del único mundo que jamás he conocido; más allá de mi vida segura y normal. Y ahora, aquí estoy, en una pequeña aldea de pescadores, tan lejos de mi casa —y tan lejos de lo «normal»— como puedo estar. Aunque esto es asombroso, estoy segura de una cosa: no significaría nada para mí si no estuvieras sentado aquí, a mi lado. Puedes llevarme adónde quieras. O a ningún sitio. Me da igual el lugar del mundo en que te encuentres: allí es donde quiero estar.

Hago una pausa y miro vacilante a Bennett antes de agregar las siguientes tres palabras. Tal vez «te quiero» sea un poco fuerte, pero noto que la frase me oprime el pecho, ansiosa por abrirse paso hasta el papel. Así que me dejo llevar y escribo:

Té quiero,

Anna

Antes de que me dé tiempo de acobardarme, empujo la postal hacia él. Contemplo a Bennett mientras termina su mensaje, coloca la tarjeta con la foto hacia arriba y la desliza hacia mí por encima de la mesa. Recogemos cada uno la nuestra y la leemos al mismo tiempo.

Anna:

Siento mucho no habértelo dicho, pero te prometo que jamás volverá a suceder. A partir de ahora, tu futuro estará siempre en tus manos.

Con cariño,

Bennett

Al menos ha escrito «con cariño». Deposito la postal en la mesa con las palabras hacia abajo, y fuerzo una sonrisa.

—Gracias.

Se vuelve hacia mí, confundido, consciente de que ha metido la pata, pero sin

saber por qué. Me doy cuenta de que me observa mientras cojo mi *biscotto* y le doy un mordisco.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada.

—No es verdad. Estás decepcionada.

Me encojo de hombros y trago el bocado.

—Es que tu postal es... un poco floja. —Le dedico una mirada indulgente—. Además, no tienes por qué seguir disculpándote. —Creía que a estas alturas me conocía mejor: en cuanto tomo una determinación, no me echo atrás—. ¿De verdad era eso lo que querías expresar?

—No —contesta—. Sé exactamente qué quiero expresar. Pero no necesito una postal para eso.

—Está bien, te escucho.

—De acuerdo, allá voy. —Respira hondo, como si se preparara para una hazaña épica—. Esto... Eres... Eres increíble, Anna. Me encanta tu pasión por recorrer el mundo, pero tengo que reconocer que no acabo de entenderla. Cuando me fijo en esta vida «normal» a la que estás tan ansiosa por renunciar, no la veo aburrida o previsible; veo a amigos que te quieren y una familia que se sacrificaría por tu felicidad. Veo la clase de seguridad que yo nunca he tenido y que siempre he querido. Yo tal vez te haya dado acceso al mundo que mejor conozco, pero tus padres y tú me habéis abierto las puertas de un mundo que no existe en un mapa.

» Cuando estoy aquí, los dos disfrutamos de la vida que deseamos: tú tienes tus aventuras intrépidas y yo no tengo nada, lo que me parece perfectamente aceptable. Y, lo que es más importante, nos tenemos el uno al otro.

—Toma, aquí tienes tu postal. Confío en que lo pondrás todo por escrito. —Le paso una en blanco y sonrío, aunque solo hablo medio en broma.

—Dudo que pueda volver a una vida de la que tú no formes parte —continúa, como si no lo hubiera interrumpido.

Me quedo mirándolo fijamente, inexpresiva.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo... que estoy perdidamente enamorado de ti; te quiero. Y supongo que me estoy preguntando... ¿qué pasaría si al final no me marchara?

Las palabras que me oprimían el pecho hace unos minutos ahora salen de su boca, y si bien ansiaba verlas en un papel, creo que no estaba preparada para oírlas pronunciadas en voz alta. Me quiere. Le gustaría quedarse conmigo. Aunque me está costando asimilar las dos ideas, me siento mareada por el torrente de esperanza que ahora inunda mis venas. Y creo que sigo mirándolo fijamente.

—¿Te parece bien? —pregunta.

—¿Cuál de las dos cosas?

—Pues... —sonríe—. Las dos, supongo.

—Sí. —Permanezco sentada, asintiendo, deseando corresponder a su declaración pero sin saber cómo. Y en vez de expresarle mis sentimientos, tomo el camino más fácil—. ¿Durante cuánto tiempo te quedarás?

—¿Hasta la graduación?

Pienso de nuevo en lo que me dijo en la librería la noche que me besó por primera vez —«nunca me quedo»—, y ahora estoy bastante segura de que percibe la incredulidad en mis ojos.

—Creía que no podías.

Se encoge de hombros.

—Yo también lo creía, pero ya ves..., llevo bastante tiempo aquí.

—¿Y qué pasa con Brooke?

—Cuando por fin regrese a casa y yo ya no tenga una excusa para estar aquí, le diré a todo el mundo que Maggie me necesita y que quiero quedarme con ella. Les hablaré de ti...

—Vamos, ¿de verdad crees que se lo tomarán bien? ¿No se pondrán furiosos?

Niega con la cabeza, pero dice «como fieras», antes de desplegar una gran sonrisa.

Noto que se me ilumina el rostro mientras sus frases se repiten una y otra vez en mi cabeza: «Estoy perdidamente enamorado de ti; te quiero. ¿Qué pasaría si al final no me marchara?». Quiere quedarse conmigo.

—Eso implica un montón de cenas de los martes —le advierto—. ¿Crees que serás capaz de soportarlo?

—También implica un montón de viajes —replica—. ¿Crees que serás capaz de soportarlo tú? —Se inclina sobre las otras postales, aparta mi capuchino a un lado y me sujeta la cara entre las manos. En lo más hondo de su beso late una nueva promesa sobre nuestro futuro, pero en la superficie, lo único que cosquillea y estimula cada una de mis terminaciones nerviosas es la intensidad de nuestro presente.

Pasamos el resto del día en las Cinque Terre.

Y luego pasamos la noche allí.

Clavo un alfiler en la pequeña ciudad de Vernazza y retrocedo para deleitarme contemplando la nueva marca que señala un punto intermedio entre el sureste asiático y el estado de Illinois.

Gracias al don de Bennett, he llegado a casa sin que mis padres se enteraran siquiera de que había pasado la noche fuera, y aunque no estoy segura de qué sucedió aquí, tengo una idea bastante aproximada: no regresé al colegio, ni me presenté a trabajar en la librería, ni cené en casa. Es posible que llamaran a la policía, y que algunos vecinos rastrearán las calles linterna en mano. Pero veintidós horas después, cuando Bennett me devolvió a aquel lugar situado frente a su taquilla —el lugar en que, el día anterior, habíamos hecho una pausa en nuestra discusión para tomarnos de la mano, cerrar los ojos y desaparecer del pasillo—, resultó que apenas había transcurrido menos de un minuto y nadie estaba preocupado, pues nadie había reparado en mi ausencia.

Pese a que sé lo terrible que debió de ser el día original para mis seres queridos, la verdad es que no me arrepiento. Durante aquellas veintidós horas, Bennett y yo subimos por los escalones de la colina hasta el camino que va de Vernazza a Monterosso, el más empinado de los que comunican entre sí las cinco aldeas. La ruta, que serpenteaba entre huertos de olivos y viñedos, nos desafió con subidas empinadas y senderos angostos y, al final, nos recompensó con vistas impresionantes de ambas poblaciones y del Mediterráneo.

Pasamos la tarde en Monterosso, pero cuando nos hartamos de los turistas y empezamos a añorar la tranquilidad de Vernazza, alquilamos una lancha para que nos llevara de vuelta a nuestro punto de partida. Mientras surcaba veloz el agua azul, saltando y rebotando sobre las olas, yo iba perezosamente recostada sobre el pecho de Bennett, sonriendo a las nubes. Justo antes de que llegáramos al puerto, él me abrazó y se inclinó hacia delante.

—Pasa la noche conmigo —me susurró al oído. Ahora que recuerdo, no dudé ni por un instante cuál sería mi respuesta. Y, desde luego, no pensé en llamadas de pánico, carteles con mi foto, policías o partidas de búsqueda vecinales, aunque debería haberlo hecho. En vez de eso, me quedé allí como una egoísta, arropada por los brazos de Bennett, contemplando cómo el sol de la Liguria (esta hermosa región de Italia) se elevaba sobre la bahía desde una diminuta *pensione* enclavada en la ladera.

Una serie de pitidos estridentes y chillones resuena en la habitación, y, de forma automática, mi mano cae con fuerza sobre el reloj digital de mi mesilla de noche para regalarme diez minutos más. Me quedo acostada hasta que la culpabilidad se cuele bajo las suaves mantas y se acurruca junto a mí. Entonces cedo, bajo los pies al suelo con un golpe sordo pero audible y, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, camino a través de la oscuridad hacia el armario, con los brazos extendidos ante mí para mayor seguridad.

Diez minutos más tarde, la música me martillea los oídos mientras tomo las curvas habituales, me cruzo con el hombre de la cola de caballo cana y llego a la superficie esponjosa de la pista. Voy corriendo, absorta en mis pensamientos, cantando el estribillo, cuando un movimiento en las gradas me llama la atención. Dirijo la mirada hacia allí y veo a Bennett sentado en el banco de metal —tal como el primer día, con la misma parka negra y la misma sonrisita—, y esta vez no lo pienso dos veces. Giro y corro por en medio del campo de césped verde, saludándolo con el brazo mientras me acerco a él. Subo los escalones de cemento de dos en dos.

—¿Lo ves? Me estás acosando —jadeo cuando estoy a una distancia a la que puede oírme—. Lo sabía.

Se pone de pie, pasea la vista por la pista y baja a mi encuentro.

—Hola. Te besaría, pero estoy toda sudada. —Me quedo de pie junto a él y levanto el bajo de mi camiseta para secarme la frente con él—. ¿Qué haces aquí? ¿Y adónde vas con esa chaqueta? Debemos de estar a unos veinte grados aquí fuera.

—Oh, Dios mío. Me reconoces. Anna, ¿sabes quién soy?

—Sí. Estooo... ¿por qué no iba a saberlo?

Cuando aprieta los labios y presiona la punta de sus dedos contra sus sienes, empiezo a percatarme de que algo no va bien.

—He estado intentando volver. —Su tono es cortante, y tiene los ojos desorbitados de espanto—. No he conseguido volver. ¿Qué día es hoy?

—Martes... —reflexiono por un instante—, 16 de mayo, creo. —Añado lo que sería obvio para la mayoría de la gente, pero tal vez no para él—: Estamos en 1995. Bennett, me estás asustando. ¿Qué ocurre?

—Oh, Dios mío —dice de nuevo, entre dientes—. Sigo aquí. —Se vuelve hacia mí—. Sigo aquí.

En efecto, lo tengo delante, así que asiento con la cabeza. Doy un paso hacia atrás y escruto su rostro mientras él procesa la información.

—Anna, lo siento mucho. He estado intentando reunirme contigo desde que...

—Al parecer, empieza a digerir la situación.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Anna, escúchame. Esto es importante. Brooke está en casa. Comunícale... es decir, comunícame a mí... que Brooke está en casa. Y pídemle que te enseñe... —Pero antes de que pueda decir una palabra más, se desvanece.

—¿Qué? —imploro—. ¿Que me enseñes qué? —Pero estoy hablándole a un espacio vacío mientras me pregunto desde qué lugar y qué momento ha venido, y qué se supone que debe enseñarme.

Escudriño las gradas con la mirada, buscándolo como si aún pudiera estar allí, pero sé que no lo está. Cuando Bennett desaparece, se va muy lejos.

Bajo las gradas, cruzo el campus y regreso a la calle a toda velocidad. «Brooke está en casa». Los árboles desfilan borrosos ante mis ojos, y solo me detengo ante los semáforos, intentando desterrar de mi mente la imagen de Bennett evaporándose contra su voluntad. El corazón me late tan deprisa que temo que estalle cuando llego al porche de Maggie y aporreó la puerta. Me doblo en dos mientras aguardo a que Bennett me abra.

—Anna. —Maggie está claramente sorprendida de verme sudorosa y congestionada, y el tono de voz con que me dice «buenos días» evidencia que no le parece bien que yo esté aquí a estas horas.

—Buenos días, Maggie. —Resuello—. Perdona por presentarme tan temprano. ¿Está Bennett?

Abre la puerta por completo y me invita a pasar.

—Creo que aún no se ha ido a clase. Debe de estar arriba.

—Gracias —digo, y paso junto a ella a toda prisa, subo la escalera y enfilo el pasillo hacia la puerta de Bennett.

Llamo a la puerta, intento percibir algún sonido procedente del otro lado, y como no oigo ninguno, el pánico empieza a apoderarse de mí. Él me ha dicho que estaba tratando de volver. «¿Y si se ha ido ya?». Pero abre la puerta sin nada encima más que un pantalón de chándal, el cabello mojado y una sonrisa. Sigue aquí.

Le echo los brazos al cuello y me siento aliviada al aspirar el olor de su champú y notar la calidez de su piel húmeda.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunta animado, aunque por la fuerza con que lo mantengo abrazado deduce que hay un motivo para mi visita—. ¿Estás bien?

Me aparto un poco.

—Algo va mal.

Tira de mí con suavidad hacia el interior de la habitación y cierra la puerta. Yo no había estado aquí desde que nos sentamos en su cama y le rogué que rehiciera un día. Aunque solo fue hace un mes, tengo la sensación de que han transcurrido años.

—Te he visto en la pista, como aquel día de marzo.

—¿Ya estás con eso otra vez? ¿Cuántas veces tengo que decirte que nunca he estado en...?

—Bennett. Acabo de ver... a otro... tú. —Había planeado darle la noticia con un poco más de tacto, pero al menos ahora he captado toda su atención—. Estabas de nuevo en la pista, pero esta vez he podido hablar contigo, y tú me conocías. Y te ha extrañado mucho que yo te conociera a ti.

—¿Estás segura? —pregunta, y yo muevo la cabeza afirmativamente, con los ojos muy abiertos y una certeza absoluta—. ¿Qué he dicho exactamente? ¿Cuáles han sido mis palabras exactas?

—Me has preguntado qué día era hoy, y cuando te lo he dicho, te has sorprendido. Entonces te has percatado de que tú —estiro el brazo y le poso la mano en el pecho— de que tú seguías aquí. —Me contempla con las cejas juntas y la frente tensa a causa del desconcierto—. Me has pedido que te diga que Brooke está en casa.

—¿Qué?

Asiento.

—Es lo que has dicho.

Consulta su reloj, como si saber qué hora es fuera a ayudarlo a resolver este enigma.

—¿Ella está en casa? —pregunta, sin dirigirse a nadie en concreto.

Hago un gesto de confirmación.

—Y eso no es todo. —Vuelve a estar pendiente de mis palabras—. Has dicho que habías estado intentando volver aquí desde que pasó algo. Y me has indicado que te pida que me enseñes una cosa, pero no has llegado a especificar qué. Te has quedado a media frase porque has desaparecido, como si no pudieras evitarlo. —« Como si hubieras perdido el control », tengo ganas de añadir, pero me contengo.

Desplaza la vista por la habitación y la dirige hacia la ventana, rehuendo mi mirada.

—Bennett, ¿qué está pasando? —Aprieto los puños contra mis muslos, esperando que él diga algo, cualquier cosa, que me haga sentir mejor.

—No lo sé.

Vamos en el coche de mi padre después del campeonato local de atletismo, donde he conseguido el mejor tiempo en la carrera de 3200 metros y me he clasificado para la final del estado.

—¿Puede dejarme en mi casa, señor Greene? —pregunta Bennett desde el asiento trasero, con voz robótica. Habla así desde que mi conversación con el otro Bennett le causó un impacto profundo.

No sé qué está ocurriendo. Sé que Brooke ha vuelto a casa y que él sigue aquí y hay algo que se supone que debe enseñarme. Sé que se ha pasado toda la semana respondiendo a mis preguntas con monosílabos y sonrisas forzadas antes de abismarse de nuevo en sus pensamientos. Ya me ha dejado plantada dos veces esta semana por quedarse solo, pensando, y ni siquiera estoy segura de si iremos al cine con Emma y Justin esta noche.

—Te recojo a las siete —dice sin mirarme. Lo observo mientras baja del coche y desaparece tras la puerta principal de Maggie.

Al menos ahora sé algo.

* * *

El teléfono rompe a sonar en el instante en que atravieso la puerta, y apenas consigo articular la palabra « diga » antes de que la voz de Emma retumbe por el auricular.

—Iremos de compras al centro. Paso a recogerte dentro de media hora.

Bajo la vista hacia mis zapatillas deportivas y el número que aún llevo prendido al pecho.

—Hoy no, Em. Acabo de llegar de las pruebas de atletismo. —Además, quisiera agregar, ya tengo planes para hoy. Pasaré la tarde intentando encontrar la manera de conseguir que las cosas entre Bennett y yo vuelvan a ser como antes.

Por si esto fuera poco, las frases « el centro » y « paso a recogerte » me traen a la mente imágenes horribles de Emma acostada en una habitación estéril con cortes en la cara, y tubos y agujas sobresaliéndole del cuerpo como apéndices extraterrestres. Prácticamente la oigo hacer un mohín al otro lado de la línea, pero imaginarla así no hace más que fortalecer mi determinación.

—No voy a ir de compras, Emma.

—Anna Greene. La subasta se celebrará el fin de semana que viene. ¿Qué vas a ponerte?

—Ya tomaré algo prestado de tu armario. Como cada año.

Chasquea la lengua como si fuera incapaz de entender cómo ha acabado teniéndome a mí como mejor amiga.

—Pues entonces ayúdame a mí a escoger un vestido. Necesito algo nuevo, vistoso y divino.

—En realidad no estoy de humor para...

—Anda —gimotea por teléfono—. Necesito que me asesores.

No es verdad, pero echo un vistazo al reloj y suspiro.

—¡Gracias! —balbucea—. ¡Te doy cuarenta y cinco minutos para arreglarte! —Cuelga en cuanto pronuncia la última palabra.

—Así que te vas de compras con Emma —comenta papá, y doy media vuelta bruscamente. No me había percatado de que él estaba allí.

—Eso parece.

—Bueno —dice, sacándose la cartera y tendiéndome su tarjeta de crédito—. Ten. Así no tendrás que pedir prestado un vestido.

* * *

Vamos en coche al centro —Emma parlotea sin parar, y yo voy callada, con los nudillos blancos de tanto apretar la manija de la puerta— y nos pasamos el soleado sábado de compras por Michigan Avenue. Emma elige para la subasta un elegante vestido color naranja oscuro que combina a la perfección con el color aceituna de su piel. Yo escojo un vestido tubo mucho más sencillo y mucho más adecuado para mí que cualquiera de las prendas del armario de Emma. Mientras giro frente al espejo triple, me imagino caminando del brazo de Bennett, entre los estudiantes con sus parejas, los miembros del personal con sus cónyuges, los padres y las madres, por el mirador del piso noventa y nueve de la Torre Sears, y noto una opresión en el pecho cuando me asalta el pensamiento que intento ahuyentar: ¿y si el sábado que viene él no está aquí?

Soy consciente de que algún día tendrá que ir a su casa, pero sé que regresará y se quedará hasta que nos graduemos. ¿O no? Quiero creer lo que me dijo en Vernazza hace dos semanas: «¿Qué pasaría si al final no me marchara?», pero no concuerda con lo que me dijo en la pista hace cinco días: «He estado intentando reunirme contigo desde que...».

Dos compras más y cuatro horas después, Emma decide que tenemos que volver a casa de inmediato, antes de que gaste un centavo más. Cuando estamos caminando hacia el coche, se le ocurre una idea.

—¡Oh, Anna! —Me sobresalto mientras el chillido resuena a través de la estructura del aparcamiento—. ¡Ven a mi casa, y te ayudaré a arreglarte para nuestra cita de esta noche! ¡Te buscaré un conjunto, te peinaré y te maquillaré! ¡Venga, será divertido!

¿Divertido? Ya he sido su conejillo de Indias, y no es esa la palabra que

emplearía para describir la experiencia.

Una vez acomodadas dentro del Saab, con las bolsas en el maletero y la música sonando en el estéreo, Emma se vuelve hacia mí.

—¡Ya sé con qué estarás perfecta!

* * *

Emma y yo pasamos el resto de la tarde preparándonos. Ella me viste y me desviste, me pincha y me zarandea, me da tirones y me cepilla el pelo. Finalmente, levanta los brazos, declara que ha concluido su obra y me hace girar, sujetándome por los hombros, para que me contemple en el espejo de cuerpo entero que tiene en su habitación.

—¡Tachán! —grita mientras yo me miro. De acuerdo, tengo que reconocer que no he quedado mal. Me ha recogido los rizos negros con una pinza y ha tirado de algunos hacia abajo a los lados para que me queden algunos mechones sueltos en torno a la cara. Aunque noto una capa espesa de maquillaje sobre la piel, ha elegido muy bien los colores, y no parezco un payaso. Miro mis pies, estoy casi de puntillas gracias a los tacones aparatosos, y subo la vista por las medias negras hasta la faldita corta y ajustada. La camiseta ceñida de algodón es mucho más escotada de lo que estoy acostumbrada a llevar, así que cruzo los brazos sobre el pecho como si necesitara taparme.

—No hagas eso. —Me obliga a colocar los brazos a los costados y los sujeta allí—. Estás deslumbrante.

Suspiro, pero relajo los brazos.

—¿Estás segura?

—Segurísima. —Se acerca a la ventana y mira al exterior—. ¿Dónde están esos tíos? Ya se han retrasado veinte minutos.

Mientras estoy ahí de pie, estudiando mi reflejo, se me acelera el pulso. ¿Y si él no viene? ¿Y si se ha ido ya?

—¡Deslumbrante! —exclama Emma de nuevo—. ¡Uauh! Y a que no sabes quién es el siguiente que te dirá lo mismo. —Corro hacia la ventana, junto a ella, apoyo el rostro contra el cristal y veo a Bennett y a Justin bajar del coche y caminar hacia la puerta principal. Suelto un aire que no sabía que estuviera conteniendo—. Ooooh..., fíjate en ellos. Nuestros chicos están de un guapo subido. —Emma tira un beso al aire en dirección a Justin, me agarra de la mano y me arrastra escaleras abajo—. Venga.

Se acerca rápidamente a la puerta principal como si estuviera a punto de estallar de emoción, la abre y saluda a los chicos con un acento más marcado que de costumbre. No puedo evitar sonreírle. O tal vez sonría porque es cierto que ellos están muy apuestos. O quizá porque, aunque llevo tacones altos, una falda mucho más corta de lo que mi madre me dejaría ponerme y más

delineador de ojos que Marilyn Manson, este momento me produce una sensación de normalidad que no he tenido en toda la semana.

Bennett debe de sentir algo parecido, pues, cuando me ve, se deshace en cumplidos y me abraza con fuerza, como para confirmar que está aquí —que está aquí de verdad—, y por primera vez desde que nos enteramos de que Brooke estaba en casa, da señales de que yo soy lo que más le importa y de que no hay un sitio más importante en el que debería estar.

Cuando llegamos al cine, caminamos uno al lado del otro; Bennett con el brazo sobre mis hombros, y Justin y Emma de la mano. Mientras hacemos cola para comprar palomitas, Justin me comenta, en un tono fraternal, que estoy muy guapa esta noche. Emma me advierte que deje de intentar robarle el novio, y Bennett enlaza el brazo con el suyo, le dice en broma que él será su pareja y la conduce hacia la sala sosteniendo contra el pecho el cubo de palomitas gigante.

Y así transcurre el resto de la noche. Los cuatro nos comportamos con toda naturalidad, y Bennett y yo somos los de siempre, y reina una normalidad total, en absoluto fingida o forzada, sino tan auténtica y distendida que me lleva a pensar que él ha encontrado una solución para arreglar las cosas, y que esta sigue siendo la vida que él desea de verdad; una vida segura, aburrida y de todo punto normal.

Me acurruco contra su hombro, cojo un gran puñado de palomitas y miro la pantalla, contenta, como si no hubiera topado con su otro yo ni me hubiera enterado de que existe un « desde que... » sobre el que ninguno de nosotros tiene el menor control. Como si las citas dobles y las palomitas con extra de mantequilla fueran las cosas más importantes del mundo para nosotros, nuestra aventura intrépida siguiera en marcha y no hubiera relojes a la vista en kilómetros a la redonda.

* * *

Bennett deja a Justin y a Emma en sus respectivos hogares, y cuando arranca en dirección a la mía, se me cae el alma al suelo ante la perspectiva de regresar a casa. No quiero que mi noche normal termine. No quiero pensar en cuándo puede marcharse Bennett o en cuándo volverá, y desde luego no quiero que despierte mañana tan absorto en sus cavilaciones que se le olvide lo divertida que ha sido esta noche.

—¿Va todo bien?

—Extiendo la mano y le toco el brazo.

—En realidad, no. Quiero que hables conmigo.

Recorremos un par de manzanas más, y entonces él gira hacia el pequeño aparcamiento de un edificio de oficinas y apaga el motor. La luz de los faros se extingue, y los dos permanecemos sentados en silencio, con la vista fija en el

parabrisas pero sin mirar nada en particular.

Finalmente, se vuelve hacia mí en su asiento.

—Lo que te dije en Vernazza era totalmente cierto —asegura en voz baja y firme, con una mirada triste y distante.

Espero a que pronuncie la palabra «pero». Como no lo hace, completo la frase por él.

—Pero crees que no puedes quedarte, ¿verdad?

—No lo sé, Anna —suspira—. Estoy pisando un terreno inexplorado. Nunca antes había sucedido algo similar. —Escruta la oscuridad a través de la ventana.

—¿Qué se supone que debes enseñarme, Bennett?

Sacude la cabeza.

—He estado intentando deducirlo, pero la única posibilidad que se me ocurre es que él... que yo estuviera refiriéndome a algo que no puedo enseñarte.

—¿Por qué no?

—Porque... está en mi habitación. En mi habitación de verdad, en San Francisco, en 2012. Dudo que sea una buena idea traerlo aquí, y sé que sería una mala idea llevarte a ti al futuro.

—Pero en la pista fuiste tú quien me habló de ello. Dijiste que tenía que verlo, fuera lo que fuese. De verdad creo que deberías enseñármelo, Bennett.

Aprieta los labios.

—Preferiría limitarme a hablarte de ello.

—Tienes que enseñármelo. Lo dejaste claro. —Estiro el brazo por encima de la consola central y lo tomo de las manos—. Además, quiero ver tu habitación.

—Ni lo sueñes. —Aparta las manos y aferra el volante. Me mira a los ojos—. Ya te he dicho, Anna, que puedo llevarte a cualquier lugar del mundo que desees, pero nunca a un momento anterior o posterior a esta fecha y esta hora. No debes ver tu propio futuro.

—No estaría viendo mi futuro, sino tu presente. Representaría el papel de observadora, como haces tú.

—No debo llevarte al futuro.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

—¿Y si estás equivocado?

—¿Y si no?

—También creías que no debías deshacer un accidente de coche, y sin embargo la cosa salió bastante bien. Oye —añado—, se supone que tienes que enseñarme algo, y, además, si al final te marchas..., si por algún motivo es verdad que no puedes... —Las palabras se me atragantan. Soy incapaz de articularlas—. Necesito saber dónde estarás.

Me contempla durante un buen rato. No tengo idea de qué está pensando.

—Por favor —le suplico—. Solo unos minutos. Me enseñas lo que necesito

ver, y me traes de vuelta enseguida.

Cierra los ojos, y se impone el silencio mientras yo me quedo sentada, mirándolo. Pasan los minutos, y él por fin saca la llave del contacto y se la guarda en el bolsillo de los vaqueros. Le tiendo las manos.

—Cinco minutos —le oigo decir. Y cierro los ojos.

—Hemos llegado.

Abro los párpados. Aunque la habitación está en penumbra, advierto que estamos de pie en el centro de una pared curva de ventanas a través de las que se domina la ciudad, y lo único que veo son las luces que titilan en el horizonte y se extienden hasta la orilla del agua oscura.

—Caray. ¿Este es tu cuarto? —Me cuesta apartar los ojos de las vistas para fijarme en el espacio que me rodea.

No es más acogedor que su habitación en casa de Maggie; está demasiado limpio y desprovisto de carácter, pero al menos vislumbro un cuadro enmarcado en una de las paredes. La cama está cuidadosamente hecha, y sobre el descomunal escritorio de vidrio y metal de un rincón hay una pantalla plateada y negra y un reloj digital que marca las 11.06.

—¿A qué día estamos?

—A 27 de mayo de 2012. —He viajado diecisiete años hacia el futuro y estoy en el dormitorio de verdad de Bennett. Me acerco a su escritorio y reparo en un marco con una foto de él abrazando a Maggie por los hombros. Los dos sonríen. El hecho de que él aparezca más joven me descoloca por un momento, pero lo que me estremece es ver a una Maggie totalmente cambiada. Está avejentada y frágil, demacrada, a años luz de la Maggie de 1995. Bennett aparta de mí el retrato y lo coloca boca abajo sobre el escritorio, con una expresión que parece indicar que ella murió poco después de que le tomaran esa foto.

Miro en torno a mí de nuevo. Visualizo mi cuarto, con sus paredes tapizadas de dorsales de papel y fotografías, sus baldas recubiertas de discos y trofeos, y caigo en la cuenta de que su habitación refleja mucho menos su personalidad. Pero entonces veo un cuenco de cristal enorme sobre su mesilla de noche, y sé exactamente qué contiene. Algo muy propio de él.

Me siento en el borde de la cama y hurgo entre las entradas. U2 en Kansas City, 1997. Red Hot Chili Peppers, Lollapalooza, 1996. Pixies en la Universidad de California en Davis, 2004. Lenny Kravitz en el Paramount de New York, 1998. Smashing Pumpkins en Osaka, 1996. Van Halen en Los Ángeles, 2004. Los Ramones en The Palace, Hollywood, 1996. Eric Clapton, Cleveland, 2000. Veo un montón de billetes con nombres impresos de grupos de los que nunca he oído hablar, y me imagino que empezaron a tocar en algún momento posterior a 1995. Hay cientos de entradas en el cuenco.

Cuando alzo la mirada veo que Bennett rebusca algo en el fondo del cajón más grande de su escritorio, extrae una caja de madera y levanta la tapa. Luego se acerca a mí con un papel en la mano.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Una carta.

Dejo caer las entradas en el interior del cuenco.

—¿Se supone que debes mostrarme una carta?

—Eso creo. —Me mira y respira hondo, como para armarse de valor—. El año pasado estaba pasando el rato en el parque con unos amigos cuando una mujer se me acercó. —Titubea por un instante, pero yo continuo mirándolo fijamente, y de pronto su rostro se relaja con la sonrisa que he llegado a conocer tan bien—. Era preciosa. Tenía unos ojos castaños grandes y una espesa cabellera negra y rizada. Me preguntó si podía hablar conmigo en privado y me entregó esto. —Alisa la carta y me la tiende.

—¿Qué dice?

—Tienes que leerla.

—No quiero leerla. —La empujo hacia él y aparto la vista de las palabras. Le he rogado que me trajera, que me enseñara esto, pero ahora que estoy aquí, sé que eso no es lo que quiero. Quiero regresar a Evanston. Quiero seguir fingiendo que todo es normal.

Me pasa la carta de nuevo.

—Necesito que te informes de todo ahora.

Noto que se me tuerce el gesto.

—Creía que ya estaba informada de todo, Bennett.

—Pues no es así. Por favor.

Bajo la mirada y leo:

4 de octubre de 2011

Querido Bennett:

Me preocupa contarte más de lo que debo y romper alguna de las reglas que me enseñaste hace tiempo. Espero haber elegido mis palabras con suficiente cuidado. Algún día, tanto mi visita como esta carta cobrarán sentido para ti. Por ahora, tendrás que fiarte de mí.

Durante los últimos diecisiete años he llevado una vida plena y sólida. No ha sido la aventura intrépida que yo esperaba, pero he sido feliz. Aun así, no me he olvidado de que una vez me diste a elegir entre dos caminos y, de algún modo, contra mi voluntad —y creo que también contra la tuya—, acabé atrapada en el equivocado. El que no escogí. Darte esta carta es la cosa más arriesgada y aterradora que he hecho en toda mi vida, pero tengo que saber adónde me habría llevado el camino que yo elegí.

En un futuro próximo, nos reuniremos. Y luego te marcharás para siempre. Pero creo que puedo arreglar eso; solo tengo que tomar una decisión distinta esta vez. Pídemelo que viva por mí, no por ti. Dime que no espere a que vuelvas. Creo

que eso lo cambiará todo.

*Con cariño,
Anna*

Siempre he firmado con una *A* mayúscula que más bien parece una *a* minúscula grande, redondeada en vez de angulosa. Al parecer, en 2011 sigo firmando igual.

—¿Esta carta está escrita... por mí?

Él asiente.

—¿Por una especie de yo... del futuro? —Estas palabras sonarían extrañas a oídos de cualquiera excepto de Bennett Cooper, que se limita a mover la cabeza arriba y abajo, como si le parecieran perfectamente sensatas.

—¿Cuánto hace que tienes esto? —pregunto, y me recuerdo a mí misma que tengo que respirar.

Posa el dedo sobre la fecha.

—Desde el octubre pasado. —Por lo menos lo dice en un tono de culpabilidad.

—O sea que leíste esto... antes de ir a Evanston.

—Muchas veces. —Al verlo asentir, me viene a la mente aquel primer día en el comedor, cuando le dije cómo me llamaba y él palideció de golpe. Me conocía. Ya me había visto. Cinco meses antes. Dieciséis años después.

Me agarra los brazos con ambas manos, lo que es un alivio, pues me flaquean un poco las piernas.

—Entiéndeme, por favor, Anna. Fui a Evanston en busca de Brooke. De verdad. Suponía que la encontraría y podría regresar a casa en cuestión de días. Solo asistí a Westlake porque lo había prometido. ¿Te imaginas cómo me sentí aquel día en el comedor cuando oí tu nombre, me fijé en tu pelo y en tus ojos y supe que eras tú, que eras Anna? —Señala la carta—. Esta Anna. Supe que eras la persona que había conocido cinco meses atrás, en un parque cualquiera y un día cualquiera de 2011. Allí estabas, en 1995, en un comedor de un colegio en una ciudad de la que me moría de ganas de marcharme. —Se le entrecorta la voz.

» Al principio, intenté evitarte. Seguramente debería haber seguido así. Estas palabras estuvieron dándome vueltas en la cabeza durante las primeras semanas, y yo no sabía qué tenía que hacer. No quería ser el responsable de que llevaras esta vida —prosigue, bajando la vista hacia la carta—. No quería hacerte daño.

De pronto lo comprendo. No sé cómo he podido ignorar esta realidad hasta ahora, pero está ahí, ante nosotros, y es inevitable. Él no regresará. No se quedará. Perderemos el contacto durante diecisiete años o más; quizá jamás volvamos a vernos.

«En un futuro próximo, nos reuniremos. Y luego te marcharás para siempre». Y él lo ha sabido desde el principio.

—¿Cómo has podido no decírmelo?

Él mantiene los ojos clavados en el suelo, sin hablar.

—No lo sé; creía que podría impedir que ocurriera —dice al cabo de un momento—. Cuando el tiempo me rebotaba una y otra vez hacia aquí, y yo insistía en regresar a Evanston, sentía que me hacía más fuerte, que estaba aprendiendo por mí mismo a pasar una larga temporada en un mismo sitio. La carta no especificaba cuánto tiempo había permanecido allí, solo decía que «me marcharía para siempre». Supuse que si volvía y me quedaba..., si no me marchaba... —Deja la frase en el aire, y cuando me mira, sus ojos destilan remordimiento—. No fue sino hasta que viste a mi otro yo en la pista la semana pasada cuando comprendí que no había solucionado las cosas, después de todo.

—Deberías habérmelo dicho. —Apenas consigo murmurar estas palabras. Sigue muy seguro de su habilidad, sigue mintiéndome, pensando que eso me protegerá del sufrimiento. Pero no puede protegerme, y menos aún cuando soy yo quien tiene que tomar una decisión diferente, cuando en teoría soy yo quien sabe cómo arreglar esto—. ¿Qué se supone que debo hacer de forma diferente? —pregunto, y espero en silencio a que él diga lo que piensa y me instruya respecto a alguno de los matices más sutiles de los viajes en el tiempo que se me haya escapado hasta ahora; algo que haga que todo esto cobre lógica. Quiero que me explique exactamente qué sucederá a continuación y que me asegure que todo saldrá bien.

Sin embargo, él baja la mirada de nuevo hacia la alfombra.

—No lo sé —dice.

La última vez que me defraudó, hice un gran esfuerzo por no llorar delante de él, pero esta vez me da igual. Esta vez no soy capaz de contenerme, y dejo que esas lágrimas calientes y llenas de rabia fluyan sin intentar detenerlas siquiera.

Lloro porque él ha perdido el control de verdad e incluso lo reconoce; porque arrastra esta carga desde un primer momento y ha seguido guardándome secretos pese a que me había jurado no volver a hacerlo, y todo para protegerme. Pero, sobre todo, lloro por ella, la Anna de treinta y un años que se pasó casi dos décadas echando de menos a un chico desgreñado y con ojos de color azul grisáceo que le cambió la vida un día nevado en Evanston, Illinois.

¿Cómo pudo ocultarme que existía una carta que describía nuestro destino y dejaba claro que él no podía quedarse; y que él lo sabía desde el principio?

—¿Cómo has podido...? —empiezo a recriminarle, pero no puedo terminar. Necesito decirlo, pues de lo contrario, sé perfectamente qué pensará: que me ha arruinado la vida; que no debería haberse quedado conmigo de entrada; que habría debido marcharse a la primera oportunidad. Y lo quiero demasiado para permitir que piense eso.

Me enjugo las lágrimas, y antes de que cualquiera de los dos pueda decir una palabra más, los músculos de mi estómago se contraen, me doblo en dos y me aferro al edredón de su cama. Es como si me ardieran las entrañas. No puedo moverme ni hablar, pero oigo que Bennett grita mi nombre y noto que extiende los brazos hacia mí. Los sonidos y las imágenes me parecen lejanos y apagados. Su rostro está borroso y deformado, como si lo mirara a través de un objetivo desenfocado. Mi estómago se retuerce y se encoge con una ferocidad que me obliga a inclinarme de nuevo y me oigo gritar. Muy fuerte.

Y entonces la oscuridad y el silencio me envuelven.

Tengo el rostro húmedo y lo único que percibo es un intenso olor a piel. Cuando desdoble las piernas y bajo los brazos para recobrar el equilibrio en el asiento, lo único que percibo es el tacto de la piel. Abro los ojos.

Me encuentro de nuevo en el aparcamiento oscuro, en Evanston, completamente sola en el Jeep de Bennett.

—No... —No tengo más palabras, así que repito la única que soy capaz de pronunciar—. No. No. ¡No! —Miro alrededor y noto que el pánico me recorre las extremidades. No dejo de volverme hacia el asiento del conductor, esperando que Bennett aparezca como por arte de magia, como suele hacer, pero no se materializa, ni tampoco las llaves, que deberían estar en el contacto. Entonces recuerdo que Bennett se reclinó en este asiento y se las guardó en el bolsillo de sus vaqueros.

El reloj digital del salpicadero marca las 11.11. Solo he estado ausente durante cinco minutos, después de todo.

Ahora sé lo que sentía Bennett en el parque aquella noche; que el tiempo te rebote en contra de tu voluntad no se parece en nada a viajar. No consigo sentarme con la espalda recta ni respirar hondo; solo puedo jadear e intentar no entrar en pánico. Me vienen arcadas aún más violentas que las de antes, y escudriño el interior demasiado pulcro del coche, pero no encuentro nada en lo que pueda arrojar —ni siquiera un vaso desechable de café—, así que me tapo la boca y me recuesto en el asiento.

Inspiro.

Contengo el aire.

Inspiro.

Contengo el aire.

Necesito vomitar.

Y luego necesitaré un vaso de agua.

Inspiro.

Contengo el aire.

Llevo la mano a la manija de la puerta, pero cuando me dispongo a tirar de ella hacia mí, una lucecita que parpadea en el tablero me llama la atención. La alarma está activada. En cuanto abra la puerta, se disparará. Pero noto de nuevo un sabor metálico en la boca mientras mi estómago se comprime formando una bola apretada, y cuando doy un empujón a la puerta, la alarma rompe a ulular y ahoga los sonidos que hago al devolver sobre el suelo de hormigón.

Cuando ya no me queda nada dentro, me seco los labios con la manga y miro alrededor mientras la alarma del coche sigue recordándome que no tengo las

llaves. Veo que se enciende una luz al otro lado de la calle, y sé que tengo que poner tierra de por medio antes de que alguien llame a la policía. Registro el coche por última vez en busca de las llaves que sigo esperando que aparezcan milagrosamente.

Aunque estoy lejos de casa, arranco a trotar en dirección a mi barrio al paso más veloz que me permite la ropa que llevo. Si pudiera correr a la velocidad habitual, llegaría a casa en quince minutos, pero más bien será una caminata de media hora, gracias a la falda ajustada y los fastidiosos tacones de Emma. Además, no dejo de pararme a buscar con la mirada el Jeep de Bennett. Una pequeña parte de mí cree que en cualquier momento se detendrá junto al bordillo y nos quedaremos aquí, de pie y a oscuras, discutiendo sobre la carta, hasta que la alegría de tenerlo de nuevo a mi lado me mueva a perdonarlo. Pero su Jeep no aparece.

Cuando por fin llego a casa, subo pesadamente los escalones de la puerta y entro; intento pasar sigilosamente junto a la cocina, pero mi padre me pillá.

—¿Qué tal la película? —Echa un vistazo por la ventana y, al no localizar el Jeep, añade—: ¿Dónde está Bennett? ¿Por qué no te ha traído en su coche?

No quiero ni imaginar la pinta que tengo ahora mismo, con el rímel corrido, los párpados hinchados, sudorosa y reventada.

—Hemos estado en el café —miento.

Papá se fija en mi falda diminuta y en mi pelo alborotado, y clava en mí una mirada severa que nunca había visto en él. Entorna los ojos.

—Tienes muy mala cara. ¿Qué ha pasado, Anna? Más vale que me digas la verdad.

La verdad. He ido al cine. Luego, he ido a San Francisco. He estado mirando entradas de conciertos, me he puesto contenta por un momento, pero de pronto me he enfurecido. He vomitado en un aparcamiento, y ahora estoy en casa. Digo lo primero que se me ocurre.

—Hemos reñido. Bennett no sabe dónde estoy. Lo siento. —Noto que las lágrimas me resbalan de nuevo por las mejillas—. Ha sido una tarde horrorosa.

—¿Te encuentras bien? —Papá suaviza la expresión, y yo trato de responder que no, pero ningún sonido sale de mi boca. Me atrae hacia sí y me abraza con fuerza mientras yo sollozo sobre su hombro. Al final, el llanto remite—. La próxima vez, ve a la librería y llámame para que vaya a buscarte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Lo siento.

—No pasa nada. Seguro que todo te parecerá mejor por la mañana. —Me da unas palmaditas en la espalda, y me encamino hacia las escaleras—. Annie. —Me vuelvo hacia él—. Si por la mañana sigues igual, ven a verme, ¿entendido?

Sonrío y subo los escalones con dificultad. Mi habitación está tal y como la dejé. Se supone que debía lavar ese montón de ropa esta mañana, antes de ir de compras. Mis libros de texto y mis libretas están apilados de cualquier manera

sobre el escritorio. Mi cama sigue sin hacer.

« Esto no puede ser el final» . Me acerco a la ventana y bajo la vista, con la esperanza de que el coche de Bennett aparezca y aparque en el camino de acceso. Me viene a la mente la imagen de él sentado en su cama, con la carta entre las manos y la mirada de impotencia en su rostro mientras, por primera vez en su vida, otra persona se desvanecía ante sus ojos.

La carta.

El día que oyó mi nombre en el comedor del colegio, supo exactamente quién era yo. Supo que estábamos juntos aquí. Y supo que se marcharía para no volver. Lo sabía todo, y yo no sabía nada.

De repente, todo lo que hizo durante su primer mes en Evanston cobra sentido. No quería conocer a nadie porque no tenía pensado quedarse, ni quería intimar conmigo porque sabía que al final nos separaríamos. Aun así, me dio la posibilidad de elegir. Recuerdo palabra por palabra lo que me dijo aquel día, cuando estábamos sentados en lo alto de la peña que acabábamos de escalar. « Existes en 2012, como yo, pero en un futuro del que yo no formo parte. El hecho de que me hayas conocido aquí en 1995, en un lugar y una época a los que no pertenezco... te cambiará toda la vida» . No solo estaba dejando que yo decidiera si quería continuar con él mientras permaneciera aquí; estaba dejándome elegir si quería o no ser esa Anna, la chica a la que había roto el corazón a los dieciséis años, que había madurado y que no lo había olvidado.

Recuerdo sus palabras. Mis palabras.

« Acabé atrapada en el camino equivocado» .

« Te marcharás para siempre» .

« Solo tengo que tomar una decisión distinta esta vez» .

« Creo que eso lo cambiará todo» .

No tengo idea de lo que significan estas frases. ¿Qué decisión distinta se supone que debo tomar? ¿Qué se supone que tiene que cambiar?

La calle está oscura y en silencio, iluminada por la luna llena y un cielo sin nubes cuajado de estrellas. Atravieso la habitación, me detengo frente a mi mapa, y coloco el dedo en Evanston, Illinois. Lo deslizo hacia la izquierda hasta el punto marcado como san francisco, california. Ojalá solo nos separase esta distancia. Pero no es así. Nos separan esta distancia y diecisiete años.

Saco un alfiler de la caja y me quedo mirándolo. Lo hago girar entre las yemas de los dedos. Tal vez si lo visualizara y lo deseara con todas mis fuerzas, también podría transportarme a otro lugar. Acercó la cabeza de plástico rojo a mis labios y cierro los ojos, como si poseyera el mismo don que Bennett, y me concentro en desaparecer de esta habitación y reaparecer en la suya. Evoco la vista que se abarcaba desde la ventana, el cuenco lleno de entradas, el escritorio y la cama, aprieto más los párpados y dejo que la imagen de ese espacio inunde mi mente mientras repito en voz alta las palabras « 21 de mayo de 2012. 21 de

mayo de 2012», una y otra vez, en un susurro.

Cuando abro los ojos, sigo aquí, sujetando mi patético alfiler, de pie frente a mi mapa del mundo, con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

Contemplo el punto marcado como san francisco. El alfiler emite un chasquido leve y triste cuando atraviesa la superficie.

Me incorporo, sobresaltada, y cojo el reloj de la mesilla de noche. Las diez y veintidós. ¡De la mañana! ¿En qué momento me he acostado? ¿Cómo puedo haberme quedado dormida? Entonces me viene todo a la memoria: me vi rebotada hacia aquí, y Bennett sigue desaparecido.

Me pongo a toda prisa la ropa de deporte, bajo volando las escaleras y descorro el pestillo de la puerta, haciendo caso omiso de la reprimenda de mi madre por dormir hasta tarde, su insistencia en que coma algo antes de hacer ejercicio, y sus preguntas sobre por qué voy a entrenar en domingo. Lo cierto es que no voy a entrenar, sino a correr.

Cuando llego a casa de Maggie, a cuatro manzanas de distancia, me percato en el acto de que el coche de Bennett no está en el camino de acceso, y el estómago me da un vuelco con tal rapidez que temo volver a vomitar. Subo al porche de un salto y toco el timbre.

Nadie responde.

Llamo de nuevo y espero.

Echo una ojeada entre los visillos de la sala de estar, pero no percibo señales de actividad; ni movimientos, ni sonidos. ¿Dónde está él? ¿Y Maggie? Apoyo la espalda contra la ventana y hundo el rostro entre las manos. ¿Y ahora, qué?

Como mi cerebro no concibe ninguna buena idea, obedezco a mis pies, que me exigen de forma inequívoca que regrese al aparcamiento, el último sitio donde vi a Bennett en un lugar donde le correspondía estar. O, mejor dicho, en un lugar donde no le correspondía estar, pero donde yo quería que estuviera. Aquí. En mi ciudad.

Mis zancadas me parecen rígidas y torpes mientras mis pies golpetean el asfalto, pero, conforme el paisaje se emborrona al pasar, lo que más me choca es lo que captan mis ojos. El sol baña todas las casas frente a las que paso en un resplandor cálido y parece prender fuego a los parterres de rosales y tulipanes nuevos que forman separadores coloridos entre los caminos de acceso de ladrillo rojo y las extensiones de un césped tan verde que casi reluce. El aire que respiro es caliente y húmedo, y, a diferencia del frío, que me escuece en los pulmones, este aire me produce la sensación de haber inhalado una almohada que me asfixia desde dentro.

Tres kilómetros más adelante, llego por fin al edificio de oficinas y me paro en seco. El coche de Bennett no está y, por un momento, me dejo llevar por la ilusión de que todo ha sido un sueño. Pero entonces diviso la mancha amorfa de vómito que cambia de color bajo el sol abrasador, y no necesito otra confirmación de que aquello sucedió de verdad.

Noto que las lágrimas se acumulan detrás de mis ojos, pero las reprimo y giro sobre los talones para volver por donde he venido. Como no tengo adónde ir, corro de nuevo hacia la casa de Maggie, la única persona que quizá sepa dónde está él, o al menos adónde han llevado su coche.

Atravieso el mismo barrio, torciendo a un lado y a otro entre las mismas casas y vehículos junto a los que he pasado corriendo hace unos minutos. Cuando avisto el letrero de Greenwood, más adelante, aprieto el paso, y entonces veo el Jeep de Bennett, que se dirige hacia mí. El intermitente derecho se enciende, y el coche gira y desaparece.

Doblo la esquina como una exhalación, justo a tiempo para ver el vehículo detenerse en el camino de acceso. Él está en casa. Mis pies empiezan a moverse a una velocidad que nunca antes había alcanzado. Sabía que él volvería.

—¡Bennett! —grito, aporreando la ventana de atrás con la mano abierta, y rodeo el coche a la carrera hasta la puerta del lado del conductor—. ¡Bennett!

La puerta se abre despacio, y Maggie posa los pies en el asfalto y se apea con cuidado.

—Me temo que no —dice con voz suave y contenida. Me interpongo en su camino y me inclino hacia un lado para echar un vistazo al asiento del pasajero y al de atrás. No hay nadie allí.

—¿Dónde está? Maggie, ¿dónde está Bennett?

Cierra la puerta tras de sí, tapándome la vista del interior. Su cabello cano brilla bajo el sol, tiene el rostro demacrado, y sus ojos —los ojos de Bennett— escrutan los míos como si buscaran algo en ellos sin saber concretamente qué.

—¿O sea que de verdad no sabes dónde está? —pregunta.

Sacudo la cabeza, aunque esto no es del todo cierto. Sé dónde está. Podría explicárselo, pero ella nunca me creería.

Me rodea los hombros con el brazo y me guía hacia el porche.

—Ven, hablemos dentro.

Con las piernas temblorosas, subo los escalones a su lado, entro en la casa tras ella y espero a que cuelgue su chaqueta y su bolso en el armario. La sigo hasta la cocina y me quedo de pie en un silencio incómodo mientras ella saca dos tazas del aparador y llena de agua una tetera.

Cuando se vuelve, me ve apoyada en el marco de la puerta, arrastrando los pies adelante y atrás, inquieta.

—Tranquilízate. Toma asiento. —Señala la mesa de la cocina y devuelve su atención a las bolsitas de té. Me siento.

Aunque debería estar pensando en lo que voy a decirle, paseo la vista por la habitación y me fijo en los armarios de un blanco radiante, la encimera de granito oscuro, el florero de la repisa. Mis ojos se posan en un paisaje de montaña pegado a la ventana de la cocina por medio de una ventosa con un gancho, y sigo con la mirada los rayos de sol que atraviesan los vidrios de

colores, cruzan la cocina y proyectan formas anaranjadas, azules y verdes sobre la mesa blanca.

—Mi hija hizo eso para mí cuando estaba en el instituto —comenta Maggie desde el otro extremo de la habitación. No me da tiempo a responder, por fortuna, pues tampoco sé qué decir—. Me encanta el aspecto de la luz cuando pasa por esa ventana. Esos colores me dejan boquiabierta. —Coloca la taza de té frente a mí, y un rayo azul rebota en uno de sus lados.

—Vengo de la comisaría —me informa Maggie mientras se acomoda en su asiento—. Anoche encontraron el coche de Bennett en un aparcamiento. La alarma estaba sonando, y finalmente un vecino llamó para quejarse. —Se lleva la taza a los labios y bebe un sorbo.

—¿Ah, sí?

Me lanza una mirada suspicaz por encima del borde de su taza.

—¿No estuvisteis juntos anoche?

Intento coger el té, pero las manos me tiemblan demasiado, así que me limito a deslizar el plato hacia mí.

—Sí, estuvimos juntos. Fuimos al cine con unos amigos. Dejamos el coche en ese aparcamiento. —Alzo la vista hacia ella—. Entonces discutimos, y yo volví a casa a pie, y no lo he visto desde entonces. —La explicación me suena un poco estudiada, pero espero estar proporcionándole suficientes elementos de la verdad para ahuyentar sus sospechas.

—¿Y no sabes adónde fue?

Niego con la cabeza, pese a que en este caso es mentira. Sé adónde fue, pero, como ya he dicho, ella jamás lo creería.

—Pues no tengo ningún motivo para perder el tiempo intentando localizar a un estudiante de la Northwestern que simplemente me alquila una habitación. No tengo por qué pasar tantas molestias por un perfecto desconocido, ¿verdad? —El matiz de amargura y de altanería en sus palabras confirma lo que yo ya sabía: que ella también le ha cobrado afecto a Bennett. Escondo las manos bajo la mesa y las entrelazo con firmeza para dejar de temblar—. Lo que me parece más curioso es que la policía me haya telefoneado a mí después de encontrar el coche. —Las arrugas de su rostro se hacen más profundas por la preocupación y la extrañeza—. ¿Sabes por qué me han llamado a mí?

Noto que mis facciones se contraen.

—No —digo.

—En primer lugar, porque yo consto en el registro como propietaria de ese coche. Y en segundo lugar, porque según la academia Westlake, donde al parecer cursa el bachillerato, yo soy su abuela. —Toma otro poco de té con lentitud y apoya los antebrazos sobre la mesa—. Imagino que sabes que yo tenía entendido que él estudiaba en la Northwestern. También doy por sentado que sabes que, en realidad, no soy su abuela.

Intento otra vez llevarme la taza a los labios, pero cuando me dispongo a beber, descubro que el té aún quema. Devuelvo la taza a su plato.

Maggie toma un buen trago, como si su elevada temperatura no la afectara.

—¿Tienes idea de por qué me mintió, Anna? —«Mantén la calma. Respira. Bebe un sorbo de café hirviendo»—. ¿Por qué dijo en el colegio que soy su abuela?

Me entran ganas de contestar «porque lo eres» y relatarle los acontecimientos de los últimos tres meses, empezando por el día en que Bennett se mudó a nuestra ciudad. Sin embargo, no puedo revelarles que el niño que aparece en las fotos que tiene sobre la repisa y el chico que ha estado viviendo en una de sus habitaciones de invitados son la misma persona.

—No lo sé, Maggie. —Su expresión no cambia—. No lo sé. —Repito las palabras como si esto las hiciera verdaderas.

Clava esos ojos en mí, y se me revuelve el estómago por el sentimiento de culpa. Exhala un suspiro profundo.

—No sé qué hacer. La policía quiere que presente una denuncia por desaparición si no ha vuelto al cabo de veinticuatro horas. Si sabes algo, Anna, debes decírmelo. Por favor.

Bajo la mirada hacia mi taza y bebo un sorbo.

—El chico ha estado viviendo en mi casa y me ha mentado desde el principio. Había llegado a apreciarlo, pero ahora resulta que ni siquiera sé quién es. Nunca lo he sabido. —Maggie me mira directamente a los ojos—. Pero algo me dice que tú sí.

Lleva razón, por supuesto. Lo sé. Y en este momento, desearía contárselo todo, porque quiero que sepa quién es él, porque estoy harta de ser la única que lo sabe y, sobre todo, porque quiero que lo aprecie otra vez. Y lo apreciaría si al menos supiera quién es en realidad y lo que ha hecho por ella.

Quisiera avisarle de que, dentro de cuatro años, se le diagnosticará Alzheimer. El deterioro será gradual hasta el 2000, después se acelerará de forma irreversible. En 2001, empezará a olvidar algo más que pequeños detalles o hechos menores. Se olvidará de pagar sus facturas, de dónde tiene invertidos sus ahorros, de proporcionar a alguien información suficiente para que la ayude antes de que sea demasiado tarde. Para el año 2002, no será capaz de valerse por sí misma. Habrá borrado de su memoria a su familia. Su hija, la madre de Bennett, estará demasiado lejos en todos los sentidos para aliviar sus padecimientos. Y entonces, cuando Bennett tenga ocho años, Maggie morirá.

Sin embargo, cinco años después, Bennett empezará a retroceder en el tiempo hasta 1995, 1996, 2000 y 2003. Más adelante, Brooke empezará a acompañarlo. Los dos llamarán a la puerta de Maggie, simulando ser estudiantes que piden donativos, solo para oír su voz. Cuando ella esté ya muy enferma, se presentarán en plena noche para limpiar su cocina y pagar sus facturas. Mientras

ella esté fuera haciendo recados durante el día, Bennett cortará su césped, y Brooke plantará flores. Esconderán dinero en diversos rincones de la casa, porque, aunque saben que eso le causará confusión, también saben que ella lo encontrará. Y, al final, Bennett le confiará a Maggie su secreto. Aunque ella solo lo recordará por unos instantes, morirá sabiendo que los últimos años de su vida habrían sido muy distintos de no ser por el don de Bennett.

—¿Anna? —Maggie interrumpe mis pensamientos.

—No dejes que la policía lo busque. —Se me forma un nudo en la garganta, y aunque quisiera decir muchas más cosas, me quedo callada.

Ella abre mucho los ojos, intrigada.

—¿Por qué no? Por favor, tienes que decírmelo. ¿Qué es lo que sabes, Anna?

Le sostengo la mirada, pero, al cabo de un momento, bajo la vista a la mesa bañada de luz multicolor. ¿Qué es lo que sé? Bueno, he aquí una pregunta a la que puedo responder. En cierto modo. Deslizo el dedo a lo largo de un reflejo verde.

—Te aseguro que no sé cómo dar con él. Pero sé que está a salvo —digo, con la voz reducida a un susurro—. Sé que ha vuelto a San Francisco. Sé que no quería marcharse, pero no tenía elección. Sé que no quería mentirte ni hacerte daño.

—¿Quién es?

Durante los últimos dos meses, no había sentido la tentación de divulgar el secreto de Bennett —ni a mi familia, ni a mi mejor amiga—, pero ahora que estoy aquí sentada, contemplando los ojos tristes de Maggie, desearía que ella lo conociera tan bien como yo. Tengo que recordarme a mí misma que eso no me incumbe.

—No puedo decírtelo, Maggie. Tardó mucho tiempo en abrirse a mí, y cuando por fin lo hizo, le prometí que no compartiría su secreto con nadie. Aunque me muero por decírtelo, es su historia, no la mía. Pero no es mala persona. —Tengo ganas de añadir «te quiere», pero me muerdo la lengua—. Tendrás que esperar a que él te lo diga cuando regrese.

—¿Y eso cuándo ocurrirá? —pregunta, inclinándose hacia delante.

Otra pregunta a la que no puedo responder, pero esta vez no porque no quiera romper mi promesa, sino porque es verdad que no lo sé.

—No tengo idea, pero una vez me prometió que volvería, y tengo que creerle.

Me quedo observándola, aguardando sus palabras siguientes. Tengo náuseas.

—¿Qué le digo a la policía?

Intento pensar deprisa.

—Que surgió una emergencia en San Francisco. Que alguien de su familia... cayó enfermo. Un amigo lo llevó al aeropuerto, y él dejó su coche en el aparcamiento. Pero ha llamado para comunicarte que está bien. Ha... —Respiro hondo para terminar la frase sin venirme abajo—. Ha vuelto a San Francisco,

con su familia.

—¿Me estás pidiendo que mienta? ¿A la policía?

—No es mentira. Él está allí. Puedes decirles eso, o no decir nada, presentar una denuncia por desaparición y dejar que lo busquen. Pero no lo encontrarán.

—Si regresa...

—Cuando regrese —la corrijo—, yo seré la primera en saberlo. Me aseguraré de que tú seas la segunda, y de que él te lo cuente todo. ¿De acuerdo?

Asiente varias veces, meditando sobre mi solución.

—¿Qué hago con sus cosas? ¿Y con su coche?

El coche. Según Bennett, el todoterreno pertenecía a Maggie, pero ahora que interpreto esta afirmación dentro del contexto general, todo encaja.

—Creo que él lo compró para ti.

Ella frunce el entrecejo y vuelve a fijar la mirada en mí.

—¿Por qué demonios iba a hacer una cosa así? No me conoce lo bastante para comprarme un coche nuevo.

Le sonrío y suelto un suspiro.

—No... pero sí. Sé que eso no tiene pies ni cabeza... —Mi voz se apaga mientras estas palabras resuenan en mi mente y, por algún motivo, repito la frase que leí anoche en San Francisco. La frase que escribiré en una carta dirigida a Bennett dentro de diecisiete años. Dio resultado con él. Quizá también dé resultado con su abuela—. Algún día —digo—, todo esto cobrará sentido para ti. Por ahora, tendrás que fiarte de mí.

Me he pasado la última hora con la espalda apoyada contra los pies de mi cama, con la sudadera que Bennett se puso después de nuestra primera cita en Ko Tao y con la vista fija en el vestido tubo de seda negra que me compré para la subasta de esta noche. Cuando lo traje a casa y colgué la percha del marco de la puerta del armario, ese vestido me parecía casi mágico, como si unos pajarillos y ratoncitos de dibujos animados lo hubieran cosido para mí mientras dormía.

Pero hoy se cumple una semana de la noche en que reboté desde 2012. El famoso «desde que...». Y ahora el vestido ha pasado a convertirse en una pieza de museo más, junto con mi mapa, una bolsa con arena, seis postales y cuatro alfileres nuevos; todas las cosas que no puedo mirar sin pensar en él.

Continúo contemplando el vestido cuando alguien llama a mi puerta. Aunque no es algo inesperado, no sé cuál de mis padres ha perdido al cara o cruz.

—Adelante —murmuro.

¿Emma?

Alzo la mirada hacia ella desde el suelo. Lleva la prenda que le ayudé a elegir, un vestido largo de color naranja oscuro y escote palabra de honor con el que está tan deslumbrante aquí como en el probador. Se ha recogido el cabello detrás de la nuca en un moño apretado, con algunos mechones sueltos que le enmarcan la cara.

—Vaya. Estás preciosa.

—Gracias. —Se sienta en el suelo junto a mí, se recuesta contra los pies de la cama y extiende los brazos hacia mí.

La miro de reojo.

—Se te arrugará todo el vestido.

—No te preocupes. —Me mira de arriba abajo, desde el pelo crespo y los ojos inyectados en sangre hasta las mallas y los dedos de los pies. Estoy segura de que la horroriza comprobar que no me he hecho la pedicura.

—¿Qué haces aquí, Em?

Me da un apretón suave en la mano.

—Lo siento. Sé que quieres estar sola, pero tu madre ha insistido en que subiera. —Desvió la vista y pongo los ojos en blanco. Tanto mamá como papá han estado dándome la lata toda la semana con esta estúpida fiesta, pese a que he dejado muy claro que no voy a ir. Bajo ninguna circunstancia. Pero que hayan enviado a Emma como refuerzo es una crueldad imperdonable—. Y yo quería ver cómo estabas.

—Estoy bien.

Clava los ojos en mí con incredulidad y luego se vuelve hacia el vestido.

—Sería una pena que yo fuera la única que te lo haya visto puesto jamás. Estabas espectacular.

No puedo mirarlo sin sentir náuseas.

—Gracias.

Guardamos silencio durante lo que parecen varios minutos, yo con la vista fija en la alfombra, ella desplazando la mirada entre el vestido y yo.

—No voy a cambiar de idea —digo al fin.

—Lo sé. Pero deberíamos quedarnos aquí durante al menos un cuarto de hora o así, para que tu madre crea que lo he intentado de verdad. —Se vuelve hacia mí, me sonríe y me da un golpecito con el hombro—. ¿Vale?

Esbozo una sonrisa sombría.

—Gracias. —Emma lo entiende. Lo entendió desde un primer momento.

El domingo pasado, al salir de casa de Maggie, corrí directamente hasta la de Emma y me desmoroné en su porche. Nos quedamos sentadas en su habitación, con ella pasándome pañuelos de papel mientras yo hablaba durante horas, y se creyó cada palabra de la historia que inventé. Un familiar de Bennett había enfermado, y él había tenido que tomar un vuelo nocturno de vuelta a San Francisco después de que saliéramos del cine. No estaba seguro de cuándo regresaría, si es que regresaba algún día, y lamentaba no poder despedirse. Nos echaría de menos.

Al día siguiente, referí el mismo relato a algunas otras personas y esperé a que la noticia se propagara por el Donut. No hizo falta más: al cabo de unas horas, todo el mundo sabía por qué Bennett se había ido a casa, y yo era la única que sabía que todo era mentira.

Ahora miro a mi mejor amiga, toda maquillada, contenta y preparada para asistir a la fiesta que espera ilusionada desde hace seis meses, y sé que yo debería ir también. Debería acudir para presenciar lo que Emma y Danielle ayudaron a planificar, para ver bailar a mis padres y a Justin en esmoquin. Pero no puedo salir y fingir que estoy feliz. Sin Bennett, no. Es demasiado pronto para eso.

—¿Estás enfadada conmigo porque no voy a ir?

Ella sacude la cabeza.

—No, no estoy enfadada. Es solo que... —Clavo la vista en ella, esperando a que prosiga, pero no lo hace. Baja la vista al suelo y hace girar un hilo suelto de la alfombra entre los dedos.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada.

—¿Qué? —repito.

Respira hondo y suelta el aire con un suspiro.

—Que te echo de menos, eso es todo. Sé que lo añoras, todos lo añoramos, pero... yo te echo mucho de menos a ti.

Suelto una risita forzada.

—Pero si estoy aquí.

—No, no es verdad.

La miro y sé que lleva razón. Desde el día que me encontré con el otro Bennett en la pista y me dijo que había estado intentando volver aquí, he estado haciendo justo lo contrario: desaparecer poco a poco.

Ella deja de jugar con la alfombra y me escudriña el rostro.

—Oye, Anna, eres mi mejor amiga, y hay muchas cosas de ti que me encantan. Me encanta que me hagas reír, que te gusten la música y los libros, que quieras viajar por el mundo, que te tomes tan en serio lo de correr... Pero ¿sabes qué es lo que más me gusta de ti? ¿Sabes qué me conquistó de ti desde el momento en que nos hicimos amigas?

Poso los ojos en ella y espero.

—Eres la persona más fuerte que conozco. Eres independiente, no te preocupa lo que piensen los demás, confías en tu instinto... y eres una luchadora. Es algo por lo que siempre te he envidiado. Si Justin se marchara de la ciudad, dejándome aquí, me pasaría el día llorando, convertida en un desecho humano. Pero... —Deja la frase en el aire, como si la hubiera dicho sin querer. Pero ¿qué? ¿Esperaba más de mí? ¿Le sorprende que sea tan débil?—. ¿Dónde está tu espíritu luchador? —Me mira durante un minuto, antes de inclinarse y tomarme de la mano otra vez—. Oye, sé que solo ha pasado una semana. Lo que pasa es que... —Se lleva mi mano a los labios y besa el dorso—. Quiero recuperar a mi amiga.

Alzo la mirada hacia ella, deseando poder contárselo todo. Quiero centrarme de nuevo en ella y en el resto de mi vida normal —mis padres, el cross, los libros de viajes—, pero no sé si seré capaz de recobrar mi espíritu luchador mientras siga agobiada bajo el peso de todos estos secretos.

Emma no me suelta, y permanecemos así sentadas, aguardando a que transcurran los quince minutos de rigor.

—Debería ir tirando. Tengo que recibir a los invitados vip. —Emma se pone de pie y se alisa el vestido. Inspecciona su peinado en el espejo y se da unos toques en los ojos con la punta del dedo.

—Lo siento, Emma.

Lleva la mano al pomo, se detiene para enviarme un beso por el aire, sale y cierra la puerta tras de sí.

Aunque no alcanzo a oírlos, me imagino a Emma al pie de la escalera, hablando con Justin y mis padres en voz baja. Me acerco a la ventana y echo un vistazo al exterior en el momento en que Justin y Emma salen en dirección al coche. Cuando él se dispone a abrir la puerta, levanta la vista, me ve y agita la mano levemente en un saludo triste. Suben al coche, arrancan y se ponen en marcha.

Al poco rato, mis padres se despiden y me preguntan «¿seguro que estarás

bien?» desde la escalera antes de marcharse también. Desde la ventana contemplo el lugar de la acera donde Bennett me besó por primera vez, aunque es un recuerdo que no conservo en la memoria. Me fijo en el árbol del otro lado de la calle, que detuvo su coche cuando iba marcha atrás porque no había calculado con exactitud el instante al que debíamos retroceder. Aunque a veces cometía algún error que otro, tenía el control en todo momento. Si pudiera regresar aquí, lo haría.

Y entonces, caigo en la cuenta: él ya habría regresado. Bennett estaba equivocado, y la carta estaba en lo cierto. No va a volver. Está atrapado, contra su voluntad y definitivamente contra la mía. A menos que yo tome una decisión distinta. Y no tengo la menor idea de qué significa eso.

Dejo la ventana abierta y me acerco de nuevo al mapa. Me quedo ahí de pie durante un rato, estudiándolo, y me pongo a trazar líneas invisibles con el dedo entre los ocho alfileres rojos, deslizándolo de un lado a otro, arriba y abajo, conectando los puntos entre sí para formar figuras. Entonces me detengo. Llevo mi dedo a Evanston y describo un círculo en torno a los cuatro primeros alfileres: Springfield, Minnesota, Michigan, Indiana. Luego poso el dedo en San Francisco y dibujo un círculo mucho más grande que abarca Ko Tao, Vernazza, Wisconsin y se cierra en San Francisco.

Debería haber más. Se supone que debería tener más.

Introduzco la mano en el envase de metacrilato y saco un alfiler. Lo miro. Contemplo el mapa. Clavo el alfiler en París. Saco otro. Examinó el mapa. Clavo el alfiler en Madrid. Doy un paso hacia atrás, observo el mapa de nuevo y, satisfecha con su nuevo aspecto, meto la mano otra vez en la caja polvorienta. Hincó un alfiler rojo en Sydney. Cojo el envase, lo vuelco boca abajo sobre mi mano y noto que algunos alfileres sueltos me pinchan la palma.

Clavo alfileres en Tokio.

El Tíbet.

Auckland.

Dublín.

Costa Rica.

São Paulo.

Praga.

Los Ángeles.

Continúo así, cogiendo alfileres y tachonando el mapa con ellos hasta que queda cubierto de marcas en lugares que nunca conoceré y la caja de plástico transparente está tan vacía como yo.

Junio

La semana pasada estaba triste. Esta semana, solo estoy enfadada; enfadada con él por no hablarme de la carta y enfadada con mis amigos por actuar como si él nunca hubiera estado aquí, pero, sobre todo, estoy enfadada conmigo misma por haber bajado por completo la guardia y haber aceptado toda esta situación como si fuera absolutamente normal. Tengo los puños cerrados con fuerza.

—¡Practicemos la conversación! —anuncia el señor Argotta, y avanza entre las hileras de asientos, dividiéndonos en parejas y repartiendo tarjetas. Me señala a mí y luego a Alex. Con expresión resignada, coloco mi pupitre de cara a él.

—¡Hola! —saluda Alex, sonriente—. Oye, ¿dónde estabas el sábado? Te echamos en falta. —No entiendo por qué se ha esperado hasta el jueves para preguntarlo.

Me encojo de hombros.

—Estoy entrenando para la final estatal.

—¿Entrenas los sábados por la noche?

—No, Alex. Todas las mañanas. Ahora corro todas las mañanas. También las de domingo. —Antes de terminar la frase me avergüenzo del tono que he empleado, pero no pido disculpas. Por el contrario, sigo hablándole con esta actitud, pues de hecho me hace sentir mejor verlo incómodo por una vez—. Bueno, ¿tienes la tarjeta de conversación o no?

Farfulla algo entre dientes, coge la tarjeta que tiene sobre el pupitre y le echa una ojeadita.

—Ah, esto está bastante bien. —La lee en voz alta—. « Participante número uno: estás solicitando empleo como camarero/a en uno de los restaurantes más lujosos de Madrid. Participante número dos, eres el/la propietario/a del restaurante» .

Miro en torno a mí en busca de algo que golpear.

—No está mal, ¿eh? —comenta Alex sin percatarse de que estoy agarrándome con furia a los lados del pupitre de madera—. ¿Quieres ser la camarera o la propietaria?

—Ninguna de las dos cosas. —Echo mi silla hacia atrás y corro hacia la puerta, dejando mi mochila en el suelo y mi libro de texto en el pupitre. Dejando atrás a Alex y esa estúpida tarjeta de conversación. Dejando atrás al señor Argotta, que me llama con su acento marcado y una voz cargada de inquietud, y luego de frustración. Pero no me detengo. Ni siquiera vuelvo la mirada. Corro por el Donut, paso junto a las taquillas. Y entonces me topo literalmente con Danielle.

Se estrella contra una fila de taquillas, y su pase de madera para ir al baño

sale despedido sobre el suelo.

—¿Qué narices...?

Enjugándome las lágrimas, la ayudo a ponerse de pie.

—Lo siento mucho, Danielle.

Se dispone a decir algo, pero entonces advierte que he estado llorando.

—Anna, ¿te encuentras bien?

—Tengo que salir de aquí —digo.

—¡Anna! —la oigo gritar a mi espalda, pero ya me he marchado, atravieso la puerta doble y corro hacia el único sitio donde creo que me sentiré mejor.

Él está aquí.

No como yo quisiera, pero del único modo en que puedo verlo ahora: en las fotos de un niño pequeño, enmarcadas y colocadas sobre una repisa, y en los ojos de su abuela, que me prepara té y ni siquiera me pregunta qué hago sentada en su cocina a las 11.20 de un día de clase.

Bebemos de nuestras tazas respectivas. Intentamos pensar algo que decir, pero se nos ocurre muy poca cosa. Ella tiene un montón de preguntas, y yo un montón de respuestas, pero no puede plantearme las suyas porque sabe que yo no compartiré las mías. Así pues, nos quedamos sentadas en un silencio denso interrumpido solo por el sonido de las tazas de porcelana al chocar con sus platitos a juego.

Finalmente Maggie se decide a hablar.

—Comencé a limpiar su habitación la semana pasada. He pensado guardar sus cosas en el desván hasta que... —Su voz se apaga y yo me sonrío. Me gusta que crea que él va a volver—. ¿Quieres...? —empieza a preguntar y se fija en mi expresión para decidir si continuar la frase o no—. ¿Quieres quedarte tú con alguna de sus cosas hasta que regrese?

Muevo la cabeza afirmativamente. Como no tenemos nada más de que hablar, subimos la escalera con nuestras tazas y avanzamos por el pasillo, entre las fotos de la madre de Bennett cuando era niña y las de Maggie cuando era joven, hasta la habitación con muebles de caoba que él ocupaba.

—Te traeré más té —dice Maggie, cogiendo mi taza casi llena, sale y cierra la puerta tras de sí, dejándome sola en el cuarto de Bennett.

Hay unas cajas apiladas cerca de la pared, bajo las ventanas, pero, por lo demás, todo está igual que siempre. Abro las puertas del guardarropa y echo una ojeada al interior. Su uniforme está ahí, junto con varias prendas que nunca llegué a verle puestas. Su abrigo de lana cuelga de una percha, más a mano, y aunque fuera hace una temperatura de treinta grados, me lo pongo, levanto el cuello acercándolo a mi nariz y aspiro su aroma.

Cierro el guardarropa y camino hacia el escritorio. No hay nada encima, ni siquiera un bolígrafo o una fotografía. Me siento en la silla de madera y abro el cajón superior. Allí es donde encuentro lo que queda de él. Saco los objetos de uno en uno y los coloco sobre el escritorio: su carné de estudiante de Westlake. Uno de mis alfileres rojos. Una postal en blanco de Ko Tao. La postal que le escribí en Vernazza. Un lápiz amarillo muy gastado. Un mosquetón. Una llave suelta.

Empujo todo lo demás a un lado, cojo la llave y me acerco al armario. Moviéndome con rapidez, extraigo y amontoño los álbumes de fotos y los anuarios viejos, hasta que vislumbro la pequeña cerradura dorada en el rincón del fondo. Introduzco la llave, la hago girar y tiro de la pequeña puerta. Dentro, encuentro fajos de billetes de uno, cien y veinte dólares, sujetos con gomas elásticas.

Encima de uno de los fajos, veo su libreta y recuerdo que la utilizó para planificar el viaje en el tiempo que seguramente le salvó la vida a Emma. La cojo y me pongo a hojearla. Cada página está repleta de líneas de tiempo y ecuaciones matemáticas, tablas de edades y acontecimientos históricos, y nombres de empresas con símbolos de dólar al lado. Por último, llego a la página que me mostró una vez: los cálculos temporales que nos llevaron al camino de acceso a mi casa y nos permitieron impedir que Emma condujera hacia el centro de Chicago.

Al pasar a las primeras páginas de la libreta, veo otra cosa que me resulta familiar: mis palabras, pero escritas con su letra:

En un futuro próximo, nos reuniremos. Y luego te marcharás para siempre. Pero creo que puedo arreglar eso; solo tengo que tomar una decisión distinta esta vez. Pídemelo que viva por mí, no por ti. Dime que no espere a que vuelvas. Creo que eso lo cambiará todo.

Él encerró en un círculo palabras y expresiones clave como «para siempre» y «cambiará todo», y añadió comentarios, signos de interrogación y de exclamación, como si hubiera estado estudiando el texto, tratando de descifrarlo. Pero no lo consiguió, pese a haberlo intentado durante meses. Y ahora es demasiado tarde; se ha ido para siempre. «¿Por qué no me lo dijo?». Me aseguró que me lo diría todo.

Miro hacia la puerta, por si entra Maggie. Coloco la libreta roja encima de los fajos, cierro la puerta pequeña, y devuelvo los álbumes de recortes y de fotos a su sitio. Cuando todo vuelve a estar tal y como él lo dejó, me dirijo de nuevo hacia su escritorio.

Abro el cajón, pongo la llave dentro y examino los otros objetos. Cojo cada uno y le doy vueltas entre los dedos, empezando por la postal de Ko Tao. Me

viene a la mente el día que me entregó la mía, en el césped del colegio. Me pareció increíble que hubiera regresado allí solo para eso. «También conseguí una para mí. Como recuerdo del día», había dicho.

—Ten —susurra Maggie, y yo me sobresalto y me vuelvo hacia ella. En vez de las tazas de té, lleva una bolsa pequeña que tiende hacia mí.

—Gracias.

Baja la vista hacia las cosas amontonadas sobre el escritorio de Bennett y me posa la mano en el hombro.

—¿Te encuentras bien, cariño? —Asiento con tristeza—. Es un muchacho tan amable... Espero que regrese.

Sujeto la bolsa bajo el borde del escritorio y lo deslizo todo hasta que cae dentro. Luego me enderezo, abrazo a Maggie y le doy las gracias por dejar que guarde estos objetos. Ella me estrecha contra sí con fuerza.

—Deberías hacer un viaje a California —digo, apartándome de ella ligeramente—, para conocer a tu nieto. Seguro que eso significaría mucho para tu hija.

—No sé... Mi hija y yo no hemos estado muy unidas últimamente.

La miro directamente a los ojos y, aunque son idénticos a los de su nieto, no veo el menor rastro de él. Solo veo a Maggie.

—Deberías ir de todos modos.

—Quizá lo haga.

Le sonrío. No hay necesidad de esperar a que Bennett sea lo bastante mayor para empezar a introducir pequeños cambios que influyan en el futuro de Maggie, sobre todo si yo puedo ayudarla a enderezar las cosas antes.

Le doy un beso en la mejilla y cierro el cajón del escritorio, dejando la llave dentro.

Regreso al colegio treinta minutos después de la hora de salida, y mientras camino por el Donut oigo que mis pasos resuenan en los pasillos vacíos. Espero que el aula no esté cerrada con llave, que mi mochila siga allí, y que Argotta ya se haya marchado a su casa. La probabilidad de que se cumplan las tres condiciones es extremadamente baja.

Llego frente a la puerta de la clase, y lo primero en lo que se posan mis ojos es en mi mochila, que está apoyada contra la mesa de Argotta. Cuando alzo la mirada desde el suelo, lo veo allí, corrigiendo ejercicios.

—¿Señor Argotta? —En cuanto oye mi voz, deja de escribir pero no despega la vista de su trabajo.

—Señorita Greene. Qué detalle por su parte haber vuelto.

—Lo... lo siento mucho. Es que... —Ahora me mira, primero con curiosidad,

luego con espanto. Tengo la camiseta empapada en sudor, la cara congestionada y cubierta de manchas rojas, y el pelo encrespado a causa de la humedad. Argotta pestañea con rapidez varias veces pero no me hace preguntas.

—No tienes que darme explicaciones. Tu amigo, el *señor* Camarian, me ha hablado del... impacto... que ha tenido sobre ti la marcha del *señor* Cooper. —No estoy segura de que Alex posea la información necesaria para explicar ese « impacto », pero si es verdad que el Donut lo sabe todo, como afirma Danielle, seguramente la posee. Y ahora el sentimiento de culpa me oprime el pecho. ¿Cómo puedo haber sido tan cruel con él?

Argotta se agacha para levantar la mochila y pasármela, pero al notar lo mucho que pesa, la empuja hacia mí. Me acerco, la recojo y me la echo al hombro.

—Gracias. —Doy media vuelta para irme.

Estoy a punto de cruzar la puerta cuando oigo que él se aclara la garganta detrás de mí.

—¿Sabe qué día es hoy, *señorita* Greene?

Me paro en seco.

—Primero de junio, *señor*.

—*Exactamente*. —Pongo cara de exasperación. No estoy de humor para esto —. Lo que significa que ayer fue el último día de mayo —añade. Me vuelvo hacia él—. Tenía la esperanza de que aceptaras esa plaza de intercambio en México, *señorita*. Tal vez ahora que tus planes para el verano han cambiado...

Entonces me acuerdo del día que me entregó la carpeta de color amarillo subido, y caigo en la cuenta de que ni siquiera me he tomado la molestia de abrirla. Seguramente debería estar al tanto de los detalles, pero los desconozco por completo.

—Ah, sí. ¿Cómo dijo que se llamaba el lugar?

—Me parece que era una de las etapas en tu plan de viaje, ¿no? Una ciudad preciosa llamada La Paz. Está convirtiéndose en un destino muy popular. Es un buen momento para visitarlo.

—¿La Paz?

—*Sí*. —Me observa mientras yo intento disimular el desconcierto. ¿La Paz?

—. Tienes tu vale para los vuelos, y te acogería una familia excelente. El viaje te saldría prácticamente gratis. Sé que seguramente tienes la agenda llena para el verano, pero es una oportunidad magnífica, y, si te interesa, todavía estoy a tiempo de mover algunos hilos.

Argotta clava la vista en mí y aguarda una respuesta. Como no se la doy, se reclina en su asiento y cruza los brazos sobre el pecho. Tengo ganas de ir allí, pero no creo que deba. ¿Y si Bennett regresa? No puedo marcharme. Tengo que esperarlo aquí. Sin embargo, el cuerpo entero me tiembla cuando recuerdo las

palabras que acabo de leer en la libreta de Bennett, las que le escribiré en una carta dentro de diecisiete años: « Dime que no espere a que vuelvas» .

—¿Va todo bien, *señorita*?

« Creo que eso lo cambiaré todo» .

Hago un gesto afirmativo, con la sensación de estar muy lejos, y cuando hablo, mi voz parece la de otra persona.

—Es una buena oportunidad, ¿no? Para salir de aquí.

—¡*Exactamente!* —exclama, levantando los brazos de golpe y pegándose un susto—. ¡Vete, vete! ¡Nada te lo impide! ¡Ve a ver mundo, *señorita!*

Me sonrío, y noto que le devuelvo la sonrisa. Porque de pronto lo sé: este es el momento crucial.

Ignoro qué sucedió con la otra Anna. Tal vez Argotta nunca le habló de ello. Tal vez todas las plazas estaban cubiertas desde el principio. Tal vez los acontecimientos se desarrollaron exactamente de la misma manera, pero ella decidió pasar el verano aquí, cabizbaja, esperando a que Bennett regresara. Pero ahora mismo, no me cabe la menor duda de que esa Anna, de pie frente a Argotta, le dio las gracias cortésmente y rechazó su oferta. Y eso no es lo que voy a hacer yo.

—¿Todavía tienes la solicitud? —pregunta, y yo asiento. No estoy muy segura de dónde la he metido, pero sé que la encontraré; y ahora estoy deseando llegar a casa para rebuscar en mi escritorio.

—Te doy hasta el lunes para que me comuniques lo que quieres hacer.

Tal vez mis padres necesiten unos días para pensárselo, pero yo no. Me abalanzo hacia el *señor* Argotta y lo abrazo.

—¡Muchas gracias, *señor!* —Me aparto, y él parece un poco sorprendido, pero cuando comprende que el abrazo era mi forma de decir sí, sus ojos reflejan una gran satisfacción.

—Estás tomando una decisión acertada, *señorita*.

Espero que esté en lo cierto. No tengo la certeza de que sea una decisión acertada, pero sé que es distinta.

De pronto, me percató de una cosa: estoy rehaciendo el pasado de esa Anna.

Según la época del año, la reserva forestal de Schiller Woods puede ser preciosa o espeluznante; el sitio ideal para una boda o para rodar una película de terror. Cuando papá gira y atravesamos con el coche la puerta de la verja, advierto que donde antes se extendía un manto de nieve gris y medio derretida, ahora hay un prado verde exuberante. Me apeo y respiro hondo; el parque entero huele a nuevo.

—He echado esto de menos —digo mientras cierro la puerta, sintiéndome contenta por primera vez en semanas. Papá parece sorprendido de verme tan animada, pero no puedo evitarlo; me encanta esta competición.

Los entrenadores de cross de nuestra zona crearon la carrera no competitiva pero obligatoria, por si acaso los seis meses que hemos pasado corriendo sobre una pista esponjosa en vez de en barro pringoso, y saltando sobre vallas de metal en vez de sobre árboles caídos, nos habían llevado a dudar de nuestra verdadera pasión. He recorrido esta ruta lo suficiente para saber qué desniveles y curvas hay a lo largo de los próximos cinco kilómetros, dónde están los tramos complicados y dónde habrán colocado con toda seguridad los obstáculos.

Mis compañeras de equipo y yo estamos reunidas en torno a una mesa de *picnic* a unos metros de la línea de salida, realizando estiramientos y escudriñando el terreno en busca de nuestras mayores competidoras, mientras mi padre va a por café. Al cabo de pocos minutos, regresa con un vaso de papel y un mapa plegado.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta, extendiendo el mapa sobre la mesa e inclinándose sobre él.

—Bien. —Alza la vista, esperando a que le dé más detalles, pero guardo silencio. Aun así, es cierto que me encuentro bien. Estoy volviendo a la normalidad desde que, hace dos días, tomé la decisión de ir a La Paz. Ahora solo necesito encontrar la manera de comunicárselo a mis padres.

—¿Dónde está? —pregunta papá por lo bajo.

Levanto el brazo y me estiro hacia él mientras señalo con la barbilla.

—Allí. Dorsal número treinta y dos. Camiseta azul. —Me tenso más a fin de darle tiempo para que la localice y la evalúe con la mirada.

—Humm. —La observa, aunque no sé en qué se fija exactamente—. De acuerdo: no olvides establecer un buen ritmo. No reserves tus fuerzas solo para destrozarla al final. Mantén la presión desde el principio. No dejes de ir adelantando ni de permanecer en la cabeza de carrera. En cuanto tengas esa camiseta azul en la mira, aprieta aún más a partir de la última marca. —Escruta la multitud de nuevo. No entiendo por qué está tan nervioso, pues esta vez no me

juego una beca.

—Entendido.

—¿Dónde está tu marca? —pregunta él, haciendo un gesto hacia el mapa.

Apoyo el dedo en el dibujo.

—Al parecer esta bomba hidráulica está a doscientos metros de la meta.

Estudia las otras opciones y asiente.

—Sí. Eso está bien. Creo que así es como tendrás más posibilidades. Bien. Voy a ocupar mi puesto entre los demás padres preocupados. —Me da una palmada en la espalda—. No te rompas nada.

—No lo haré. —Respiro hondo y me dejo caer hacia delante. Mientras me estiro, contemplo boca arriba el papel con el número 54 que llevo prendido al pecho, y oigo que mis compañeras y adversarias se congregan a mi alrededor. Sacudo mis extremidades y me coloco en el sitio que me corresponde.

Estamos de pie frente a la línea de salida, unas al lado de otras. Aunque solo son las siete de la mañana, ya estamos chorreando sudor por el calor y la humedad mientras hacemos estiramientos y repasamos mentalmente el recorrido. Cuando suena el disparo de salida, corremos a una velocidad moderada sobre la hierba y nos adentramos en el bosque. Ya empiezo a echar en falta el barro y la nieve medio derretida. Subimos por una pendiente empinada llena de ramas caídas y otros restos, antes de descender abruptamente hacia la espesura, donde el terreno es aún más irregular.

Avanzamos en pelotón durante el primer kilómetro y medio, adelantándonos unas a otras cuando pasamos por huecos estrechos entre árboles. Poco antes de llegar al segundo kilómetro, cruzamos un riachuelo poco profundo y saltamos sobre una serie de troncos. Mantengo el ritmo, ataco las cuestas y salvo obstáculos, y aunque sé que tengo personas alrededor, me da la impresión de que van desapareciendo a lo largo de los kilómetros, conforme las dejo atrás y me acerco a la cabeza de carrera.

Esto está mejor. No siento los pies tan ligeros como de costumbre, pero al menos mientras corro, rodeada por el bosque y el cielo, se me empieza a despejar la cabeza. Aquí tengo el control, voy a la par con el grupo, pero noto que no estoy presionando ni batallando como debería si quisiera ganar esta carrera.

Noto el martilleo de mis zapatillas sobre el camino y de mi corazón acelerado contra mi pecho, y dirijo la vista hacia las chicas que tengo delante. Justo cuando tomamos una curva y empezamos a bajar por un sendero angosto, veo, mucho más allá de la líder de la carrera, la bomba hidráulica. Es mi marca. Al principio, avivo el paso lentamente, para que las cinco chicas que me preceden no lo interpreten como una amenaza. Adelanto rápidamente a una. Luego a otra. Voy en tercer lugar cuando llegamos a la señal que indica que faltan cuatrocientos metros. Entonces clavo los ojos en esa camiseta azul y me lanzo a por ella con

todas mis fuerzas. Por un momento, recupero una sensación que antes me era muy conocida. Mis pies se mueven más deprisa. «¿Dónde está tu espíritu luchador?», oigo preguntar a Emma.

—Aquí mismo —resoplo, sin importarme si alguien me oye, y acelero aún más. Algo ha cambiado. Siento que algo es distinto hoy. Recuerdo las palabras de su carta, «creo que puedo arreglar eso», que me resuenan en los oídos mientras mantengo la vista fija en las corredoras de delante.

Las dos chicas que van en cabeza saltan el último obstáculo y entonces me llega el turno a mí. Subo corriendo por el árbol caído, me propulso y mis pies se despegan del suelo. Sin embargo, noto que la punta de mi zapatilla topa con un nudo, tropiezo y me tambaleo hacia delante, dando grandes zancadas para no caerme. Las chicas que acabo de dejar atrás pasan zumbando junto a mí.

Recobro el equilibrio, respiro hondo y hago un esfuerzo por ganar terreno otra vez. Asciendo por la colina a toda velocidad, con las piernas ardiendo, hasta que adelanto de nuevo a las dos chicas. Luego rebaso a la siguiente. Pero estoy demasiado rezagada respecto a la chica de la camiseta azul. En cuanto diviso la línea de meta —y veo que ella está más cerca que yo—, meto la directa. Me concentro en la cola de caballo rubia que oscila frente a mí. Con un último impulso, acelero para alcanzarla.

Pero ella es más rápida. Ella es la que rompe la cinta, aunque yo le piso los talones. Me detengo y caigo hacia delante, jadeando, enjugándome el sudor de la cara y sonriéndole al suelo.

—Buena carrera —la oigo decir, y me tuerzo de costado para ver a la chica a la que estuve a punto de vencer en la final estatal doblada en dos junto a mí, respirando tan trabajosamente como yo. Me tiende la mano. Me da igual haber quedado segunda, y mi sonrisa es auténtica.

—Gracias —respondo entre jadeos mientras se la estrecho—. Me has animado a luchar.

Ella junta las cejas en señal de confusión, pero no siento la necesidad de aclarar mis palabras. Aunque me haya quedado sin el trofeo por el primer puesto, en algún momento del recorrido he encontrado lo que me faltaba.

* * *

De vuelta en casa, subo volando las escaleras, me dejo caer en el suelo y me pongo a revolver en mi mochila hasta que encuentro la carpeta amarilla que desenterré del fondo del cajón de mi escritorio el jueves. La abro, leo la carta de la familia de acogida por centésima vez y contemplo su fotografía de veinte por veinticinco centímetros. En ella aparecen de pie delante de su casa, abrazados por la cintura. Cuatro hijos: una chica de mi edad, un chico que parece un poco mayor y, en primer término, dos niñas con vestido que parecen gemelas.

Ahora, cuando alzo la mirada hacia el mapa, de pronto lo único que quiero es que vuelva a ser real. Saco el alfiler de Praga y oigo el golpecito del metal contra el plástico de la caja. Extraigo los alfileres de París, El Cairo, Ámsterdam, Berlín, Quebec. Pocos minutos después, he retirado todos los alfileres que no debían estar allí, todos los que estaban clavados en sitios en los que nunca he estado pero que había marcado como visitados, y los he devuelto al sitio donde pertenecen.

Solo quedan ocho alfileres:

Springfield, Illinois.

Ely, Minnesota.

Grand Rapids, Michigan.

South Bend, Indiana.

Ko Tao, Tailandia.

Parque estatal de Devil's Lake, Wisconsin.

Vernazza, Italia.

San Francisco, California.

Ocho alfileres son muy pocos, pero al menos son auténticos. El noveno también lo será.

Durante la cena, todos están de buen humor, quizá porque por fin sonrío en vez de crear un ambiente deprimente en torno a la mesa del comedor. Pero intuyo que la atmósfera está a punto de cambiar.

—Quiero hablar con vosotros sobre este verano —digo.

Mamá levanta la vista hacia mí, masticando, y papá mantiene los ojos fijos en el plato mientras corta su pollo con el cuchillo.

—Claro. Cuéntanos —dice él.

Inspiro profundamente y exhalo.

—He estado hablando con mi profesor de español sobre un programa de intercambio en México. Él organiza los viajes y selecciona personalmente a los estudiantes que participan en el programa, y acaba de decirme que hay una familia estupenda que puede acogerme este verano. En La Paz —No tenía previsto soltarlo tan de sopetón. Todas estas palabras quedan flotando por encima de la mesa, y mis padres intercambian miradas de desconcierto.

» Lo sé, es un poco precipitado —prosigo—, pero lo he pensado muy bien. Siempre he querido viajar y, bueno, necesito pasar un tiempo lejos... de aquí. —Como nadie mueve un músculo ni dice una palabra, continúo hablando—: No os costará un centavo. Gané el billete de avión en la clase del *señor* Argotta, y me alojaría en casa de esa maravillosa familia. En esencia, nos saldrá gratis. —Me oigo repetir lo que me dijo Argotta y tengo la sensación de que está aquí, dándome ánimos.

—¿La Paz? —pregunta mi madre, incapaz de disimular la preocupación.

—Sí. Está en la península de Baja California. Junto al mar de Cortés. En México —específico, por si se le ha escapado este detalle.

—Eso está lejos.

Le sonrío y me encojo de hombros.

—En cierto modo, de eso se trata, mamá.

—De ninguna manera. —Suspira y se remueve en su silla—. ¿Qué sabes tú acerca de esa familia?

Me acerco a la encimera, donde he dejado antes el paquete con la información, y lo llevo a la mesa. Coloco las fotografías y la carta de manera que puedan verlas, y les describo lo que he averiguado sobre ellos. Él es empresario; ella, fotógrafa de la naturaleza. Tienen una hija de mi edad. Saco de la carpeta el formulario cumplimentado y lo pongo junto a las fotos.

—Solo falta vuestra firma.

Mamá coge la solicitud, la examina y la deposita de nuevo sobre la mesa.

—¿Cuándo te irías?

—Dentro de dos semanas.

—¡Dos semanas!

—Es un poco apresurado.

Papá permanece demasiado callado. Como no sé de qué lado está, lo miro como rogándole que se ponga firmemente del mío.

—¿Cuánto tiempo estarías fuera? —pregunta.

Va a costarles digerir esto.

—Diez semanas.

—¿Diez semanas? ¡Eso es todo el verano! —Mamá aparta su silla de la mesa y camina hacia la cocina. Papá me mira y yo poso en él unos ojos suplicantes.

—Por favor, papá —susurro. Nos llega el sonido del agua que corre en la cocina.

—Eso es mucho tiempo —señala mi padre, en voz lo bastante alta para que ella lo oiga, y la imagino inclinada sobre el fregadero, asintiendo con vehemencia—. Aun así —continúa—, parece una oportunidad de oro. —Mamá regresa a la mesa con una expresión de pánico que se transforma en otra de rabia, como si le pareciera increíble que él haya expresado su opinión sin consultarla primero. Pero papá no da el brazo a torcer—. Ella ha querido viajar desde que era pequeña —le recuerda—. Esta es una buena manera de ver el mundo, de convivir con una cultura diferente.

Mis labios articulan en silencio la palabra «gracias» cuando ella no nos mira.

Mamá deja el vaso en la mesa con un golpe más fuerte de la cuenta. Se sienta y clava la vista en mi padre.

—¿Estás pensando seriamente en dejar que nuestra hija de dieciséis años viva en un país extranjero durante dos meses, con unas personas que ni siquiera conocemos?

—Argotta dice que me ayudará a pulir mucho mi dicción y a desarrollar un buen oído para el idioma. Dos meses seguramente no bastarán para que lo hable con fluidez, pero sí para que mi nivel mejore mucho.

—No sé... —Mi madre nos mira alternadamente a mi padre y a mí, mi padre nos mira a ella y ya mí, y estamos en un punto muerto.

—Es un gran honor que te seleccionen —alego. Ella no tiene por qué saber que nadie más quería esa plaza. Me hace gracia oírme a mí misma discutir con tal pasión, teniendo en cuenta el poco entusiasmo que mostré cuando Argotta me hizo la propuesta por primera vez, pero eso fue cuando Bennett estaba aquí y no requería la autorización de mis padres para los viajes internacionales—. Mamá, esto es importante para mí. Necesito hacer esto.

Como ella no nos mira a ninguno de los dos, nos quedamos callados, empujando la comida de un lado a otro del plato, intentando mantener la vista apartada de las fotos de la familia feliz que tenemos ante nosotros, sobre la mesa.

—¿Dejas que me baje aquí, por favor? —pregunto, aunque estamos a dos manzanas de la librería.

—¿Por qué aquí? —Emma acerca el coche al bordillo y, cuando nos detenemos, sus ojos siguen la dirección de mi dedo hacia el toldo de color azul vivo de la agencia de viajes Me Voy Me Voy Me Fui.

—Ah. —Parece muy abatida—. Espera. Aparco y te acompaño.

Estoy a punto de ponerme a discutir con ella, pero luego decido que podría resultarle terapéutico verme comprar el billete y comprender que este viaje es una realidad inevitable, pues no parece haber asumido que, por primera vez en tres años, vamos a pasar el verano separadas.

Cuando abrimos la puerta vidriera, nos saludan las mismas campanillas tintineantes que tenemos en la librería. Emma y yo nos sentamos en las únicas sillas disponibles, mientras una mujer más bien joven con gafas gruesas, una melena de puntas abiertas y un peinado pasado de moda aparece y se sienta frente a nosotras. Apenas alcanzo a verla detrás del monitor gigantesco.

—Hola. Necesito un billete de ida y vuelta a La Paz, México, por favor. —Rebusco en mi mochila y extraigo mi ejemplar de la guía *Let's Go* de México, que ahora está muy gastada, lo abro por la página dedicada a La Paz, que tiene la esquina doblada, y saco el vale que guardaba bajo la cubierta.

—Quisiera usar esto. —Lo deslizo sobre la mesa y me viene a la mente la cara que puso Argotta cuando esta mañana le entregué el formulario cumplimentado y firmado por mis padres.

La mujer coge el vale, le da la vuelta y lo deja en la mesa, frente a sí.

—¡Claro! ¿En qué fecha quieres salir? —pregunta con un entusiasmo un poco exagerado, y cuando dirige su atención a la pantalla de ordenador, Emma pone los ojos en blanco.

—El 20 de junio, por favor. Es un martes. —Los dedos de la agente de viajes vuelan sobre el teclado. Cada pocos minutos, deja de teclear para consultar el monitor, y al cabo de un momento los dedos vuelan de nuevo.

—Déjame ver esto. —Emma coge mi ejemplar de la guía de México y comienza a hojearla. De vez en cuando se detiene para enseñarme la foto de una playa al ocaso o para hablarme de los fabulosos lugares para practicar el submarinismo o de la deliciosa comida.

—¡Fíjate en esto! —Emma se vuelve en su asiento y me pone el libro delante de las narices—. Fíjate en estos mercados..., llenos de artesanía de cerámica y comida. No es justo; a ti ni siquiera te gusta ir de compras.

La agente de viajes carraspea y me lee las diferentes horas de salida entre las que puedo elegir.

—Yo te llevaré al aeropuerto —tercia Emma—. Coge el del mediodía.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Sí. Totalmente —responde sin despegar la vista del libro.

—Cogeré el vuelo de las doce y cuarto —le digo a la mujer, que se pone a porrear el teclado de nuevo.

Emma vuelve a la página con la foto del mercado al aire libre.

—Mira qué sombreros. Aquí dice que el tejido es tan denso que podrías llenarlos de agua. ¿Por qué iba alguien a querer llenar de agua su sombrero? —Alza la mirada hacia mí y se encoge de hombros—. No sé por qué, pero he estado pensando que necesito más sombreros. ¿Tú qué opinas? ¿Me quedan bien los sombreros? —pregunta, y yo aspiro bruscamente. Aunque está sentada a mi lado, sin una sola cicatriz, por un momento no puedo evitar verla acostada en una sábana muy blanca, con su delicado cuerpo cubierto de cortes y la piel atravesada por tubos mientras le hablo de mi plan de viaje a México. Pego un salto cuando la impresora cobra vida y comienza a runrunear y a emitir sonidos metálicos agudos justo detrás del escritorio.

—¿Los sombreros? —repito.

—Sí, los sombreros. Esos objetos que la gente se pone en la cabeza para protegerla del sol y ocultar sus problemas capilares. Sombreros. —Me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Qué opinas? ¿Me favorecen los sombreros? Algunas personas no saben combinarlos con la ropa, pero creo que yo me las apañaría, ¿sabes?

La contemplo fijamente, hasta que al final recupero la voz.

—Sí, los sombreros te favorecen. —Noto que palidezco. « Los sombreros te sientan de maravilla », recuerdo que dije el día que estaba sentada en su cama, sujetándole la mano y hablándole de la península de Yucatán. Luego me vine abajo. Y después le dije que aguantara y que yo lo arreglaría todo.

—Aquí tiene. —Con una sonrisa radiante, la agente me tiende un sobre fino decorado con peces de colores—. ¡Que lo pase usted de fábula en su viaje! ¡Y esperamos volver a atenderla en el futuro, señorita Greene!

Emma me toma del brazo y salimos juntas de la oficina.

—Ahora que hemos hecho algo que tú querías, me toca a mí. Vamos a ver a Justin —dice, tirando de mí por la calle en dirección a la tienda de discos.

Las clases finalizan en un día tórrido y bochornoso, y mientras todo el mundo se va al lago con comida, música y mantas para *picnic*, yo me paso la tarde haciendo cola con un montón de gente sudorosa en la oficina de pasaportes del centro de Chicago. Cuatro horas después, pasaporte en mano, bajo del tren elevado en la parada de Evanston y desciendo pesadamente por la escalera de cemento para volver a casa. En el cruce, dirijo la vista calle abajo y veo el letrero en la tienda de discos.

Hace una semana que Emma y yo fuimos a comprar mi billete y entramos dando botes alegremente en la tienda para contarle a Justin lo de México. Cuando ella terminó de imitar a la pizpireta agente de viajes, él le echó el brazo a los hombros e hizo una broma sobre tener que quedarse solo con ella durante todo el verano. Me prometió que si me pasaba por ahí la semana siguiente, me daría todo un arsenal de discos para el viaje.

—¡Hombre, has venido! Creía que te habías olvidado. —Justin me sonríe de oreja a oreja cuando empujó las puertas para abrirlas y entro en la tienda vacía. La música suena a todo volumen, como de costumbre.

Me encojo de hombros.

—¿Cómo iba a olvidarme de venir a buscar música gratis?

Simula una mueca de enfado.

—Y yo que creía que venías para verme.

—¿A ti? —le lanzo una mirada de perplejidad—. Qué va. No tiene nada que ver contigo. Solo vengo por las canciones. —Se me escapa una sonrisa.

—Eres mala persona. —Retrocede un paso y me toma de las manos, como solía hacer Bennett justo antes de que cerráramos los ojos y los abriéramos en otro lugar—. ¿Estás ilusionada?

—Sí, mucho.

—Te echaremos de menos.

—Y yo a vosotros. —Paseo la vista por el interior de la tienda—. Pero será agradable hacer algo distinto, ¿sabes?

—Lo sé. —Justin lleva una década oyéndome hablar sobre mis sueños de viajar por el mundo, y su expresión denota que le emociona saber que por fin iré a algún sitio—. Bueno, ya que solo vienes para gorronearme música, voy a aprovisionarte. —Me toma de la mano otra vez y me guía por entre los pasillos estrechos que discurren entre estanterías de madera mal lijada. Se detiene ante el expositor de novedades.

—Mira, esto es lo más nuevo. Acaba de salir esta semana. —Me pasa el CD, le doy la vuelta y leo los títulos de los temas—. Es buena. Una tía canadiense

cabreada. Hace una música genial para gente que ha roto con su pareja.

—Nosotros no rompimos.

—No, claro que no, pero ya sabes...

Finjo mirarlo con severidad, y se impone el silencio en el intervalo entre el final de una canción y el principio de la siguiente. Echamos a andar de nuevo, justo cuando los altavoces instalados en el techo empiezan a emitir una melodía suave interpretada al piano. Justin se detiene en la sección de rock y retira un CD de un estante.

—Hace tiempo que quería hablarte de un grupo local de Chicago; van a tocar en el café la semana que viene —comenta, e intento escucharlo, pero toda mi atención se centra en la música que suena sobre nuestras cabezas. Me resulta familiar, y cuando comienza la letra me esfuerzo por oírla aunque sé que debería hacer caso a Justin, que continúa poniendo por las nubes al grupo que le apasiona.

Take me to another place, she said.

Take me to another time^[4].

Noto que el agujero en la boca de mi estómago crece de nuevo mientras escucho.

—Aquí está —dice Justin, y yo estoy a punto de hacerlo callar.

—El batería es...

Take me where the whispering breezes...

can lift me up and spin me around^[5].

No puedo mirarlo ahora, pues temo que si suelto la estantería no seré capaz de tenerme en pie. Como está gesticulando, con el CD en la mano, animado y lleno de entusiasmo, sé que sigue hablando. Y creo que yo digo una y otra vez «ajá» o algo por el estilo, aunque no oigo una palabra suya o mía. Solo escucho la letra de la canción.

I could I would, but I don't know how^[6].

—Anna, ¿te encuentras bien?

Justo cuando he dejado de mirar atrás para analizar lo que hice mal, cuando he dejado de estar enfadada con Bennett por lo que él hizo mal —justo cuando he recuperado mi espíritu luchador y he tomado una decisión que podría cambiarlo todo—, la tristeza y la rabia se apoderan de mí otra vez, y antes de que pueda contenerlas, las lágrimas asoman y empiezan a caer sobre las cajas de plástico

de CD.

—Quédate aquí. —Justin se aleja y lo veo caminar hacia la puerta delantera y echar el pestillo con una mano mientras con la otra coloca el letrero de volvemos dentro de diez minutos contra el cristal. Suelto la estantería, dejo que se me doblen las rodillas y resbalo hasta el suelo. Me reclino en el mueble, con las rodillas apretadas contra el pecho, y escucho la canción. Una descarga de adrenalina como las de hace días me impulsa a cerrar los puños, y cuando abro los ojos advierto que me he clavado las uñas cortas en la palma, dejando marcas en forma de pequeñas sonrisas.

I'm melting into nothing^[7]...

Al principio intuyo la presencia de Justin, de pie junto a mí, luego noto que se sienta en el suelo frente a mí y me atrae hacia sí para abrazarme. Cuando percibo el calor de su cuerpo, me abandono a él, en cierto modo. Su proximidad, la posición misma, me parecen demasiado íntimas, y sé que debería apartarme de él, pero no puedo. Necesito este contacto. Así que lloro y respiro, aliviada por la presión de su mano sobre mi espalda. Antes no éramos más que dos grandes amigos que se conocían desde la infancia. Ahora, él es el novio de mi mejor amiga, lo que significa que seguramente no deberíamos estar sentados en el suelo, escuchando música, abrazándonos con tanta fuerza. Me dispongo a decírselo cuando se separa de mí y apoya el mentón sobre mis rodillas. Así, frente a frente, lo veo muy distinto. Tiene la piel bronceada por el sol, lo que ha difuminado sus pecas, y su sonrisa es tan... típica de Justin, tierna y amable, una prueba de que él estará allí siempre que lo necesite. Sin duda algo en mi expresión cambia, porque de pronto él se inclina hacia delante, cierra los párpados y se acerca mucho más de lo que debería, invadiendo mi espacio. Sé lo que está a punto de pasar, y sé que no quiero que pase, pero no estoy segura de cómo evitarlo. Me siento atrapada entre su boca y la estantería de discos.

Vuelvo la cabeza tan deprisa que nuestros labios se rozan con un movimiento torpe, casi fortuito.

—Justin... —Mi tono acusador hace que se ponga muy serio. Para romper la tensión, me dejo caer sobre su hombro, suelto una risita nerviosa y le propino un puñetazo en el brazo—. ¿De qué vas, pedazo de idiota?

Su carcajada suena aún más nerviosa que la mía, si cabe.

—Vaya —dice, bajando la vista al suelo—. Supongo que te he malinterpretado. Lo siento. —Ni siquiera es capaz de mirarme.

Y ahora me sabe fatal por mi mejor amiga.

—Justin, yo jamás le haría eso a Emma. Y creía que tú tampoco.

—No lo haría. No he... No sé, creo que he perdido el control por un

momento.

Se aparta de mí apresuradamente, y me siento obligada a decir algo para mitigar su sentimiento de culpa.

—Tranquilo, no ha ocurrido nada. Además —añado con otra risotada nerviosa—, en cierto modo me alegra descubrir que no estaba loca. Hasta que empezaste a salir con Emma, siempre había sospechado que yo te gustaba.

Justin levanta la mirada hacia mis ojos.

—Pues claro que me gustabas.

—Cállate. —Le pego de nuevo en el brazo, más que nada porque no sé qué otra cosa hacer con las manos.

Él sacude la cabeza.

—¿Cómo es posible que no te dieras cuenta? —pregunta, y yo simplemente fijo la vista en él, pues no se me ocurre nada que decir—. ¿Te acuerdas de esa vez, cuando estábamos en sexto, en que fui a tu casa? Nuestros padres estaban jugando a las cartas, y tú y yo estuvimos toda la noche en tu habitación. No parabas de decirme que tenías una sorpresa para mí. —Le sonrío, aunque, por el momento, no recuerdo nada de esto—. Cuando oscureció, me dijiste que me tumbara en la moqueta, y luego apagaste la luz y te acostaste junto a mí. Nos pasamos una hora mirando esas estrellas de plástico que tenías pegadas al techo y que brillaban en la oscuridad, inventando constelaciones y riéndonos hasta que nos quedábamos sin aliento. Me contaste que por las noches contemplabas las estrellas y te imaginabas que estabas en otra parte del mundo hasta que te dormías. Luego me hablaste de todos tus planes para viajar, para llegar a ser fotógrafa o periodista, alguien que recorriera el mundo, y que pensabas vivir primero en París. Ibas a apuntarte a clases de francés ese verano y mudarte allí justo después de la graduación.

—Pues sí, suena a algo que yo habría podido decir. —No puedo creer que se acuerde de todo esto. Teníamos once años. Incluso ahora que me ha refrescado la memoria, los detalles que se conservan tan vívidos en su mente permanecen borrosos y vagos en la mía—. ¿Cómo es posible que se te haya quedado grabado todo eso?

Se ríe entre dientes.

—Aquella fue la noche en que dejé de considerarte mi mejor amiga..., bueno, mi única amiga. —Entorno los párpados e inspiro con brusquedad, observándolo y esperando a que me diga que es broma, pero él solo sonríe y se encoge de hombros, como si no pudiera evitarlo.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—No quería estropear nuestra amistad. Supuse que si algo tenía que pasar, al final acabaría pasando. —Vuelve a encogerse de hombros y me mira.

—Entonces ¿qué estás diciendo? ¿Qué pasa con Emma?

Sonríe con franqueza.

—Emma es increíble. Es bonita, graciosa y absolutamente asombrosa. Pero sigue sin ser tú. No es mi mejor amiga.

—No estás siendo justo con ella. La conoces desde hace pocos meses, y en cambio a mí me conoces de toda la vida. Dale una oportunidad.

—Ya lo sé. Se la daré. Lo que pasa es que todavía no acabo de creerme que estemos juntos. Para ser te sincero, cuando le pedí que saliera conmigo, no esperaba que dijera que sí. Tal vez una parte de mí solo quería ver si te ponías celosa. Pero me llevé una sorpresa enorme cuando aceptó, y no sé..., parecía colada por mí.

—Lo estaba. Lo está. —Y, hasta este momento, yo creía que él también lo estaba. Pienso en el día en que estábamos sentados en la cafetería del hospital y él me habló de su cita con Emma, del largo rato que habían pasado charlando, de cuánto lo había sorprendido ella. Lo recuerdo inclinado sobre el cuerpo maltrecho de Emma, acariciándole el pelo y susurrándole chistes al oído, sin ojos para nadie más que para ella. ¿Cómo pude equivocarme?

Entonces me acuerdo de que no hubo hospital. Aparte de Bennett, soy la única persona que sabe que existen dos versiones de aquel día: la primera terminaba con un accidente terrible, y la segunda con nosotros cuatro en el cine, comiendo palomitas, y, en el caso de ellos dos, con sonrisas en vez de batas de hospital. Al final de la primera, Justin velaba a una Emma malherida, y en cambio, al final de la segunda, ambos salían en una cita doble con Bennett y conmigo.

Algo importante les había sucedido aquel día —entre el momento en que salieron de la casa de Emma y el instante fatal en que llegaron al cruce— que los había unido más. O tal vez el accidente en sí había marcado la diferencia. Fuera como fuese, lo borramos. Lo rehicimos. Lo cambiamos.

Tal vez Bennett estaba en lo cierto: aunque poner a prueba el destino y jugar con él no siempre tiene consecuencias evidentes e inmediatas, al final algo acaba saliendo mal.

Son las seis y media de la mañana, y fuera ya hace una temperatura de veinticinco grados. Me enfundo mi pantalón corto ligero, paso el pelo por la cinta de atrás de mi gorra de correr y me pongo las carísimas Oakley negras que compré para mi viaje.

Cuando me cruzo con el hombre de la cola de caballo cana, lo saludo con la mano y con el « ¡hola!» más entusiasta que ha oído salir de mi boca. Me ha visto todos los lunes, martes, miércoles y viernes de los últimos tres años. Por un momento, me vienen ganas de parar para decirle que lo echaré de menos y que no se preocupe por mi ausencia, pues me pasaré los dos meses siguientes corriendo sobre arena.

Cuando completo mi circuito de cinco kilómetros, me quedo de pie en el porche, hago estiramientos contra la barandilla y miro alrededor. Me pregunto si este lugar habrá cambiado cuando vuelva. Quizá los árboles habrán crecido perceptiblemente, o habrán salido grietas nuevas en la acera, o tal vez papá habrá pintado la casa. Abro la puerta y me quedo de piedra. Allí, apoyada contra el pasamanos, está una maleta negra con la palabra *travelpro* escrita en letras plateadas brillantes y con un lazo rojo gigantesco pegado al asa plegable.

Mamá y papá salen de la cocina. Ella va todavía en bata, y él la arrastra tras de sí, agarrándole la mano como para evitar que ella dé media vuelta y arranque a correr.

—Una maleta —digo. Jamás había tenido una—. Gracias. —Mamá esboza una sonrisa triste, se me acerca, me coge del brazo y prácticamente me da un tirón para estrecharme contra sí.

—Eh. Para. Estoy toda sudada.

—Me da igual. —Me estruja con más intensidad, y noto que sus lágrimas tibias caen sobre mi hombro desnudo—. Estoy muy orgullosa de ti —me susurra al oído.

—Gracias, mamá. —Le devuelvo el abrazo y le planto un beso en la mejilla —. No estés triste. Antes de que te des cuenta, y a habré vuelto.

—Lo sé —dice. Se enjuga las lágrimas y clava los ojos en mí—. Eres mucho más valiente de lo que yo nunca he sido.

Sujeto su rostro entre mis manos.

—Eso no es verdad. Mira lo valiente que estás siendo ahora mismo. —Le sonrío y la abrazo fuerte.

—¡Annie, tu inglesita ha llegado! —grita papá desde la planta baja.

Echo un último vistazo a mi habitación y cierro la cremallera del último compartimento de mi maleta. Supongo que no necesitaré muchas cosas para

pasar un verano en la playa, así que viajaré ligera de equipaje. Llevo ropa y zapatillas para correr, mi discman, pilas, una colección de CD y unos cuantos vestidos frescos, chancas, un poco de maquillaje, pinzas para el pelo.

Cierro mi maleta, la empujo hasta la puerta y me quedo de pie frente a mi mapa. Contemplo los puntitos rojos que salpican su superficie, y recuerdo el tacto suave de la arena en Ko Tao, el olor de las rocas polvorientas en Devil's Lake y el rojo intenso del amanecer en Vernazza. Luego miro el más nuevo, me beso la punta del dedo y la poso sobre el alfiler de San Francisco. Cierro la puerta a mi espalda y arrastro mi equipaje hacia las escaleras.

Cuando llego al porche, Emma está allí, contándole a mi madre con todo detalle los planes que ha hecho con Justin para el verano.

—¿Seguro que no podemos llevarte al aeropuerto nosotros? —Papá está en el camino de acceso, con una sonrisa tensa.

—A Emma le hace ilusión llevarme.

—A nosotros también.

—Sí, pero Emma no tiene que abrir una librería ni que trabajar un turno en el hospital.

—De acuerdo. —Me da un abrazo fuerte, pero breve, antes de quitarme la maleta y arrastrarla hacia el maletero abierto del Saab. La capota del coche está bajada, para celebrar este caluroso día de verano.

Abrazo a mis padres por última vez, les digo adiós y prometo escribirles. A continuación, abro la puerta del pasajero y me encuentro una cajita envuelta en papel de colores en el asiento.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo —ordena Emma y sale marcha atrás del camino de acceso, pitando como una loca mientras yo sostengo la caja envuelta en una mano y me despido de mis padres con la otra. Cuando los dejamos atrás, rasgo el papel y descubro un estuche negro de piel.

—Em. —Extraigo la delicada pieza, le doy la vuelta y tuerzo la correa de piel —. No necesito un reloj. Ya tengo uno.

—Tienes un reloj para correr. Este es un reloj de vestir, por si conoces a un chico maravilloso y apuesto que te invita a cenar. —Me doy cuenta, sorprendida, de que sus palabras me han arrancado una sonrisa.

—¿Y tengo que saber a qué hora debo volver a casa antes de convertirme en una calabaza? —Toco la esfera de vidrio con la yema del dedo y alzo la vista hacia ella—. Es precioso. No tenías por qué regalarme nada.

—Lo sé. Solo quiero que recuerdes en todo momento que estaré aquí, contando los minutos hasta que regreses. Juar juar juar.

Me río.

—En serio, Em. Gracias. Me encanta. —Las dos nos quedamos calladas mientras forcejeo para sujetarme el reloj a la muñeca.

—No puedo creer que vayas a perderte el concierto de Pearl Jam en Soldier Field. Llevamos más de un año esperándolo.

—No pasa nada. Irás con Justin. —Noto una punzada de tristeza al pronunciar su nombre. No me arrepiento de lo que Bennett y yo hicimos por ella, pero desearía no sentirme tan responsable por el cambio sutil en los sentimientos de Justin. La miro, preguntándome qué ocurrirá entre ellos este verano y esperando que Justin le dé una oportunidad, tal como me prometió que haría.

Ella suspira.

—Justin opina que Eddie Vedder es «pedestre». Esa fue la palabra que empleó. «Pedestre». El hombre es un genio. —Dicho esto, Emma enciende el estéreo—. Como podrás comprobar tú misma.

Hace girar el botón, y la introducción de guitarra de Corduroy inunda el coche. Como siempre, nos ponemos a cantar. A grito pelado. Desafinando. Los ocupantes de los coches vecinos se quedan mirándonos y sacuden la cabeza. Pero entonces me detengo. Mientras Emma sigue tamborileando con energía sobre el volante, y yo solo escucho la letra del estribillo.

Everything has chains...

Absolutely nothing's changed^[8].

¿Ha cambiado algo? Él irrumpió en nuestras vidas y se marchó con la misma rapidez. Aunque a simple vista parezca que no dejó huellas, ahora sé que esto no es verdad: las llevo muy adentro. Y a pesar de que me resulta muy doloroso estar en esta ciudad sin él, si pudiera retroceder tres meses en el tiempo, tomaría la misma decisión: conocer a Bennett Cooper. Por más que me entren ganas de morirme cuando la canción finaliza con las palabras «al final estaré tan solo como al principio».

Emma entra en la terminal de salidas internacionales, se detiene de un frenazo delante de la zona de facturación, pone la palanca de cambios en punto muerto y se vuelve hacia mí.

—Mándanos postales, cielo.

Postales...

—Lo haré. Te lo prometo. —La abrazo con fuerza—. Que pases un verano genial. Nos vemos en agosto.

Aflojo la presión de mis brazos, pero ella sigue sujetándome con firmeza, y cuando intenta decir algo, oigo que las palabras se le atragantan.

—Em... —La estrecho de nuevo contra mí—. Para ya. Vas a hacerme llorar. Me suelta y se aparta de mí.

—Tienes razón. Es un momento feliz. Nada de llorar. —Se apresura a secarse las lágrimas de la cara y nos damos dos besos sin tocarnos—. Hasta agosto —

dice.

—Hasta agosto. —Tras un último abrazo rápido, bajo corriendo del coche antes de que se me contagie el llanto. Saco mi bolsa del maletero y me encamino hacia el interior del aeropuerto. Me detengo y me vuelvo para despedirme con la mano.

Después de que el empleado de la aerolínea me entrega la tarjeta de embarque, me dirijo con piernas temblorosas hacia la cola del control de seguridad. Nunca me había sentido tan sola, pero, por otro lado, creo que nunca había sido más valiente.

Actúo como si supiera cómo embarcar en un avión. La gente se mueve deprisa. Y despacio. Con el pulso acelerado, me abro paso entre los asientos, y el corazón por poco me estalla en el pecho cuando veo el 14a. Mi equipaje de mano está repleto de revistas, guías de viaje y, naturalmente, las ocho cosas sin las que no podía salir de casa.

Después de sentarme y abrocharme el cinturón, rebusco en mi mochila, saco el pequeño fajo de postales y examino cada una. Aunque casi todas están en blanco, la que está escrita con su letra y las dos escritas con la mía expresan lo mismo: que sentíamos algo el uno por el otro. No queríamos que lo nuestro terminara.

El avión enfile la pista, y nos elevamos hacia el cielo. Y entonces me asalta la sensación; por fin, algo comparable a lo que experimentaba cuando viajaba con Bennett. Una pequeña sacudida. El estómago ligeramente revuelto. Noto una descarga increíble de adrenalina y no puedo evitar sonreír al pensar en lo que me espera. Coloco la almohada entre el asiento y la pared del avión y apoyo la cabeza contra la reducida ventana de plástico doble. Debajo de mí, Illinois se desliza, empequeñece y se aleja.

Llevo el cinturón de neopreno ceñido a la cintura, la música suena a todo volumen en mis oídos y las suelas de mis zapatillas dejan huellas poco profundas en la arena húmeda mientras corro. Vuelvo la vista atrás, hacia el sol que asciende con rapidez sobre el horizonte y dejo que mi cabeza siga girando, siguiendo la línea que divide la bahía color turquesa del naranja intenso del cielo. Todavía no me acabo de creer que esté aquí.

Solo desearía que él estuviera conmigo. Aunque el cambio de aires me ha venido bien, todavía me resulta doloroso echarlo tanto de menos, buscar su rostro entre los desconocidos con que me cruzo en la calle y pensar en él cada vez que paso junto a uno de los miles de expositores de postales que hay dispersos por esta ciudad turística. Y aunque es a Bennett a quien más añoro, también detesto saber que nunca se me volverá a formar ese nudo en el estómago que me hacía sentir mareada pero plenamente viva.

Más adelante diviso los peñascos altos y los acantilados recortados que marcan el final de la playa, y mis brazos se mueven adelante y atrás con más fuerza, impulsándome hacia ellos. Fijo la mirada en la peña más cercana al agua y hago un *sprint* con todas mis fuerzas, sin detenerme hasta que la toco con la punta de los dedos.

Sacudo las extremidades, caminando de un lado a otro por la playa mientras me enfrió. Cuando el ritmo de mi respiración vuelve a la normalidad, busco un sitio seco en la playa y me tiendo, apoyada en los codos, para contemplar la vista. Luego me tumbo boca arriba para disfrutar el calor. Cierro los ojos y durante un rato largo no pienso más que en la sensación del sol en el rostro y el sonido del agua que lame la orilla.

Ladeo la cabeza perezosamente y exhalo mientras abro los ojos, pero en vez de las rocas que señalan el final de la playa, veo una imagen de los edificios de San Francisco recortados contra el cielo. El corazón empieza a latirme muy deprisa, quizá más que mientras corría. Me coloco de costado, extendiendo el brazo para retirar la foto de la arena, y la examino.

Le doy la vuelta.

« No recibiste tu postal» .

Siento el impulso de mirar hacia atrás. Tengo la sensación de que él está allí, pero cierro los párpados con fuerza, pues creo que no lo soportaría si me volviera para descubrir que la playa sigue desierta. Pero me recuerdo a mí misma que la postal es real y tangible, pues la tengo entre las manos, y hago un esfuerzo de voluntad para incorporarme y echar un vistazo por encima del hombro.

Bennett Cooper está sentado en la arena como a un metro de mí, y yo bajo la

vista desde su pelo despeinado hasta sus chancas, pasando por su camiseta de un concierto y sus vaqueros. Lo miro fijamente, con los labios apretados, sacudiendo despacio la cabeza. Esto no puede estar pasando.

—Buenas.

Noto que las lágrimas me resbalan por la cara, y creo que digo «hola», pero da igual, porque unos segundos después él está a mi lado y no siento otra cosa que sus dedos en mi nuca. Me besa por todas partes, en las mejillas húmedas, los párpados, el cuello y por último la boca, y nos abrazamos con desesperación, sin dejar que quede el menor hueco entre nuestros cuerpos.

—Te he echado tanto de menos... —murmura con los labios contra mi cabello, y aunque quisiera decirle lo mismo, simplemente no puedo.

Me seca las lágrimas con el pulgar, y finalmente consigo recuperar el habla.

—Estás aquí de verdad —digo, y él asiente y me besa de nuevo.

—Sí —responde—. Estoy aquí de verdad.

No puedo evitar sonreírle.

—Creí que nunca volvería a... —Las palabras se me atascan en la garganta, pero no hace falta que termine la frase. Él está aquí, y yo solo quiero recordar cómo me sentía cuando no ponía en duda que lo estuviera. Aprieto la cara contra su cuello, que está caliente por el sol y salado por el sudor, y permanezco así por un momento, aspirando su olor—. Te he echado de menos. —Esta vez lo digo en voz alta, y cuando mis manos encuentran su cabello de nuevo, dejo que mis dedos se pierdan en él y me aparto un poco para contemplar su rostro. Está guapísimo, tan bronceado y tan... presente.

Se acuesta junto a mí y nos acodamos en la arena, el uno frente al otro, y de pronto es como si nos encontráramos de nuevo en Ko Tao, tumbados en la playa, con ganas de besarnos y sin saber qué hacer con las manos. Pero al parecer esta vez los dos sabemos exactamente qué hacer con ellas, y cuando él me besa de nuevo, mi mano va directa a la porción de piel que asoma entre su camiseta y sus tejanos, y mis dedos palpan la curva de su cadera. Me siento aliviada cuando me rodea con los brazos, pues, por más cerca que estoy de él, me cuesta creer que esto esté sucediendo de verdad. Finalmente nos separamos, pero solo un poco, y yo deslizo los dedos por su flequillo negro enmarañado y los dejo allí mientras estudio su cara, bañada por el sol de la mañana pero iluminada por algo totalmente distinto.

—Pareces sorprendida de verme —comenta.

Me río entre dientes.

—¿Cómo es que estás aquí ahora mismo?

—Te advertí que seguiría regresando hasta que te hartaras de mí. —Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba en una media sonrisa—. ¿Qué? —pregunta—. ¿No me creíste?

—No. —Sacudo la cabeza—. No sabía qué creer. —Sigo sin saberlo, pero en

estos instantes, solo quiero estar segura de que él no desaparecerá de un momento a otro. Apoyo la frente contra la suya—. ¿Has vuelto para quedarte?

—Sí —dice con un brillo en los ojos—. He vuelto.

—¿Cómo sabes que no vas a...?

Bennett me mira, y su expresión se torna seria.

—Estuve aquí ayer. —Dirige la vista hacia un bosquecillo en la parte alta de la playa, y yo sigo la dirección de su mirada—. Quería cerciorarme de que había recobrado el control por completo antes de... —Su voz se apaga y él exhala un hondo suspiro—. Me costó mucho mantenerme alejado, pero... Estaba observándote, y por un segundo pensé que tal vez lo mejor sería que yo... No sé... Parecías tan contenta...

—Lo estaba, pero ahora lo estoy más.

Él sonríe.

—¿Estás segura?

—Sí, completamente.

—Así que La Paz, ¿eh?

—¿Dónde si no? —Me vienen a la memoria las rutas tortuosas de nuestros planes de viaje, y el único lugar en que se cruzaban. Poso la mano en su cintura otra vez y describo círculos diminutos en su piel—. Cuéntamelo todo —le pido—. ¿Dónde has estado? ¿Qué me he perdido?

Se inclina hacia delante y me da un beso en la punta de la nariz.

—No te has perdido gran cosa. Me he pasado el último mes y medio vigilándote.

—¿Vigilándome? —Me reclino hacia atrás para mirarlo a la cara.

—Tenías razón. Aquella mañana, en la pista de la Northwestern... Yo estaba allí. —Estira el brazo por encima de mi hombro, coge un puñado de rizos y los enrolla en torno a su dedo—. Desde la noche en que fuiste rebotada, me quedé atascado en San Francisco. Intentaba viajar, pero daba igual la fecha y la hora que eligiese; siempre iba a parar al mismo sitio: el lunes, 6 de marzo de 1995, a las seis cuarenta y cuatro de la mañana. En la dichosa pista. Dios, era como estar viviendo en la peli *Atrapado en el tiempo*. Solo podía quedarme allí cerca de un minuto antes de ser rebotado, pero como era el único lugar al que podía ir, allí es adónde iba.

—Sabía que eras tú. —Sabía que no estaba loca.

Me dedica una ligera sonrisa antes de proseguir:

—Por algún motivo, a principios de este mes, algo cambió. En vez de aterrizar en la pista el 6 de marzo, aparecí allí un día soleado de mayo y tú me reconociste. Desde entonces, las cosas han ido volviendo poco a poco a la normalidad. Cada día podía viajar un poco más lejos y quedarme un rato más, pero aún no podía reencontrarme contigo, ni en Evanston ni aquí..., hasta ayer.

—¿Qué fue lo que cambió?

—No lo sé —admite—, pero estoy seguro de que tú sí. ¿Qué decisión distinta has tomado?

Hago memoria sobre los primeros días del mes, y de repente los recuerdos se agolpan en mi mente. « ¿Sabe qué día es hoy, *señorita* Greene?» . « Primero de junio, *señor*». Fue el día que decidí no pasar el verano en Evanston, compadeciéndome de mí misma y esperando a que Bennett regresara. El día que hice caso del consejo de la otra Anna y tomé el otro camino, el que deseaba seguir.

—Decidí venir aquí —contesto—. Tú no aparecías. Cuando Argotta me habló de este viaje, supe que tenía que aprovecharlo.

—Sin mí. —Me mira con una sonrisa triste y yo asiento con la cabeza. Después guardamos silencio durante un rato largo—. Debería haberte hablado de la carta.

—Sí, deberías. —Acerco los dedos a su mejilla y, cuando sus ojos se posan en los míos, le dirijo una sonrisa que indica que lo he perdonado. Él me la devuelve, pero noto que está pensando en algo. Me pregunto si desearía rehacerlo todo, pero algo me dice que sus normas vuelven a estar en vigor y que no volveremos a modificar nuestro pasado durante una buena temporada—. Bueno, ¿por fin sé todo lo que tendría que saber?

Él suelta una carcajada y me mira de nuevo.

—Sí, ya estás al corriente de todo. No tengo la más remota idea de qué ocurrirá a partir de ahora.

—Me alegro. —Lo observo, pensando que de pronto mi futuro parece totalmente distinto. Volveré a sentir aquel vuelco incómodo en el estómago, clavaré más alfileres rojos en el mapa que ocupa toda mi pared, lo besaré en aldeas románticas y tomaremos cafés con leche en bares recónditos.

—¿Sabes cuál es el siguiente lugar que debes conocer? —pregunta, y yo niego con la cabeza, sonriente—. París.

Recuerdo que, cuando caminábamos por el sendero de Devil's Lake, Bennett estaba emocionado porque iba a enseñarme a escalar en roca, y yo estaba deseando que en vez de aquello me hubiera llevado a un café en París. Se interrumpe, y una sonrisa traviesa asoma a su rostro.

—¿Tienes ganas de desayunar?

—¿Desayunar? —Me río, y paseo la vista por la playa desierta—. ¿Ahora? — Quiere llevarme a desayunar. A París. En este momento. Bajo los ojos hacia mi ropa de correr, que se ha secado y se ha adherido a mi piel.

—¿Por qué no? —Se yergue y me tiende la mano.

Miro mi atuendo de nuevo, pero, en cuestión de segundos, decido no preocuparme por ello, ya que no me está proponiendo cualquier cosa, sino desayunar en París. Dejo que me ayude a levantarme.

Los dos estamos de pie, en la playa, y él toma mis manos entre las suyas.

Sonríe, y advierto la ilusión que le hace enseñarme un sitio nuevo.

—¿Lista?

Me dispongo a decir que sí, pero me contengo. Contemplo el agua, las rocas, los acantilados y, al fondo, las montañas. De pronto, no tengo ganas de estar en París. No me apetece estar en ningún otro lugar que no sea este. Suelto una de sus manos, lo que impide que viajemos de la manera a la que nos hemos acostumbrado, y me envuelvo en sus brazos, recostándome contra su pecho.

—¿Ves esa sombrilla amarilla de allí? —Señalo el otro extremo de la playa y me fijo en su cara.

Él dirige la mirada a lo lejos, con los párpados entornados.

—Sí. —Baja la vista hacia mí con una sonrisa de perplejidad.

—En ese sitio sirven el mejor café mexicano de la ciudad.

La comprensión dulcifica su sonrisa.

—¿Ah, sí?

Asiento como si fuera una especie de experta en La Paz. Y lo soy, al menos en comparación con mi acompañante actual.

—Sí. —Bennett me acerca la mano a la cara y me besa como si de todas maneras no hubiera un lugar mejor en el que estar ahora mismo.

Entrelazamos los dedos. Acto seguido, me agacho y recojo mi postal de San Francisco de la arena y la sacudo en el aire.

—Vamos —digo, y me encamino hacia la sombrilla—. Ahora me toca a mí comprarte una.

Me da un golpecito en la cadera con la suya. Se lo devuelvo. Entonces echamos a andar por la playa hacia algo que él nunca ha visto antes.

Agradecimientos

Muchas personas han influido en esta historia sobre el amor, la amistad y la familia; tres cosas que he tenido la fortuna de conocer en abundancia.

Mi esposo Michael es el amor de mi vida y un compañero en el sentido más auténtico de la palabra. Nuestra historia de amor siempre será mi preferida. Estoy deseando saber qué ocurrirá a continuación.

Mi hijo Aidan y mi hija Lauren tuvieron que compartir mi tiempo y atención con un puñado de personas imaginarias para que este libro fuera posible, y lo único que pidieron a cambio fue su propio cuento para dormir sobre rehacer el pasado. Les estoy muy agradecida por su amor y su apoyo incondicionales. Espero que estén tan orgullosos de mí como yo he estado siempre de ellos.

En el fondo, esta es una historia sobre la elección del tipo de vida que queremos llevar y el esfuerzo tenaz por alcanzarla. Mi padre, Bill Ireland, me enseñó cómo hacerlo, y estoy profundamente en deuda con él por ello. Le estoy igual de agradecida a mi madre, Susan Cline, que siempre me ha querido tal como soy. No todas las madres responderían a las palabras «¿sabes qué? Estoy escribiendo un libro» con un: «Pues ya era hora». Todo hijo merece unos admiradores como ellos dos.

Mi familia es grande y maravillosa, y me apoya hasta extremos ridículos. Doy las gracias sobre todo a: mis hermanos Ben y Jeff Ireland; David y Kristen Stone; Randy, Sharon, Brandon y Sonya Cook; Karen Clarke; y Joanna, Eric y Kristina Ireland. Les estoy especialmente agradecida a Jim y Becky Stone por su cariño y aliento constantes, y por mostrarse tan entusiastas con este proyecto; y a mi abuela Edith Ireland, que me habría gustado que estuviera aquí para presenciar todo esto.

Al principio, no era consciente de cuánto necesitaba narrar una historia sobre la importancia de encontrar un hogar al lado de una familia que no es la tuya. Estaré siempre en deuda con los DeLong, que me brindaron un mundo que no existía en los mapas cuando más lo necesitaba.

Sigo abrumada por todo el apoyo que he recibido de mis amigos, y los quiero a todos más de lo que imaginan. Mis primeros lectores, Heidi Temkin, Stacy Peña, Molly Davis, Sonia Painter, Elle Cosimano y Spencer Davis, fueron particularmente generosos con su tiempo y amables con sus comentarios. Dedico un agradecimiento especial a mis socias Molly y Stacy, que me apoyaron sin reservas en esta nueva empresa sin cuestionarse jamás si debían hacerlo. Son la mejor clase de amiga que existe.

Tres chicas extraordinarias han dejado huella en estas páginas: Hosanna y Sophie Fuller, mis heroínas reales, inteligentes y atléticas; y Claire Peña, una

lectora exigente y con criterio cuyo amor por los relatos y los personajes me motivó a escribir para adultos jóvenes. Doy las gracias en particular a Hosanna por ser aficionada a las historias sobre viajes en el tiempo y a la música, así como por dejar que le diera la lata con ambas cosas cuando seguramente tenía cosas mejores que hacer.

Estoy enormemente agradecida a: D. J. Stacy, por asesorarme respecto a todo lo relacionado con las radios universitarias; Anita van Tongerloo, por las clases de español; Kate Wolffe, por los consejos sobre cross; Mark Holmstrom, por su ayuda con las técnicas de escalada; el doctor Mike, por las consultas sobre temas médicos; y Pearl Jam y Phish, por permitirme utilizar sus preciosas letras.

No tengo palabras para mostrar mi agradecimiento a las dos mujeres que dieron vida a este libro: Caryn Wiseman y Lisa Yoskowitz.

Mi agente, Caryn Wiseman, creyó en esta historia —y en mí— desde nuestro primer y extraño saludo, algo entre un apretón de manos y un abrazo, y no deja que me olvide de ello. Le estoy especialmente agradecida por su asesoramiento editorial inicial, que me abrió puertas insospechadas y encarriló a mis personajes en una dirección nueva y maravillosa. Muchas gracias a los otros miembros del equipo de Caryn, Taryn Fagerness y Michelle Weiner, que me representan con pasión y dedicación inigualables, y a todo el personal de la agencia literaria Andrea Brown, por su apoyo.

Guardo un respeto reverencial hacia mi editora, Lisa Yoskowitz, pues su perspicacia y sus ideas hicieron de este un libro mucho mejor, y su paciencia y expectativas elevadas me convirtieron en mejor escritora. Entendió perfectamente el concepto de esta historia desde el primer día, me hizo todas las preguntas duras que debía y me guio por cada recodo del camino. Tanto Lisa como el equipo entero de Disney-Hyperion acogieron a Anna y a Bennett tan rápidamente y con tal entusiasmo que supe que habíamos encontrado el hogar adecuado. Doy sobre todo las gracias a Tori Kosara por sus comentarios sobre cada borrador, y a Whitney Manger, por su precioso diseño de cubierta.



Periodista, experta en comunicación y escritora americana, Tamara Ireland Stone es conocida por sus obras dedicadas a jóvenes adultos, siendo *El tiempo entre nosotros* su obra más conocida a nivel internacional y que le supuso un gran éxito de ventas en su país.

Notas

[1] « La espera me hacía enloquecer... / Por fin estás aquí y yo estoy hecho un desastre...» . <<

[2] Las expresiones en cursiva aparecen en español en el original (N. del T.). <<

[3] « Avistamos el mar / al final del camino» . <<

[4] « Llévame a otro lugar, dijo ella. / Llévame a otra época...» . <<

[5] « Llévame allí donde las brisas susurrantes... / pueden elevarme y hacerme girar» . <<

[6] « Si pudiera, lo haría, pero no sé cómo» . <<

[7] « Me derrito hasta desaparecer...» . <<

[8] « Hay cadenas por todas partes... / No ha cambiado absolutamente nada» .

<<